

RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, OCTUBRE DE 2018

127

Desamparo

APU
ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DEL URUGUAY

RUP | 127

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS



REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© OCTUBRE DE 2018, APU

Director de Publicaciones MICHELE AIN	ALCEU ROBERTO CASSEU (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	ALBERTO MORENO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVIA WAJNBUCH (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)
Secretario de Redacción SILVINA GÓMEZ PLATERO	ROOSEVELT CASSORLA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)	FELISA WIDDER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)
Comité de Redacción NAHIR BONIFACINO MARTHA DÍAZ SANTIAGO FERNÁNDEZ STELLA PÉREZ ROSA PICCARDO JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ	LUIS CORREA (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)	LEONARDO PESKIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	Comisión de Indización PATRICIA FRANCIA ANA DE BARBIERI MARTA DÍAZ STELLA PÉREZ ROSA PICCARDO SILVINA GÓMEZ PLATERO
COLABORADOR: ELÍAS ADLER	NANCY DELPRÉSTITO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SANDRA ROMANO (Psiquiatría, Uruguay)	Corrección MARÍA LAURA RODRÍGUEZ Colabora con la Corrección: PSIC. ELENA ERRANDONEA
Lectores externos MARINA ALTMANN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)	ANA ROZENBAUM (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	Traducciones PEDRO MORENO ELENA ERRANDONEA
JOSÉ ASSANDRI (École Lacanienne de Psychanalyse, Uruguay)	ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	ANA MA. RUMI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	Corresponsales en el exterior GUILLERMO BODNER (Barcelona)
ANA BALKANY HOFFMAN (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	SILVIA FLETCHNER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	JOSÉ SAHOVALER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	EDMUNDO GÓMEZ MANGO (París)
ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	ALEJANDRO GARBARINO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVIA SAPRIZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ESPERANZA PÉREZ DE PLA (Ciudad de México)
ELINA CARRIL Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)	MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	CLARA URIARTE (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	Biblioteca PATRICIA FRANCIA
JORGE CANTEROS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	MARIANO HORNSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	BERTA VARELA (Psicología Médica, Uruguay)	
	SERGIO LEWKOWICZ (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)	OLGA VARELA (Asociación Psicoanalítica Mexicana, México)	
		MONICA VORCHHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)	
		LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)	

Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay
Canelones 1571 / Casilla de correo 813 / CP 11200 / Mvd-Uy / Telefax: 2410 7418
e-mail: revistauruguayapsi@gmail.com / www.apuruguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

ISSN 0484-8268 / Depósito legal 357 193-2018
ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

Ilustración de portada

BRUNO WIDMANN

Maqueta, diseño y armado

JOSÉ DE LOS SANTOS
delossantos.ja@gmail.com.uy

Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

Tabla de contenidos

EDITORIAL 7

TEMÁTICA



El desamparo del desamor: A propósito
de la depresión en la infancia
Myrta Casas de Pereda..... 11

Desamparo: «Acontecimiento» y repetición.
Après coup en transferencia
Susana García..... 25

¿Qué nos ampara?
Leonardo Peskin..... 37

Marcas del desamparo: Sobre algunas repercusiones
de la *Shoah* en la actualidad...
Rosa Zytner..... 46

Efectos de Edipo en la migración africana en Europa:
Condición de desamparo, adopción y retorno
perturbador de la raza
Simona Taliani..... 58

Algunas consecuencias psíquicas
de la diferencia sexual y de géneros
Leticia Glocer Fiorini..... 80

Notas sobre vulnerabilidad y desamparo en la infancia
Analia Wald..... 90



La mano, mmmamaa: El desamparo de un bebé de un año y cuatro meses <i>Ingeborg Bornholdt</i>	102
Desamparo y posición del analista: de brújulas y GPS <i>Alberto C. Cabral</i>	118
Del amor al amparo: La envoltura amatoria del cuerpo <i>Nadal Vallespir</i>	125
Cubrir el desamparo <i>Gladys Franco</i>	143
Pobreza y desamparo: Efectos en el funcionamiento psíquico <i>Susana Martínez</i>	151

CONVERSACIONES EN LA REVISTA



Entrevista al Prof. Roberto Beneduce <i>Elías Adler y Marcelo Viñar</i>	177
--	-----

RESEÑA DE LIBRO



Reconsiderando el encuadre movable (en movimiento) en psicoanálisis: Su función y estructura en la teoría psicoanalítica contemporánea <i>Silvia Flechner</i>	211
--	-----

EN MEMORIA



Dr. Ángel Ginés <i>Luis Villalba</i>	237
---	-----

NORMAS DE PUBLICACIÓN.....	239
----------------------------	-----

Editorial

Este volumen de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis está dedicado a recoger algunos de los trabajos presentados en el marco del 10.º Congreso Internacional y Multidisciplinario de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay: «Desamparo: Perspectivas psicoanalíticas y socioculturales», que tuvo lugar del 16 al 18 de agosto de 2018.

Convocados por el interés de continuar el diálogo y reflejar los acuerdos y disensos, así como las pluralidades teóricas y los alcances clínicos, publicamos los artículos que encontrarán en esta edición.

Asimismo, con este espíritu republicamos un muy vigente trabajo de la Dra. Myrta Casas escrito y publicado en 1988.

Abordamos el desamparo desde distintos e intrincados vértices: el desamparo inicial con el que llegamos al mundo, el desamparo como potencial organizador del psiquismo, el desamparo de la vulnerabilidad humana, el desamparo social.

Para ello, nos parece importante también contar con aportes de la interdisciplina, apelar a nuevas miradas y contextos que posibiliten un acercamiento abierto y renovado al tema.

Incluimos una entrevista al Prof. Roberto Beneduce (Turin, Italia), doctor en Antropología cultural y Etnología, en la que nos ofrece su perspectiva del desamparo en el contexto de las migraciones, punto central de sus estudios e investigaciones.

Es nuestro deseo que esta publicación pueda acompañar estas expectativas, plasmar algunas de las ideas y experiencias vividas en el Congreso, y que constituyan nuevos disparadores para que el psicoanálisis continúe desarrollando un diálogo fecundo dentro y fuera de su quehacer específico.

MICHELE AIN

Directora de la Comisión de Publicaciones



TEMÁTICA

El desamparo del desamor: A propósito de la depresión en la infancia



MYRTA CASAS DE PEREDA

Dionisio ya no tenía mucho miedo, ni sueño,
ni dolor de garganta, ni resignación,
ni futuro, ni presente, ni siquiera pasado,
porque hasta el hecho de que
su madre no volviera ya no tenía sentido.
Había entrado en él otra fisura de la realidad
y se movía, de un lado a otro,
como se mueven las ramas de un árbol.

«Lloverá siempre», Carlos Denis Molina

INTRODUCCIÓN

Desde el desamparo-indefensión del recién nacido se constituye ese concepto bifronte que marca, de un lado, las carencias en el campo del otro (lo que no ampara) y del otro, la fragilidad del sujeto en cuestión (indefensión). Momento paradigmático el del nacimiento, hace recaer todo el peso sobre el otro para la sobrevivencia. Mediatizado a lo largo de la infancia, se mueve la incidencia de uno y otro aspecto del concepto.

Amparo implica otro que rodea y remite a todo aquello del orden de la realidad efectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño. Y, al mismo tiempo, implica en el orden de la vivencia (fantasía) la necesidad expresa de un afecto, del compromiso libidinal del otro en esa función de cuidado y protección. Desamparo queda así muy próximo (también en su etimología) a desamor, desamparado, des-amado. Dimensión imaginaria esencial en la Depresión, en su mala articulación con lo Real y lo Simbólico.

La niñez tiene, en la magia, la omnipotencia, la ilusión, cierto «abrigo» para el desamparo que implica su indefensión. Es el aspecto narcisista que juega en esta vivencia; el lado estructural radica en la constitución del objeto perdido para posibilitar la trama del sujeto de deseo. Esta aceptación de la pérdida hace presente, o hace imprescindible, al otro en su función simbólica. Esto se podría formular también de este modo: para que haya aceptación de la pérdida, tiene que mantenerse el amor del objeto (no al objeto, sino del objeto). Es decir, desde el otro (función materna) surge un elemento simbólico (frustración) en un contexto libidinal presencial del amor del otro, elemento imaginario.

La infancia es un periplo lleno de adquisiciones y pérdidas en su evolución libidinal, borde donde el narcisismo constituye el yo, así como es constituido en las pérdidas narcisistas que implican la elaboración o aceptación de la *frustración* (y *privación* y *castración*), o todo el juego de separación-constitución del sujeto. Y este «lugar» de la estructura trabajará a pleno en el espacio-tiempo de la infancia.

La importancia del mecanismo de la *desmentida* en la infancia, como lo subraya Freud, habla de esa función yoica en pañales, de ese registro de lo imaginario predominante (eje narcisista de la relación dual) donde está en juego la configuración de los ideales y el avatar imaginario de las identificaciones. Y se vuelve de singular importancia aquí la función simbólica ejercida por la madre. Dispone de la omnipotencia, de la negación, de la *desmentida* para manejarse con la *frustración*, *privación*, *castración*. El mal encuentro con la función materna fallante promueve la adhesión al otro para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia. Modos que hablan también de duelos fallidos, o de mal procesamiento del duelo que es, a su vez, un elemento (o un modo de articulación) fundamental en la constitución del deseo.

En la perspectiva que desarrollo en las páginas siguientes, se plantea que los momentos depresivos de la infancia, frente a la angustia que implicaría ese contacto con el desamparo del desamor, desencadenan o promueven un corte, una interrupción, una desconexión «salvadora». El concepto freudiano de inhibición ayuda a perfilar los elementos clínicos, inhibición que consideramos en un doble registro, y en ambos surge el desamparo.

Un primer sentido es la disminución o el bloqueo de simbolización, anonadamiento para el sujeto del inconsciente en la paralización de la cadena significante. Desvalimiento psíquico. ¿Desamparo de la no disponibilidad simbólica?

En ese instante de silencio psíquico, el acto sustituye el sentido que debería circular en la cadena donde discurre el deseo. Se coagula en un momento de lo real y aparecen haceres, acciones sin poder simbólico más que para el que las pueda «oír». Testimonio del desamparo que convierte al niño en un llamado, en un reclamo pesado para el otro. Y el acto es a su vez testimonio del desamparo, ahora un acto. Es el segundo sentido que señalé antes, expresión clínica de la *depresión* de una caricatura agrandada del reclamo y del señalar al otro su rol fallido. Acoso al otro, señalándolo en su función carente, con la exigencia de cuidado, el exceso de la dependencia. Pensemos en la imagen de un niño perdido o de un niño desesperado de angustia como evocadora de este desamparo.

Estas consideraciones surgen a propósito del presente desarrollo acerca de la depresión que fue realizado para el simposio sobre Etiología de la Depresión.¹

Aunque la *depresión* y el *pasaje al acto* del suicidio melancólico están impregnados de esa cualidad particular del afecto, la depresión que consideramos no sería un afecto en el sentido de un «desplazamiento simbólico, sino el resultado de un empobrecimiento simbólico», como señala Cottet (1985). Intento, pues, una reflexión desde esta perspectiva, donde la vivencia o el acto dan cuenta de un *desfallecimiento de la estructura*. «El efecto depresivo atestigua de la estructura de la experiencia y no de la del sujeto» (Freud, 1892-1899).

Y esa presentificación de *experiencia*, que da cuenta de la depresión infantil, está signada por dos modos de expresión: un *fondo depresivo*, donde el matiz afectivo marca un modo inhibido de contacto, su hacerse cargar por un otro, y por otro lado la *irrupción de actos, conductas*, que abarcaría desde el *acting-out* hasta el *pasaje al acto*.

1 7.º Congreso Internacional de Psiquiatría Infantil, diciembre de 1987, Montevideo.

Formas del hacer, formaciones marcadas por la impronta de una acción, actos descolgados del lenguaje verbal, en los que el sinsentido irrumpe y golpea al otro, y en los que se vuelve tan esencial la realidad transferencial para restituir posibles sentidos. Ruptura del discurso, corte del sentido, «puesta en acción objetal» (dice Nasio, 1987), detiene la relación vincular, ya sea como llamado al otro en el *acting-out* o como hecho radical, a veces terminal, en el pasaje al acto.

Actos y no síntomas de los que, como suspensiones pasajeras o definitivas del proceso de pensamiento, tratamos de dar cuenta.

Elementos puntuales, como expresiones de fallas del proceso de estructuración, puestas en escena de procesamientos fallidos, en los que aparece un significado similar en todos los marcos referenciales: *dolor por el desamor*.

Tomo una perspectiva estructural, enlazando algunos hilos que Freud nos tiende. Nos dice Freud en este hermoso trabajo que llama *La transitoriedad* (1892-1899):

El duelo por la pérdida de algo que hemos amado o admirado parece al lego tan natural que lo considera obvio. Para el psicólogo empero, *el duelo es un gran enigma*, uno de aquellos *fenómenos* que uno no explica en sí mismos pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras. (destacado mío)

Aunque todo lo vivo cesara sobre la Tierra, *el valor* de eso bello y perfecto estaría determinado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva; no hace falta que sobreviva y es por lo tanto independiente de la duración absoluta. (destacado mío)

«Es la revuelta anímica contra el duelo lo que devolvió el goce de lo bello», dice Freud, y se pregunta: «¿Por qué ese desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos. [...] Solo vemos que la libido se aferra a sus objetos, y no quiere abandonar los perdidos, aunque el sustituto ya esté aguardando». Eso entonces, es el Duelo.

«Aquello que tiene valor por su significación y que es independiente de la duración absoluta», dice Freud; independencia del tiempo, cuestiona así la idea de continuidad, que resultaría, por tanto, mítica. «Vale por su

significación» y está inmerso en el sentido de objeto perdido y entendemos que el objeto se vuelve perdido ya en ese momento de significación que produjo su efecto (sensible).

El tiempo, yendo de lo virtual a lo actual, es una mirada estructural, genera esa «pérdida» del objeto en el mismo instante que tiene su efecto de sentido para el sujeto.

El trastorno de ese procedimiento del *duelo* genera mucho de lo que nos ocupa. Procedimiento, procesamiento, es tránsito del sujeto en su encuentro con el otro, que podrá dar cuenta de la depresión. Un no duelo, una imposibilidad de «abandonar los objetos perdidos».

Como decía Freud, la fuerza de lo bello está en su significación, en el *valor de representar* una vivencia, una idea, instaurando una disponibilidad, representaciones que son en sí mismas testimonio de la pérdida ya acontecida. Y esto es placentero, gozoso, cuando Freud describe la impronta de su mirada al paisaje perecedero. Transitoriedad, que por ser pérdida y vivida realmente como tal, permite a Freud disfrutar de ese objeto evanescente, paisaje perecedero.

Si lo importante es la significación, lo que impide ese procesamiento de duelo, el dolerse por la pérdida, es precisamente la fallida significación. Así, en lo que llamamos *pérdida del objeto* acontecerá en realidad una *pérdida del sujeto*. Toda relación de objeto es, en realidad, una relación de falta de objeto, para que haya disponibilidad de sujeto de deseo. Es esa falta de objeto la significación cumplida de la que hablaba Freud. Objeto siempre perdido, será solo reencontrado (los sucesivos objetos libidinales). Significación, simbolización, es inscripción de una pérdida para disponer del símbolo, construcción que ordena o articula algo vivido; metáfora que es vía y realización, a la vez, de dicha significación.

Esa tarea de significación es tarea que se da en el encuentro del niño con su madre que dará lugar y espacio, perspectiva simbólica para que dicha significación acontezca.

Y el *testimonio de esa simbolización* será, en la perspectiva lacaniana, el objeto *a*, que es en parte el otro de las identificaciones especulares (objeto de identificación), pero al mismo tiempo aquello que ya no se tiene, resto que se pierde en toda la simbolización —objeto perdido—. Cara objeto del sujeto, dice *Juranville* (1984).

El denominarlo así ofrece la perspectiva de ubicar los procesos de pérdidas como constitutivos de la estructura. Nasio (1985) lo define como una especie de constante de las pérdidas en la historia *del deseo de un sujeto*.

La *relación de objeto* en dicha relación de estructura se juega en la tríada *frustración, privación, castración*, en relación, a su vez, con los tres registros: Simbólico, Imaginario y Real. Y en esta perspectiva, el objeto es siempre una falta de objeto, motor del deseo y *origen* de la fantasía.

La *frustración*, verdadera piedra angular en este tema, no es sino un modo de nombrar en el vínculo con el otro (lo que el otro —la madre— ejerce sobre el niño) el procesamiento de la radical pérdida del objeto, la aparición de la falta del objeto que va a permitir la emergencia del deseo. Piedra angular porque tanto determina la estructura normal como desencadena sus fallas. Nombra entonces, en lo vincular, el proceso de afirmación y expulsión, que Freud describe en *La negación* (1925/1979b), en su vínculo con la prueba de realidad y del origen del juicio: la pérdida inicial. Allí describe una situación *de* pérdida instauradora de la posibilidad de pensar.

Discernimos una condición para que se instituya el examen de la realidad; tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva (real).

La afirmación como procura de una satisfacción objetiva (real).

La afirmación como *sustituto* de la unión, pertenece a Eros, y la *negación* sucesora de la expulsión, a la pulsión de *destrucción*.

[Se trata de que] la creación del símbolo de la negación haya permitido al pensar un primer grado de independencia respecto de las consecuencias de la represión.

Lo que está pues en juego es un proceso de separación (hay *pérdidas, expulsión y afirmación*) que genera símbolos que se vuelven el «sustituto», «certificado de origen de la represión». Momento constitutivo del pensar para Freud que supone la reunión, la aceptación de la pérdida con la expulsión *como mecanismo*.

Dicha alternancia de pérdida y reunión impregna los avatares de la relación con el otro: el niño y su entorno, abarcados en la tríada ya mencionada (*frustración, privación, castración*).

En torno a la frustración, Lacan (1956-1957/inédito) subraya que en la medida que algo demandado puede ser rechazado, es que ese pedido puede articularse *en* el orden simbólico. Para que ocurra dicha articulación, es tan importante el pedido como su posibilidad de ser escuchado (y no ser satisfecho).

De allí que el *no* de la negación freudiana podemos verlo no solo como un mecanismo autónomo: jugando en la relación con el otro, aparece como un elemento que se resignifica en el concepto de frustración.

La *frustración* implica una pérdida en lo imaginario, en esa relación dual madre-niño, y refiere a un objeto real en juego y que puede ser, en un momento dado, la madre misma. La frustración es «asunto propio de la madre simbólica», dice Lacan (1960), y se refiere a que la madre enseña al niño a sufrir frustraciones, «a percibir bajo una tensión inaugural la diferencia entre pérdida e ilusión» (1956-1957/inédito).

En la *depresión* o en los momentos depresivos de la infancia, esta función materna falla o desfallece, se desarticula esta dialéctica separación-alienación en la constitución del deseo y lo que se exterioriza es la dependencia en su lado de exceso.

«La frustración tiene valor no solo inaugural sino que conduce a otra cosa: la castración. El momento de la frustración desemboca sobre otro plano, el del deseo» (Freud, 1956-1957/inédito).

Pérdida resignificada a lo largo *de* la evolución libidinal, la cual va marcando su misma impronta en las identificaciones, desde la primera especular a la de los ideales.

Frustración que podemos pensar como un elemento que integra el duelo. Se mediatizan las pérdidas por la disponibilidad de fantasías. Es decir que esta habla de la caída y pérdida del objeto *a*. Es una instancia de articulación de los tres registros que quedan así anudados en un corazón que será el *a*, lugar ahora que nombra en minúscula el objeto perdido.

El proceso del duelo abarca así la pérdida, el anudamiento de registros, disponibilidad del fantasma; al mismo tiempo, el recuerdo permite, ahora sí, dolerse de lo perdido. El desasimiento de lo perdido como correlativo de la individualización.

En los momentos melancoliformes de la infancia ocurren borramientos de dicha articulación.

Una demanda sin respuesta (exceso o carencia de frustración) impide atravesar el duelo del objeto. Lleva a retomar la imagen más arcaica de la madre omnipotente, el Otro no borrado.

El lugar del *a* no se tapa con los sucesivos objetos metonímicos, la fantasía, y su relación con el otro remite al momento en que el *a* es la madre, no ya el semejante en el extremo del eje narcisista en la relación dual, sino Otro Absoluto que se aproxima a la Cosa. Ocurrencia que detiene o imposibilita la caída del objeto *a*, la pérdida. No se dispone del lugar que dicha pérdida determina y no hay lugar para la fantasía (el sujeto se confunde con el objeto). No hay disponibilidad de fantasía. No ya la omnipotencia o la negación, que son ambos procesamientos simbólicos, fantasías que hablan de la articulación S. I. R. Se vuelve eso imposible (unión con la Cosa), y no habiendo deseo de deseo, no se promueve ninguna pérdida. Y ante la angustia de una presentificación tal de lo siniestro, al niño no le quedan muchas respuestas.

Surgen entonces la *depresión* y la *melancolía*, no como ataque al objeto introyectado, sino como un defecto de simbolización donde no ocurre una pérdida simbólica.

Y esto, creo, es algo que podemos ubicar en la perspectiva freudiana de la depresión. Me refiero a su concepto de *inhibición* que desde el Manuscrito G (Freud, 1892-1899) a *Inhibición, síntoma y angustia* (1926/1979a) mantiene en la explicitación de la depresión. «Inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional y dolor por ello» (Freud, 1892-1899). «Herida abierta», metaforiza Freud, «agujero en lo psíquico». «La sombra del objeto recae sobre el yo», dirá años más tarde. Podemos verlo como un modo de nombrar las peripecias de la imagen especular, el doble, la relación imaginaria dual que, en vez de conducir a la pérdida en el campo del Otro, quedan en la depresión melancólica como pérdidas en el yo, dando lugar a fallas sucesivas en las cuales la frustración y la privación no organizan la castración y el avatar edípico.

Inhibición que se traduce en lo afectivo por todo el complejo sintomático del dolor, la tristeza, el abatimiento, la pérdida de interés, y que compromete el polo esencial del cuerpo en el marco de esa dificultad de simbolización, y allí *este se* hace acto, pero *no* acto en su *dimensión* de discurso que en modo similar a la palabra implica el sujeto de deseo y la

expresión de sus fantasías. Lo que emerge es algo del orden de la acción no sostenida por lo reprimido, esa aparición inquietante y sorpresiva que caracteriza el *acting-out* y el pasaje al acto.

Tal vez por esto, porque la expresión clínica (o sintomática) de esta afección son actos, comportamientos y trastornos del humor, es que se vuelven tan significativas esas captaciones singulares de Freud, aún en un contexto temprano de su pensamiento. En las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Freud (1918) comenta una presentación acerca del suicidio en la infancia (1910). Dice:

No hay que olvidar que el suicidio no es más que una salida, una acción, un desenlace de conflictos psíquicos y que lo que se trata es de explicar el carácter del acto y cómo el suicida viene a vencer la resistencia contra el acto del suicidio.

También señala que sería el miedo al incesto lo que lleva a los niños al suicidio. (*Miedo al incesto* que hoy podemos pensar, setenta años después, como la dificultad para el niño de acceder a la neurosis —dificultad para simbolizar la prohibición, la pérdida del objeto *a* y la castración—, perdiéndose él mismo en el avatar de dicha búsqueda).

Freud piensa algo de esto cuando dice que, en el suicida,

la pulsión de vida es vencida por la libido. La cuestión es saber en qué condiciones esta victoria es posible y cuándo ella conduce al suicidio en lugar de producir una neurosis. Según esto, *el suicidio no sería tanto una consecuencia, sino un sustituto de la psicosis*, aunque ambas formas puedan combinarse. (destacado mío)

Incesto o unión letal con la madre (como Otro Absoluto), ámbito narcisista donde no se posibilita la aceptación de ninguna pérdida. Desfallecimiento de la estructura donde lo edípico no logra preeminencia sobre las articulaciones narcisistas.

El *a posteriori*, que organiza desde la peripecia edípica los procesos de separación y pérdidas implica, a su vez, que representación y pensamiento se ven trabados.

Y lo que se manifiesta en la clínica es ese desfallecimiento simbólico. El acto es lo que hay que explicar, dice Freud. Es que no surge un síntoma, una solución de compromiso entre instancias. Lo que emerge es del orden del acto.

Aparece así el registro freudiano de la inhibición, o el lacaniano del desfallecimiento de la estructura. Están muy próximos aún en el resorte último de esa inhibición o desfallecimiento. Ambos hablan de un soltarse de las representaciones.

Freud (1892-1899) nos dice que «la soltura de asociaciones es siempre doliente. Mediante una hemorragia interna nace un empobrecimiento de excitaciones, de acopio disponible, que se manifiesta en las otras pulsiones y *operaciones*» (destacado mío).

Por otro lado, desde la perspectiva lacaniana se habla de aflojamiento del sujeto en la cadena significante, un no disponer del objeto del fantasma y el surgimiento de la angustia que lo conduce al *acting-out* o al pasaje al acto. Aflojamiento significante con conservación de lo imaginario en el *acting-out*, o el patético soltarse de ella en el salto a lo real del pasaje al acto (Lacan, 1963/inédito; Cottet, 1985; Gauguin, 1987).

Acciones que no tienen valor estructurante, valor metafórico (más que para el que las «escucha»). Huida o sideración. Ni el *acting-out* ni el pasaje al acto tienen el estatuto del acto en su efecto significante como lo tiene en cambio el acto-gesto-juego del discurso infantil.

Aflojamiento del sujeto de su propia cadena significante para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia del deseo del Otro. Así, esto se evidencia en la dependencia hostil con respecto a la madre, con ese aumento de la tendencia a seguirla en las protestas y exigencias constantes, huidas provocadoras, negativas a aceptar sustitutos maternos, rabieta y severas pataletas. Conjunto de signos con los que M. Mahler describe el estado de ánimo negativo en el niño pequeño y que puede oscilar en ciclos periódicos; y en la sesión analítica, los comportamientos que Melanie Klein describió como tentativas de suicidio inconscientes (golpearse, lastimarse o ponerse en situación de riesgo) no son sino esos *acting-outs* o a veces pasaje al acto, testimonio de movimientos melancoliformes, verdaderos agujeros de simbolización.

Las respuestas del niño en esos momentos puntuales que la frustración desencadena y que son del orden del hacer son signos, llamados; sin comprender el niño generalmente lo que hace, reclama un sentido que solo puede venir del otro. Expresión de la falla del aparato psíquico cuando se enfrenta a la angustia. Testimonio del fracaso en la pérdida del objeto (caída del *a*) que debe reintegrarse como posibilidad de pérdida en la verbalización, simbolización secundaria que propicia el discurso analítico.

Huida o sideración —decía antes—. Huida en un doble registro:

- el de los actos de fugas, huidas reales más o menos significativas;
- la huida en lo psíquico, un aflojamiento significativo, el *acting-out*.

En este ámbito de las expresiones clínicas, se vuelve significativa la ubicación del *acting-out* que realiza Lacan en el seminario *La angustia* (1963/ inédito). Lo señala como testimonio de una falla en la función del duelo. Es que en tanto que suspensión de pensamiento, es al mismo tiempo una instalación en la demanda (no duelo, no pérdida). Búsqueda en el otro de ese don (de amor) que reafirme su unión, y en la insistencia solo se establece la persistencia del pedido que atestigua esa unión (que se vuelve soldadura). Sin desunión, sin barra, sin separación, no se instituye el sujeto deseante. Se queda en la demanda que se vuelve caricatura, escollo del deseo. Un modo de expresión de no disponer de ese elemento simbólico (muerte de la cosa y aparición del símbolo), es cuando la palabra se vuelve acto. En una dimensión concreta, real, no metafórica, de llamado al otro. Obliga al otro a atender algo que lo conmociona (con-mueve) y entran todos los órganos de los sentidos en juego. La palabra estalla en sus múltiples «raíces» corporales, se vuelve acción, movimiento, acontecimiento (huidas, rabietas, accidentes) o sideración, inhibición de la acción, el temido tedio, aburrimiento que también connota el peligro del silencio y la muerte (tirarse o dejarse morir).

Singular espacio, este, de las manifestaciones clínicas de la depresión en la infancia. Signada por comportamientos (de menor o mayor impacto), no se deja ubicar fácilmente en las conceptualizaciones psicoanalíticas.

Ni síntomas ni fantasías, el *acting-out* y el pasaje al acto ocupan un lugar complejo y difícil de sistematizar.

La distinción entre el *acting-out* y el *pasaje al acto* corresponde a sucesivas propuestas realizadas por Lacan (1956-1957/inédito, 1962-1963/inédito) y profundizadas luego por analistas lacanianos (Gauguin, 1987).

Sin pretender abarcar todos los matices que surgen de dichas reflexiones, señalaré, no obstante, que en general al *acting-out* se lo entiende como la disolución simbólica con conservación de lo imaginario, mientras que en el *pasaje al acto* habría una disolución imaginaria, escapando en lo real a toda inscripción significativa. Y en relación con el objeto *a*, ambos serían respuestas a la irrupción de dicho objeto en escena derivadas de la angustia ante lo real. Huida del *a* en el *acting-out*, fusión con él en el *pasaje al acto*. Habría en este último caso un instante último de identificación con el objeto *a*, eso que debería haberse perdido de haber existido respuesta en el otro. Se pierde ahora radicalmente en dicha fusión en ese encuentro con lo real del no deseo del Otro, dando cuenta así de esa irresistible tendencia al suicidio de los hijos no deseados. ♦

RESUMEN

Tomando algunas ideas acerca de la etiología de la depresión en la infancia, se plantea la posibilidad de pensar el desamparo psíquico como la dificultad en un momento dado de disponer de la capacidad de simbolización (pensamiento, verbalización).

El desamparo para el sujeto es máximo en esos instantes de angustia en los que, no disponiendo del símbolo, estalla en actos que son, a su vez, expresión inequívoca de tal reclamo. Se toma el concepto de frustración para articular allí la importancia del otro y su compromiso libidinal para hacer efectiva la función simbólica de la pérdida real.

Finalmente, se realizan algunas consideraciones acerca de la expresión clínica de la depresión en la infancia donde quedan apoyadas las consideraciones teóricas acerca de la dificultad de simbolización como resorte etiológico. Así, las expresiones clínicas son del orden del acto, no sostenidas por su efecto significante. *Acting-out* y pasaje al acto como testimonios del borramiento de la palabra.

Descriptor: DESAMPARO / INFANCIA / ACTO / DEPRESIÓN / SIMBOLIZACIÓN

SUMMARY

Based on some ideas on the etiology of Depression in infancy, the paper tries to consider psychic helplessness as the difficulty met at a given moment for having the capacity to symbolize available (thinking, verbalizing).

Helplessness is at its peak for the subject in those moments of anxiety when, unable to resort to the symbol, he bursts in acts that are, at the same time, an unmistakable expression of that claim. The concept of frustration is used in order to articulate the importance of the other and its libidinal commitment so as to make the symbolic function of the real loss of the object effective.

Finally, the clinical expression of Depression in infancy is discussed to support the theoretical considerations about the difficulty in symbolization as an etiological factor. Thus, clinical expressions relate to the act, not

sustained by their signifying effect. Acting out and enactment as testimony of the way the word is erased.

Keywords: HELPLESSNESS / INFANCY / ACT / DEPRESSION / SIMBOLYZATION

BIBLIOGRAFÍA

- Cottet, S. (1985). La belle inertie: Note sur la dépression en psychanalyse. *Ornicar Revue du Champ Freudienne*, 32, 68-86.
- Freud, S. (1986) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito G. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1892-1899).
- (1979a). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- (1979b). La negación. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- *Minutes de la Société Psychanalytique de Vienne* (vol. 2). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1918).
- Gauguin, M. (1987). El acting out, el pasaje al acto y la transferencia analítica. En J. D. Nasio (comp.), *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Juranville, A. (1984). *Lacan et la philosophie*. París: PUF.
- Lacan, J. (1960). *L'ethique en psychanalyse*. (Inédito).
- (1962-1963). *Seminario: La angustia*. (Inédito).
- (1956-1957). *El seminario de Jacques Lacan, libro 4: Las relaciones de Objeto y las estructuras freudianas*. (Inédito).
- Mahler, M. (1966). *The depressive effects in psychoanalysis: A general psychology*, Int. Univ. Press.
- Nasio, J. D. (1985). *El magnífico niño del psicoanálisis*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1987). Las formaciones del objeto a. En J. D. Nasio (comp.), *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Desamparo: «Acontecimiento» y repetición. *Après coup* en transferencia



SUSANA GARCÍA¹

La brillantez interpretativa del contenido manifiesto viene a encubrir la total ignorancia de lo que se mueve en el fondo [...].

Si [el paciente] se contenta con repetir nuestras formalizaciones de su mundo psíquico y con no hablar ahora sino el *new speak* pregonado por los diferentes «partidos» analíticos, habremos transformado en su contrario, nolens volens, una experiencia que pretendía ser desalienante.

Piera Aulagnier, 1976/2018

Cuando estaba pensando este trabajo, me surgió el tema del desamparo junto con la repetición de lo traumático y sus posibilidades o no de resignificación en el análisis. Evoqué situaciones clínicas donde hay una dificultad de movilidad, de asociación, en las formas de la repetición, temas que han sido de constante interés en mi práctica y mis reflexiones teóricas como psicoanalista. ¿Cómo trabajar con esos restos fragmentarios, que no tienen ligazón a palabra pero se expresan en actos, en enfermedad somática o en reestructuración psíquica?

Todos sabemos que el desamparo estructurante es el que obliga a constituirnos como sujetos. Presencia y ausencia, pares inseparables para que el infans pueda sustituir lo que le falta, siempre con precariedad, siempre tolerando el límite, siempre teniendo que renunciar a la omnipotencia, haciendo el duelo por lo perdido para siempre, pero buscando nuevas formas de transcripción.

1 Analista titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
sgarvaz@gmail.com

Como ya he expresado (García, 2005), esto sería lo traumático estructural, violencia primaria imprescindible, con sus dos vertientes, el otro auxiliador no *es*, no *está* todo lo que la omnipotencia y el desvalimiento del bebé *necesitarían*, y además lo erotiza sin *saberlo*.

Entonces, me importa distinguir lo siempre traumático del desamparo, esta situación antropológica fundamental que plantea Laplanche (1996). Asimetría radical adulto-niño, necesidad del otro para vivir, para recibir estímulos, adquirir marcha, lenguaje y valores, y sobre quien también se implanta lo ignorado por el adulto, lo que constituye una imprescindible libidinización para que emerja el sujeto deseante, con sus anhelos, sus fantasías, sus frustraciones. En esta perspectiva queda planteada de entrada la sexualidad que viene desde el otro y es de algún modo creada y recreada por el infans. Lo que creía poseer es solo una ilusión; surge frustración, vivencia de indefensión, angustia, pero al mismo tiempo se abre el terreno de la esperanza, de la búsqueda, motor vital que lleva a aceptar sustituciones, desplazamientos abriendo a la simbolización y a la constante resignificación, que permite la alteridad.

Pero hay otro desamparo, que nos obliga a repensar los problemas.

En un encuentro con Marcelo Viñar², yo decía que hay hechos traumáticos que dañan particularmente al psiquismo, *acontecimientos* terribles, que con frecuencia configuran duelos imposibles de tramitar y obligan a defensas primarias, a identificaciones alienantes o, peor aún, a forclusiones. Situaciones arrasadoras de la estructura psíquica que debemos considerar con sumo cuidado. Tortura, pérdidas dramáticas, campos de exterminio, migraciones, marginalidad y sus sevicias. Recuperemos «la dignidad de los hechos» (Gil, 2011)³ y pensemos juntos cómo abordar esa dramática humana que requiere del concurso de todos, de la academia, de los trabajadores, de los empresarios y de todo el contexto político y social.

Respecto del acontecimiento, entiendo que es una desviación de los postulados irrenunciables del psicoanálisis interpretarlos como hechos

2 Actividad científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, marzo de 2018, Montevideo.

3 Daniel Gil lo dice en referencia a la reflexión sobre sexo, sexualidad, sus construcciones y diferencias sexuales.

reales a pesquisar y pensando que hay una relación causal y lineal con el sufrimiento neurótico o psicótico del sujeto.

En eso podemos afirmar que no hay acontecimiento o no hay trauma a descubrir de los orígenes. Como lo muestra la Carta 52 de Freud (1896/1986a), hay diversas formas de transcripción, regidas por distintas leyes, y lo representado —o el significante (no entro en ese debate)— es siempre el ausente que motiva la construcción de novelas del yo. No hay que ir a pescar «aquello acaecido»... pero hay un pero...

Al respecto, voy a mencionar la película uruguaya *Ojos de madera*, de Germán Tejeira y Roberto Suárez (Casanova, Tejeira y Suárez, 2017), que se proyectó y comentó desde distintas disciplinas en nuestro Congreso sobre Desamparo. Se trata de un niño que sufre un accidente terrible con sus padres, y el único que queda vivo entre los muertos es él. A ese niño lo cuidan, se preocupan por su mutismo o sus rarezas, pero nadie le habla ni le explica lo ocurrido, ni pone palabras a su terror.

Sabemos que cada uno tramita esos traumatismos de manera absolutamente individual; lo anterior de su modo de relacionarse y lo posterior se juegan en armados imposibles de conocer *a priori*, infinitos desplazamientos, identificaciones inconscientes, armado siempre en dos tiempos, siempre *après coup*. Pero yo planteo que en este caso hay un traumatismo extremo que dañó gravemente la estructura y se vincula, entre otras cosas, con ese *acontecimiento*.

Foucault (1979/1992) señala la importancia que ha tenido, en particular para las ciencias humanas, la incidencia del estructuralismo para desterrar el concepto de acontecimiento, pero nos advierte:

No se trata de poner todo sobre un mismo plano, que sería aquel del acontecimiento, sino de considerar que **existe toda una serie de estratificaciones de acontecimientos diferentes que no tienen ni el mismo alcance, ni la misma amplitud cronológica, ni la misma capacidad de producir efectos.** (p. 179)

Pienso que vale la pena, para abordar la clínica, diferenciar aquellos signos-huella que logran traducción a palabra, siempre de modo parcial, siempre dejando resto, de las *marcas primarias intromisionantes*, como

expresa Laplanche (1996), *violencia secundaria* de Piera Aulagnier (1977), que tienen escaso o nulo poder de traducción. También estar atentos a investigar acontecimientos que acaecen en cualquier etapa de la vida y pueden desestructurar el armado psíquico.

Con estas dos últimas, es imprescindible encontrar modos de abordaje, tarea que Freud nos legó. Así, su afirmación de la necesidad de mover en el análisis los fenómenos residuales, trabajados en nuestro medio por Fanny Schkolnik (2016), es objetivo imprescindible del tratamiento. Con esto planteo la necesidad de retomar, reformular los planteos freudianos, que se continúan haciendo sin que se pierdan los conceptos fundamentales. No le pidamos a Freud lo que no podía dar, como dice Laplanche (1986 [1984]/2015): «no podía ir más lejos. No podía profundizar más en la articulación original del acontecimiento y el fantasma».

Por su parte, nuestro entrañable historiador José Pedro Barrán (2008) plantea: «todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor» (p. 74).

Una de las formas de trabajar estos traumatismos patógenos es valorar los acontecimientos que el paciente nos relata o que podemos pesquisar en gestos, posturas, fragmentos, padeceres; acontecimientos generadores de angustia, horror, condenados a repetirse y que tienen carácter de inligables para el sujeto. ¿Cómo ligarlos? Ligar, dice Laplanche (1986 [1984]/2015),

es un per, una perlaboración que tan solo puede ser una escucha elaborativa subordinada. [...] la chispa solo puede surgir entre dos polos. Es un per que viene a suplir en todo ser humano (que acude a análisis) las fallas, los desgarros, las monstruosidades irremediabiles del para-excitaciones interno.⁴

Estoy de acuerdo con la elaboración subordinada y la chispa que surge entre dos polos, pero ¿se limita solo a la escucha? No ligamos y elaboramos internamente, lo formulemos o no, en su oportunidad, con otros referentes

4 Se refiere a la conferencia de André Beetschen: *Écouter, lier: L'analyste et le pare-excitations*.

que, como señalaba más arriba, no son solo palabra, aunque los convirtamos o intentemos convertirlos en palabra. El cuerpo, los actos son a veces indicios fuertes que favorecen las ligazones o nuestras propias asociaciones que nos sugiere el paciente sin palabras, nos lleva a un film, un libro, un poema, un recuerdo personal, una imagen, que a veces se convierte en indicio para generar hipótesis.

El acontecimiento, dice Bleichmar (2006),

es un modo de subrayado que, en definitiva, por efecto del relato [yo agrego: cuando lo hay] deja afuera la parte acontencial estrictamente acaecida, del mismo modo, el traumatismo es lo que escapa al relato, aquello [...] que acosa y llega a derribar [...] las formas habituales de defensa del yo que no pueden hacerle frente a esta efracción de la significación⁵ (párr. 15)

generándose un traumatismo patógeno.

Esto pasa en nuestra realidad cotidiana, con los desheredados de la tierra, con lo que significo como desamparo desestructurante, sin olvidar que el mismo no obedece solo a motivos socioeconómicos, sino que abarca todos los sectores sociales.

Quiero decir una palabra más sobre el papel de la sexualidad implantada por el adulto sobre un niño sin lenguaje, sin posibilidad de pensar y sin un armado defensivo suficiente. También es una erogeneidad necesaria, pero siempre que incluya el reconocimiento de que es otro. Sin embargo, se ven con demasiada frecuencia, también en todos los sectores sociales, excesos de erotización-posesión o carencias-faltas de libidinización, abandonos, indiferencia, y esto marca de una forma compleja la estructura.

Me parece significativo el ejemplo que aporta Harris (17 de agosto 2018) en el trabajo presentado en nuestro Congreso, acerca de una paciente, madre, que relata los placeres eróticos vividos en el amamantamiento del hijo y el estado de extrañamiento angustioso que le generaba alimentar

5 Bleichmar trabaja aquí las ideas de Pierre Nora: Nora, P. (1984). *Los lazos de la memoria*. París: Gallimard.

a la hija, con la que mantiene dificultades. Aquí surgen asociaciones y recuerdos que permiten también configurar la hipótesis de algo muy difícil desde siempre con su propia madre, niña expuesta al cuerpo materno y sus desbordes, un cuerpo demasiado ausente y demasiado presente.

Esas marcas, esas huellas, esas situaciones —muchas de ellas caídas bajo la represión secundaria, otras seguramente más primarias— ¿pueden transitarse si no hay otro que se disponga en transferencia a la escucha y a la búsqueda comprometida? Búsqueda que lleva a la interpretación, pero no solo, sino a construcciones y a establecer lazos posibles que han quedado desconectados y muchas veces no se escuchan, sino que es necesario inferirlos desde fragmentos de palabras, desde los actos, desde el modo de ubicarse en sesión, escuchando en ocasiones un relato que parece un informativo desafectivizado, el paciente habla de otro que no es él, transmitiendo una ajenidad que ubica en ocasiones al analista exactamente en el otro extremo, angustiado, perturbado, horrorizado y sin encontrar las palabras.

Esto se ve en forma permanente en nuestra clínica, relatos desafectivizados o desbordes actuados, que dan cuenta de repeticiones que no encuentran mejor forma de ligazón.

Harris (17 de agosto 2018) nos relata sobre otra paciente, Clara, que estaba: «en un desamparo que apenas podía conocer como una repetición». Señala: «Me cuenta su historia sin un sentido de su significado y significatividad». Y agrega: «Llegamos a decir algo sobre el estado en el que puede caer cuando surge cualquier situación de pérdida o de separación. Arenas movedizas. Cae en un estado disociado y sin palabras, desapareciendo en ninguna-cosa (*no-thing*) y ningún-lugar (*no-place*). Nos hemos mantenidos juntas (a menudo enfrentando mi desamparo y el suyo). Después de varios años de trabajo y después del nacimiento de su segundo hijo, la analista sentía que había estado muy cerca de perderla y de que ella perdiera todo». Nos dice: «Yo vivía el desamparo de sentir que ella podía repetir el destino de su madre adoptiva, que su derrumbe determinó la separación», la pérdida de su mundo infantil, a los seis años.

Este es para mí un punto clave, vivir lo que la paciente no puede vivir y actúa pero sabiendo (a veces) que somos otros y sin contraactuar. Somos depositarios de lo escindido, de lo desmentido, de lo que no encuentra palabras y de los afectos coagulados.

Y sí, Clara desaparece en ninguna-cosa y ningún lugar, y también lleva a cabo actuaciones cada vez más dañinas con el alcohol y la sexualidad con personas desconocidas, que no sabe quiénes son. Como ella. ¿Quién es? ¿Cuál es su apellido? ¿Quiénes sus padres? ¿Qué han querido de ella? ¿Y su analista qué querrá? ¿Cómo confiar?

Sin embargo, el tratamiento se sostiene: «Volvemos del precipicio». «En las arenas movedizas», nos dice con acierto la analista, y remarco el plural que a mi juicio no es pérdida de la asimetría, sino consecuencia del trabajo en la cubeta (Laplanche, 1990).

Así es con estos pacientes con graves traumas en la infancia. Cuando se puede mantener el análisis es porque la analista logra ubicarse como un objeto constante, en una estructura llena de rupturas, de huecos, de traumas activos, analista que padece pero resiste los embates de su paciente, convirtiendo el análisis en un lugar donde se puede desplegar la desesperanza, el horror, el miedo, la desconfianza, el odio, la retaliación y, a veces, el amor. Harris dice que la repetición persiste en la paciente ante las separaciones, lo pienso con Roussillon (1995) como «actos mensajeros». Actos que siguen buscando ser apalabrados, que tienen que seguir trabajando juntas, con la esperanza de que surja una resignificación mayor, aceptando el límite, pero transitando ese complejo camino de las arenas movedizas en las que a veces parece que nos hundimos más aún que los pacientes, pero confiando en la búsqueda de las huellas que están marcadas en el cuerpo, con el calor de la transferencia y sus cuidados.

También debe destacarse la soledad ética (Stauffer, 2015), referida a la ausencia de testigo sobre lo acaecido principalmente en la infancia, pero también en situaciones de exterminio o terrorismo, y creo que hay una situación muy dramática que es la existencia del conocimiento de muchas personas que guardan el secreto, niegan o desmienten, dejando al niño absolutamente desamparado, teniendo que recurrir a su propio y frágil sostén, lo que lo obliga a un recurso como la culpa. ¿Qué hice yo para que esto me sucediera? De paso, trata de dejar indemne lo vivido con los objetos originarios; o recurre también a identificarse con el agresor, repitiendo la violencia ejercida sobre él, ahora adulto, sometiendo a otros; o en actos autodestructivos en los que repite una y otra vez lo vivido sin reconocerlo; también con salidas somato-psíquicas o convirtiéndose en

robot, que no siente, no recuerda, no tiene historia, como plantea Joyce Mc Dougall (1996). Es decir, con los recursos que puede armar, con su yo precario y atacado, según las circunstancias. Esto también se ha visto con las víctimas del terrorismo y del Holocausto, entre otros.

Estas situaciones nos obligan con frecuencia a modificaciones de encuadre y cambios en el posicionamiento del analista, ya sea respecto a la frecuencia, a la actitud a asumir ante la dificultad de asociación del paciente, al no uso del diván, a cambios significativos respecto a la neutralidad.

Para mí, el análisis implica el mantenimiento de la asimetría y la abstinencia, el trabajo en transferencia, se interprete o no, el abordaje de la sexualidad y los conflictos, el compromiso afectivo del analista y su capacidad de espera, su tolerancia a lo enigmático, así como el resistir a los ataques y a las defeciones.

Otro aspecto a tomar en cuenta con pacientes gravemente traumatizados es el lugar del objeto, aspecto que implica al analista como presencia. Pienso en la función objetalizante teorizada por Green (1996), que señala que «es imposible homogeneizar los efectos del objeto» (p. 253) y que «el objeto es inductor o catalizador de la ligazón» (p. 256), y esto lo encontramos en el trabajo clínico. Ni fueron homogéneas las figuras originarias ni tampoco lo somos nosotros como analistas.

¿Cómo sobreviven muchos a tanto desamparo? Algunos autores hablan del concepto de resiliencia; no me siento afín a él. Planteo pensar en la complejidad de los restos dejados por los objetos originarios, pese a los cortes, los abandonos, las desapariciones, los abusos, pero algo les permite a nuestros pacientes seguir buscando y encontrar un analista que pueda vencer el miedo y sobrevivir como «un objeto capaz de dejar que se inscriban en ella los efectos de ese padecer» (Green, 1996, p. 260). Y esto favorece la emergencia del no-yo como lo inconsciente, pero también no-yo de la experiencia subjetiva (el analista), que es como sabemos de un objeto distinto a todos los otros; no por nuestro mérito, sino por las características del método.

Esto solo puede lograrse en transferencia, manteniendo la asimetría del encuadre, pero comprometiéndose con el dolor y el padecer del otro, que será siempre desconocido pero se conectará de alguna manera con nuestros propios dolores, con nuestras propias marcas, nuestros propios

límites, sosteniendo la esperanza sin omnipotencia y suspendiendo el juicio. Buen momento para reconocer nuestras impotencias, nuestros propios desconocimientos.

Barthes (1977/1998) dice que una de las fuerzas de la literatura es la fuerza de representación, porque se afana en representar lo real, que es irrepresentable, imposibilidad a la que la literatura no quiere someterse, solo tiene lo real como objeto de deseo.

¿Y los psicoanalistas? Barthes señala lo que ya planteó Freud, que lo real es inalcanzable, imposible de acceder, pero eso no quita que lo busquemos con la ilusión de alcanzarlo. ¿Qué hizo Freud (1917/1986b) con el Hombre de los lobos, en esa su infatigable búsqueda de la escena originaria? Escena no originaria, sino construida entre Freud y Serguei, con un analista afanado en su teorización y un paciente en transferencia, pero así se construyen las teorías, con tropiezos, con idealizaciones, con búsquedas que dejan huellas para ser rectificadas, ampliadas, descartadas.

También nosotros con los pacientes dañados construimos historias que permiten juntar fragmentos, armado psíquico, y no tienen que ser verdaderas, sino hacer malla, hacer un hilado de la historia transferencial que podrá o no el paciente ir descartando y recogiendo, lo que puede llegar a ampliar su capacidad simbólica, buscando que ceda la autodestrucción.

Nuestra función es apalabrar pero, junto con ello, aceptar que la palabra nunca va a dar cuenta de la dimensión del sufrimiento psíquico. Como dice Borges (1926/1998): «Pienso que las palabras hay que conquistarlas, viviéndolas, y que la aparente publicidad que el diccionario les regala es una falsía».

Interrogarse, recorrido teórico, compromiso, tesón, permitirse «lo fuera de frase», como dice Barthes (1973/2007), compartiendo lo que dice Nacht (1963): «No es tanto lo que el analista dice, sino lo que es [...] su real disponibilidad, su receptividad y su aceptación auténtica de lo que es el otro». ♦

RESUMEN

La autora propone discriminar lo siempre traumático del desamparo, imprescindible para que se constituya un sujeto, del desamparo que desestructura y dificulta un armado psíquico, donde el comercio entre yo, superyó e inconsciente no favorece la movilidad de las distintas transcripciones en la estructura psíquica.

Señala que lo traumático estructural, violencia primaria imprescindible, tiene dos vertientes: el otro auxiliador no *es*, no *está* todo lo que la omnipotencia y el desvalimiento del bebé *necesitarían* lo que va obligando a tolerar los límites, a renunciar a la omnipotencia, a hacer el duelo por lo perdido para siempre, pero que también permite buscar nuevas formas de transcripción. En este encuentro está también presente la erotización del cuerpo del *infans* por parte del adulto, erogeneidad necesaria, pero siempre que incluya el reconocimiento de que es otro.

No obstante, también vemos el desamparo desestructurante y lo intromisionante del adulto. Se subraya la frecuencia de excesos por parte del adulto, manifestados en una erotización-posesión o en carencias-faltas de libidinización, que marcan seriamente la estructura.

Estos traumatismos necesitan ser apalabrados, y esto solo es posible en transferencia, comprometiéndose con el dolor del otro y aceptando que la palabra nunca va a dar cuenta de la dimensión del sufrimiento psíquico.

Descriptor: ACONTECIMIENTO / DESAMPARO / TRAUMA / TRANSFERENCIA / ELABORACIÓN / PSICOANALISTA

SUMMARY

The paper suggests discriminating what is always traumatic in helplessness, essential for the constitution of the subject, from helplessness which fragments (desestructura) and makes psychic assembly processes difficult, where the commerce between the ego, the superego and the unconscious does not promote the mobility of the different transcriptions in the psychic structure.

The author indicates that the structural traumatic, unavoidable primal violence, with its two possible paths: the fellow other does not «exist» (no «es»), «is» not (no «está») everything that the omnipotence and the helplessness of the baby «would need», which forces the toleration of limits, mourning what is lost forever, but which also allows for the search of new forms of transcription. In this encounter there is also the erotization of the body of the infans by the adult. Necessary erogeneity, but only if it includes the recognition that the infans is another.

But we also find the fragmenting helplessness and the intrusion of the adult. The frequency of excess, manifest in an erotization – possession and / or absence – lack of libidinization, which severely mark the structure.

These traumatismos need to be put into words and this is only possible in the transference, committing to the pain of the other and accepting that the word will never manage to account for psychic suffering.

Keywords: EVENT / WORKING THROUGH / HELPLESSNESS / TRAUMA / TRANSFERENCE / PSYCHOANALYST

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2018). El derecho al secreto: Condición para pensar. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126. (Trabajo original publicado en 1976).
- Barrán, J. P. (2008). *Intimidación, divorcio y nueva moral en el Uruguay del 900*. Montevideo: Banda Oriental.
- Barthes, R. (1998). *Lección inaugural, Collège de France*. México: Castillo hermanos. (Trabajo original publicado en 1977).
- (2007). *El placer del texto*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1973).
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. Disponible en: http://www.silviableichmar.com/actualiz_09/Ladeconstruccion.htm
- Borges, J. L. (1998). Profesión de fe literaria. En J. L. Borges, *El tamaño de mi esperanza*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1926).
- Casanova, G. (prod.), Tejeira, G. y Suárez, R. (dir.) (2017). *Ojos de madera* [película]. Uruguay, Argentina. Alemania, Venezuela: Lavorágine Films.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: De la piqueta. (Trabajo original publicado en 1979).
- Freud, S. (1986a). Carta 52. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- (1986b). De la historia de una neurosis infantil. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).

- García, S. (2005). Trauma psíquico y método psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 149-169.
- Gil, D. (2011). *Errancias*. Montevideo: Trilce.
- Green, A. (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba.
- Harris, A. (17 de agosto de 2018). *Desamparo y estructura psíquica*. Trabajo presentado en Congreso Desamparo: Perspectivas Psicoanalíticas y Socioculturales, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Laplanche, J. (1990). *La cubeta. Trascendencia de la transferencia: Problemática 5*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2015). Traumatismos, traducción, transferencia y otros trans(es). *Revista Digital Alter*, 9. (Trabajo original publicado en 1986 [1984]).
- Mc Dougall, J. (1996). *Alegato para una cierta anormalidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Nacht, S. (1963). *La présence du psychanalyste*. París: PUF.
- Roussillon, R. (1995). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schkolnik, F. (2016). *Práctica psicoanalítica: Un trabajo de resignificación y simbolización en transferencia*. Montevideo: Rebecalinke.
- Stauffer, J. (2015). *Ethical loneliness: The injustice of not being heard*. Nueva York: Columbia University Press.

¿Qué nos ampara?



LEONARDO PESKIN¹

La necesidad de ser amparados es immanente a la condición humana. Desde el comienzo de la vida, aún en el útero, durante el nacimiento y en la infancia, se necesita del cuidado psíquico y biológico. Las figuras parentales que nos cuidan se constituyen en base al ámbito sociofamiliar donde se produce el nacimiento. El *infans* depende de un modo extremo, no sobreviviría sin la asistencia y el amparo brindados por quien haga de madre. Los cuidados necesarios varían según las pautas sociales, la puericultura y la psicología evolutiva. El amor y el deseo de esa madre deben ser moderados y modulados por funciones que se teorizaron como regulaciones paternas. Los deseos, amores, actitudes y roles son pautados por el entorno sociocultural, ya que la especie se encuentra alejada de la naturaleza y debe ir configurando formas que la remedien. Esto vale para la sexualidad, la autoconservación y la reproducción. Nos parecemos a los mamíferos, pero esa similitud requiere un trabajo de asimilación cultural. Es un aprendizaje que construye laboriosamente lo que en los animales ya está dado. A raíz de la carencia de un ser natural y la arrogancia de la especie, siempre surgen tentaciones de desviarnos de las metas pautadas. La condición humana es más sofisticada que la animal, pero permanentemente debe ser orientada al reconocimiento y cuidado de los semejantes. Eso hace que cuestionemos como inconcebible para cierta cultura lo que se hace en otra. El humano librado de las ataduras simbólicas que lo acotan llega a crear sentidos alejados de toda necesidad natural. Dejar vivir, querer

1 Miembro titular (didacta) de la Asociación Psicoanalítica Argentina. leonardopeskin@hotmail.com

y amar a los hijos y a los semejantes es una decisión. Siempre acecha el riesgo de deshumanizarlos, tratarlos como cosas. En los animales, vemos rechazos de las funciones parentales, también asesinato y devoración de los hijos, así como severas peleas con congéneres, pero están basados en el instinto y el margen que este otorgue al aprendizaje a partir de experiencias vividas. Matar, devorar a un hijo como Cronos, violarlo, regalarlo, venderlo o abortarlo derivan de que no haya moderación, basada en los diques del aparato represivo y la ley (asco, pudor, vergüenza, moral, culpa).

Todos estos argumentos nos van llevando a una conclusión obvia: lo simbólico —es decir, el universo significante— es el que sostiene y socorre a los humanos para salir del desvalimiento generado por el desarraigo instintivo de la especie. Pero la organización simbólica puede proteger o ser letal, tanto en el accionar de los otros sobre el sujeto como del sujeto hacia los otros.

Nos constituimos como sujetos mediante la alienación en el lenguaje y la separación de las tendencias pulsionales narcisistas; así, nos insertamos en un discurso cultural por vía del entorno parental. A este recorrido hacia la humanización lo denominamos vicisitudes edípicas, que llevan a la asunción de un lugar en una cadena simbólica. Mediante operaciones metafóricas, adquirimos un nombre y nos inscribimos fantasmáticamente en cierta realidad asumiendo sus reglas. Así, el amparo objetivo y la asunción del lenguaje permiten salir del desamparo. Estos hechos son la condición necesaria, núcleo de origen que nos sostendrá narcisísticamente a lo largo de la vida; cuando fracasan, se vuelve determinante de por vida el cuidado brindado por los otros. Las organizaciones discursivas en las que nos insertamos legislan y orientan el camino para la pulsión. Restringir una dimensión gozosa implica intensificar otras; al goce hay que darle un destino, y no todo puede ser sublimado. A nivel social, los discursos rigen el gobierno de una masa, una ciencia, una institución. Dependerá de la calidad de la orientación del discurso que considere a aquellos donde se impone o los cosifique. En toda sociedad o cultura hay un pacto que incluye o no reglas de cuidado. Las aceptaciones de estas condiciones se apoyan en las dinámicas simbólico-narcisistas que la especie, en tanto gregaria, tiene predisuestas. Freud las describió, destacando la creación y la función del padre como legisladora. Estas configuraciones sociales,

cuando son protectoras, no son necesariamente estables ni garantizadas; solemos ver fenómenos de regresión donde en breve plazo se pueden perder milenios de cultura. Las dinámicas que venimos considerando derivan del inevitable malestar en la cultura que puede conducir a graves regresiones, las que llevan a la violencia, a la guerra o a dolorosas expulsiones. Aun así, la peor alternativa no es la regresiva, sino que haya un siniestro «progreso» hacia el odio en la efectivización del ataque y la destrucción. Es decir, una organización que, aplicando toda la sofisticada capacidad simbólica, la pone al servicio del exterminio de los otros. Esto va desde proyectos intencionales de desamparo a las formas más aberrantes o sutiles de destrucción sin resto. Ya no se trata de descuidar ni expulsar, sino de hacer desaparecer al otro sin dejar rastros de que hubiera existido. Estas prácticas no son hechos individuales como en la tragedia clásica (Antígona o el propio Edipo), sino que son hechos masivos, en los que toda la maquinaria científico-tecnológica y legal de un Estado es puesta al servicio de la extinción de naciones enteras o de ideologías completas. Hay formas estruendosas como las guerras o sutiles como el colonialismo, el capitalismo y sus derivaciones más tardías, que estamos viviendo.

En nuestra clínica nos encontramos, en menor escala, con los mismos problemas que en lo social observamos a gran escala. En las historias de las familias y de nuestros analizantes observamos los estigmas de los desamparos vividos, desde formas leves a severas. Nadie pasa indemne la historia de asunción de un lugar en el gran Otro que lo determina. Los pasos de constitución subjetiva llevan inexorablemente a pérdidas, como renuncias al goce de los objetos parciales para alcanzar una posición fantasmática. Estas pérdidas, Edipo mediante, son duelos y pueden o no ser acompañadas de modo que se atenúe el efecto traumático; no obstante, dejan cicatrices que van marcando la vida de nuestros analizantes. Hay accidentes típicos del desarrollo, como son las muertes de abuelos o padres, las separaciones, los nacimientos de hermanos, el atravesamiento de la escolaridad, la asunción de los rasgos físicos, el desarrollo púber-adolescente, etc., donde es puesta a prueba la estructura psíquica alcanzada. Este tránsito requiere ámbitos, presencias o ausencias que faciliten la elaboración que depende de que el tiempo de la demanda cultural considere el tiempo de cada sujeto. En nuestra clínica vemos microcatástrofes

evitables que luego no son del todo reversibles. Dentro de un análisis, se nos plantea cómo abordar en un tiempo actual lo que el tiempo histórico no permitió significar y resolver. La tendencia más desamparadora termina siendo la repetición de lo traumático como expresión de la pulsión de muerte, íntimamente ligada al masoquismo. En el avance del análisis, la dialéctica clínica que inexorablemente se sostiene por la transferencia nos pone frente a la compulsión a la repetición, que junto con el empuje del Superyó imponen el volver a vivir lo devastador del trauma. Frente a estos embates, que a la vez son la oportunidad de un cambio, nos queda el amparo del espacio analítico, que, como en el origen de la vida, es una condición necesaria pero no suficiente, y es ahí donde el recurso del diálogo busca modificar lo que quedó coagulado por represión del conflicto. Estas dos condiciones —el poder sostener el análisis y que este promueva un cambio en la significación de lo traumático— serían la tarea. Las fijaciones probablemente sean inmutables y hacen al diseño de la represión construida sobre rígidos pilares que sostienen el aparato psíquico. Lo que ofrece el análisis es que el sujeto encuentre un lugar que no lo confronte tan descarnadamente con sus miserias de origen. Los únicos recursos son la palabra y los actos que permitan un corrimiento de aquel real que determina al sujeto. Pero, insisto, las acciones que generan un cambio son las que respetan el tiempo del sujeto. Lo que ampara en un momento es obstáculo en otro. Por eso es tan importante que el análisis tienda a una terminación, lo que en una etapa o en algún momento salva al estar presente, en otro momento salva al dejar de estar. No es más que el *fort-da* donde estos dos significantes dan oportunidad a la constitución del sujeto, siendo que la fase expulsiva, ausentificadora, es dominante para promover que el sujeto se sostenga construyendo su propio deseo y abandone el deseo del Otro. Esto no solo en el fin de análisis, sino en cada intervención de un analista, ejerciendo la capacidad de destituirse para promover la autonomía del sujeto, tanto como en la función materna lograda.

Voy a introducir una viñeta. Hace muchos años atendí a una mujer extremadamente frágil y susceptible, básicamente fóbica. Dependía mucho emocionalmente de sus padres y, como suele acontecer en las fobias, la madre era dominante. Luego de unos años de análisis, logró desprenderse parcialmente de los padres, terminar su carrera, casarse y tener un hijo.

Cada obstáculo la desesperaba, y le costaba manejar la angustia. Cuando los padres viajaban, se sentía abandonada y pendiente, temiendo las mayores desgracias, como enfermedades graves o accidentes, hasta que ellos le decían que estaban bien, y en ese momento expresaba la rabia por lo que le habían hecho pasar. Estos finales de las crisis mostraban la posición narcisista implicada en su fobia. Sus preocupaciones eran controlar todo, ser muy tenida en cuenta y ser atendida por el marido o una amiga permanentemente. Todo eran sobresaltos y alivios parciales. No obstante, había estabilizado su vida y había logrado muchos períodos de placer. En un momento se produjo una coyuntura particular en mi vida, que me obligó a suspender el análisis por razones ajenas a mi voluntad. Sabiendo cómo era ella, le busqué un analista que la atendiese en mi lugar, e hicimos un proceso de adaptación. Yo dejé de verla de a poco, y ella parecía conforme en su tratamiento con la otra persona. Así pasaron unos meses, y yo volví a atender, pero no me contacté con ella, suponiendo que quizás debería continuar con ese nuevo análisis. De golpe, recibí un llamado del marido, que me dijo que ella estaba descompensada, invadida de angustia, y que el análisis que estaba haciendo no funcionaba. Cuando la vi, mostraba un cuadro de ansiedad que trataba de manejar corriendo y moviéndose; incluso tuvo la entrevista parada, yendo de un lado a otro del consultorio. Me relató que concurren dos hechos significativos. Había tenido un aborto a raíz de un embarazo anembrionado, sostenido por error médico con altas dosis de hormonas, y a la madre la habían tenido que operar de un melanoma que obligó a una resección amplia de la lesión, pero parecía tener buen pronóstico. Dos eventos que involucran sacar y cortar, para resolver lo anembrionado y lo maligno. Lo que de a poco apareció como potenciador de la angustia fueron hechos vinculados a su análisis con el otro analista, quien le dijo que yo seguía sin atender, cosa que era falsa (parecería que no quería perder la paciente), y a raíz de la angustia, la comenzó a ver todos los días, incluso dos veces por día. Según ella decía, la trataba como si ella estuviera psicótica. Yo la retomé, bajé las sesiones a dos veces por semana, y comenzó a aliviarse. Enseguida apareció que el sospechoso exceso de dedicación del otro analista le resultó insostenible, la hizo sentir atrapada y daba por cierto que lo que ella padecía era sin límite. Es obvio que se exacerbó la malintencionada posesividad materna. Por supuesto,

puedo inferir que, en transferencia conmigo, se sintió abandonada, aunque lo que ella refería que la tranquilizaba era que yo no la atrapaba y no daba tanto crédito a sus demandas por angustia. Lo cierto es que, como fóbica, siempre la consideré rotando hacia la histeria, dentro de una personalidad infantil que hacía todo lo posible para «no crecer» porque eso implicaba separarse y hacer su vida. Esta experiencia casi accidental, mezclada con la mala praxis del otro analista, operó justamente sobre ese fantasma de sobreprotección y no separación hasta la pesadilla. El corte fue lo aliviante. Lo expongo como un ejemplo de que muchas veces cobijar en exceso no es amparar, y la tendencia general de un análisis, tratándose de pacientes neuróticos, debiera promover la más pronta autonomía. Recordemos la contraposición que hace Lacan (1962-1963/2006) entre el «Te amo, aunque tú no lo quieras» (p. 36), que hace estragos, con el «Yo te deseo, aunque no lo sepa» (p. 36), que da oportunidades.

Todo lo que fui exponiendo me lleva a resaltar la calidad del discurso en el que se construye la subjetividad, tanto a nivel social como familiar. La asunción del lenguaje es la esencia amparadora por excelencia al dar lugar al inconsciente como un recurso «inmunológico», que bien o mal nos protege de las noxas, aunque no es suficiente para defendernos de todas las formas de violencia que nos acechan. La fragilidad humana hace que debamos ser amparados por una organización simbólica que nos trasciende como sujetos. Debemos rehuir todas las formas de masoquismos que nos suelen tentar, pero nuestro destino depende de la intensidad del sadismo que se descargue sobre nosotros. Y no me refiero a los terribles accidentes de la vida, sino a nuestra vulnerabilidad para ofrecernos al goce de un Otro. Tomemos el ejemplo de Freud, que afrontó de un modo admirable todas las desgracias que la vida le impuso, muerte de seres queridos, guerras y enfermedades invalidantes, y gracias a sus extraordinarios recursos simbólicos, pudo con todo eso. Sin embargo, lo tuvieron que salvar porque contra el avance de la maquinaria nazi no pudo: lo trascendió.

Todo lo expuesto nos lleva a una conclusión: **el hombre se encuentra protegido o condenado por su historia y la de sus circunstancias. La historia está construida basada en discursos que nos atraviesan y determinan nuestro inconsciente, colectivo e individual. Y la historia, parafraseando a los Baranger, es tartamuda, tiende a reiterarse dada la insistencia de**

la repetición. En nuestros consultorios, estimulamos y fortalecemos los recursos inconscientes como inmunidad natural, pero no podemos evitar las incidencias de la maldad ni las epidemias culturales a las que estamos expuestos, ya que el mal radical existe y acecha. Lo que resta es desentrañar en qué medida un sujeto se presta o no, con sus recursos, a ser víctima, o logra evitarlo. Pero estemos advertidos que muchas veces las mejores intenciones no son suficientes y pueden virar a ser las peores. Los equívocos del amor en la especie nos predisponen a cierta ingenuidad por la trascendental búsqueda de amparo que siempre ilusionamos. ♦

RESUMEN

La necesidad de ser amparados es inmanente a la condición humana. Desde el comienzo de la vida humana, aun antes del nacimiento, se requiere el amparo biológico dentro del vientre materno y del cultural en el entorno. Esto es resaltado por todos los enfoques psicológicos y psicoanalíticos; sin embargo, no siempre es resaltada la necesidad del lenguaje y la simbolización como la más trascendente condición de amparo de la especie. Esto abarca tanto la posibilidad que brinda a la creación de quien ejerza la función materna como la adquisición de independencia de los objetos primarios. Sin ese recurso, la cría humana permanecería en una dependencia de un otro, que es el más precario recurso para ser amparada. La capacidad de lograr autonomía apoyados en la capacidad de simbolizar y lograr el lenguaje es lo que termina dando el mayor amparo. Todo esto no quita que la socialización, precisamente lograda mediante estos recursos, sea imprescindible para la realización como sujetos. Estas ideas son ilustradas con una viñeta clínica.

Descriptor: DESAMPARO / LO SIMBÓLICO / CULTURA / MATERIAL CLÍNICO / AMOR /
SUBJETIVIDAD

Candidato a descriptor: Amparo

SUMMARY

The need for protection is inherent to the human condition. From the beginning of human life, even before birth, biological protection is required inside the mother's womb and the cultural environment. This is emphasized by all psychological and psychoanalytic approaches. However, the need for language and symbolization is not always emphasized as the most transcendental condition of protection for the species. This embraces both the possibility offered to the creation of the person exercising the maternal function, and the acquisition of independence from the primary objects. Without that resource, the human young would remain dependent on another, the most precarious resource in order to be protected. The capacity for achieving autonomy, supported by the capacity for symbolizing and acquiring language, is what provides the greatest protection in the end. This does not mean that the socialization, achieved precisely by these resources, is not essential for our realization as subjects. These ideas are illustrated with clinical vignette.

Keywords: HELPLESSNESS / THE SYMBOLIC / CULTURE / CLINICAL MATERIAL / LOVE / SUBJECTIVITY

Candidate keyword: Protection

BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M., Baranger W. y Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: Trauma puro, retroactividad y reconstrucción. *Revista de psicoanálisis*, 44(4).
- Freud, S. (1976a). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- (1976b). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976c). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1976d). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- (1976e). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

- (1976f). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Peskin, L. (2004). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008). La violencia y el psicoanálisis. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Los laberintos de la violencia*. Buenos Aires: Lugar.
- (2015a). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- (2015b). La violencia de hoy y de siempre. *Revista de psicoanálisis*, 72(4). (Trabajo original publicado en 2008).

Marcas del desamparo: Sobre algunas repercusiones de la *Shoah* en la actualidad...



ROSA ZYTNER¹

Hay cosas que deben ser dichas suficientes veces...
Sigmund Freud

Reflexionar sobre la *Shoah* en la actualidad supone el abordaje de un acontecimiento complejo y polifacético, devastador para la humanidad, que se ha inscrito de forma indeleble a nivel psíquico y social, y, entre otros aspectos, evidencia marcas del desamparo en los sobrevivientes y sus descendientes.

Como marca-herida difícilmente cicatrizable en la subjetividad de los directamente involucrados y, actualmente, en hijos, nietos y bisnietos, en su lugar de testigos vivientes, la *Shoah* no admite conceptualizaciones simples y lineales. Acontecimiento frontera entre lo psíquico y lo social, de doble vertiente, que no solo involucra a los judíos, sino a la especie humana en su conjunto.

En un trabajo anterior, decíamos que la *Shoah*

provocó un viraje radical de lo familiar y previsible (*das Heimlich*) a lo extraño, inquietante, siniestro (*das Unheimlich*), introduciendo profundas transformaciones a nivel psíquico y en el entorno social y cultural, perfilándose así un «contexto social siniestro» —concepto acuñado por

1 Psicoterapeuta habilitante y supervisora de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica.
rztner@gmail.com

Lutenberg (2002)— que las nuevas generaciones hemos tratado de abordar y tramitar. (Zytner, 2013)

En este trabajo, abordaremos algunas de las marcas del desamparo, que incluye la propia implicación de pertenencia a la segunda generación, ubicada en la contemporaneidad cultural del siglo XX e inicios del XXI, que produce resonancias afectivas que seguramente impregnan el texto.

Más de ochenta años después, más allá de su propia especificidad, sigue constituyendo un baluarte paradigmático y emblemático de lo que han sido y siguen siendo episodios extremos de catástrofe social que dan cuenta, radicalmente, de la violencia extrema ejercida por un ser humano sobre otro, que sigue impregnando actualmente, desde otras expresiones, el entramado psíquico y social.

Freud utiliza el término *desamparo* (*Hilflosigkeit*), tomándolo del lenguaje corriente, para describir el estado del recién nacido, que por su prematuridad es completamente dependiente del cuidado de un adulto. Mediante el llanto y el dolor, demanda una acción adecuada del adulto que ponga fin a su estado. Por lo tanto, en el adulto caracteriza la situación traumática por excelencia, generadora de angustia.

Desde un punto de vista económico, el exceso de excitación conduce al incremento de la tensión de necesidad, que el aparato psíquico es aún incapaz de dominar, y el sujeto es desbordado por ella, lo que genera el sentimiento de desamparo psíquico. Desde una teoría de la angustia, el desamparo sería el prototipo de la situación traumática (Laplanche y Pontalis, 1974).

«Estar a la intemperie» denomina Rodríguez Rendo (2012) el desamparo que impacta al psiquismo en la época actual: el sujeto debe convivir con el miedo y, por lo tanto, queda en la intemperie. Miedo inseparable del escenario de la «modernidad líquida» a la que alude Zygmunt Bauman (2008) y asimismo al de los efectos de la *Shoah* en los involucrados.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1926/1976) distingue la angustia (sin objeto) del miedo (con objeto). Esta angustia sin objeto es la que emerge cuando el desamparo se reactiva en la vida adulta. El sujeto queda a la intemperie, se ha producido una maniobra en la que concurren el peligro externo y el interno, constituyéndose el nexo con la situación

traumática: exigencia pulsional y amenaza exterior. El estado de desamparo se considera el prototipo de la situación traumática. En el curso de su vida, el impacto de un acontecimiento que haga eco en su marca traumática va a producir la reactivación del desamparo. En cada oportunidad en la que algo abrupto irrumpa desde fuera o desde dentro, ese acontecimiento traumático se conectará con el desamparo.

Es evidente el vínculo que tiene este concepto con el de *trauma*, el cual no es posible abordar porque escapa a los límites del presente trabajo, así como tampoco podremos adentrarnos en el recorrido de las distintas aproximaciones al concepto de desamparo que realiza Freud.

Daremos algunas pinceladas sobre temas tan profundos como la **memoria**, el **silencio** (también como una de sus facetas), los **testimonios** y el **duelo** para abordar algunas de estas marcas del desamparo como repercusiones de la *Shoah* en las generaciones actuales, en la medida en que la clínica y numerosas investigaciones desde distintas disciplinas señalan que el horror vivido por los padres afectó la subjetividad de la segunda y tercera generación, ambas receptoras y transmisoras.

La deshumanización de los prisioneros de los campos conduce a una de las marcas del desamparo. Le fue suficiente un instante a Primo Levi, en el momento de su ingreso a Auschwitz, en el encuentro de miradas con el Dr. Pankow (médico que procedía a su admisión), para leer el mensaje de esa mirada: «Eres un subhombre».

Sin embargo, los efectos de estas y otras situaciones difícilmente imaginables no pueden ser traducibles meramente a códigos psicopatológicos: «No soy un enfermo, sino expresión de mi época», clamaba David Roussett cuando salió del campo de concentración. Por ello estas marcas de vulnerabilidad modelizadas por la *Shoah* siguen poseyendo una fuerza mortífera que, según teoriza Zygmunt Bauman (1998), parte de la racionalidad propia de la modernidad.

Fethi Benslama (2006) señala, en un artículo sobre «la representación y lo imposible», que

el genocida deja, mediante su acto, misivas genealógicas psíquicamente destructivas de la representancia, que van a operar sobre varias generaciones, con tantos más estragos en la medida en que ha habido negación, silencio

o borramiento de la destrucción y de sus responsables. Lo irrepresentable transporta entonces el accionar de la crueldad más allá de su acción.

La magnitud del horror sufrido por la *Shoah* produjo un corte en los procesos de memorización, silencio necesario para el psiquismo, ¿refugio para lo intolerable? (Viñar y Ulriksen de Viñar, 2000). El nazismo, según Daniel Gil (1996), intentó «destruir el orden humano, su memoria, la muerte misma, como estructura simbólica que permite la memoria», lo que acarrió una pérdida de memoria de la humanidad.

La memoria se instala entonces como aspecto esencial para contrarrestar este efecto, donde el papel del testigo directo y del testigo indirecto, con «el testimonio partícipe» y el «testimonio delegativo» (patrimonio de los que vivieron directamente las experiencias, pero también de sus sucesores; Naymark, s. f.), asume un rol fundamental.

Testimonios-testigos-escuchas. El historiador Hugo Vezzetti (1998) señala que

la cuestión es si la acumulación de testimonios permite conocer, es decir, formular las preguntas pertinentes, construir una reactivación del pasado que necesariamente se abre a la cuestión de la permanencia y la diferencia.

La transmisión de una experiencia límite... sólo puede ser rodeada y elaborada sin cesar, en la medida en que es fundamentalmente inasimilable. La memoria se construye también, en esa dimensión, con silencios y con huecos que mantienen, en contra de lo ya sabido, interrogantes que no tienen respuesta.

Por su parte, el historiador Henry Rousso (1998) plantea que estamos inmersos en el «tiempo de la memoria», «en una relación afectiva, sensible, incluso dolorosa, con el pasado», donde «en la hora actual, el pasado reciente se nos presenta con una intensidad sin igual», que «reviste una actualidad inédita, como consecuencia de la dificultad de asumir las tragedias del siglo XX».

Es así que en este «tiempo de la memoria» nos encontramos frente al tiempo de las generaciones, segundo tiempo, en el cual el terror no solo deja marcas del desamparo, sino que podría convertirse en pensable.

En 1913, Freud planteaba «que ninguna generación es capaz de ocultar a la que sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad». Por consiguiente, reflexionar sobre estos temas, entonces, como señala Maren Ulriksen (Viñar y Ulriksen de Viñar, 2000), «surge de los efectos *a posteriori* de la generación siguiente», y «opera como un esfuerzo para atravesar el espesor del desconocimiento, levantar la desmentida, restituir el trabajo de la memoria y hacer reconocer el carácter y la extensión del terror». En este proceso cambian las reglas de juego, ya que «se trata de una empresa de renacimiento, de restitución de engramas destruido» que continúa a lo largo de las generaciones... y que intenta abordar el silencio compartido.

Debemos pensar también en la conceptualización de la transmisión transgeneracional de lo traumático, aludiendo al trauma masivo sufrido por los sobrevivientes, que pasa a ser acumulativo en el propio psiquismo y en las generaciones siguientes, y que dejamos planteado sin desarrollarlo.

Desde la perspectiva de las marcas del desamparo, y en la difícil tramitación de un «duelo de características especiales» (Kijak y Pelento, 1985), la transmisión y reflexión colaborarían en la metabolización del terror en dolor, especialmente a través de un tercero (otro social) que intente habilitar la posibilidad del proceso de duelo.

Frecuentemente encontramos en los sobrevivientes una presentificación del pasado, donde el tiempo queda congelado, con el miedo a no poder salir y la certeza de no haber salido nunca. Algo queda irremediablemente perdido. El doliente permanece inserto en una situación incierta e indefinida, abocado a rehacer su vida, pero al mismo tiempo, aferrado al objeto perdido con la misión (relacionada con sus intensos sentimientos de culpa por haber sobrevivido) de devolverlo a la vida. Resignar el objeto y olvidarlo serían vivenciados como una traición al ser querido. Las imágenes indelebles ligadas a escenas de tortura, sufrimiento y desamparo de víctimas y formas de muerte inenarrables tampoco lo permiten, y esto se transmite también a los hijos.

Por lo tanto, sigue constituyendo un desafío vigente, manifestado en las diversas expresiones de las marcas del desamparo sobre las generaciones actuales, continuar con el abordaje del *terror* desde diversas miradas que permitan afrontar el intento de pensar lo impensable y franquear la inapelable respuesta del SS mencionado por Primo Levi (1947/1988).

«*Heir ist Kein Warum*» («Aquí no hay ningún porqué») frente a la atónica pregunta del prisionero: «*Warum?*» (¿Por qué?), por la crueldad sin motivo. Si el *terror* se opone al pensar, es de orden ético, además, el revertir esa imposibilidad, aun con la permanencia de la «oscura opacidad» (Sneh y Cosakas, 2003) que sigue habitando el pensamiento.

Este silencio, con una doble vertiente, implicó un «pacto de silencio», verdadero secreto compartido: los sobrevivientes no querían o no podían hablar, y los hijos y el colectivo social no podían o no querían escuchar, sin atreverse a preguntar-preguntar-se. De todo ello dan cuenta muchos de los testimonios de sobrevivientes, entre otros, los de Primo Levi y Jorge Semprún. En un apéndice de 1976 a su libro *Si esto es un hombre*, Primo Levi (1947/1988) nos relata que el manuscrito fue rechazado por varios grandes editores y aceptado finalmente por una pequeña editorial que cerró al poco tiempo, y que «el libro cayó en el olvido, entre otras cosas porque en esos tiempos de áspera postguerra la gente no tenía muchas ganas de regresar con la memoria los dolorosos años que acababan de pasar». Tienen que transcurir más de diez años para que el libro despierte el interés del público. Por su parte, en *La escritura o la vida*, Jorge Semprún (1995) describe el clima imperante a su regreso a Francia, que veía a los sobrevivientes como «aparecidos» a los que era prácticamente imposible escuchar.

Silencio de intensos contenidos afectivos, nada callado por cierto, que impactó profundamente en la segunda generación, ya que los sobrevivientes transmitieron a sus hijos (a través de distintos canales, tanto conscientes como inconscientes), las secuelas de esa violencia extrema vivenciada en esta catástrofe psíquica (a nivel individual) y catástrofe social (a nivel colectivo) que fue la *Shoah*.

Investigando el silencio a través de testimonios de hijos de sobrevivientes, Nadine Fresco (1984) describe el vertiginoso agujero negro de una memoria de muerte prohibida, que se manifestaba en ocasiones en incomprensibles ataques de pena. Los padres no explicaban nada, los hijos no preguntaban nada, cubiertos de un manto de implacable silencio, incapaces de transgredir la prohibición. Letanías de silencio que subrayan un objeto invisible enclaustrado en una evocación imposible... También encuentra en ellos el sentimiento de irreparable nostalgia de un mundo donde sienten que fueron excluidos al nacer, y el vértigo de la confrontación con el

pasado, objeto perdido de un deseo innombrable, en el que el sufrimiento toma el lugar de algo heredado. Vivencian su existencia como una especie de exilio, no de un lugar en el presente o en el futuro, sino de un tiempo que se ha ido para siempre, dejándolos con una identidad trunca, cadena de «sustituciones», en el que la presencia de un sentimiento de culpa dificulta la oposición, la ambivalencia y la hostilidad necesaria para el crecimiento.

El silencio se articula con la intensidad del sentimiento de culpa de los sobrevivientes por haber sobrevivido. Las fuentes de culpa se multiplican: la incapacidad de salvar a sus seres queridos, las condiciones generadas por el cambio de código referencial en la cotidianidad y la arbitrariedad absoluta de las normas (por ejemplo, en los guetos y campos de concentración), las experiencias extremas vividas, la ruptura con los parámetros conocidos de convivencia, los dilemas imposibles de resolver... y la lista es infinita... «¿Por qué yo me salvé?», una y otra vez se preguntan con desconsuelo los sobrevivientes. En numerosos testimonios se escuchan las voces de los sobrevivientes transmitiendo que con el silencio querían proteger a sus hijos, querían olvidar y reconstruir su vida, sentían que no los podían comprender, experimentaban culpa de haber sobrevivido, se avergonzaban de situaciones vividas en la guerra y otras muchas expresiones que no plantearémos aquí por falta de tiempo.

Actualmente, la tercera y la cuarta generación interpelan e invitan a romper un silencio compartido con la generación anterior, generación «bisagra», en muchos sentidos. Y a través de este reclamo, la segunda se siente más habilitada, finalmente, a preguntar... y a poder escuchar... Desde su medio familiar inmediato, son los nietos los que se atreven a preguntar lo que los hijos no pudieron. Algunos de ellos dicen: «Hay que seguir la cadena, continuar con la antorcha, para que no se pierda». «La gente tiene que conocer lo que pasó». «Los sobrevivientes ya se están yendo...». «Para luchar contra el negacionismo».

En un trabajo anterior realizado con Luba Bondnar (Bondnar y Zytner, 2003), nos preguntábamos si habría una «huella de vulnerabilidad» que se transmite de generación en generación. «Parecería como si en el sufriente quedara un “surco” que luego cada cual llenará con experiencias propias-ajenas» (p. 240), muchas veces traducidas en identificaciones alienantes con el sobreviviente. En palabras de una hija de una sobreviviente:

Todo esto es parte de mi identidad... soy maestra, soy mamá, soy casada, soy hija de sobreviviente... **no puede existir que eso no esté... ¡está enraizado en mí, está siempre, siempre; siempre está ahí!** (p. 238)

A veces necesito que las personas que están en contacto conmigo sepan que **yo soy una descendiente del nazismo...** tienen que saberlo, yo me quedo tranquila si las personas lo saben, si no, hay algo que no funciona. (p. 238)

Yo pensaba que la *Shoah*, el nazismo, me había llegado cerca, y después me di cuenta de que no me llegó cerca... **¡me agarró, me tocó y me tiene! ¡Y está allí...!** (p. 239)

Yo le conté mucho a mi hija menor. Yo tenía que decirle, yo era la que tenía que contar... era y es mi deber. **Este tema siempre está entrelazado en mi vida, está en mi vida, es parte permanente de mi vida.** (p. 240)

Y en relación con el duelo, planteamos un «duelo suspendido», a la espera de que las generaciones posteriores puedan asumirlo y convivir con él, en lugar de «elaboración» (Bondnar y Zytner, 2003).

Por su parte, Yolanda Gampel (1993), refiriéndose a la forma en que los sobrevivientes intentan tramitar el duelo, así como borrar el dolor y los efectos en sus hijos, introduce el concepto de «identificación radiactiva», que actúa como los efectos de la radiación, sin que el psiquismo pueda protegerse de su penetración, implantación y efectos. Serían penetraciones de aspectos terribles y destructivos de la realidad externa, no representables, actuados en ocasiones por los sobrevivientes o sus hijos, que actúan impregnando el tejido social, como caja de resonancia. A su vez, los hijos experimentan una «transposición» de otra «realidad», la de la experiencia de situaciones traumáticas de la guerra vivida por sus padres (Kestenberg, 1972, 1982), que involucra la construcción de subjetividad.

Dina Wardi (1992) introduce la metáfora de «vela conmemorativa», como la designación inconsciente, por parte de los padres, de la misión de recordar a los familiares muertos en la *Shoah*, como forma de llenar el vacío dejado por su ausencia y mitigar el dolor de un duelo imposible de elaborar. Las «velas conmemorativas» deben servir como eslabón que preserve el pasado y lo una al presente y al futuro, siguiendo la tradición judía de que los hijos tienen la obligación de *izcor*, recordar, de continuar con la memoria de sus familiares muertos, pero en una pesada carga que

compromete la propia identidad en pro de dar consuelo a sus progenitores, muchas veces, a costa de la posibilidad de discriminación e individuación. Fracaso de un proceso simbólico, por lo cual las «velas conmemorativas» se convierten en memoriales-vivos para los muertos, transformándose en un aspecto inseparable del ritual de duelo que no pudo llevarse a cabo por los padres.

No obstante, también se observa que a través de distintos caminos (psicoterapéuticos, de las creaciones artísticas, etc.), los descendientes exploran la posibilidad de romper su propio pacto de silencio, plasmando, nombrando a sus muertos, en un proceso compartido con otros descendientes, que recién cuando logran encontrarse con aspectos más realistas de los mismos, encarnando retazos informes transmitidos, fragmentaciones de la memoria, logran renovar la cadena generacional, evitando quedar atrapados en el círculo sin salida del pasado. Las creaciones artísticas muchas veces habilitan una «puesta en escena», cumpliendo la función de organizador inconsciente, que va desde la vivencia y la reflexión hasta una «puesta en sentido» que ubica tanto la significación singular que para el deudo posee la muerte de sus familiares como la significación social, en un cruce de la historia individual y la historia social.

Finalizando, privilegiamos el intento de comprensión crítica, que trascienda una repetición mortífera o meramente catártica, apuntando a la inexorable «pertenencia a la especie humana» defendida a ultranza por Robert Antelme (1996), que pone en jaque una hipótesis de Giorgio Agamben (2000) de que en situaciones extremas de campo de concentración (campo de exterminio), el judío se transformaba en no-hombre (el llamado «musulmán» de Auschwitz). Nos ilumina también el entendimiento de la misma sobrevivencia humana..., la intensa, incansable, permanente lucha de los sobrevivientes por mantenerse íntegros en su humanidad.

Implicándonos como escuchas-testigos, nos posicionamos en el segundo tiempo de la reflexión a la que nos referíamos anteriormente. Y pensar sobre la *Shoah* nos trae la posibilidad de trabajar su especificidad, así como vincularla con los efectos de los regímenes de terror vividos en nuestros países latinoamericanos y otras situaciones de terror. ♦

RESUMEN

Reflexionar sobre la *Shoah* en la actualidad supone el abordaje de un acontecimiento complejo y polifacético, devastador para la humanidad, que se ha inscrito de forma indeleble y, entre otros aspectos, alude a marcas del desamparo en los sobrevivientes y sus descendientes, marcas del desamparo que evidencian efectos de lo traumático en sus vertientes organizadoras y disruptivas de la organización psíquica, tanto en sus dimensiones psicoanalíticas como socioculturales.

En su carácter de marca-herida difícilmente cicatrizable en la subjetividad de los directamente involucrados y las generaciones siguientes, la *Shoah* no admite conceptualizaciones simples y lineales. Acontecimiento frontera entre lo psíquico y lo social, de doble vertiente, que atañe a la especie humana en su conjunto.

Provocando un viraje radical de lo familiar y previsible a lo extraño, inquietante, siniestro, ha introducido profundas transformaciones a nivel psíquico y en el entorno social y cultural, perfilándose así un «contexto social siniestro» (Lutenberg, citado por Zytner, 2013) de desamparo que las nuevas generaciones han intentado abordar y tramitar, enfrentando su carácter de herencia ominosa.

Más de ochenta años después, más allá de su propia especificidad, sigue constituyendo un baluarte paradigmático y emblemático de lo que han sido y siguen siendo episodios extremos de catástrofe social que dan cuenta radicalmente de la violencia extrema ejercida por un ser humano sobre otro, que sigue impregnando actualmente, desde otras expresiones, el entramado psíquico y social.

Descriptor: DESAMPARO / HOLOCAUSTO / SOBREVIVIENTE / TRAUMA / DUELO / REPETICIÓN / NAZISMO / MEMORIA / DESAMPARO / LO IRREPRESENTABLE / TRANSGENERACIONAL

Candidato a descriptor: Testimonio

SUMMARY

Reflecting on the *Shoah* at present implies dealing with a complex and multifaceted event, devastating for humanity, which has indelibly been inscribed and, among other things, refers to marks of helplessness in the survivors and their descendants; marks of helplessness that reveal effects of the traumatic in its organizing and disruptive facets on the psychic organization, both in its psychoanalytic and sociocultural dimensions.

In its capacity as a mark-wound that can hardly heal in the subjectivity of those directly involved and the following generations, the *Shoah* does not allow for simple and linear conceptualizations. Event in the borderline area between the psychic and the social, twofold, concerning the human species in its entirety.

Provoking a radical shift from the familiar and foreseeable to the strange, unsettling, uncanny, it has introduced profound transformations at psychic level and in the social and cultural environments, thus shaping up an «uncanny social context» (Lutenberg, cited by Zytner, 2013) of helplessness that the new generations have tried to approach and work through, facing its connotation of uncanny legacy.

More than eighty years later, beyond its own specificity, it continues to constitute a paradigmatic and emblematic bulwark of what have been and continue being extreme episodes of social catastrophe that render radical account of the extreme violence exerted by one human being over another, which continues to pervade at present, from other expressions, the psychic and social weft.

Keywords: HELPLESSNESS / HOLOCAUST / SURVIVOR / TRAUMA / MOURNING / REPETITION / NAZISM / MEMORY / THE IRREPRESENTABLE / TRANSGENERATIONAL

Candidato a descriptor: Testimony

BIBLIOGRAFÍA

- Abal, C., Bondnar, L. y Zytner, R. (1998). La sobrevivencia: una cuestión de identidad: Hijos de sobrevivientes de la Shoah. *Revista Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica*, 5(2).
- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo* (Homo Sacer 3). Valencia: Pre-textos.
- Antelme, R. (1996). *La especie humana*. Montevideo: Trilce.
- Bauman, Z. (2008). *Miedo líquido*. Madrid: Paidós.
- Benslama, F. (2006). La representación y lo imposible: El psicoanálisis en tiempos de terror. *Revista de la Asociación de Psicoanálisis de Buenos Aires*, 28(2).
- Bondnar, L. y Zytner, R. (2003). Yo canto una canción que se llama silencio. En R. Kristal de Burstein, M. Sornaiuolo y M. C. Raffo (ed.), *Desplegando alas, abriendo caminos: Sobre las huellas de la violencia* (pp. 233-246). Lima: Centro de Atención Psicosocial.
- Fresco, N. (1984). Remembering the unknown. *Internacional Review of Psychoanalysis*, 11, 417-427.
- Freud, S. (1976). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- (1986). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Gampel, Y. (1993). Prendre congé: Despedirse del propio pasado a través de la mente del analista. *Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 6, 23-35.
- Gil, D. (1996). *Memoria de la muerte*. Trabajo presentado en la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo.
- Kestemberg, J. S. (1972). Psychoanalytic contributions to the problem of children of survivors from nazi persecution. *Israel Annals of Psychiatry and Related Disciplines*, 10, 311-325.
- (1982). Survivor-parents and their children. En M.-S. Bergmann y E. Jucoway (ed.), *Generations of the Holocaust*. Nueva York: Basic Books.
- Kijak, M. y Pelento, M. (1985). El duelo, en determinadas situaciones de catástrofe social *Revista de Psicoanálisis*, 42(4).
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1974). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Levi, P. (1988). *Si esto es un hombre*. Buenos Aires: Milá. (Trabajo original publicado en 1947).
- Naymark, D. (s. f.). *Trauma, memoria y silencio: Lazos familiares y transmisión*. Yad Vashem. Disponible en: <https://www.yadvashem.org/es/education/educational-materials/articles/trauma-memory.html>
- Rodríguez Rendo, M. C. (2012). El sujeto a la intemperie: La cuestión del desamparo en Freud y en Lorca. *Norte de salud mental*, 42(10), 37-47.
- Rousso, H. (1998). *La hantise du passé*. París: Textuel.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Sneh, P. y Cosakas, J. C. (2000). *La Shoah en el siglo: Del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*. Buenos Aires: Xavier Böveda.
- Vezzetti, H. (1998). *Responsabilidades de la memoria*. Trabajo presentado en el coloquio Memoria social, comunidades y fragmentaciones, en el panel Responsabilidades colectivas en los traumas sociales, Montevideo.
- Viñar, M. (2003). Homo Homini Lupus: Un destino inevitable o cómo trabajar para decir no. Trabajo presentado en el Centro Primo Levi, París.
- Viñar, M. y Ulriksen de Viñar, M. (2000). *Los crímenes del siglo XX: Historia, verdad y justicia*. Trabajo presentado en el coloquio Universidad de Siena, Siena.
- Wardi, D. (1992). *Memorial candles: Children of the Holocaust*. Londres: Tavistock/Routle.
- Zytner, R. (2013). Semblanzas de lo siniestro: En torno a algunas repercusiones de la Shoah en la actualidad. *Psicoanálisis e Intersubjetividad*, 7.

Efectos de Edipo en la migración africana en Europa: Condición de desamparo, adopción y retorno perturbador de la raza



SIMONA TALIANI¹

Lo que [Baby Suggs] llamaba lo grosero de la vida era el choque que recibió cuando se enteró que nadie dejaba de jugar a las damas solo porque entre las piezas estuviesen incluidos sus hijos.

Toni Morrison, *Beloved*, 1993

ESTAR EN ABANDONO EN LA MIGRACIÓN

Mis investigaciones ponen en tela de juicio los sistemas de adopción de los niños nacidos de padres africanos que han inmigrado en Italia. Comienzo esta breve presentación de mi trabajo clínico y etnográfico, conducido desde hace más de diez años con madres nigerianas², dando una breve explicación sobre el título propuesto. Alguno habrá reconocido en la expresión *efecto de Edipo* el modo original con el que Pierre Bourdieu (1999)

- 1 Psicóloga. Dra. en Antropología. Universidad de Turín. italiasimona.taliani@unito.it
- 2 A través de intercambios de larga duración he visto regularmente alrededor de cincuenta madres nigerianas: las he escuchado en sus encuentros en presencia de los asistentes sociales; las he visto interactuar con sus hijos en los espacios asignados para la observación de la relación madre-niño (que en Italia llaman «lugares neutrales»); he estado con ellas frente a los juicios del tribunal y también durante los coloquios clínicos, algunos de los cuales fueron conducidos por mí como psicoterapeuta a quien se dirigían (en el Centro Frantz Fanon de Turín, un servicio para la psicoterapia y el apoyo psiquiátrico a los inmigrantes, los refugiados y las víctimas de tortura); finalmente he leído sus *dossiers*, compuestos por una serie infinita de documentos (sociales, médicos, psicológicos) y me he reunido con los operadores que tenían el menor a cargo en el curso de los encuentros periódicos de la red.

retoma el neologismo popperiano.³ En *La miseria del mundo*, Bourdieu utilizaba como sinónimos las expresiones *efecto de Edipo* y *efecto de destino*, refiriendo con ambas metáforas a una forma precisa de «violencia inerte del orden de las cosas»: una violencia inscripta en los mecanismos implacables de las instituciones del Estado frente a individuos que pertenecen a un grupo estigmatizado específico.

El prejuicio racista o los juicios clasificatorios, a menudo estigmatizantes con el personal de encuadramiento escolar, social o político que, a través del *efecto de destino* que ejercen, contribuyen mucho a producir los destinos enunciados y anunciados. ¿Son buenos? ¿Son malos? La pregunta y la respuesta moralizante que exige tienen muy poco sentido. (Bourdieu, 1999, p. 68)

Bourdieu pensaba la escuela como un lugar de producción de profecías que se autorrealizaban, excluyendo a los hijos de los inmigrantes de los éxitos escolares y marcando así su destino de marginados. Yo pensaré aquí en los tribunales para menores y en los servicios sociosanitarios italianos frente a la evaluación de la capacidad parental de las madres africanas inmigradas en Italia, y el *destino* muchas veces *predestinado* de sus hijos, dados en adopción a familias italianas. La pregunta que los operadores sociosanitarios se plantean (¿son suficientemente buenas estas madres?) encuentra en la mayor parte de los casos una respuesta moralizante negativa. Lo que *ganan* inmediatamente los niños a través del acto jurídico de la adopción es devenir italianos (y gozar, por tanto, de un derecho pleno de ciudadanía negado a sus madres, por su parte, abandonadas al destino de la irregularidad jurídica y de la clandestinidad social).

El escenario que presentaré —lo veremos más adelante— no tiene mucho que ver con el nacimiento en el abandono griego y hebreo (como con

3 En *La miseria del historicismo*, Popper bautiza como efecto de Edipo la idea de que una predicción influye sobre el acontecimiento pronosticado: «La idea de que una predicción puede influir sobre el suceso predicho es muy antigua. Edipo, en la leyenda, mata a su padre, a quien nunca había visto, y este era el resultado directo de la profecía que hizo que su padre le abandonase. Esta es la razón que me hace sugerir el nombre de «Efecto de Edipo» para la influencia de la predicción sobre el suceso predicho (o, más generalmente, para la influencia de una información sobre la situación a la que la información se refiere), sea esta influencia en el sentido de hacer que ocurra el suceso previsto, sea en el sentido de impedirlo».

Edipo y Moisés), pero tiene ciertamente mucho en común con el entendimiento originario de la ley de la vida, allí donde vida y derecho se mezclan. El trasfondo migratorio que aquí presento no constituye una excepción a la historia. El tráfico atlántico ya había producido una pérdida genealógica que hacía del esclavo negro un «sin-parientes» por ley. Lo sostiene Achille Mbembe en *Crítica de la razón negra* (2016). Una singular asociación viene en mente mientras se lo lee, como si una privación de derechos civiles y políticos privara en esencia y antes que nada de una descendencia.⁴ En la migración, descubrir que tanto un permiso de residencia como un hijo o una hija son «revocables» hace precipitar en la experiencia materna la conciencia de que sea posible, sin demasiado esfuerzo, romper una familia negra en dos (Williams, 1997).

Procederé a pequeños pasos, conciente de que deberé detenerme a detallar mi investigación, pero con la esperanza de no faltar a lo esencial. Después de un breve análisis del sistema social y jurídico de la adopción, presentaré la historia migratoria de las mujeres nigerianas para transmitir de qué forma se encuentra, en la migración, el deseo de ser madre. Describiré luego cómo se introduce, lenta pero inexorablemente, una distancia entre estas madres y sus hijos, dados en adopción. Finalmente, intentaré analizar lo que sucede *después (après-coup)*, a partir del mito que habla de *niños perdidos que retornan* (el Edipo griego, notoriamente).

A partir de una búsqueda simultánea de archivo,⁵ etnográfica y clínica, me formulo ahora algunas preguntas, y espero que el compartirlas pueda

4 Mbembe (2016) habla exactamente de «sin-parientes» (*kinlessness*): «Así, para los negros confrontados a la realidad de la esclavitud, esta pérdida es en primer lugar de tipo genealógico. En el Nuevo Mundo, el esclavo negro esta jurídicamente privado de todo parentesco. Es, por esto mismo, un “sin-parientes”. La condición de “sin-parientes” (*kinlessness*) es impuesta por la ley y por la fuerza. Por otra parte, esta evicción del orden del parentesco legal es una condición heredada. Nacimiento y descendencia no dan derecho a ninguna relación de pertenencia social en sí misma» (p. 59).

5 La búsqueda de archivo a la que se hace referencia es aquella conducida sobre los registros médicos del Centro Frantz Fanon. Las mujeres nigerianas aquí seguidas en el curso de la psicoterapia (que inician a menudo durante el proceso de separación de sus hijos y continúan luego de que han sido declarados adoptables) llevan frecuentemente a los operadores del Centro Fanon los reportes que otros operadores escriben sobre ellas y que son depositados en el Tribunal, además de las medidas y las sentencias del propio juez. Cada vez que se indicara, entonces, *archivo*, se refiere a documentos escritos por psicólogos, médicos, jueces, conservados en el Centro Fanon.

llevarnos a comprender qué sucede en estas familias *cortadas* en la migración. ¿A qué precio estas mujeres africanas inmigrantes logran evitar la fuerza física de la normalización del Estado? ¿Cómo debilitar la presión que se ha hecho interior? ¿Queda algo de inviolable de uno mismo, de la propia historia, de los propios hijos, de los propios sueños, de los propios mitos y de los propios deseos cuando el Estado llega a tomar todo lo que de verdad importaba?

EL ESTADO DE ABANDONO MORAL

Empezaré por la noción jurídica de abandono para evidenciar de inmediato el vínculo profundo entre la ley del mejor interés para el menor y la condición de abandono que le es intrínseca.

En Italia la adopción prevé una rescisión definitiva, neta, de la filiación: exactamente como en la mayor parte de los casos de adopción internacional —aun siendo la que describiré una práctica de adopción nacional en la que el menor, hijo de inmigrantes, adquiere la ciudadanía italiana en el mismo acto en el que viene emitida la medida—, el principio regulador del proceso entero está basado en la teoría del *clean break* (una ruptura limpia, total con el pasado y con la familia de nacimiento) y en la declaración de un estado de abandono material o moral del menor.

En los casos de los que me he ocupado en estos largos años, ninguna de las madres nigerianas ha abandonado los hijos propios declarando no querer (o no poder) ocuparse ni ninguna ha golpeado, abusado o sido negligente frente a uno de sus hijos o de sus hijas; pero para todas ellas ha sido abierto por parte del Tribunal de Menores el proceso del menor a declarar adoptable por razones dictadas según la consideración de las instituciones como un estado de abandono moral (esto es, un estado, por un lado, de soledad material y espiritual de un menor a merced de sí mismo, necesitado de socorro y asistencia, y, por otro lado, de irrecuperabilidad probada de las capacidades parentales de la madre o del padre «en un tiempo razonable»).

Decía que ninguna de las mujeres vistas ha abandonado al hijo propio ni ha ejercido una acción violenta (de negligencia, abuso o maltrato: las tres condiciones por las cuales en Italia el menor sería considerado en riesgo), pero ha sido evaluada como negligente, no idónea, peligrosa o dañina

para el crecimiento del propio niño; por esto, las instituciones estatales han declarado el estado de abandono moral. ¿Qué sucede, entonces, para llegar a esta evaluación negativa de la madre?

Una madre nigeriana inmigrante es muy a menudo una mujer sola, explotada, vulnerable. Su solicitud de ayuda a los servicios socioasistenciales coincide en numerosos casos con el descubrimiento de un estado de embarazo y con la decisión de continuar con el mismo. La mujer, insertada en una comunidad mamá-niño por parte de los operadores sociales de los servicios asistenciales, comienza así a ser observada en su cotidianidad. Cada uno de sus comportamientos maternos es desentrañado e interpretado: cuántas veces el niño es amamantado; cuántas veces la madre le hace las trenzas a la niña, que llora; cuánto tiempo un neonato es tenido en brazos; cuánto se lo cubre mientras duerme (¿suda, respira, transpira?); cuánto duerme, cuándo duerme, cómo duerme. Prácticas de destete, primeras formas de deambulación, gustos olfativos y alimentarios, balbuceos y vocalizaciones, aprendizaje rudimentario de la lengua materna y de las otras lenguas que los niños, sobre todo si son extranjeros, sienten alrededor de ellos, en la escuela, en la comunidad o en la familia italiana donde pasan la mayor parte de su tiempo si son dados en cuidado diurno,⁶ y aun más. Si los niños son más grandes, se observa si se los ayuda con los deberes, si se les pregunta cómo están, si se les da la merienda en un horario apropiado... Cada detalle del cotidiano materno (y paterno, en los casos en los que el padre está presente) se vuelve objeto de un discurso científico que produce un destino familiar preciso. Es muy frecuente que el resultado de la larga observación lleve a evaluaciones negativas de la capacidad de la madre que amamanta demasiado (cada vez que el pequeño llora), cubre con demasiadas mantas al neonato (¿no ve que suda?), desteta demasiado pronto con comida inadecuada (como arroz con salsa picante), no juega lo suficiente o no ayuda con los deberes... La madre no cambia «en un tiempo razonable» su estilo educativo, no colabora con lo que los operadores sugieren (léase: obligan hacer).

6 Todos estos son instrumentos de apoyo a los padres en Italia que aquí muy rápidamente se transforman de recursos en trampas.

Ocurre entonces la primera separación: la madre y sus hijos son insertados en diferentes estructuras. Para ser mejor tutelado, el menor es movido, sin que lo sepa su madre, a otra comunidad o familia en custodia. La mujer, una vez alejada de la comunidad de hospitalidad en la que ha vivido con el niño, deberá seguir la agenda de los encuentros que son organizados en presencia de educadores y psicólogos encargados de realizar nuevas observaciones de la relación en horarios y lugares establecidos por los servicios del territorio y aprobados por el juez (el derecho es únicamente de una hora a la semana de visita). Asimismo, en este contexto, si no se encuentran cambios de comportamiento «en un tiempo razonable», la evaluación será negativa. Si el juez considera tener necesidad de un experto sobre las partes en causa, encarga a un perito —casi siempre un profesional con formación médico-psiquiátrica o psicológica y psicoterapéutica—, que inicia el proceso de evaluación para responder a las demandas del juez, cuya gramática es ejemplificable así:

Diga el consultor, examinados los actos del fascículo, efectuados los coloquios considerados indispensables para la respuesta a la pregunta, observada asimismo la relación madre/hijo, cuál es la personalidad de la madre teniendo en cuenta sus orígenes culturales y especificando la eventual significancia de estas últimas en la modalidad de expresión de la propia genitorialidad.

La pericia, entre todas las intervenciones de especialistas dirigidas a la tutela del menor, está entre los procedimientos más complejos, desde el momento en que es tarea del consultor encargado y es competente escuchar a todas las partes (padres biológicos, menores, operadores de los servicios públicos, familias de custodia y cada interlocutor potencialmente relevante a los fines de la respuesta a la demanda). La máquina entera es gobernada por un juez extensor del Tribunal de Menores, encargado de escribir la sentencia, previa discusión y acuerdo en la Cámara del Consejo en presencia de otros colegas honorarios y magistrados.

El resultado negativo para un progenitor abre la posibilidad del recurso. El fascículo pasa entonces a la Corte de Apelación, donde nuevos magistrados y jueces deberán pronunciarse. El caso puede —en desacuerdo

general— pasar entre la Corte de Apelación, la Procuraduría de Menores y el Tribunal de Menores por muchos años. Son historias largas aquellas de las que se habla. La última opción para los padres, si se confirma al menor como adoptable, es la Corte Europea para los Derechos del Hombre. Aparece, entonces, en el diálogo con el Estado italiano, un sujeto jurídico europeo que recoloca la cuestión más allá de los confines nacionales. Uno de los casos emblemáticos de los últimos años, de condena al Estado italiano, ha visto como protagonista a un padre nigeriano. En el caso Akinnibusun contra Italia, al hombre, llegado a Italia en una barca desde Libia con la hija de dos años e injustamente detenido por dos años, le había sido imposible reconstruir después de la excarcelación la relación con la hija dada en cuidado familiar y luego declarada en estado de adoptabilidad. La Corte europea condenó a Italia y reconoció al progenitor con una compensación económica por el daño moral sufrido, aunque sin que la sentencia pudiera incidir sobre el dispositivo de adopción en curso.⁷

MIGRACIÓN VIOLENTA Y (EL ÚNICO) AMOR CORDIAL⁸

Decidir partir, para la mayor parte de estas mujeres nigerianas, significa volverse parte de un sistema de explotación de las mujeres por otras mujeres más grandes. Decidir partir ha significado y significa ser *hija* (*obviye*) de una misma *madre* (*iyé onisan*, literalmente «madre de nalgas» o «madre de atrás») y, al mismo tiempo, estar sometida a una entidad invisible: es un espíritu o una divinidad que mantiene atadas sus vidas a través de aquellos objetos-fetiches que son la mismas partes de sus cuerpos (sus *piezas removibles* y *removidas* durante el rito: vello púbico y axilar, sangre menstrual,

7 La Corte Europea para los Derechos del Hombre no puede revertir, en los casos de condena, la medida tomada por las instituciones estatales nacionales. En este caso, entonces, padre e hija fueron separados de forma definitiva: la menor entró en el circuito de las adopciones nacionales, fue asignada a una familia italiana (que la imagina como «abandonada») y criada en el anonimato total respecto a su historia migratoria.

8 Agradezco a Marcelo Viñar por haberme sugerido esta expresión, en una noche fresca de agosto (Montevideo, 2018).

cabello y uñas). No quisiera entretenerme en estos puntos:⁹ espero que sea suficiente saber que para partir de Nigeria se contrae una enorme deuda económica (unos cincuenta a sesenta mil dólares) para con la mujer que ha permitido el viaje y una deuda simbólica frente a un espíritu (dichos débitos son *pagados* por la chica con la actividad de mercantilización del cuerpo: prostitución en la calle, en los clubs, en casa).

Los niños nacen en esta precisa situación migratoria. Muchos más son los que no son traídos al mundo y no pocos son los que sus madres no hubiesen querido ver llegar al mundo. Es el empecinamiento de los pequeños, todavía fetos en el vientre de sus madres, lo que igualmente los hace nacer, no obstante las pastillas ingeridas, los puños en la panza, el alcohol bebido junto con los laxantes.¹⁰ Porque *una cabeza que quiere nacer nace*, recita un proverbio edo (el idioma africano hablado en la parte sudeste de Nigeria). Junto con este *deseo embrional*, está la voluntad de Dios (¿quién otro, de hecho, puede donar un hijo a una mujer?, me preguntan durante una conversación en torno a estos argumentos). El deseo de ser madre de parte de la mujer viene, por tanto, después: es, por así decirlo, secundario respecto a la voluntad de fuerza mayor.

El embarazo testimonia, cuando se confirma, la fuerza física de la joven, a pesar de todo. Es una señal deseada de salud y bienestar del cuerpo, y permite trayectorias regulares: o porque permite formular un pedido de ayuda a algún servicio socioasistencial del territorio que responderá a las madres gracias a la activación de un recurso de hospitalidad o porque llega durante el inicio de las actividades para obtener los documentos. Impulsa la necesidad de reinscribir la propia vida en direcciones alternativas a aquellas de la trata y de la mercantilización de sí misma: un hijo o una hija llegan entonces porque se puede compartir un destino finalmente amoroso, afectuoso, en la soledad de una migración que ha roto las relaciones de confianza y generado tensiones, desacuerdos, temores,

9 Para profundizar, remito a mis dos trabajos precedentes, uno en inglés y otro en francés (Tagliani, 2012, 2016).

10 Muchos de estos abortos son clandestinos y forzados, dado que un embarazo podría impedir que la joven pagara su deuda.

desconfianzas extendidas. Por esta razón, se contraponen en ángulo recto, bajo la motivación de los deseos de rescate y liberación, la maternidad y la feminidad. Ser una mujer respetable y respetada significa ser madre, de modo tal de no ser más identificada como una buena para nada.

Lo dice muy bien Yetunde, una mujer nigeriana a quien el Tribunal le ha quitado dos hijos (que no han tenido siquiera el tiempo de conocerse entre ellos: cuando el hijo fue dado en adopción, la pequeña todavía no había nacido y fue luego separada a tres días del parto, llevada por los servicios sociales cuando madre e hija estaban todavía en el hospital). Durante un diálogo con el médico psiquiatra encargado por el juez como perito para evaluar su personalidad y su capacidad maternal, ella afirma:

Si soy mamá no me muevo sola, no piensan que soy una prostituta; si tengo un niño, soy una mamá. Si no tengo un niño, piensan que soy una prostituta. (Yetunde, Archivo F. I, fascículo jurídico, pericia médico-psiquiátrica, 2009)

A partir del discurso que esta mujer buscaba desarrollar sobre su deseo de ser madre para consolidar una buena identidad de sí misma, el psiquiatra encargado de evaluar su personalidad aseguró que en estas frases emergía de un modo claro un «pensamiento de significado delirante». En la voz de Yetunde —diagnosticada por el médico como afectada por un «trastorno de personalidad borderline y antisocial»— hay algo que, desde mi punto de vista, hace, por el contrario, explotar, delirar nuestras categorías: emergen fragmentos de una vida cotidiana en la que el cuerpo de una madre inmigrante africana es la «presa» y en el cual son los hijos quienes dan una identidad a la madre que los ha traído al mundo. No es casual que apenas nacen los hijos, cae en desuso aun en la migración el nombre propio de la mujer y deviene de ahora en adelante «la madre de». Devienen todas *iye omo*, la madre de un niño. También yo me acostumbro a llamarlas de esa manera, dado que en *su mundo* son los hijos quienes generan a las madres.

Mantener a los niños en su vida es entonces, tanto en el plano individual como social, una elección contraria a la aceptación de las reglas de la trata y de la explotación sexual: ser solamente mujer. Elegir continuar con

el embarazo significa de por sí ya una relación de contraste, de verdadero y real conflicto con la propia *madre de atrás* para volverse *madre de alguien*. Es un acto de insubordinación social, un contrapunto existencial. Estos niños vienen, por tanto, investidos de una urgencia subjetiva no derogable y representan para estas mujeres capitales sociales y simbólicos peculiares. *Tener* un niño ha significado *ser* mamá: es una experiencia en la cual se declina la existencia, irrevocablemente, el único predicado posible del ser.

La maternidad —como institución amorosa y femenina— revela aquí un aspecto vergonzante, dado que es complejo de decir: es una maternidad que se da ya atravesada por una idea de posesión que no es oportuno revelar por completo en la sociedad occidental, incluso frente a psicólogos y psiquiatras, siempre prontos a remover la ambivalencia con diagnósticos que son un bisturí cortante.

Me pregunto: ¿es posible pensar las condiciones de maternidad en las cuales son los niños los que protegen, socorren, sostienen y salvaguardan a sus madres, sin que esto venga inmediatamente descrito en el registro patológico?

Durante una conversación, mantenida algunos años después del alejamiento de su segundo hijo, Yetunde me dice:

Ninguna persona puede ir a golpear a una mujer con un niño en brazos. Por esto he pensado que yo podría estar más protegida; si te ven con un niño en brazos, no te lastiman. (Yetunde, entrevista, Turín, 11 de mayo de 2015)

Yetunde estaba recordando conmigo un día particular. Podríamos decir que recordaba el momento del peligro, cuando los bomberos y la policía golpearon y luego tiraron la puerta de su casa. Una pérdida de agua que había alarmado a los vecinos y el miedo de la mujer al abrir —frente a las voces masculinas y con el hijo que todavía dormía en su cuna— había producido un desenlace nefasto. La madre esperaba, de hecho, que el hijo se despertara para poder tomarlo en brazos e ir a abrir la puerta «con su protección».

Mi niño dormía tranquilamente. Hasta ese momento [los vecinos de casa], no han llamado a la policía y los bomberos [...]. [Los bomberos] han dicho

¿por qué no has abierto la puerta? Yo estaba esperando que mi niño se levantara tranquilamente así también yo estoy cubierta con la protección de mi niño porque no sé qué quieren. [Luego] me tomaron a mi niño. (Yetunde, entrevista, Turín, 11 de mayo de 2015)

La sentencia, escrita muchos años después del incidente, dejaba poco espacio a otra imaginación, a otra historia, y establecía que:

[El alejamiento en 2008 del menor había sido] el éxito de la intervención efectuada por la policía del Estado y los bomberos en la habitación de la progenitora, que se había negado a abrir a los interventores, que había amenazado con tirarse por el balcón y había empuñado una barra metálica, y que fue finalmente admitida en un servicio psiquiátrico (diagnóstico al ingreso: agitación psicomotora con graves perturbaciones comportamentales en trastorno antisocial de personalidad sin capacidad crítica) luego del tratamiento sanitario obligatorio dispuesto. (Yetunde, Archivo F. I., fascículo jurídico, sentencia de 2013)

El Tribunal decidió darle seguimiento al proceso de adopción del menor, asegurando que la madre «ciertamente, no reconocía para nada las reglas más elementales que informan (por el contrario, deben debidamente informar) las normas comportamentales en el intercambio social y civil entre conciudadanos y vecinos». Desde hacía varios meses, la mujer tenía demasiados «fracasos» en casa y no había intervenido pronto para reparar la canilla rota que causaba la pérdida de agua, preocupándose poco por el riesgo de anegamiento del apartamento de abajo. La mujer, como se lee asimismo en el procesamiento, no estaba «inspirada en una maternidad consciente» y estaba afectada por un trastorno de personalidad que la llevaba a tener actitudes «reivindicativas para obtener ventaja».

La construcción de la imagen de la mujer negligente se agrega así a la de la madre abandonica, a través de un proceso escrito que legitima a los ojos del lector la *probada irrecuperabilidad* de la mujer de ser una madre responsable y consciente, dado que se encuentra afectada por un trastorno de personalidad psicótica y hace del hijo un objeto. Se consolida dentro

de este horizonte de sentido y de fuerza el estereotipo de una madre sin control, promiscua, excesivamente fértil, que tiene un hijo después de otro, sin cuidado alguno de construir una familia ni preocupación de tener a su lado un marido y padre de sus hijos: todas las características que ilustran las mujeres encontradas en el curso de la investigación (solas, jefas de hogar, con hijos de hombres diversos que no se preocupan de tener a su lado y dejan ir por su vía migratoria).

Las nigerianas que pude conocer responden plenamente a la imagen de la *antimadre* (Briggs y Mantini-Briggs, 2000), tanto como producto sociológico de una economía racial que las hace víctimas de trata o prostitutas, como *ejemplos de estado* de irresponsabilidad, de insensibilidad y daño para la vida de sus niños.

LAS RUTAS DE LAS DESIDENTIFICACIONES

En los aspectos jurídicos, sociales y sanitarios que les conciernen como madres, los saberes psicológicos y médicos, además de las intervenciones educativas cotidianas, piden a estas mujeres adherirse a una expectativa de parentalidad precisa. De hecho, se reduce cada una de sus formas de competencia de parentalidad: estas jóvenes madres devienen incapaces de criar responsablemente a sus hijos porque no logran «en un tiempo razonable» adherir a los modelos educativos (por tanto, culturales) propuestos.

Cuanto más pequeño es el menor, más urgente es llegar pronto y de forma unánime a un acuerdo respecto a la adopción. Es un contexto en el que emergen fuertes sensaciones, las vivencias, las peligrosas empatías, sin filtro. Los niños son «bellos, bellísimos»; las madres son «bestias» y «simios», como en el caso de Eniola, madre a la cual le serían alejadas las tres hijas.

Lo que se produce en el curso de las observaciones es una extrañeza creciente entre la mujer y sus hijos: los unos se esfuerzan por reconocer a la otra (y viceversa) a medida que se diluye el vínculo y se esfuman los momentos de encuentro. Los niños tienen para la madre un *body odor* que apesta a sudor porque las personas con quienes viven no saben limpiarlos bien ni cuidar como se debe su piel; hablan mal porque responden a los adultos cuando nada los autorizaría a tal insolencia; cambian

comportamientos, reglas, hábitos. Son bautizados o confirmados sin la opinión de las madres que, si bien es cierto que son cristianas, no son necesariamente todas católicas. Los hijos, si son pequeños, olvidan rápidamente a las madres, se duermen en sus brazos durante el encuentro o en el auto enseguida después, señal evidente, según los psicólogos a cargo de describir las relaciones, de toma de «distancia emotiva»; si son grandes, se limitan a confesar que como máximo las querrían cerca o incluso en la casa de los adoptantes junto a ellos, como diciendo que no querrían volver a las *casas nerviosas* y en la periferia, donde estaban antes, luego de que han experimentado el calor de casas serenas y acomodadas (no solo económicamente). Quien escribe sobre ellos —sobre las madres y sus hijos— sugiere introducir, a la una y los otros, en ulteriores atenciones neuropsiquiátricas, psicológicas, pediátricas para evaluar el cuadro psíquico de los sujetos desde la «identidad múltiple» y ahora ya irreconciliable en virtud de la diferencia cultural que se ha instalado entre ellos.

En el caso de Eniola, uno de los abogados escribió que

Las hijas podrían [...] tener riesgo de desarrollar síntomas o trastornos vinculados a la incapacidad de la madre de garantizarles crecer en condiciones buenas y serenas en Italia, desde el momento que ella está todavía —no lo olvidemos— manifiestamente demasiado radicada en su cultura de origen. (Eniola, B. L., fascículo jurídico, memorias del abogado, 2012)

El elemento cultural emerge a veces manifiesto, a veces enmascarado bajo otras instancias consideradas por los psicólogos a cargo como más profundas y aculturales (afectivas, por ejemplo), como indicio de una diferencia radical entre padres e hijos. Estas madres *demasiado culturales* resultan incapaces de aculturarse *lo suficiente para* responder a necesidades-deseos de sus hijos italianos en detrimento de la ley, como si las necesidades y los deseos de estos últimos no fuesen rápidamente alimentados por las inéditas experiencias que realizan en los nuevos espacios de vida donde son insertados.

La modalidad para *liquidar* a las madres es hacerlas sujetos afectados de patología o disfunción psíquica.

El conflicto cultural es inevitable y una forma de evaluación debe resultar dominante. [...] La señora no parece haber sabido aculturarse y tal aspecto es un elemento disfuncional de la personalidad. (Victoria, V. T. Z., Archivo Centro Fanon, pericia del médico-cirujano profesor asociado en psicología, 2014; comentarios míos)

La señora es portadora de un trastorno psiquiátrico, *independiente de la proveniencia étnico-cultural*, denominado Trastorno de Personalidad de cluster B, en el cual están presentes elementos de tipo borderline y antisocial (Yetunde, F. I., Archivo Centro Fanon, pericia del médico-psiquiatra, 2009; comentarios míos)

UN MITO EN CUESTIÓN

Volvamos ahora a Edipo, un mito familiar tanto en el psicoanálisis como en las ciencias sociales. Para la antropóloga francesa Susanne Lallemand (1993), el mito de Edipo connota la «relación aberrante» de la circulación de los niños en Occidente.¹¹

Al tomar estas historias del lado del Edipo, de hecho, se puede entender un aspecto de la cuestión, que es atribuible a la forclusión del nombre de la madre. Por otra parte, el Edipo ha expresado siempre algo en torno al retorno de lo real de aquello que no ha sido jamás conocido (simbolizado).

Rita Laura Segato —antropóloga argentina autora en 2006 de *O Édipo brasileiro*¹²— en el análisis de la estructura familiar burguesa blanca en Brasil puso en evidencia el silencio total, también académico, en torno a la figura de la niñera afrodescendiente, hablando de una doble forclusión del nombre de la niñera pobre y negra. La forclusión a la cual asistimos con

11 Lallemand (1993) escribe: «Pour l'anthropologue intéressé par l'adoption, [l'Œdipe] peut ... être l'exemple manifeste d'une relation d'échange mal engagée, et la condamnation sans appel d'un mode de circulation enfantine séparant donateurs et récipiendaires : bref, il signe le naufrage humain qu'est l'adoption dite plénière [...]».

Elle donnait lieu, dans des sociétés où le mode de la communication avec l'autre passe par la connaissance de ses antécédents et la relation directe avec lui, à un rapport aberrant» (p. 7).

12 Una versión en español del texto es publicada en el trabajo *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda* (Segato, 2013), con el título «El Edipo negro: Colonialidad y forclusión de género y raza».

los niños nigerianos dados en adopción por el Estado italiano y separados definitivamente de sus madres es doble pero inversa respecto al esquema propuesto por la familia brasileña. Tenemos aquí un niño nigeriano que será criado por una mujer italiana (que se volverá jurídicamente su madre) a condición de la forclusión del nombre de la madre nigeriana e inmigrante. La máquina burocrática actúa rápidamente para introducir una desidentificación definitiva entre una madre y sus hijos, acumulando diferencias (socioculturales, económicas, psicológicas pero incluso antes jurídicas) y acelerando aquellas que los psicoanalistas definen como negaciones.

Laura Segato, fuertemente influenciada en su análisis por el pensamiento en torno a la forclusión propuesto por Judith Butler, sostiene que la negación y el desconocimiento sobre el plano social y público de cada trazo de intimidad entre el recién nacido y la niñera negra es eso que ha hecho inaccesible al adulto brasileño de clase media a cualquier deseo de afecto, ternura y sobre todo familiaridad en torno al cuerpo materno negro. La autora concluye que el racista ciertamente ha amado y todavía ama a su niñera oscura, sin poder sin embargo reconocerla en su color (en su racialidad), tanto que si la viera aparecer inesperadamente en la cena, reivindicando con su sola presencia un vínculo de parentesco, su reacción no sería otra que virulenta. Estamos hablando de eso que no se puede nombrar porque no se reconoce ni como algo propio ni como algo del otro.

Sobre la forclusión todavía conviene detenerse un instante más para comprender el funcionamiento psíquico y social en el *caso italiano* que estoy tratando de analizar. Es definible en términos de una expulsión anticipada de la posibilidad misma de que un deseo pueda coagularse, como decir que el niño, incluso antes de haber deseado algo, se encuentra viviendo en el deseo anticipado y anticipadamente expulsado por parte de otros. *En suma, no se puede realmente amar a una madre así.* Ahora, en el caso del Edipo brasileño es la madre (blanca) cívica la que rompe la relación del hijo con la niñera negra —la expulsa, en cierto punto, de la relación de cuidado, y a veces también de la casa—; en el caso que intento aquí circunscribir, son las instituciones del Estado lo que debo mirar, así como las figuras que controlan la disolución del vínculo antes de que un niño pueda haberlo deseado. En las prácticas de adopción del pasado, el abandono del progenitor debía ser querido, declarado a través de la firma de documentos o acreditado

por funcionarios designados al cuidado del huérfano que físicamente no tenía un lugar que tomar. Hoy la introducción de la categoría de abandono moral hace decididamente poco transparentes los procedimientos, y es todo menos clara la identidad del sujeto que desea la adopción.

Los *fantasmas*¹³ —o sea, las figuras adoptantes que toman el puesto materno— introducen con amor en la sociedad italiana a los niños, devenidos ya ciudadanos a título pleno gracias a la adopción nacional. Las madres biológicas caerán, por el contrario, en el olvido de las relaciones inútiles. Resta preguntarse qué quedará de todo esto en el *psiquismo* diaspórico africano, el cual intento explorar aquí, al menos del lado materno.

Entre las mujeres conocidas que no han visto a sus hijos retornar a casa, puedo decir que habitan las casas populares de la periferia o, en el mejor de los casos, viven en alguna tienda ocupada o son recibidas en alguna comunidad terapéutica para pacientes psiquiátricos; algunas de ellas van incluso a caballo (de acuerdo con la vanguardia rehabilitadora de la *pet-therapy*). Todas están a la espera de que sus hijos retornen, algunas trabajando en el tejido y entretejiendo colores que no lastiman a nadie. Retratos de mujeres que, como la Baby Suggs de Toni Morrison en *Beloved* (1993), reflejan con esto lo que hay todavía de inofensivo en este mundo.¹⁴

Cuanto más se erosiona el vínculo biológico entre la madre y los hijos, hasta ser forcluido, más prolifera en el plano imaginario materno un entramado de contrapoder, o quizás sería mejor decir de un poder marginal que les permite sobrevivir a pesar de todo. Muchas de ellas —creo que no por casualidad— se repiten «la vida continúa». He reflexionado mucho sobre la expresión de este deseo de vida, del deber de seguir adelante.

13 Esta es la palabra usada por Yetunde durante el coloquio clínico en referencia a los padres al cuidado de su última hija en la fase de preadopción. Estos *otros* invisibles —ya que no tenía ella ningún derecho de encontrarlos, saber dónde habitaban o cómo eran— para ella eran verdaderos fantasmas.

14 Baby Suggs dice en cierto momento de la novela que quiere quedarse quieta en un cama a reflexionar sobre eso que es inocuo en el mundo. Cuando Sethe le pregunta de qué está hablando («por aquí no hay nada de inofensivo»), Baby Suggs advierte el azul («no le hace daño a nadie»); y tampoco le hace daño a nadie el amarillo (Morrison, 1993, p. 150). Por tanto, son los colores eso inocuo que resta en la vida. Una de las mujeres nigerianas seguidas junto con Roberto Beneduce pasa su tiempo tejiendo, produciendo mantas y vestidos en los cuales los colores se entrelazan el uno con el otro, sin solución de continuidad.

En esta economía fantasmática del discurso materno negro —*¿pero que raza de madre eres?*—, el exceso de melanina se vuelve maldición, en un sentido y en su opuesto. Maldición porque la diferencia racial ha tomado, por así decirlo, a estos niños (dado que fueron creados por madres negras, africanas, negligentes, prostitutas y marginalizadas), pero maldición también porque no será menos virulenta la acción materna al reclamarlos y hacer suceder alguna cosa nefasta con aquellos que permitieron que la separación sucediera. Estamos en el reino de una acción política marginal (atribuible al poder de la palabra que maldice). Estas mujeres no son pasivas, no sucumben. Se reapropian de la estigmatización racial transformándola en su «ventaja» (un proceso de catacresis). Permanecen madres, permanecen madres africanas e insisten en su incidencia, seguras de que sus hijos las buscarán, una vez adultos, *en virtud de la raza, es decir, del color de su piel*.

Son mujeres que (re)hablan de *raza*. Son contrasemánticas morales de la migración, de las cuales emana una profunda descolonización de la maternidad a partir, casi paradójicamente, de un discurso que *racializa* a sus hijos. Son, de hecho, las sombras y el olor de la piel, en el cabello crespo, el color de los ojos... que recordarán a sus hijos, una vez adultos, haber sido traídos al mundo por una madre que no es la que los ha criado (la madre, por tanto, no es una). La pregunta no será, sin embargo, «¿quién es mi madre?», porque los hijos saben que solo puede ser una mujer negra quien los haya querido, deseado y traído al mundo. Según las madres, la pregunta que se harán los niños separados es, en realidad, «¿dónde está mi madre?», y responder significará buscarlas. En sus consecuencias, el escenario que estas mujeres imaginan es entonces diferente respecto de aquel sugerido por Segato para el Edipo brasileño: aquí la línea del color retorna en lo real como una invitación a actuar (a la búsqueda de la propia genealogía interrumpida).

Estos hijos volverán, sostienen con determinación. Esto es seguro porque la sangre es más espesa que el agua (*blood is thicker than water*). La sangre es eso que vincula a distancia y en la distancia. Se necesita entonces sobrevivir y estar ese día prontas al encuentro. Por esto es fundamental permanecer con vida en Italia.

YETUNDE [seudónimo]: Cada día pienso en volver a Nigeria, pero si volviera es como estar alejada de mis niños. La única cosa es esa. Porque

si me fuera de Italia, lo veo como si estuviera lejos de ellos. Yo los he querido mucho, yo nunca los he abandonado a mis hijos. [...]
Cuando salí de la comunidad donde estaba con mi niña, supe que mi madre faltaba. Mi niña lloró tanto ese día...

La muerte de mi madre cambió tantas cosas para mí, como si fueren otros ojos, fue desde aquel momento que entendí que cuando pierdes una mamá, la mamá que me trajo al mundo se ha ido, los ojos se han ido. Yo debo recomenzar todo desde el principio... Quizá sucedió así, que murió mi mamá, me han quitado el permiso de residencia, me han quitado los niños... ¿Cuántas cosas han sucedido? Todo, ¿entiendes? Es decir, como si ella se ha ido, como si fuera que se hubiera llevado todo. Yo debo recuperar todas estas cosas, pero no es una cosa así de fácil. Porque mi madre... es un personaje que me ha traído al mundo [...], fue una persona que he respetado mucho aun si yo no tuve esta posibilidad de alimentarla, de vestirla, de hacerle todo, pero para mí es así.

[Se detiene para hacer una pausa; frente a una nueva pregunta que la insta, pide esperar porque tiene otras cosas para agregar].

Era muy muy visible mi mamá [...]. Era un ojo más para mí que existía, no es que se pueda encontrar artificialmente, por eso yo hoy he intentado hacer mi vida bella, aun si no tengo dinero para sobrevivir, yo estoy intentando sobrevivir por mis hijos. Si logro ver las fotos de ellos, es una cosa más para los hijos, es muy importante. Por esto me despierto [...].

YO: ¿Me estás diciendo que tu madre te protegía desde lejos?

YETUNDE: Pero, claro, es siempre mi madre. Yo la he querido mucho, aunque no había una relación, dado que ella estaba en Nigeria. [...] Una madre protege a sus propios hijos, los quiere, incluso de lejos, incluso de cerca, incluso si está solo en una foto. Si tu quieres a tu hijo, incluso solo ver...

YO: ¿Todas las veces que miras la foto de tus hijos los estas protegiendo?

YETUNDE: Pero es obvio. Porque incluso si tú lo piensas, no es una cosa

negativa [...]. Porque una mamá, cuando va, va, no es que puede retornar. Cuando ha muerto, ha muerto. (Yetunde, F.I., entrevista, Centro Frantz Fanon, 11 de mayo de 2015)

Si aquí he intentado un análisis transindividual de la experiencia de la pérdida de los niños —«expulsados» de la vida de sus madres por parte de un poder que, una vez más en la historia, es percibido por aquellos que lo sufren distante y arbitrario— es para no cerrar en el registro psicopatológico estas existencias, incluso en la conciencia de que el costo psíquico para cada una de ellas ha sido enorme. Si es cierto que Edipo¹⁵ habla sobre el *niño perdido que retorna* para obsesionar a los adultos y afectarlos en nada menos que en su propio destino, prevenir la tragedia —engañar a los dioses o maldecir a los jueces— es posible con la condición de que las madres sepan mantener el vínculo en la distancia y estén prontas a «reconocer» *en la primera ocasión* al hijo o a la hija que retorna a casa, en la diáspora. ♦

15 El Edipo solo no basta, ni siquiera si lo traducimos como Edipo negro (Segato 2013) o africano (Ortigues y Ortigues, 1966). He anticipado que estos no son, como en el caso de Edipo o Moisés, nacimientos en el abandono. Para entender a fondo la relación de no-abandono de estas madres con sus hijos, debemos apelar a un mito nigeriano bien preciso: el del Ogbanje, o sea, del niño-espíritu que regresa para perturbar el vientre de su madre mediante un ciclo de nacimientos-muertes y renacimientos. La literatura sobre el mito del Ogbanje (o de otros nacimientos extraordinarios de niños-espíritus) es muy amplia. Para una síntesis, refiero a *Edipus et Ogbanje dans la migration nigériane: Une mythologie virulante de l'adoption et ses anticorps* (Taliani, 2018/en edición).

RESUMEN

Mis investigaciones ponen en tela de juicio los sistemas de adopción de los niños nacidos de padres que han inmigrado a Italia. Cuestionaré las formas de construcción de un «niño inmigrante adoptable» e intentaré al mismo tiempo reproducir el punto de vista de las madres que tienen que enfrentar estas separaciones inesperadas.

Estas mujeres, en la mayoría de los casos, nigerianas, resultan protegidas por el Estado en cuanto víctimas de las tratas, pero cuando se convierten en madres se las considera inadecuadas para ese rol porque no se las considera *suficientemente buenas* para ocuparse de sus hijos. Su acogida en los hogares madre-niño coincide con la necesidad de observarlas en sus relaciones cotidianas. Si los jueces —basándose en los informes redactados por los servicios sociales— consideran por eso que «no son motivadas por un sentimiento maternal responsable», ellas pierden el derecho de encontrarse con sus hijos, hasta la separación total. La ruptura de los lazos decidida por la figura de la adopción hace entonces de un niño africano nacido de una madre inmigrante un *sin padres* y un *producto del Estado*, mientras las madres vuelven a caer en las mazmorras de las relaciones inútiles y en el anonimato de los sin papeles.

Apoyándome en la literatura que cuestiona las relaciones entre migración, Estado y familia, analizaré el concepto de descolonización de la maternidad para entender cómo estos *pequeños sujetos* se convierten en italianos en virtud de la pérdida de su madre negra (en un proceso paralelo a lo que la antropóloga médica argentina Rita Laura Segato nomina «forclusión del nombre de la madre negra» en el caso del Edipo brasileño).

Descriptor: ABUSO | MITO | FILIACIÓN | INVESTIGACIÓN | INSTITUCIÓN | MIGRACIÓN
| DESAMPARO | ADOPCIÓN | VIOLENCIA | PODER | RELACIÓN MADRE-HIJO | RACISMO |
ANTROPOLOGÍA | MADRE | CULTURA

Candidato a descriptor: Testimonio

SUMMARY

My research work calls into question the adoption systems of children whose parents have migrated into Italy. I will challenge the forms of construction of a «migrant adoptable child» and at the same time I will try to reproduce the point of view of the mothers who have to face these unexpected separations.

These women, mostly Nigerian, end up being protected by the State in their condition of victims of sex trafficking, but when they become mothers, they are considered not suitable for that role because they are not considered *good enough* to take care of their children. Their hosting in mother-baby centres coincides with the need to observe them in their daily relationships. If the judges — based on the reports provided by the social services — consider that they are «not motivated by a responsible maternal feeling», they lose the right to see their children, until there is a complete separation. The rupture of the bonds determined by the figure of the adoption turns then an African child born of an immigrant mother into a *parentless* and a *product of the State*, while the mothers fall back into the dungeons of useless relationships and the anonymity of those without papers.

Supported by the literature that questions the relations between migration, the State and the family, I will analyze the concept of decolonization of maternity, in order to understand how these *small subjects* become Italian as a result of the loss of their black mother (in a process that is parallel to what the Argentinian medical anthropologist Rita Laura Segato calls «foreclosure of the name of the black mother» in the case of the Brazilian Oedipus).

Keywords: ABUSE / FILIATION / RESEARCH / INSTITUTION / MIGRATION / HELPLESSNESS / ADOPTION / VIOLENCE / POWER / MOTHER-SON RELATIONSHIP / RACISM / ANTHROPOLOGY / CULTURE

Candidate keyword: Testimony

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- Briggs, C. y Mantini-Briggs, C. (2000). «Bad mothers» and the threat to civil society: Race, cultural reasoning, and the institutionalization of social inequality in a venezuelan infanticide trial. *Law & Social Inquiry*, 25 (2), 299-354.
- Lallemand, S. (1993). *La circulation des enfants en société traditionnelle, Prêt, don, échange*. París: L'Harmattan.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra: Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona: Futuro Anterior.
- Morrison, T. (1993). *Beloved*. Madrid: Alianza.
- Segato, L. R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- Taliani, S. (2012). Coercion, fetishes and suffering in the daily lives of young Nigerian women in Italy. *Africa*, 82(4), 579-608.
- (2016). Calembour de choses dans le vaudou italien: Corps-fétiche et principes d'inégalité devant les dieux. *Social Compass*, 63(2), 163-180.
- (2018). Edipus et Ogbanje dans la migration nigériane: Une mythologie virulente de l'adoption et ses anticorps. *Journal des Africanistes* (en edición).
- Williams, M. R. (1997). Living at the crossroads: Explorations in race, nationality, sexuality, and gender. En W. Lubiano (ed.), *The house that race built: Black Americans, U. S. Terrain* (pp. 136-156). Nueva York: Pantheon Books.

Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual y de géneros¹



LETICIA GLOECER FIORINI²

El título de este trabajo, modificación del muy conocido texto freudiano, apunta a analizar los efectos de la diferencia sexual y de géneros en la construcción de subjetividad sexuada en las mujeres. Esto incluye los efectos de la violencia de género.

Al enfocar la cuestión de la diferencia sexual, Freud aborda su conceptualización a partir de la diferencia anatómica entre los sexos. «La anatomía es el destino» es una de sus afirmaciones fuertes (Freud, 1925/1979a). Sin embargo, recordemos que Freud concibió el complejo de Edipo/castración como una expresión de tendencias incestuosas y parricidas que conducían al acceso a la diferencia sexual como consecuencia de la resolución edípica (Freud, 1923/1979c, 1923/1979c, 1924/1979b). Esto abona en contra de un destino inapelable desde la anatomía.

Esta propuesta fue ampliada y repensada en el psicoanálisis contemporáneo. Laplanche (1980/1988) propuso distinguir entre la diferencia sexual y la diferencia de géneros al plantear que la primera respondía a la lógica de la contradicción, de acuerdo con la lógica aristotélica, y la segunda a una lógica de los contrarios. A esta distinción agregó el concepto de diversidad anatómica. De esta manera, amplió la concepción sobre la diferencia

- 1 Panel «Mujeres, exclusión y desamparo» del Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, agosto de 2018.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. lgloecf@intramed.net.ar

sexual, agregando otros factores que permiten abordar la complejidad de la construcción de subjetividad sexuada.

Si incluimos otras perspectivas disciplinarias, desde mediados del siglo pasado se desarrollaron las teorías de género que agregan otra variable para poder comprender la multiplicidad de factores en juego, tratados también por las distintas olas del feminismo desde fines del siglo XIX. Posteriormente aparecieron las teorías *queer* en el marco de corrientes posgénero, que discutieron cierta tendencia de la categoría género a derivar en concepciones universales y esencialistas. En el amplio campo de las teorías de género y posgénero, destacamos a Butler, De Lauretis, Haraway, Braidotti, entre otras. En antropología, a Segato.

Con respecto al concepto de género, incluimos el debate entre teorías psicoanalíticas de origen angloamericano y francés. Estas últimas, en general, no aceptan la categoría género.

En este marco, vemos que las mujeres son atravesadas por discursos y teorías que son expresión de normas, creencias, narrativas que representan el contrato social vigente. Estos discursos tienen efectos en las prácticas sociales e, inversamente, las prácticas actúan sobre las teorías. Ciertamente, estos discursos entran en conflicto con contradiscursos y contrateorías que representan otras prácticas sociales.

Pero ¿cuáles son los efectos psíquicos de las normas que rigen los lazos sociales? El derecho romano consagró al *pater familia*: las mujeres, los niños y los esclavos eran su posesión y debían ser educados y disciplinados a través de su poder. La división sexual del trabajo sostiene estas proposiciones desde los orígenes. El concepto de *pater familia* se mantiene hasta la actualidad bajo distintas formas, en la vida cotidiana y en muchas teorías vigentes.

También Freud se refirió a los factores culturales en juego en la conformación de la subjetividad femenina, pero no desarrolló esta vertiente. Actualmente, el psicoanálisis ha calado hondo en la sociedad, principalmente occidental, y da cuenta del cambio de paradigma que significó en relación con las propuestas de la Modernidad. El sujeto ya no es más el sujeto de la conciencia, y la sexualidad ya no es más solamente la sexualidad adulta. El inconsciente y la sexualidad infantil perverso-polimorfa empezaron a tallar, y esto modificó radicalmente la concepción del sujeto.

Sin embargo, las teorías freudianas sobre lo femenino y la diferencia sexual son fuertemente discutidas porque representan una visión sesgada de las mujeres y de la sexualidad femenina si se tiene en cuenta que, para Freud, el destino privilegiado de las mujeres era la maternidad. *En este marco, otros destinos de la sexualidad eran lateralizados y otras funciones y capacidades eran atribuidas a su «parte masculina».*

Si bien las mujeres no responden a una categoría universal, ciertamente hay puntos en común. Una historia de las mujeres nos muestra vacíos y silencios (Duby y Perrot, 1990/1991). Durante siglos el único espacio de carácter simbólico fue el de la maternidad, altamente idealizado. Así como las mujeres son muy frecuentemente desvalorizadas o denigradas, la maternidad les otorga un *status* simbólico que opera como una salida frente a «lo negativo», lo fuera de lo simbólico, que se atribuye a la posición femenina.

En este contexto, hay una problemática de género en juego. Clásicamente, el concepto de género se basa en la división entre el sexo anatómico, por un lado, y el género como efecto de la cultura, por el otro (Rubin, 1975). Abordo este concepto como un enunciado discursivo cuya expresión en el psiquismo responde a una construcción subjetiva compleja. Se trata de la creencia, imaginaria pero con fuertes y sostenidos efectos simbólicos, de la pertenencia de un sujeto al campo de lo masculino o lo femenino —soy hombre, soy mujer—, o bien de no pertenecer a ninguno de estos campos. Esta creencia corresponde al campo de los ideales narcisistas y se construye sobre una multiplicidad de variables: *el cuerpo biológico da señales, las identificaciones relativas al género se organizan desde el proyecto identificadorio parental, la sexualidad/pulsión está en acción, los discursos vigentes envían sus mensajes, las normas sociales ejercen su poder. Todos estos factores actúan recursivamente entre sí.* Sería imposible pensar en un concepto maestro, solo la sexualidad o la cultura, o bien solo los cuerpos, que se impondría sobre los anteriores a riesgo de caer en un pensamiento sustancial.

En cuanto a las identificaciones relativas al género femenino, no tienen la suficiente jerarquía valorativa. Se constituyen ideales frustrados en su realización desde su misma estructuración como tales. Frecuentemente las mujeres desplazan estos ideales a otros significativos, la pareja o los

hijos, quienes deberían cumplirlos. Esto representa una falla narcisista en la construcción de subjetividad, ya que los ideales femeninos sucumben frente al lugar asignado a las mujeres.

Recordemos que el concepto de género como categoría conceptual y discursiva fue posterior a Freud. Sin embargo, cuando Freud describe cómo se posicionan niñas o niños en relación con los padres al comienzo del complejo de Edipo, está hablando de un niño o una niña que, en general, reconocen su pertenencia masculina o femenina antes del acceso a la diferencia sexual, en términos de las teorías sexuales infantiles (Glocher Fiorini, 2001, 2015).

VIOLENCIA DE GÉNERO Y DESAMPARO

Los ejes mencionados no son independientes de los fenómenos de violencia de género. Entendemos por violencia de género las distintas formas de violencia real y simbólica ejercida sobre las mujeres. *Se trata de una cuestión estructural: la misoginia está en acción.* La diferencia sexual y de géneros está en relación sistémica con la violencia de género, y esto es historizable. La violencia de género hacia las mujeres impregna los discursos sociales y forma parte de las teorías que intentan explicar la diferencia sexual. Comprende desde hechos mínimos, cotidianos —como los chistes *machistas* y su relación con el inconsciente, parafraseando nuevamente a Freud—, pasando por distintas formas de violencia psicológica hasta llegar a la violencia física y la muerte. Estas manifestaciones están sustentadas en la organización del contrato social, son sistémicas y tienen indudables efectos psíquicos.

El *proyecto identificador* (Castoriadis-Aulagnier, 1975/1977) en su variante género actúa, y las posiciones quedan naturalizadas.

Recordemos que Freud (1895/1986b, 1930 [1929]/1988) había descripto la condición de desamparo propia del recién nacido y su inermidad en el humano, a diferencia del reino animal. Esa condición necesita de un sostén, un apoyo y un reconocimiento que deberán ser cumplidos por la madre u otro significativo que tome esa función. Este es un requisito del ser y de la estructuración narcisista.

Sin embargo, constatamos que la condición de desamparo se reduplica en las mujeres. Es decir, la inermidad propia del recién nacido se potencia en

las mujeres. Esto se observa históricamente a través del lugar secundario que tradicionalmente les es asignado en la vida sociocultural, así como en sus propias realizaciones personales. El desamparo genera sentimientos de inferioridad y una baja de la autoestima que, como señalaba Freud (1914), responden a un déficit de suministros narcisistas. Al igual que el recién nacido, necesitará del apoyo y el sostén de los otros significativos.

La situación de desamparo crea, inevitablemente, las condiciones para el ejercicio del poder/dominio sobre las mujeres, con lo cual se autoperpetúan estas condiciones. Se trata de poderes, saberes y «verdades» (Foucault, 1979, 1984/1995) con fuerte impacto en la construcción de subjetividad si pensamos que esta se construye desde el campo pulsional deseante, pero no sin los mensajes que provienen del campo de la otredad.

Además, recordemos que la condición femenina es sometida a violencia también cuando se expresa en otras subjetividades, sexualidades y géneros no convencionales. La violencia hacia el travestismo, el transexualismo o las homosexualidades es parte de las condiciones de exclusión que marcaron históricamente lo femenino.

DE LOS BINARISMOS A LAS ESTRUCTURAS TERNARIAS

Pensar esta problemática en términos binarios es insuficiente para comprenderla. La polaridad masculino-femenino no da cuenta de la complejidad de la construcción de subjetividad en mujeres y hombres, sea cual sea su elección sexual o su género asumido. Como todo dualismo, uno de los términos —en este caso, el masculino— está jerarquizado y sobreinvestido. *Sabemos que los binarismos responden a relaciones de poder y que las relaciones de poder se sirven de las estructuras binarias.* Esto se expresa en la teoría psicoanalítica, así como en los discursos y las prácticas sociales. El desamparo es una de sus consecuencias para el polo femenino, investido negativamente.

A la luz de las aporías que genera el pensamiento dualístico en la construcción de subjetividad, habíamos propuesto *analizar estas cuestiones desde por lo menos tres variables* (Glocer Fiorini, 2001, 2015). En cada una de estas variables se juega la significación que se da a lo femenino y la diferencia sexual. *En primer lugar, es necesario incluir el papel de*

los cuerpos, que «definen» una pertenencia al campo de lo femenino o masculino acorde a un imperativo de la cultura, aunque esto no siempre se cumple. Los cuerpos femeninos están desvalorizados como tales: el horror a lo femenino está en acción, y esto concurre a que, proyecciones mediante, encarnen la amenaza de castración. Las teorías sexuales infantiles integran este conjunto (Freud, 1909/1980). También hay que consignar que una idealización de los cuerpos femeninos puede funcionar como símbolo fálico, defensivamente. *En segundo lugar, el plano de las identificaciones de género* que configuran un déficit en lo simbólico asignado a las mujeres. Estas corresponden a ideales narcisistas devaluados. *Tercero, el papel de la sexualidad y el deseo.* Aquí constatamos los obstáculos de abordar la diferencia sexual, ya sea en términos dualísticos fálico-castrado, o bien como posición femenina o masculina definida alrededor del significante falo.

Se trata de significaciones sobre lo femenino y la diferencia sexual que responden a un hilo conductor: la «diferencia» considerada en términos dualísticos con fuertes implicaciones jerárquicas para uno de sus términos. Sin embargo, vemos que autores como Laqueur (1990/1994) han señalado las variantes históricas en las concepciones sobre la diferencia sexual, que ya eran conocidas por Freud, si bien él se inclinó por una de ellas, desechando la otra.

Señalaba Bourdieu (1998/1999) que los esquemas de percepción y conocimiento dominantes no son ideologías, sino sistemas establemente inscriptos en las cosas, en los cuerpos y en el psiquismo. Hay un trabajo de reproducción histórica continuada que conduce a clasificar las cosas y las prácticas dentro de la oposición masculino-femenino. Sostiene que estos esquemas son utilizados como instrumentos de conocimiento, y no como objetos de conocimiento. Es decir, que no son analizados, ya que constituirían un espacio neutral. Esto es aplicable al psicoanálisis. Se trata de una disciplina que contiene herramientas para analizar diversas problemáticas, pero que también debe constituirse en objeto de conocimiento.

Si esto no ocurre, se siguen sosteniendo las dicotomías binarias que encierran relaciones de poder. En este contexto, las mujeres han sido ubicadas históricamente en situaciones de exclusión, y el efecto de desamparo es inevitable.

Por estos motivos, considero imprescindible revisar la categoría *diferencia* como operación simbólica que abra el acceso a una trama social, más allá de la diferencia sexual.

Mi propuesta es que la diferencia de géneros entra en un sistema de relaciones con la diferencia sexual y la diferencia anatómica, así como con la diferencia en sentido lingüístico y discursivo. Sus significaciones responden y, a la vez, resisten el contrato social. Se trata de distintos planos, no necesariamente concordantes, en los que se juega la categoría diferencia, planos cuya heterogeneidad es constitutiva (Gloecer, 2015).

Poder revisar el dualismo clásico masculino-femenino y generar líneas de fuga que permitan otras opciones de pensamiento, así como teorizar desde las «fronteras», desde los límites, tendrá efectos en la clínica. Así, la ubicación clásica de las mujeres como objetos de conocimiento y deseo podrá ser repensada, considerando la posición de sujetos que la Modernidad no incluyó.

Entre el sexo anatómico, el género y la sexualidad/deseo; entre el Edipo y el más allá del Edipo; entre la diferencia sexual, anatómica y de géneros, en esas intersecciones se construye subjetividad, con mayor o menor grado de conflicto de acuerdo a las variables personales, colectivas y discursivas en juego. ♦

RESUMEN

La autora propone analizar los efectos de la diferencia sexual y de géneros en la construcción de subjetividad sexuada en las mujeres. En esta línea se incluyen los efectos de la violencia de género, implícita y explícita, sobre la construcción narcisista y los ideales femeninos en las mujeres. La exclusión y el desamparo son consecuencia y, a la vez, causa de esta trama.

Se aborda la polaridad binaria masculino-femenino y sus aporías para pensar la complejidad de los itinerarios del deseo, así como las migraciones de género.

Se postula pensar la construcción de subjetividad sexuada en un marco de entrecruzamientos de más de dos variables heterogéneas: los cuerpos, las identificaciones, la sexualidad y el deseo. Todas atravesadas por los discursos y las normas que configuran el contrato social y sus insuficiencias. En este contexto el concepto de diferencia sexual y de lo femenino se inscriben en un marco de pluralidades. Esto amplía las posibilidades de pensar más ampliamente en la clínica los conflictos que se presentan alrededor de esta problemáticas.

Descriptor: MUJER / DIFERENCIA DE LOS SEXOS / IDENTIDAD SEXUAL / GÉNERO / VIOLENCIA / DESAMPARO / SUBJETIVACIÓN

SUMMARY

The author suggests analyzing the effects of sexual and gender differences in the construction of the sexed subjectivity of women. The effects of gender violence, both implicit and explicit, on the narcissistic construction and female ideals in women are included in this analysis. Exclusion and helplessness are a consequence and, at the same time, the cause of this weft.

The paper addresses the binary male-female and its contradictions to think about the complexity of the itineraries of the wish as well as about gender migrations.

The paper proposes to consider the construction of sexed subjectivity in the context of the intersection of more than two heterogeneous vari-

ables: bodies, identifications, sexuality and the wish. All of these influenced by discourses and norms that shape the social contract and its shortfalls. In this context, the concepts of sexual difference and of female difference are inscribed within a frame of pluralities. This broadens the possibilities for a vaster approach to the clinical work with the conflicts which revolve around these problem areas.

Keywords: WOMAN / DIFFERENCE BETWEEN THE SEXES / SEXUAL IDENTITY / GENDER / VIOLENCE / SUBJECTIVATION / HELPLESSNESS

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1998).
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Duby, G. y Perrot, M. (1991). *Historia de las mujeres* (vol. 1). Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1990).
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- (1995). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber* (vol. 1). Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1984).
- Freud, S. (1979a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- (1979b). El sepultamiento del complejo de Edipo. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- (1979c). El yo y el ello. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- (1979d). La organización genital infantil. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 141-150). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- (1979e). Sobre las teorías sexuales infantiles. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9, pp. 183-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908).
- (1980). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- (1986a). Introducción del narcisismo. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- (1986b). Proyecto de psicología. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-461). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- (1988). El malestar en la cultura. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Gloecer Fiorini, L. (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar.

— (2015). *La diferencia sexual en debate: Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires: Lugar.

Laplanche J. (1988). *Castración: Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1980).

Laqueur, Th. (1994). *La construcción del sexo*. Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1990).

Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes on the «political economy» of sex. En: R. R. Reiter (ed.), *Toward an anthropology of women*. Nueva York: Monthly Review.

Notas sobre vulnerabilidad y desamparo en la infancia



ANALÍA WALD¹

1. La noción de vulnerabilidad refiere a múltiples dimensiones analíticas y áreas posibles de intervención, dada la diversidad de fenómenos a los que está asociada. Comprender desde una perspectiva compleja los impactos sociales observados a partir de eventos catastróficos ha llevado a ciertos autores latinoamericanos a proponer el análisis de distintas dimensiones de vulnerabilidad que estarían jugando un papel importante en la propensión al daño. Wilches-Chaux (1993) propone once dimensiones (física, económica, política, técnica, cultural, educativa, institucional, natural, técnica, ideológica y ecológica) y su concepto de «vulnerabilidad global» supone que las vulnerabilidades se superponen en situaciones de desastre, de una forma cualitativamente distinta a otras crisis socioeconómicas, más bien crónicas. De estas últimas nos interesa ocuparnos, particularmente de las condiciones de vulnerabilidad de niños y niñas que nacen y viven en contextos de exclusión social. Al mismo tiempo, consideramos que es necesario alertar sobre una extensión difusa y extraterritorial de la noción de *vulnerabilidad* al campo de la subjetividad.

2. La vulnerabilidad subjetiva es para el psicoanálisis una condición estructural, desconocida e inconsciente. La *Hilflosigkeit* como desamparo

1 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. awald@psi.uba.ar

estructural se actualiza como angustia o como desestructuración en situaciones de pérdida o desvalimiento. El sujeto neurótico es estructuralmente vulnerable, y es por ello que, ante la encrucijada traumática, las consecuencias pueden llegar hasta el anonadamiento, el estrago de la identidad con el consecuente arrasamiento subjetivo (Dobon, 2015), la «demolición psíquica» (Viñar y Ulriksen de Viñar, 1993).

Puesto que somos vulnerables, el acontecer externo puede transformarse en trauma interno, colapso de la subjetividad. G. García Reinoso (1992) señala que todo acontecimiento implica una traducción e inscripción psíquicas. La situación de trauma repetido se inscribe en el inconsciente como deseo de muerte del Otro. El trauma acá es el deseo de muerte del Otro o de un otro colocado en ese lugar de Otro omnipotente (las catástrofes se adjudicaban en la antigüedad a un castigo o una maldición de los dioses).

Estamos diferenciando la condición de vulnerabilidad subjetiva constitutiva y estructural que deviene de la experiencia de desamparo originario ante el deseo del Otro (Lacan, 1959/2015) de lo que puede ser la encrucijada traumática y el colapso subjetivo que esta puede involucrar. Solo a través de la respuesta mediante el síntoma o el fantasma el desamparo deviene experiencia subjetiva. La inscripción del desamparo como deseo de muerte del Otro ya implica una imaginarización posible, a diferencia de las intrusiones sin significado que, según Žižek (2012), afectan la textura simbólica de la identidad del sujeto. En la era posreligiosa da lo mismo la violencia física externa, las catástrofes naturales o la destrucción de la base material de nuestra realidad interna (lesiones cerebrales). Cuando el sujeto se encuentra sin puntos de referencia, con el sentido en blanco, es invadido por un exceso de goce que impide su localización, lo cual puede producir estragos y llevar al sujeto a salirse de la escena a través de un pasaje al acto.

El problema es que a veces, como en la mayoría de los niños latinoamericanos, el evento disruptivo —los efectos destructivos de la violencia sociosimbólica— es un estado de cosas permanente. La situación traumática es la persistencia misma del trauma. Žižek se refiere al siglo XXI como el siglo del sujeto postraumático, descomprometido, superviviente de desastres naturales, violencia familiar, traumas sociopolíticos, accidentes graves, catástrofes que carecen de significado libidinal. La eliminación del sentido es, para Žižek, la nueva cara de lo social.

Los conflictos sociales quedan privados de la dialéctica de la lucha política propiamente dicha y se vuelven tan anónimos como las catástrofes naturales. Así, para Žižek, los límites que separan a la historia de la naturaleza, a la *sociopatía* de la *neurobiología*, están desdibujados; el terror del campo de concentración y una lesión cerebral orgánica pueden producir la misma forma de autismo.

3. El reproche que le hace Malabou a Freud en *Les nouveaux blessés* (2007) es que él no está dispuesto a aceptar el poder destructivo que tiene la realidad *per se*, y no por el impacto que tiene en la realidad interna del sujeto. O sea, determinado estado de cosas puede tener un poder destructivo o devastador sobre la psique, independientemente de su resonancia, no por ansiedades, no por masoquismo, no por impulso de muerte o sentimiento de culpa. Se trata de situaciones en las que el sujeto no puede estar presente en su propia fragmentación. Al contrario de la castración, no hay ninguna representación ni posibilidad de anticipar o fantasear la destrucción neuronal. Cuando esto sucede, es un nuevo sí mismo, no hay posibilidad de reconocimiento.

Freud no puede concebir un sujeto que sobreviva a su propia muerte o al borrado de su identidad simbólica. Como en el caso del Alzheimer, es un nuevo sujeto el que surge, descomprometido, desafectado, carente de lo que Heidegger llama ser en el mundo, una existencia encarnada y comprometida.

Psiques más allá del amor y el odio, ni sádicas ni masoquistas. Psiques desafectas, descomprometidas, incapaces de transferir.

En términos lacanianos, lo que falta aquí no es solo otro ser humano, el atento oyente, sino el propio «gran Otro», el espacio de inscripción o de registro simbólico de mis palabras... Este sujeto es primordialmente una Cosa enigmática, impenetrable, totalmente ambigua, hasta el punto de que no se puede hacer otra cosa que oscilar entre atribuirle un sufrimiento inmenso o una bendita ignorancia. Lo que le caracteriza es la falta de reconocimiento en un doble sentido: que no nos reconocemos a nosotros mismos en él, no hay empatía posible, y que el sujeto autista, debido a su retirada, no nos reconoce a nosotros, sus compañeros en la comunicación. (Žižek, 2012, p. 311)

A partir de la descripción del sujeto postraumático, la pregunta que cabe hacerse es la opuesta: cómo transformar la economía de las cosas en economía libidinal, en dichos de Žižek (2012), «¿cómo hacer surgir el sexualizado universo del significado?» (p. 311). Si entendemos que la sexualidad freudiana es la plataforma giratoria entre el exterior y el interior, entre el accidente externo y la realidad psíquica, la mediación para que esto ocurra es la fantasía. La fantasía primordialmente reprimida se presenta como la sutura entre el exterior y el interior, es la estructura que integra y disemina el puro shock y lo transforma en éxtimo. Entonces, ¿estamos diciendo que el trabajo del psicoanalista con niñas y niños en situaciones de vulnerabilidad social apunta al despliegue fantasmático para que el trauma pase a formar parte de lo reprimido? La paradoja sería que apuntamos a construir vulnerabilidad subjetiva: sujetos que puedan subjetivar la *Hilflosigkeit* como desamparo estructural. Decía Silvia Bleichmar (2006):

La fuerza de lo acaecido cobra eficacia productiva cuando lo que ingresa no es devastador, y puede encontrar modos de recomposición simbólica. En tal sentido, nadie está exento de que su acaecer sea desarticulado o interrumpido por el azar, pero todos tenemos la posibilidad de que la inscripción de lo imprevisible sea tolerada. En sus formas ya canonizadas, el psicoanálisis llamó a esto «posición depresiva» o «tolerancia a la angustia de castración».

Se trata, desde el punto de vista teórico, de reconocernos tan *vulnerables* como plausibles de domeñar intrapsíquicamente lo que nos acaece. En esto radica la sabiduría que el análisis puede brindar.

Entonces, ¿la vulnerabilidad subjetiva es ya una respuesta, recomposición simbólica mediante, a la vulnerabilidad social? ¿Será ese el trabajo de los psicoanalistas?

4. En el Hospital de Clínicas, el equipo de Psicopedagogía del Programa de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires² recibe

2 Programa de asistencia psicopedagógica. Secretaría de Extensión Universitaria. Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Directora: Analía Wald. El programa asistencial fue creado por Silvia

consultas por niños que presentan distintas situaciones de vulnerabilidad: exclusión socioeconómica, simbólica, diglosia conflictiva de lenguas, población migrante o algún diagnóstico neurológico. En este último caso, la vulneración tiene que ver con daños en el sustrato material (lesiones cerebrales), trastornos funcionales (descargas epilépticas) o también con el peso de cargar con diagnósticos difusos que dificultan aún más el despliegue social.

El dispositivo asistencial involucra entrevistas diagnósticas individuales con el niño y los adultos a su cargo, y tratamiento grupal, con grupo paralelo de reflexión para los adultos. La orientación clínica implica establecer hipótesis acerca de las modalidades singulares de los procesos de simbolización de cada niño y acerca de los ejes históricos de significación de la problemática, desde la perspectiva de la complejidad (Morin, 2001). La matriz teórica en la que se enmarca el análisis emplaza el campo de producción de la subjetividad infantil en una línea de intersubjetividad, en la cual se definen los ejes históricos de sentido subjetivo frente a los cuales, sin embargo, el niño no es pasivo. La complejización creciente de las estructuras psíquicas implica modos de elaboración a partir de una metabolización compleja y heterocrónica de derroteros pulsionales, afectivos e identificatorios con los objetos de investidura que incluye el campo social.

Agustín³ tiene nueve años y es derivado al servicio desde neuropsiquiatría por problemas de aprendizaje y de conducta en la escuela. Está bajo la guarda de Héctor y Marina, quienes hace dos años lo llevaron a vivir con ellos. Está medicado por epilepsia y al momento de la consulta no presenta convulsiones, aunque a veces tiene ausencias. Según Héctor y Marina, la madre biológica vive en situación de vulnerabilidad social y lo habría «dado» por

Schlemenson en 1984 en la Facultad de Psicología y recibe consultas de los Equipos de Orientación Escolar de la Ciudad de Buenos Aires. Se trata de niños pertenecientes a sectores vulnerables. En el año 2014, el programa incorporó una nueva sede en el Servicio de Pediatría, en el marco del Programa de la Facultad de Psicología en el Hospital de la Clínicas. El trabajo asistencial en el hospital está asociado al proyecto de investigación «Problemas de aprendizaje: complejidad y abordaje interdisciplinario».

- 3 Terapeuta a cargo del diagnóstico: Abigail Iglesias. Terapeutas a cargo de los grupos de niños: Abigail Iglesias, Sofía Adinolfi Greco, Daniela Stigliano y Erica Hamuy. Terapeuta a cargo del grupo de adultos: María Eugenia Milano.

no tener para alimentarlo. Tiene nueve hijos además de A, ya habría «dado» otros hijos y está nuevamente embarazada. Héctor y Marina eran vecinos del barrio; no podían tener hijos, conocían a Agustín, se fueron encariñando con él, empezaron a alojarlo hasta que se quedó con ellos y solicitaron la guarda. Recién en ese momento, Agustín concurrió por primera vez a la escuela y empezó a atenderse en el hospital. En el momento de la consulta, se habían mudado a un barrio más próspero a partir de que consiguieron un trabajo en una portería. Eso significó que Agustín dejara de vivir cerca del lugar donde había crecido, de su madre y hermanos. Es en la escuela nueva en la capital donde Agustín comienza a tener dificultades, a pesar de haber aprendido a leer y escribir. Se pelea con sus compañeros y les pega. No logra integrarse en el grupo y además es muy distraído.

Dice Marina en la entrevista: «lo recibimos con un short, descalzo y sin remera... él fue un perrito que lo tiraron para afuera. Si le cuesta es porque nadie lo apoyó... Por ahí le metimos mucha presión».

Les resulta muy difícil comprender que, pese a las comodidades que le ofrecen, Agustín no les responde con el reconocimiento, la solicitud y el cariño que ellos esperaban. En el grupo de adultos, Héctor y Marina podrán hablar de las dificultades que tienen con Agustín. La vida con el niño está lejos de responder a la situación idealizada que habían fantaseado, y sienten enojo y dolor al sentirse rechazados.

El equipo de la escuela relata las dificultades que tienen con Agustín. Como ingresó tardíamente a la escuela, está un año atrasado. Le cuesta estar en la clase y se pone agresivo con los compañeros. Como es bastante alto, decidieron que pasara de grado a pesar de no tener los contenidos correspondientes para priorizar los aspectos sociales, aunque la dificultad de las tareas termina por apabullarlo. Está con adaptaciones curriculares para facilitar su inserción.

En las entrevistas diagnósticas, es muy difícil que Agustín se pueda sentar. Se muestra muy pendiente de la terapeuta y le dice que le va a traer algo para comer o tomar, la invita a su casa o a pasear. Le ofrece pollo, asado, el alimento que a ella le guste. En el dibujo de la familia, dibuja a su papá Héctor y su mamá Marina, que lo están esperando afuera del consultorio. Sin embargo, más adelante, en esa misma entrevista, le dirá a la terapeuta:

Mañana te puedo pasar el número de mi mamá, y hablás con ella. Decile que la extraño, que venga a hablar con vos, yo la espero, la llevamos a su casa y ya está. Tengo ganas de verla, no me lleva Marina.

Nombra a algunos de sus hermanos y las edades. Dice que se pelean. Graba un mensaje para su mamá:

Mamá, te quiero mucho, gracias por irte a visitar, espero que te pongas feliz cuando me veas y por favor decile a la abuela que no se ponga a llorar más, porque mi abuela no tiene mucha fe de mí y es muy inquieta.

Abuela, por favor, no te pongas a llorar por tu nieto. Tu nieto está bien. Por favor, me da mucho escándalo lo que hacés, que llores que querés conmigo, que me meta en tu casa todos los días. Bueno, si estás así me voy a tener que ir a vivir con vos. Un día no me quería, nos dejó tirados en una cancha porque hacíamos ruido y no podía dormir. Abuela, dejá de llorar porque yo estoy en el doctor esperando a que Abigail llame a mamá para que no llores más por mí.

En los inicios, aparecen mezclados relatos de su vida actual y su vida pasada, entramados con producciones fantasmáticas: cuenta que fue a la casa de una tía y relata el encuentro con la llorona y cómo la enfrentó Héctor, su padre adoptivo. Mediante el grabador, le habla a su abuelo, «Papi». Dijo que falleció antes de que él naciera. Luego cuenta situaciones con él y dice que falleció cuando era chico, que él le pedía que dejara de fumar, cuenta cómo fue cuando falleció. Luego dice que lo va a ir a ver al hospital en donde está internado y luego que está viviendo en la casa de la abuela, quien lo cuida y lo baña.

En el dispositivo grupal, busca la dualidad, identificarse masivamente con el otro. Si un niño dice que se va a ir de vacaciones, él dice que también va a ir al mismo lugar. Respecto de un chico que también se llama Agustín, dice: «nos gusta lo mismo porque somos iguales». Cuando se le pregunta por su apellido, dice que se llama así porque es el nombre de su barrio.

Con el tiempo, en el grupo de niños, Agustín empieza a traer relatos menos idealizados de su vida anterior, relata de modo muy desafectivizado situaciones de descuido en su casa materna de origen.

En una de las sesiones recientes, Agustín juega al ta-te-ti con otro niño. Agustín no puede salir del lugar del que pierde, repitiendo varias veces la misma forma de perder. El otro niño lo interpela: «No te das cuenta, siempre perdés igual...».

¿Qué es perder para Agustín? ¿Cómo se constituye el sujeto de la pérdida? ¿Cómo se tramita como reprimido el lugar del desamparo estructural en un orden social mortífero, excluyente, desigual, que deja caer los vínculos primarios, erógenos y libidinales? ¿Cómo se tramitan las «ausencias», trauma desde el sustrato corporal que también dificulta la construcción de una trama identificatoria en un eje temporal significativo?

Si, como decíamos, la fantasía se presenta como la sutura entre el exterior y el interior, como la estructura que integra y disemina el puro shock y lo transforma en éxtimo, es posibilidad de pérdida de goce, pero también cicatriz endeble. Un intercambio que tenga en cuenta la diferencia se constituye con objetos que no estén totalmente marcados por el sello del narcisismo del sujeto. Las experiencias con otros no tienen para Agustín un valor interrogativo, no cuestionan las certidumbres requeridas por su precario equilibrio narcisista.

5. El nuevo entendimiento del sujeto en el marco de la plasticidad (Malabou, 2010) y de la complejidad (Morin, 2001) tiene importantes implicaciones epistemológicas. Nuevos paradigmas de investigación y nuevas formas de colaboración que sobrepasen las barreras entre las disciplinas se hacen necesarios. La propuesta del pensamiento complejo propone una reconfiguración epistemológica tendiente hacia un conocimiento transdisciplinar, desarrollando también una propuesta ética y política. Existen problemas transdisciplinarios, tanto parciales como abarcadores, que pueden articular e integrar algunos campos disciplinares adyacentes.

Azaretto y Ros (2015) consideran que los propósitos que orientan el diálogo del psicoanálisis con otros campos de conocimiento no son solo cognitivos, sino también políticos, institucionales, retóricos, hacia

adentro del propio campo/hacia el campo científico/hacia la comunidad. «La fragmentación del conocimiento en campos disciplinares es subsidiaria de la división social del trabajo y según esta lógica a cada disciplina le corresponde un objeto que le es propio y un campo teórico específico» (Bello Díaz, 2003, citado por Azaretto y Ros, 2015, p. 59). La interdisciplinariedad obliga básicamente a reconocer la incompletud de las herramientas de cada disciplina, la multirreferencialidad teórica en el abordaje de los problemas y la existencia de corrientes de pensamiento subterráneas —de época— atravesando distintos saberes disciplinarios (Fernández, 2011; Stolkiner, octubre de 2005; entre otros). «Si existe la unidad que une todos los niveles de Realidad, esta tiene que ser una unidad abierta [...]. En la visión transdisciplinaria, la pluralidad compleja y la unidad abierta son dos facetas de una única y misma Realidad» (p. 42).

6. ¿Qué se puede esperar del encuentro con un psicoanalista? El discurso del psicoanálisis introduce la dimensión subjetiva, con lo que obstaculiza el empuje a la objetivación. Enfrentamos el desafío de extender el psicoanálisis a prácticas ubicadas por fuera del ámbito tradicional del consultorio o de un encuadre más clásico. Se trata de un psicoanálisis comprometido con problemas cruciales de su época.

Tal vez el aporte del psicoanálisis en el marco de la complejidad que estamos presentando sea instaurar la posibilidad de formular una respuesta singular. La hipótesis de este trabajo es que frente a la vulnerabilidad social, la condición de vulnerabilidad subjetiva (*Hilflosigkeit*) es una conquista que implica una respuesta singular del niño que no está garantizada. La apuesta es que los espacios «entre» (el grupo de niños, el grupo de padres, el grupo de trabajo interdisciplinario) sean espacios de hospitalidad. Dice Derrida (Derrida y Dufourmantelle, 1997) que el anfitrión se vuelve vulnerable al alojar al otro. Es en ese espacio límite, donde las singularidades se constituyen en tanto que exposición al contacto con el otro y a ser afectado por esa presencia, que el otro aparece como semejante. Y, entonces, nosotros también somos otros. Algo nos roza, exponiendo en ese mismo movimiento algo de nosotros mismos, algo que ha hecho sentido. ♦

RESUMEN

El presente artículo presenta algunos desarrollos a partir del abordaje clínico con niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad social. Se propone diferenciar la condición de vulnerabilidad subjetiva constitutiva y estructural que deviene de la experiencia de desamparo originario de lo que puede ser la encrucijada traumática y el colapso subjetivo que esta puede involucrar planteando la pregunta por situaciones en que los efectos destructivos de la violencia sociosimbólica es un estado de cosas permanente. Se discuten desarrollos de Malabou (2007) y de Žižek (2012) acerca del sujeto postraumático, planteando la hipótesis de que la condición de vulnerabilidad subjetiva es ya una respuesta, recomposición simbólica mediante, a la vulnerabilidad social. A partir de un recorte clínico, se plantea el desafío de extender el psicoanálisis a prácticas ubicadas por fuera del ámbito tradicional del consultorio o de un encuadre más clásico. Se trata de un psicoanálisis comprometido con problemas cruciales de su época, que pueda sostener la posibilidad de una respuesta singular, entendiendo al sujeto en el marco de la plasticidad y de la complejidad, en abordajes que sobrepasen las barreras disciplinares.

Descriptor: VULNERABILIDAD / TRAUMA / ADOPCIÓN / MATERIAL CLÍNICO / NIÑO / HOSPITAL / DESAMPARO / SOCIEDAD

SUMMARY

The paper presents a series of ideas based on clinical work with children and young people in a context of social vulnerability. It proposes to distinguish the condition of subjective constituting and structural vulnerability that becomes the experience of primal helplessness from what can be the traumatic junction and the subjective collapse this can involve, wondering about situations where the destructive effects of the socio-symbolic violence is a permanent state of affairs. Contributions from Malabou (2007) and Žižek (2012) are discussed in connection with the post-traumatic subject, putting forward the hypothesis that the condition of subjective

vulnerability is already a response, via symbolic reconstitution, to social vulnerability. Based on a clinical vignette, the paper proposes the challenge of extending psychoanalysis to practices outside the traditional environment of the consulting room or outside a more classical setting. It is a psychoanalysis committed to crucial problems of our times, which can sustain the possibility of a singular response, understanding the subject in the frame of plasticity and complexity, in approaches that stretch beyond disciplinary barriers.

Keywords: VULNERABILITY / TRAUMA / ADOPTION / CLINICAL MATERIAL / CHILD / HOSPITAL / HELPLESSNESS / SOCIETY

BIBLIOGRAFÍA

- Azaretto, C. y Ros, C. B. (2015). Las relaciones del psicoanálisis y otros campos de saber en términos de multidisciplina-interdisciplina-ransdisciplina. En: *7.º Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, 22 Jornadas de Investigación, 10.º Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur* (pp. 59-32). Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-015/690>
- Bello Díaz, R. E. (2003). *Epistemología de la ciencia y la tecnología*. Santo Domingo: Somos Artes Gráficas.
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En: L. Glocer Fiorini (comp.), *Tiempo, historia y estructura: Su impacto en el psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Lugar. Disponible en http://www.silviableichmar.com/actualiz_09/Ladeconstruccion.htm
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (1997). *De l'hospitalité*. París: Calmann-Lévy.
- Dobon, J. (2015). Duelos congelados. En O. Delgado, (comp.), *Consecuencias subjetivas del terrorismo de Estado*. Buenos Aires: Grama.
- Fernández, A. M. (2011). Hacia los estudios transdisciplinarios de la subjetividad: Reformulaciones académico-políticas de la diferencia. *Investigaciones en Psicología, 16*(1), 61-79.
- García Reinoso, D. (1992). Algunas consecuencias psíquicas de las transformaciones sociales. *Diarios Clínicos, 7*.
- Lacan, J. (2015). *El seminario de Jacques Lacan, libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).
- Malabou, C. (2007). *Les nouveaux blessés: De Freud à la neurologie, penser les traumatismes contemporains*. París: Bayard.
- (2010). *La plasticidad en espera*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad: Manifiesto*. París: Du Rocher. Disponible en: http://basarab-nicolescu.fr/BOOKS/Manifeste_Espagnol_Mexique.pdf
- Stolkiner, A. (octubre de 2005). *Interdisciplina y salud mental*. Presentación en las 9 Jornadas Nacionales de Salud Mental, Misiones. Disponible en: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/066_salud2/material/unidad1/subunidad_1_3/stolkiner_interdisciplina_salud_mental.pdf
- Viñar, M. y Ulriksen de Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria: Crónicas de una memoria por venir*. Buenos Aires: Trilce.
- Wilches-Chaux, G. (1993). *La vulnerabilidad global*. Disponible en: <http://www.desenredando.org/public/libros/1993/ldnsn/html/cap2.htm>
- Žižek, S. (2012). *Viviendo en el final de los tiempos*. Madrid: Akal.

La mano, mmmamaa: El desamparo de un bebé de un año y cuatro meses



INGEBORG BORNHOLDT¹

INTRODUCCIÓN

El llamado/invitación para el envío de trabajos para este congreso sobre el tema *Desamparo* coincidió con la demanda de evaluación, por parte de una madre, para su bebé de 16 meses. Me animé a describir ese trabajo que demandó una articulación y adaptación de la técnica psicoanalítica clásica para niños pequeños a la de observación de bebés, elaborada por Esther Bick.

Describo, entonces, ese tratamiento que ya lleva cuatro meses de duración. Como madre e hijo viven lejos de Porto Alegre, construimos la posibilidad de dos horarios semanales consecutivos. Atiendo primero a la madre y, en seguida, a la madre y al hijo juntos, en el horario siguiente.

Se trata de un intenso trabajo de deconstrucciones y transformaciones, visto que el desarrollo de niños pequeños es muy rápido e intenso, pues, como sabemos, la velocidad del desarrollo es inversamente proporcional a la edad cronológica. Me siento agradecida por esta oportunidad de discutir el caso con colegas en este evento.

El término alemán *Hilflosigkeit* (*Hilfe*: «ayuda», *los*: «sin») se traduce al español como «desamparo». Pretendo abordar el tema a partir del material de evaluación de Cauê.

1 Miembro efectivo de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. inge.b@terra.com.br

La madre me llamó en un estado de gran ansiedad solicitando ayuda inmediata para Cauê, que tiene 1 año y 4 meses. En un discurso confuso, repetía: «Ya no sé qué hacer... Él está agresivo, pega, grita, empuja a los compañeros y no duerme; ¡ni yo!». Afligida, dice que viven a 180 km de Porto Alegre, que es sola y que trabaja mucho. Conseguí un horario para la madre en la misma semana.

Primero, me sorprende la edad de la madre: como su hijo era un bebé, esperaba una madre más joven. Inmediatamente, dice que adoptó a Cauê cuando este tenía 43 días. Ella tiene 58 años. En su verborrea, habla sin cesar. Comprendo mínimamente las principales quejas y la situación de vulnerabilidad. Por la urgencia y angustia, arreglo un segundo horario para ella en la misma semana, seguido de otro para atender a madre e hijo juntos.

La aplicación de la técnica de observación de bebés me resultó sumamente útil y valiosa. Veía a una pareja madre-bebé profundamente atada en vínculos de dependencia, invasiones y controles. Hay un gran desamparo en Cauê, al igual que en la madre. Tan asimétricos en cuanto a su edad, allí se los veía funcionar simétricamente muchas veces. Desesperación y rabia fácilmente se apoderaban de uno o del otro y los hacían terminar «mezclados», fusionados en accionamientos afectivos recíprocos. Se alternaban también en movimientos en los cuales uno se manifestaba por la dependencia vivida. El círculo proyectivo entre uno y otro provocaba en mí sentimientos de impotencia diversas veces. Poco a poco, se fueron deconstruyendo certezas de que solo el niño sería responsable por los accionamientos y, así, entramos, paso a paso, a esa maraña con-fusional. Pudieron surgir algunos significados y transformaciones.

PRIMERA OBSERVACIÓN MADRE-CAUÊ

Llegan algunos minutos antes, anunciándose por el intercomunicador. Cuando abro la puerta de la sala de espera, la madre enseguida se levanta con Cauê de la mano. Nos presenta: «Este es Cauê» y «Esta es la tía² Inge»,

2 N. de la T.: En Brasil es común que los niños llamen *tío* o *tía* a los adultos de su confianza, como los maestros. En este caso, cuando la madre se refiere a la psicoanalista como *tía* está comunicando implícitamente al bebé que puede confiar en ella.

y entra, resuelta, con el niño de la mano. Él no me mira mucho y lo veo solo de espaldas. Me sorprende que se deje llevar tan naturalmente, sin vacilaciones o protestas, a ese ambiente nuevo para él. Me sorprendo aun más cuando, al volverme hacia ellos en el corredor, veo a la madre extendiéndome su brazo y pasando la mano de Cauê de la suya a la mía. ¡Él, a su vez, me da su mano sin vacilar! «Voy al baño... Ya vuelvo», dice la madre y desaparece.

Así, nos vamos tomados de la mano a la sala de los niños, a pocos pasos de allí. Tenemos que subir un escalón. Cauê se empeña, levantando una pierna de lado, pero es pequeño y sus cortas piernitas no alcanzan. Tiene el chupete en la boca. Levanta el segundo brazo y pronuncia algo como «hmmá, hmmá», que, más tarde, descubriría que quería decir «la mano, la mano», expresión que acabó inspirando el título de este trabajo.

Con sus brazos y manos tomadas de las mías y conmigo detrás, Cauê sube el escalón. Recién en ese momento logro verlo por entero: vestido de hombrecito, de pañales y chupete en la boca, que succiona con fuerza. Se detiene y señala con el dedito índice un trencito que dejé del lado de afuera, en el piso, frente a su cajón abierto. Cauê lleva pantalones bermudas de jeans, camisa a rayas y sandalias. Camina con las piernas medio abiertas hacia el tren. Para sentarse, se deja caer sobre la cola en el piso. Me mira, y veo sus lindos y vivaces ojos negros.

Hago un gesto positivo con la cabeza y él agita el tren hacia acá y hacia allá, más que hacerlo andar. El tren vuelca. Cauê me mira serio de nuevo. No me parece asustado. En seguida, se apoya con los pies y las manos en el piso para levantarse e intenta patear las piezas. Estas apenas se mueven, pues su pie solo logró rozarlas.

Es un bebé encantador, con su pelo negro y corto, tez bien oscura, mejillas redondas y una mirada seria. Después, une los pedazos del tren esparcidos por el suelo. Los enderezo nuevamente. Él me observa atento. Comento: «Se dio vuelta, pero podemos enderezarlo de nuevo».

Tras pocos minutos, escucho a la madre saliendo del baño. Él se posiciona mejor de cara al tren, y esa vez lo pateo con fuerza y cae sentado de nuevo. Me mira, quieto, y parece curioso. La madre entra, y la invito a sentarse con un gesto, pero ella permanece de pie y abre varios papeles sobre la mesa. Todo ocurre rápidamente y al mismo tiempo. Como si fuera

un cortocircuito, ella dice que ha traído todos los resultados de exámenes del hijo, evaluaciones médicas y escolares. Él, por su parte, sigue ocupado con la locomotora, en la cual ha descubierto un pitido que acciona sin cesar. Hago un movimiento rítmico con los hombros que él repite, divertido, con todo el cuerpo. Se va agitando cada vez más mientras la madre habla sin parar sobre la documentación. Me siento *mareada* al intentar prestar atención a ambos simultáneamente. Los dos completamente en paralelo. Le digo a la madre que miraré todo y que «ahora estamos aquí con Cauê», intentando hacer una intervención.

Entretanto, él explora más su cajón (casi colgado sobre el cajón, debido a su tamaño). Arroja lo que logra alcanzar hacia atrás, hacia afuera. Le interesa más una ollita, nuevamente se deja caer sentado y la golpea contra el piso, en el bote de basura, y entonces revuelve con la mano dentro de la olla.

Le alcanzo una cucharita mientras comento: «Podemos jugar a la comida». Él comprende, revuelve dentro y fuera de la olla con la cuchara con aires de «importante». Se le cae el chupete y la madre se lo pone de nuevo en la boca inmediatamente, sujetándolo a la camisa con un broche. Por primera vez, observo en él una leve sonrisa. Siempre con el chupete medio colgado en la boca, empuja la cuchara en mi cara (dándome comida).

A: Hmmm, hmm. [jugando a comer]

M: ¿Y mamá? ¿No le darás nada, eh?

Él sigue pasando la cuchara por la boca, la cabeza, el piso, y entonces, sentado, apunta en dirección a la silla de la madre. Ella se ríe, encantada. Se levanta y lo llena de besos ruidosos, pero no juega a comer. Él reacciona y aparta el cuerpo de la madre. Gatea hacia otro lado. Intenta chupar una pelotita de goma que estaba en el piso. Se sienta e intenta sacarse una sandalia. La madre lo ayuda, dejándolo libre.

Cauê sale casi corriendo hacia la pelota. En ese momento, observa el pequeño balcón con macetas de plantas. Hace «hm, hm» mientras señala con el dedo.

A: Podemos salir a mirar.

Abro la puerta y salimos. La madre nos sigue concentrada en el celular y comenta que quiere mostrarme el patio de su casa. Él muestra, «hm, hm», una hormiga. Intenta seguirla, tropieza, se levanta y quiere pisarla (descalzo, ciertamente no la mata).

M: ¡La encontré!

Me muestra una foto. Entramos de nuevo. El sol está muy fuerte. Sin tomar el celular, miro la foto que ella me muestra. Siento una inquietud al ver una piscina a nivel del suelo. La madre parece notarlo y comenta: «Esta foto es vieja. He mandado poner una cerca aquí, alrededor de la piscina, ¿no, hijo? No puedes ir a la piscina», y sigue hablando. Comenta que Cauê ya ha intentado subirse a una silla para «saltar la cerca»,³ asociando con la niñera anterior: cuenta que había tenido que «despedirla en el acto» y me dice, en voz más baja, «¡Fíjate tú!». Relata que la niñera había dejado a Cauê solo sentado en la bañera con agua para ir a buscar algo al dormitorio. «¡Podría haberse ahogado!».

Además de la alarma que despertó en mí, siento cierta irritación y cansancio en ese final de sesión. Son sentimientos y experiencias emocionales que Cauê debe de tener continuamente.

Una imagen final de la salida condensaba el drama de esa falta de sincronía, de ese ruido. Como en una fotografía de la inversión de los papeles maternos, Cauê corre hacia la niñera y ambos se ríen felices con el reencuentro. La niñera lo alza y la madre los sigue empujando el cochecito y llevando los bolsos y la cartera.

EVOLUCIÓN EN LAS SIGUIENTES SEMANAS

Cada semana, madre e hijo llegan puntualmente a pesar de las dificultades externas reales. De a poco, la madre me va contando más sobre su historia y la de Cauê. Sin embargo, sucede algo mayor que la historización y el

3 N. de la T.: En portugués, «saltar la cerca» tiene también el sentido de tener relaciones fuera del matrimonio o de una relación estable, engañando al compañero.

relato. Hay una *importante circulación emocional* de lo que conversamos en las sesiones individuales y en las conjuntas que les sucedieron. Muchas veces, parecen ilustraciones. Siempre la invito a que pensemos sobre la sesión conjunta de la semana anterior. A lo largo de las semanas, ella va adquiriendo capacidad de prestarle atención a Cauê y hablar menos al mismo tiempo. Se hace un poco más empática y menos invasiva. Aunque con poquísima intervención verbal en el horario de la sesión conjunta, allí se posibilitaba alguna comprensión y elaboración.

Datos históricos relatados por la madre: dice tener pocos recuerdos de su infancia. Imagina que su madre y su padre nunca la alzaron en los brazos, pues «era cada uno en lo suyo». A pesar de ello, siempre había soñado con ser madre. Sin embargo, ahora se siente permanentemente amenazada por la posibilidad de no lograr ni siquiera adoptar, pues aún está con la guarda provisoria del niño. Relata que estuvo casada y que se hizo varios abortos, muy dolorosos para ella. Su matrimonio se deterioró cuando ella ya no lograba quedar embarazada. Sus padres han fallecido y no tiene hermanos.

Se pone de manifiesto su gran soledad, así como la amenaza y la ansiedad que le produce el que la estén observando y evaluando continuamente.

Se recuerda a sí misma muy dedicada al estudio y, después, al trabajo. Construyó una robusta vida y carrera profesionales. Se inscribió para adoptar inmediatamente después de la separación. No puso restricciones en cuanto al niño. Sin embargo, dos factores que representaron dificultades para ella en el proceso de adopción fueron, justamente, los de estar sola en el proyecto y su edad. Inesperadamente, la llamaron para que se postulara para adoptar un bebé de 43 días de edad. Ella tenía 58 años. Primero, debía tomar conocimiento de que el bebé era de sexo masculino, hijo de padres drogadictos que habían perdido la guarda por negligencia y que eran de un medio social que lindaba con la miseria. El bebé había permanecido siempre en el hospital. Había recibido tratamientos, sobre todo de infectología pediátrica. También le informaron que el bebé era de tez muy oscura, de origen indígena. No podía verlo, tendría algunos días para pensar. Le habían mostrado solo una foto. En el medio de su vida turbulenta, se pasó una noche accionando a su red de amigos y contactos para obtener ayuda en compras esenciales (cama, ajuar, pañales, leche,

etc.). Suspendió algunos compromisos y viajes. Equipó mínimamente su casa y, en 30 horas, volvió al servicio judicial y social para afirmar y confirmar su propósito.

La comprensión de cuánto quiere y lucha, el abordaje de sus sentimientos al ver (y vivir), repetidas veces, al hijo volverse hacia otras personas con señales de rechazo hacia ella abre un tema inagotable. También se siente amenazada por mi presencia con Cauê, que ahora entra corriendo al consultorio. Sin embargo, nota que la invito a «entrar» en los juegos. Logra pensar sobre cómo es operativa con él.

Poco a poco y sin orientación en ese sentido, va dejando más tiempo libre para ella en casa. Cuenta que está «tercerizando» hacerle compañía al hijo. Refiere que el bebé dice «mmmta» y que, a veces, ella lo escucha como llamando a «Tata». Lloro mucho. Hablamos sobre el chupete. ¿Sería una forma de intentar «callarlo» para no escuchar palabras dolorosas? En ese idioma madre-hijo, ella escucha la distinción de las palabras *mmtá* y *mmmá*. Aclara, entonces, que *mmmá* significa «mamá-mano». Fueron sus primeras palabras conmigo en la transferencia y, ahora, se vuelven comprensibles y repletas de sentido. Hablamos sobre cómo el bebé la quiere y la necesita. Ilustro lo que digo con la expresión «dar una mano» y agregó que Cauê necesita esa mano para vivir. Hablamos sobre la vivencia original de Cauê, de que su madre biológica lo haya «dejado de la mano de Dios». Algunas semanas después, la invito a pensar sobre sí, en su agotamiento, ella no sentiría las mismas ganas de «dejarlo de la mano». Se inaugura así el abordaje del tema de las violencias y odios recíprocos.

Otra gran sorpresa para mí es ver, en la documentación, que Cauê tenía otro nombre y apellido completamente diferentes. La madre lo había registrado aun sin la confirmación de la adopción. Eso arrojó luz sobre un patrón materno y sobre algo que, en parte, Cauê ya ha asimilado e internalizado: la determinación de seguir adelante «cueste lo que cueste». La madre desea borrar el inicio de la historia de Cauê.

Lloro copiosamente, se deprime mucho, relata los fantasmas nocturnos del bebé. Ha sido una pesadilla para ambos. Una pesadilla (esta palabra es de la madre) que comenzó aproximadamente seis meses antes y que aumenta. Exhausta, refiere que, muchas veces, tales pesadillas culminan en gritos de ambos en la madrugada. Él le pide que vaya a su cuarto llámán-

dola y llorando y gritando «la mano, la mano». Frustra los intentos maternos de acostarse a su lado, pues, aunque tenga sueño, se pone a «pellizcar con las uñas». La madre me muestra cómo su mano está roja alrededor de las uñas. Allí existe otra marca primitiva, realmente corporal: por las intensas identificaciones proyectivas, uno habita el cuerpo y la mente del otro. Se trata de otra de las fusiones como las de las palabras.

Gradualmente, el chupete va quedando más de lado en las sesiones y el lenguaje se desarrolla mucho de semana a semana. *Mamá, agua, miga (hormiga), nooo, piuí*, etc., pasan a ser palabras bien discriminadas, por ejemplo.

Cauê suele entrar corriendo y ya no necesita ayuda para subir el escalón. Apoyándose en la barriga, se arrastra hacia arriba y hacia adentro del consultorio. Generalmente, se dirige primero al tren. Muchas veces, lo patea, lo separa y encaja las piezas nuevamente.

La violencia de los controles y las proyecciones mutuas, no obstante, es intensa y circula entre ambos. Él desafía a la madre, grita mucho y la paraliza con su «nooo» cuando la siente invasiva. Con rabia, ella le responde que terminará «matándola» y le recuerda que, después, le pide la mano toda la noche. Posiblemente, la representación de «estar abandonado a su suerte» de ambos, más allá de las experiencias reales y traumáticas originales, se está repitiendo en formas secundarias. En la evaluación/tratamiento descritos, el gesto inaugural de la madre es el de «largar su mano». El del bebé, en contrapartida, es el de «agarrarse de mano ajena» disponible. Cauê responde con recursos propios, probablemente oriundos de sus condiciones constitutivas y de sus posibilidades actuales. Así como la madre, es resiliente y cuenta con un recurso propio de sostenerse en posibilidades existentes. En la siguiente semana, intento abordar eso con la madre. Ella asocia diciendo que *él fue y es muy voraz*, ilustrando su afirmación, concretamente, con el ejemplo de la alimentación. Me viene la imagen de *un verdadero sobreviviente que aprovecha cada pedacito de afecto y cuidado a su alcance*.

Cabe cuestionar: ¿dónde quedaron las elaboraciones? Hay mucho de *negación de dolores* e imagino que eso se debe a que son muy intensos. Son impedidos en buena medida de elaboración. En Cauê está instalado un profundo desamparo, probablemente sedimentado en aquel otro

nombre oficial que consta en sus documentos. Durante el primer año de su vida, lo han investigado en todos los frentes posibles. Está sano, pero necesita que lo observen en controles regulares tras tener el alta del infectólogo, del gastroenterólogo, del neurólogo, del otorrinolaringólogo, etc. Ese mismo año, la madre organizó una gran reforma en su casa para adaptarla mejor al bebé. Hasta entonces, ella poco o nada había notado de la relación entre las exigencias de todos los exámenes y consultas a los cuales había necesitado someterse Cauê, sumados al caos y al barullo de la casa, y lo que representan en sus significados invasivos. Todo eso ocurrió en el primer año de vida del bebé, cuando los ritmos y la calma ambientales son de valor constitutivo. A su alrededor había amenazas. Estas posibilitan repeticiones de las vivencias traumáticas originales. Los fantasmas reaparecen por las noches, cuando Cauê se agita y grita. Hablar sobre esas posibles conexiones posibilita una mayor condición de continencia por parte de la madre.

En las semanas de diciembre, hay una gran agitación en las sesiones conjuntas. Además de los desafíos de Cauê y de sus intentos de dominar a la madre ya descritos, su impulsividad se manifiesta directamente también conmigo. Junto con sus señales positivas, la madre soporta mal contenciones necesarias a manifestaciones como rayar paredes, escupir agua, arrojar la pelota contra la ventana, entre otras. Yo describo las manifestaciones del bebé, y ella repite que «sostendrá» a Cauê cuando este no pueda hacer algo solo. «Intentó pegarme y mordirme, y yo lo sostuve». Entonces, arroja una muñeca de trapo contra la pared y va a pisarla con rabia. Interpreto que quiere hacer eso conmigo, y él empieza a jugar con otra cosa, como si no me hubiera escuchado. Pero, repentinamente, viene y apoya su cara de mejillas redondas en mi falda con cariño. Es un instante. Sin duda, él tiene ese rudimento de ansiedades más depresivas y tendencias restauradoras.

Comprendo que la desesperación materna está *sobredeterminada* y se *sobrepone* a algo experimentado primariamente por Cauê. Algo dramático y traumático que solo podemos imaginar. La experiencia original de ser descuidado debe ser borrada. Ese deseo de borrar una parte, imposible en el plano psíquico, cobra su precio, en forma sintomática, en esa «mezcla» de ambos y en otras manifestaciones de gran ansiedad y carácter amenazadoramente patológico.

Los abordajes directos de la circulación de agresividad de ambos y el reconocimiento de la ambivalencia de la madre tienen como consecuencia una mayor seguridad de la madre con respecto al hijo. Ahora logra enfocar mejor las propias dificultades y, con tristeza, imagina cómo sería el futuro de Cauê. Cuando él tenga 20 años, ella tendrá 80. Él no tendrá padre. Y sus *padrinos* están en la misma franja etaria que ella. ¿Ella misma tendría condiciones de soportar si él llegara a tener alguna patología o a buscar las drogas? Son cuestionamientos que ella se hace allí y que abren espacios para pensar más allá del momento presente y más allá de las dificultades de Cauê.

En la cuarta semana de diciembre, entre Navidad y Año Nuevo, recibo mensajes de socorro de la madre. La adopción no se ha autorizado: ¡tendrá que pasar por más observaciones! Está desesperada. La llamo por teléfono y escucho que Cauê está allí con ella, en su presencia. Ella repite en un tono de voz alto y desesperado: «No sé qué haré si me lo sacan...». Le digo: «Mamá, me asustas mucho hablando así», intentando intervenir. Cortamos.

En enero, el agua de la pileta se vuelve central. Ponemos una sillita a la cual Cauê se sube para alcanzar el grifo y la pileta. Con mucha satisfacción, primero, claro, chapotea con alegría e intenta tomar agua, mojándose todo. También intenta —y a veces logra— mojarme o mojar a su madre (que ha pasado a quedarse toda la sesión junto con Cauê y ya no se sienta). En las semanas preliminares a la separación por las vacaciones de febrero, durante dos sesiones, evacúa en los pañales y la sala queda invadida de olor a caca. La primera vez, la madre me mira asustada por lo que podría suceder a continuación. Pregunto si no tiene una muda para cambiarlo en el bolso que siempre deja junto al cochecito del bebé en la sala de espera. Va a buscar el bolso.

Ponemos el protector plástico en la sala y ella me advierte: «Siempre es una lucha, ya verás, él patalea». El temor materno a enfrentar el cambio de pañales es visible. De hecho, él empieza a patalear, intentando darse vuelta y estirando las piernitas firmes, etc. Grita entre pedido y desafío «nooo», y la madre intenta doblarle las piernas a la fuerza, sudando mucho. Acercó un perrito de plástico y juego a que este le habla a Cauê, diciéndole: «No hagas eso, Cauê. Tienes que cambiarte, ayuda a mamá, vamos, *uau*, *uau*».

Él logra calmarse y afloja las piernas, arranca el perrito de mi mano y me lo devuelve pidiendo «*uau, uau*». Mientras la madre lo cambia, describo la escena como si el perrito le hablara: «*uau, uau*»... Cuando Cauê está pronto y con ropa limpia, la madre lo pone en el piso, hace un paquete con el pañal sucio y se lo entrega mientras dice: «¿Sabías, tía Inge, que yo mismo guardo mi caca?». Ahora la sorprendida soy yo: mientras sostiene su pañal en la mano, Cauê mira alrededor buscando el bote de basura.

El juego con el agua sigue. Hay dos piezas del cajón de Cauê que son sus preferidas: una pequeña taza y una olla. Le muestro que el grifo queda ligeramente abierto mientras él logra dejar el agua solo allí dentro de la pileta... muy satisfecho, ¡él pasa el agua de la taza a la olla y viceversa! Eso empieza a repetirse en todas las sesiones. Hay momentos en los que, de repente, arroja agua hacia afuera y se ríe. Entonces, le digo que tenemos que acordarnos de lo que «arreglamos». Generalmente, eso evoluciona a que Cauê cierre el grifo. Él protesta o dice que «miga»: iba a derramarla en la hormiga que vio en el balcón. Entonces, vamos con la ollita con agua a buscar una hormiga. Con la madre, vamos hablando sobre lograr «aguantar, contenerse más». Ella misma dice: «Los dos, ¿no?».

En las dos primeras semanas tras las vacaciones, la madre vuelve a estar más acusatoria con Cauê y «su ser voluntarioso y bruto». Sin embargo, considera que el sueño parece estar un poco mejor y refiere que en la guardería escucha *muchos elogios*. También Cauê revisa pasos: patea las cosas, intenta mojar la sala con agua y el tren sigue siendo uno de sus juguetes favoritos. Entra alegre y señala un «*piuííí*», comunicándose de inmediato. Parece estar más grande, habla más y alcanza mejor las cosas, con mayor control corporal. Hace jugadas de «gol» en las cuales tolera mejor la participación de la madre. Como el espacio de la sala es pequeño, Cauê pide que abramos la puerta de salida y, eventualmente, integramos el corredor y la sala de adultos.

En una sesión, la madre parece notoriamente transformada. Más sonriente y aliviada, entra con pasos tímidos y se deja caer en el sillón. Me mira con los ojos llenos de lágrimas y exclama: «¡Salió! ¡Salió!». Me cuenta que el juez aprobó la adopción plena y que los papeles se están tramitando. Me siento igualmente emocionada mientras la escucho. En lo que *parece un milagro*, relata que, al mismo tiempo, Cauê ha dormido toda la noche.

En la sesión conjunta que sigue, él entra corriendo como siempre. Emite sonidos de alegría al ver su tren y empieza el habitual juego con el juguete: encajar las piezas aceptando ayuda cuando no logra hacerlo solo. Entonces, pita y dice «piuuuú», tomando un lápiz, una tiza o lo que encuentra primero. Interpreto verbalmente. Pongo mi mano en la locomotora: «Aquí, mamá»; después, en el vagón: «Aquí, Cauê..., juntos». Él no esboza reacción, pero tira del tren hasta que el juguete se choca contra la silla. Frustrado, se deja caer sentado y patatea.

«Tuve una idea: ¿vamos a pegarlo?», le digo. Busco una cinta adhesiva en su cajón y pongo un poco en el enganche. Él también pide cinta y le doy pedacitos que pega en cualquier parte. Veo que la madre observa todo en silencio. «¿Quieres ayudar a pegar, mamá?», le pregunto, invitándola. Me retiro hacia la silla mientras los dos se quedan pegando. Ella, animada, enrolla más y más cinta adhesiva alrededor del enganche. Aunque tenga dificultad en tolerar que él pegue la cinta en cualquier lugar, los dos se van entendiendo. Al final, cuando ya basta de cinta, ¡una nueva sorpresa!

«¿Vamos a ponerle una cuerquita y tirar?», le dice. Fue lo más espontáneo y lúdico que le vi hacer. Además, propone: «¿Vamos allí, al lugar “grande?”», a lo que ambos salen al corredor. Los sigo en silencio en ese movimiento emocionante. Me siento en el diván, de frente al corredor, y veo la siguiente escena: Cauê con la cuerquita en una mano y, en la otra, la mano de su madre. La pareja se ríe y juega a tirar de la locomotora con los vagones pegados atrás: «piuíiiii, piuíiiii».

Naturalmente, ese momento mágico también pasa y, a la semana siguiente, Cauê pateo el tren y este se deprende. A esto le sigue un comentario materno: «Sí, todo bien siempre y cuando no me frustre. Además, ya no ha dormido tan bien y ¡vi que pateó a un amiguito! Creo que no me lo dicen para que no me asuste. ¡Él es *bruto, nomás!*».

CONSIDERACIONES FINALES

Hace más de un siglo, Freud (1908/1992) se preguntaba:

¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético? La ocupación preferida y más intensa del niño es el juego. Acaso

tendríamos derecho a decir: todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en nuevo orden que le agrada. (p. 127)

Así como en el psicoanálisis de niños pequeños, también en la observación de bebés confirmamos el desarrollo positivo o negativo en ritmos acelerados. La velocidad del crecimiento es inversamente proporcional a la edad cronológica. De ello resulta que la técnica psicoanalítica de niños tenga un carácter altamente preventivo. Esas técnicas son delicadas y sofisticadas. Solicitan condiciones de empatía, tolerancia, paciencia y tránsito hacia dentro de movimientos regresivos de contacto con el inconsciente y de vuelta a transformaciones y significaciones de lo que se comunica verbal y preverbalmente. El entrenamiento de observación de bebés forma parte de la capacitación para ese ejercicio único con cada pareja madre-bebé, así como con la de analista-niño y analista-padres, y también resulta útil para la preparación para la pareja analista-paciente de cualquier edad.

En el caso que acabo de relatar, las sorpresas en el transcurso de las sesiones fueron constantes. Comenzaron con la actuación preliminar de la madre de dejar la mano del niño en la de la analista ya en el corredor y con la respuesta del bebé. Le siguieron la sorpresa de la condensación de las palabras en el nombre, núcleo de identidad del paciente, que constaté en la lectura de los exámenes, lo relativa a la etnia del paciente y la perplejidad ante el entrenamiento para que el mismo bebé llevara su pañal a la basura, y así sucesivamente. Fue una sucesión de sorpresas, algunas impactantes, todas reveladoras de la riqueza simbólica alojada allí. Por ejemplo, la que se manifiesta en la profundidad y simplicidad cuando Cauê logra externar algo que aún no es exactamente una palabra articulada: es un *hmmmmá* o un *ahmmmm* o, incluso, un *mmmtá*.

Fueron pedidos, casi órdenes, de socorro para «subir» un escalón en el desarrollo imposible de realizar sin ayuda. Son rudimentos del lenguaje verbal que albergan una síntesis de la historia, del trauma y del pedido o grito de socorro. Conjeturar sobre sus significados con la pareja ayudó a revelar lo que no era representado, sino reprimido, en la personalidad materna, así llamada «relativamente madura», y en la dependiente e «inmadura» del bebé (Bollas). Las conjeturas hacen circular emocionalmente

contenidos no accesibles a la representación y liberan más las fuerzas para el crecimiento, la integración y la salud. Mi propensión crítica hacia los aspectos invasivos y tan poco empáticos de la madre fue perdiendo fuerza a medida que pude ir dando sentido en mi mente a la interacción entre madre e hijo; mi empatía contribuyó a la ampliación de la circulación de sentidos en la propia madre, en el bebé y en la pareja. Es una dimensión de sufrimiento y desesperación de ambos que ilustra un desamparo extremo. Yo misma me volví más capaz de comprender la desesperación de esa madre a la que estaban evaluando en cuanto a su capacidad y deseo de maternidad frustrado durante su vida fértil. Reinaba una amenaza constante de enjuiciamiento que era más y más buscada en tercerizaciones operativas. Naturalmente, me fui volviendo más empática con ella, reconociendo profundamente su drama, sus traumas y sus valientes luchas en la vida solitaria que construía.

El niño, que al principio había sido acogido por las instituciones de salud y de derecho, había llegado a la madre adoptiva o, como ella decía, «madre del corazón». La posible falla de la mano de esa madre representa para él su aniquilamiento.

«Hmmmá» («mamá-mano») fue también su primer llamado transferencial. Evidentemente, estas son elaboraciones graduales dentro de una mente adulta en su búsqueda de atribuir significados a la mente de un bebé. Podemos trazar una línea que une y condensa a la madre biológica-madre → adoptiva → Tata y → → sucesivas representaciones en la historia. Los objetos primarios se simbolizan en secundarios, así como las experiencias traumáticas y sus repeticiones, en este pequeño paciente. La locomotora tirando del vagón, sus desenganches y reenganches, repetidos un sinnúmero de veces en estos pocos meses permitieron, no obstante, desobstaculizar más el trabajo de elaboración de la pareja entre sí. En alguna medida, con Bion (1962/1994), podemos observar que los contenidos emocionales excesivos y evacuados se pudieron contener más y más, y transformarse en pensables. Las bocas —y no solo la boca con chupete de Cauê— se destaparon más y los sentimientos y fantasías pudieron fluir.

Se construyó algún amparo en el lugar del desamparo. Este, ciertamente, es un escalón necesario para una larga escalera del desarrollo de Cauê. Necesitará mucha fuerza «bruta», en algunos desniveles, para construir

su propio sentido de *self* (Winnicott), su identidad, con presencias y con lagunas iniciales. Sin duda, es un gran desafío el que Cauê tiene por delante, pero tendrá que subir escalón por escalón para llegar a la cima en la vida adulta, desde donde, entonces, podrá observar horizontes y ángulos más amplios. ♦

RESUMEN

La madre de Cauê solicita una evaluación psicoanalítica urgente para su bebé, revelándose ella misma extremadamente ansiosa. Parecía desesperada al intentar describir cierta exasperación instalada en la relación, en su vida y en la de Cauê, que estaría trastornado.

Ambos duermen poco y Cauê, que solía ser un bebé tranquilo y dulce, se habría transformado en un niño extremadamente demandante y agresivo.

En este artículo se describen los primeros cuatro meses de observación y entendimiento psicoanalítico de esa pareja profundamente atada en vínculos de dependencia y control, amor y odio, poco amparo y mucho desamparo. Aunque sus mentes sean bastante asimétricas (se trata de una mujer adulta de 58 años y de un bebé de menos de un año y medio), los dos se accionan recíprocamente en círculos proyectivos.

En esos meses de tratamiento, igualmente iniciales y fundadores para alguna atribución de significados, se hicieron necesarias varias adaptaciones técnicas, tanto con respecto a la observación de bebés como a la atención psicoanalítica.

Descriptores: TÉCNICA PSICOANALÍTICA EN NIÑOS / OBSERVACIÓN DE NIÑOS Y LACTANTES / CASO CLÍNICO / TRAUMA / MADRE / ADOPCIÓN / DESAMPARO / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / JUEGO / IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

SUMMARY

Cauê's mother asks for an urgent psychoanalytic evaluation of her baby, revealing her own extremely anxious state. She seemed desperate when trying to describe a certain exasperation that had settled into the relationship, her life and that of Cauê, who could be disturbed.

They both sleep little and Cauê, who used to be a peaceful and sweet baby, had apparently turned into an extremely demanding and aggressive child.

This paper describes the first four months of observation and psychoanalytic comprehension of this couple, deeply tied in bonds of dependence and control, love and hate, little protection and much helplessness. Even if their minds are quite asymmetrical (an adult woman of 58 and a baby of less than a year and a half), the two of them operate reciprocally in projective circles.

In those months of treatment, both initial and founding for some kind of attribution of meanings, a series of technical adaptations became necessary, both regarding the observation of babies and the psychoanalytic care.

Keywords: PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILDREN / CHILD-INFANT OBSERVATION / CLINICAL CASE / TRAUMA / MOTHER / ADOPTION / HELPLESSNESS / PLAY / PROJECTIVE IDENTIFICATION / PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN

BIBLIOGRAFÍA

- Bion, W. R. (1994). Sobre uma teoria do pensar.
En: W. R. Bion, *Estudos psicanalíticos revisados*.
Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original
publicado en 1962).
- Freud, S. (1992). El creador literario y el fantaseo.
En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas*
(vol. 9, pp. 123-135). Buenos Aires: Amorrortu.
(Trabajo original publicado en 1908).
- Ogden, T. H. (2017). *A matriz da mente: Relações
objetais e o diálogo psicanalítico*. San Pablo:
Blucher. (Trabajo original publicado en 1990).
- Winnicott, D. W. (1990). Distorsão do ego em termos
de verdadeiro e falso «self». En: D. W. Winnicott,
*O ambiente e a teoria do desenvolvimento
emocional*. Porto Alegre: Artes Médicas.
(Trabajo original publicado en 1960).

Desamparo y posición del analista: de brújulas y GPS



ALBERTO C. CABRAL¹

Voy a utilizar la noción de *desamparo* para revisar aspectos referidos a la posición del analista. Más precisamente, su ubicación en un más allá del amparo que brindan la religión del padre y sus relevos: entre ellos, el saber teórico. Es una cuestión que abre a la compleja relación entre la práctica del analista y el saber que la orienta, sí..., *pero que no la determina*: una distinción que podríamos graficar evocando la diferencia que supone para el viajero contar con una brújula o con un GPS (Buzo Pipet, 2018).

En 1974, G. Steiner dictó un ciclo de conferencias que luego fueron editadas con el título *Nostalgia de lo absoluto*. Steiner pasa revista en ellas al proceso de secularización del pensamiento occidental, propio de la Modernidad, con su secuela: el retroceso progresivo de las grandes religiones. «La gradual erosión de la religión organizada y de la teología sistemática, especialmente de la religión cristiana de occidente —comenta— nos ha dejado con una profunda e inquietante nostalgia» (p. 111) de lo que denomina *el absoluto*.

Su tesis fuerte es que, en su repliegue, el pensamiento religioso dejó vacante un espacio que tendió a ser ocupado en el curso del siglo XX por tres grandes «mitologías» alternativas: el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo levi-straussiano. Con una fachada racionalista que los diferencia del pensamiento religioso, el secreto de la fascinación que ejercen estos tres grandes relatos residiría, para Steiner, en la visión mesiánica que comparten. Al participar de una misma pretensión de totalidad,

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. accabral@intramed.net

habrían podido satisfacer una necesidad de certezas que para Steiner sería consustancial a la condición humana. Es por eso que la cultura occidental habría intentado saciar en ellos una sed de absoluto que ya no encontraba posibilidades de tramitación en los oasis religiosos clásicos.

Para nosotros, analistas, la noción de «nostalgia de lo absoluto» no puede dejar de evocar los desarrollos freudianos en torno a la «añoranza del padre». En ella, Freud (1913/1979d, p. 146) reconoce el núcleo de la posición religiosa: la subsistencia de una imago paterna no atravesada por la castración. Poco importa que esta *imago* cobre cuerpo en una divinidad, en un líder o en una teoría: a ese Padre todo-poder se sigue dirigiendo el reclamo infantil de protección... frente al desamparo.

Recordemos la precisión de Freud: «Los críticos se empeñan en declarar *profundamente religioso* a cualquiera que confiese la insignificancia e impotencia del hombre frente al todo del universo, [pero] la esencia de la religiosidad adviene en la reacción que *busca un socorro* frente a tal sentimiento» (p. 149). Quedan así sentadas las bases del «contrato con el Padre» (Freud, 1913/1979d). En retribución por este socorro ilusorio, el sujeto reafirma su creencia en (y confiere consistencia a) un Padre completo... al precio de conservar ese infantilismo psíquico que para Freud es uno de los nombres de la posición neurótica.

Si la noción de «nostalgia de lo absoluto» nos permite entonces verificar el carácter original y anticipatorio de la crítica freudiana a la religión (reparemos en que *Tótem y tabú* precede en más de sesenta años a las conferencias de Steiner)... ¿qué decir de la religiosidad que este le imputa a nuestra disciplina? (Dejamos aquí de lado sus críticas al marxismo y a Levi-Strauss, porque ya bastante tenemos con nuestra condición de analistas).

Freud estaba advertido del deslizamiento cosmovisional al que está expuesto *todo* sistema de pensamiento... incluido, por supuesto, el psicoanálisis. Pero, a diferencia de Steiner, para él ese deslizamiento es efecto de una posición subjetiva particular: la de quien —impulsado por su necesidad de certezas— profesa una teoría animado por la convicción de encontrar en ella respuestas a todos los enigmas. En otros términos: la tendencia a forjar una cosmovisión no depende de características inherentes a una teoría, sino de la posición neurótica de quien la sostiene como «creyente».

Es una distinción sutil, pero, a mi modo de ver, crucial. Puede ayudarnos a resituar las bases del diálogo entre analistas. A contramano de convocatorias voluntaristas que suelen circular entre nosotros, precisemos que las corrientes teóricas no «dialogan» entre sí... salvo al precio de anular la subjetividad de quienes las sostienen. Cuando sucede, el diálogo ocurre *entre analistas* que, al hablar en nombre propio, dan testimonio de que la teoría a la que adhieren no satura el todo de su experiencia. Es lo que ocurre, en cambio, con quienes profesan posiciones *creenciales* que el análisis de formación no les permitió atravesar, reteniendo su ubicación subjetiva en un más acá de la identificación paterna. Tienden a transformar la teoría en esos *Baedekers* (hojas de ruta, precursores de los modernos GPS) sobre los que ironizaba Freud (1926/1979c), que contendrían ilusoriamente todas las respuestas.

Es por ello que la puesta a punto de la subjetividad del analista presupone, también, trasponer el registro identificatorio. Es lo que permite al futuro analista servirse de la teoría, sorteando el riesgo de convertirse en su sacerdote. La respuesta genuina a la imputación de religiosidad que Steiner nos dirige se dirige entonces en nuestra aptitud para promover en nuestros analizantes ese «abandono de la casa paterna» en el que Freud (1927/1979b) vislumbraba la posibilidad de un ateísmo radical. Es la misma orientación que lleva a Lacan (1975) a sostener que solo el fin de análisis puede entregar «un ateo verdadero, viable, que no se contradiga».

En una carta dirigida a M. Klein, en noviembre de 1952, Winnicott recorta un emergente de esa religiosidad laica que veinte años más tarde Steiner evocaría con su noción de nostalgia de lo absoluto. Se trata de la que califica como «infortunada oración», que J. Rivière incluye en su prólogo a *Desarrollos en psicoanálisis* (Klein *et al.*, 1952/1974). Podemos considerarla paradigmática de una posición subjetiva extendida entre nosotros, pero no siempre formulada en forma tan explícita. Por eso me parece interesante transcribirla:

Klein ha producido en verdad algo nuevo en psicoanálisis, a saber, una teoría integrada que da cuenta de *todas* las manifestaciones psíquicas, normales y anormales, desde el nacimiento hasta la muerte, y no deja *ningún fenómeno infranqueable* ni fenómenos pendientes sin establecer su relación inteligible con el resto. (p. 27)

En esta pretensión de dar cuenta de «todas» las manifestaciones psíquicas y brindar las respuestas que permitan franquear «todos» los enigmas, podemos reconocer las marcas de lo que Freud evocaba como cosmovisión, pero también los atributos del todo-saber que reniega de sus límites y que Lacan (1969-1970/1992) ubica en el lugar de agente del discurso universitario.

Se trata de la ilusión (religiosa) de contar con un resguardo (el corpus teórico) que ampare al analista en los encuentros con lo real del deseo de su analizante. Es lo que le permitiría sentirse *Heimlich* ante la inevitable emergencia de lo *Unheimlich* que el dispositivo analítico convoca: esto es, las manifestaciones del deseo inconsciente, en tanto expresiones de la alteridad radical del Otro. Para «no faltar a la cita» (Lacan, 1962-1963/2006, p. 56), se espera del analista que pueda sostenerse en la condición de «desamparo» que la hace posible. Diríamos, con A. Machado (1908/1940), «ligerito de equipaje». Más precisamente: aligerado del ropaje identificatorio que hace obstáculo a sus posibilidades de operar como portavoz del deseo de su analizante, al promover intervenciones que —en cambio— dan voz a los propios núcleos identificatorios.

Por supuesto que el deslizamiento hacia la cosmovisión no es un patrimonio exclusivo de nuestros colegas kleinianos. Es un deslizamiento al que *todos* estamos expuestos, también —ahora lo veremos— quienes mantenemos una transferencia con la enseñanza de Lacan.

El texto *La agresividad en psicoanálisis* fue presentado originalmente por Lacan en el 11.º Congreso de psicoanalistas de lengua francesa, reunido en Bruselas en 1948. En el segundo párrafo de su ponencia, Lacan evoca el acervo compartido por los asistentes al encuentro:

una experiencia fundada en una técnica, un sistema de conceptos al que somos fieles, tanto porque fue elaborado por aquel que nos abrió todas las vías de esa experiencia, cuanto porque lleva la marca viva de las etapas de su elaboración. Es decir, que *al contrario del dogmatismo que nos imputan, sabemos que ese sistema permanece abierto* no solo en su acabamiento, sino en varias junturas. (cursivas mías)

Parece claro que para Lacan la cualidad «abierta» del sistema freudiano no es un rasgo circunstancial determinado por un desarrollo aún

insuficiente de la teoría. Por el contrario, parece otorgarle un carácter estructural: es por eso que ve en él un antídoto, incluso, frente al riesgo de deslizamiento al dogmatismo. Podemos ver, en esta reivindicación del «inacabamiento» del sistema freudiano, un anticipo de lo que años más tarde lo llevará a elogiar «el fruto positivo del no-saber» (Lacan, 1955/1980b, p. 125), que no es una sencilla «negación del saber, sino su forma más elaborada» (Lacan, 1955/1980b, p. 126). Su ausencia lleva a perder la brújula, en el mismo movimiento de aferrarse a un GPS...

El comentario que formula J. A. Miller (1991) a propósito del mismo apartado parece corroborar, en un primer momento, la aproximación de Lacan: «Freud es esencialmente considerado un constructor de sistemas abiertos: lo que *no* es solamente un lugar común, pues en la teoría deben quedar siempre conceptos abiertos y no cerrados» (p. 9). (Reparemos en la marca de negación que abre la segunda parte del enunciado). «Pero esto señala [prosigue Miller] que hay un agujero en Freud, y que la ambición de Lacan en este texto, como en el resto de su trabajo, es *resolver ese agujero*» (p. 10; cursivas mías).

Es claro que la intención de «resolver ese agujero» presupone clausurar la apertura que Lacan consideraba característica de las construcciones freudianas: su invocación, entonces sí, queda reducida a un lugar común... como preanunciaba la negación que marcamos. La pretensión de «resolver el agujero» de la construcción freudiana parece por ello corresponder a un Miller que en este punto preciso (que no es el *todo*) de su reflexión tiende a compartir con J. Rivière un mismo lugar de enunciación. Se exponen así al sarcasmo que Heine dirige al filósofo y que tanto gustaba a Freud (1932/1979a): «Con su gorro de dormir y con jirones de su bata, taponan los agujeros del edificio universal» (p. 148).

Una forma sugerente de evocar el trabajo renegatorio de Juanito, empeñado en sostener la creencia en la existencia del falo materno: el tapón de «su» edificio universal. Lejos de «taponar», se espera del analista una relación suficientemente temperada con la angustia, como para sostenerse —ahí donde el neurótico retrocede— ante los agujeros que definen las coordenadas de su cita con el deseo del Otro. ♦

RESUMEN

Utilizo la noción de desamparo para visitar aspectos de la posición del analista. En particular, su ubicación en un más allá del amparo que brindan la religión del padre y sus relevos: entre ellos, el saber teórico. Evoco desarrollos de Steiner para destacar la originalidad del abordaje freudiano de la posición religiosa. Exploro la relación entre la práctica y el saber del analista: sugiero que este último orienta, pero no determina la primera. Apelo para ello a la distinción entre el recurso a la brújula y el moderno GPS. Cuando el análisis de formación no ha permitido al analista atravesar la identificación paterna, se corre el riesgo de que se amarre (religiosamente) en su saber teórico para enfrentar la angustia que le suscita confrontarse a lo real del deseo de su analizante.

Descriptores: DESAMPARO / PSICOANALISTA / FORMACIÓN PSICOANALÍTICA / TEORÍA / TEORÍA LACANIANA

SUMMARY

I make use of the notion of helplessness [desamparo] to revisit some aspects of the position of the analyst. Especially, his position beyond the protection [amparo] provided by the religion of the father and its relays: among them, theoretical knowledge. I refer to Steiner to emphasize the originality of the Freudian approach on the religious position. I explore the relation between the practice and the knowledge of the analyst: I suggest that the latter guides, but does not determine the former. For this purpose, I invoke to the distinction between resorting to a compass or to the modern GPS. When the training analysis has not enabled the analyst to go through the paternal identification, there is a risk of his (religious) mooring to his theoretical knowledge in order to face the anxiety aroused by confronting the real of the desire of his analysand.

Keywords: HELPLESSNESS / PSYCHOANALYST / PSYCHOANALYTIC THEORY / LACANIAN THEORY

BIBLIOGRAFÍA

- Buzo Pipet, M. (2018). Comunicación personal.
- Cabral, A. C. (2009). *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1979a). 35ª Conferencia de introducción al psicoanálisis. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).
- (1979b). El porvenir de una ilusión. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- (1979c). El tabú de la virginidad. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 11). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918).
- (1979c). Inhibición, síntoma y angustia. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- (1979d). Tótem y tabú. En: J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Lacan, J. (1975). Conferencia en la Universidad de Yale: Respuestas a los estudiantes. *Scilicet*, 6-7, 32-37.
- (1980a). La agresividad en psicoanálisis. En: J. Lacan, *Escritos 2*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1948).
- (1980b). Variantes de la cura tipo. En: J. Lacan, *Escritos 2*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1955).
- (1992). *El seminario de Jacques Lacan, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970).
- (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Machado, A. (1940). Retrato. En: A. Machado, *Obras completas*. México: Séneca. (Trabajo original publicado en 1908).
- Miller, J. A. (1991). *Agresividad y pulsión de muerte*. Medellín: Fundación freudiana de Medellín.
- Rivière, J. (1974). Introducción. En: M. Klein et al., *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1952).
- Steiner, G. (2011). *La nostalgia del Absoluto*. Madrid: Siruela. (Trabajo original publicado en 1974).
- Winnicott, D. W. (1990). *El gesto espontáneo*. Barcelona: Paidós.

Del amor al amparo: La envoltura amatoria del cuerpo



NADAL VALLESPÍR¹

*A Mari, generosa dadora de amor y amparo,
capaces ambos de atravesar fronteras.*

Y tal vez los espejos sean como maestros
de lecciones aún no comprendidas:
ese golpe y rebote de la imagen
esa infidelidad a lo que estuvo
alguna vez, tan íntegro, tan claro
[...] Imágenes. Imágenes.
Unas sobre las otras, unas tras de las otras
siempre la nueva echando a la más vieja

Circe Maia, *Espejos*

INTRODUCCIÓN

Casas de Pereda tituló «El desamparo del desamor: A propósito de la depresión en la infancia» (1988) su trabajo de hace treinta años sobre este tema. Yo voy a titular «Del amor al amparo» este artículo en el que intento mostrar un recorrido, un camino, tal vez de ida y vuelta, que conduce del amor al amparo (o del desamor al desamparo). Este amor de nuestros días, tan descaecido, tan devaluado, tan «olvidado» y, sin embargo, tan necesario. Imprescindible para la supervivencia del recién nacido humano y su inserción en una sociedad y una cultura propias de su especie. Este amor

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nadal@adinet.com.uy

capaz de resguardar el cuerpo, sólidamente unido al aparato psíquico, con una envoltura que lo cobija y lo ampara, a la que propongo denominar *envoltura amorosa del cuerpo*. Elegí el vocablo *amatoria* en vez de su cercano *amorosa* porque el primero es relativo al amor que induce a amar.

1. Discurrámos un diálogo puramente ficcional entre dos enormes poetas: «¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?» (Pessoa, 1982/1991, p. 45). «Yo es otro» (Rimbaud, carta del 13 de mayo de 1871 dirigida a Georges Izambard).

Un analizante, cuando niño, al ser dejado solo en su casa, se vestía con las ropas de su madre, contemplándose luego en el espejo. ¿Desmentida de la ausencia de la madre (fállica)? Desmentida de su castración. Ser el falo de la madre (metonimia de ella) para ser, existir. Falo imaginario oculto bajo las vestimentas maternas. «Vivo mirándome en el espejo». El espejo le infunde vida al devolverle la imagen de su cuerpo-falo recubierto-madre fállica. Imagen con la que se identifica mediante la vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario. Libido que, desde el sujeto, inviste la imagen (madre fállica), revirtiéndose sobre él, investido como falo de la madre. Mira y, al mirar, es mirado. Imagen alienante que buscará, incluso fuera del espejo, en procura de una identidad siempre incierta y claudicante. Relata que se sintió muerto cuando una chica se rehusó a continuar saliendo con él. En otra ocasión se refirió a su necesidad de «verme (con una mujer) porque tengo que verme». Búsqueda imperiosa e incesante del espejo, de la imagen, que le confirme —al mirarse mirado— que está vivo. (Vallespir, 1995/2000, p. 52)

Búsqueda imperiosa de la mirada de la madre —seguramente fallida cuando bebé—, de su amor y su amparo, desplazados a otros objetos. Lo que no aconteció en aquel momento lo busca ahora con desesperación en esos objetos sustitutos. El desamparo (el desvalimiento, la indefensión) del recién nacido humano será estructurante en cuanto el amor de la madre (de los padres) que lo ampara(n) y lo protege(n) se integre en una estructura que lo inserte en su sociedad y su cultura. Por el contrario, se tornará patógeno en la medida que ese amor sea una vivencia faltante.

El transcurso del análisis fue confirmando las presunciones vinculadas a las experiencias tempranas del analizando, quien mostraba signos inequívocos de depresión y baja autoestima, al mismo tiempo que describía a su madre como una mujer distante y poco o nada afectuosa o contenedora.

Sufre perturbaciones en el proceso de simbolización. La ausencia lo sumerge en una soledad desesperante, lanzándolo a una búsqueda frenética, siempre recomenzada, de mujeres que en algunos aspectos se le parecen. Quiere salir con «una chica ya conocida (alguien con quien salió o quiso salir anteriormente), una para atrás». Alienado en la huidiza imagen del otro no puede vivir sin ella, abandonándola o haciéndose dejar, cuando teme la fusión, y recuperándola en un juego angustiante, en el que pocas veces logra la calma. Juego imaginario, de fascinaciones múltiples, que a veces lo capturan en redes enmarañadas, a las que debe rasgar para interrogarse sobre su identidad. Aprisionado en la seducción especular, desmiente la ausencia, procurando una presencia sin desgarros. Su deseo queda confinado en ser el falo de su madre (en consecuencia) fálica. El duelo —lugar horadado por la falta, que lo inaugura— no puede instalarse, ahogado en la coalescencia de imágenes.

Atascado en las vestimentas de su madre, modela su yo con alteraciones. Procura ser el falo mirado por la madre al contemplarse en el espejo con la ropa de esta. Al constituirse como ser existente se identifica imaginariamente con su madre. Él tiene que ser su madre (¿su metáfora?) para poder sostener la desmentida de su ausencia. (Vallespir, 1995/2000, p. 53)

La madre, impelida por su deseo, fragua una imagen que no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Esa imagen se encadena (al modo del nudo o la cadena borromea) con el cuerpo real por advenir y con el nombre (simbólico) del niño —que vehiculiza el deseo de su madre (de sus padres)—, ya elegido desde antes de su nacimiento (o, incluso, desde antes de su concepción). Real, imaginario y simbólico, anudados en una matriz precursora del espejo, donde se irán forjando las identificaciones denominadas primaria y secundarias. Matriz que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera. De tal manera que el recién nacido va a encontrar en la mirada de la madre, transmisora

de su deseo, una imagen que se superpone a su propia, inédita existencia. (Vallespir, 1995/2000, p. 55; realicé algunas modificaciones con respecto al texto original)

Pienso, entonces, que si bien podemos coincidir con Winnicott (1971/1997) en que «*el precursor del espejo es el rostro de la madre*» (p. 147; cursivas del autor), se configuraría, sin embargo, desde antes del nacimiento del niño, cuando este permanece aún alojado en el útero materno (o quizá previamente), una matriz constituida por el nudo de los tres registros, que habita la mirada de la madre y que se superpondrá al bebé cuando se encuentre con él. Y recíprocamente.

Del hijo como falo imaginario (deseo del deseo de la madre) a la castración simbólica. Según Lacan (1957-1958/1999, p. 198), «para gustarle a la madre [...] basta y es suficiente con ser el falo». En el estadio del espejo se constituyen el yo ideal, con-formado como ilusoria unidad, y el deseo como deseo del Otro: el *infans* desea ser lo que el Otro desea, lo que le falta, el falo. Esta falta real es la privación (en lo real, donde nada puede faltar) de un objeto simbólico, de un significante —el falo— cuya significación es de privación. El *infans* se identifica con el falo y demanda amor a su madre, signo del cual es el don: pecho simbólico, don de la madre real. Puede otorgarlo o rehusarlo; puede «jugar» a darlo y denegarlo, creando un espacio de ilusión y desilusión (Winnicott), dando paso así a la discriminación y la identificación. (Vallespir, 1995/2000, p. 59)

Cuando intenté recordar la cita de Lacan, lo que me vino a la mente fue «para ser amado por la madre» en lugar de «para gustarle a la madre». Es que de eso se trata: del amor. Todo amor está basado en un prototipo infantil. Amar es señuelo, es querer ser amado, y en esto reside el engaño propio de todo amor. El niño necesita imperiosa e indefectiblemente el amor de sus padres, o de quien(es) haga(n) sus veces, para su supervivencia. Ser el falo: tarea difícil para el niño. «No es él quien mueve los hilos de lo simbólico. La frase ya ha sido empezada antes de él, ha sido empezada por sus padres» (Lacan, 1957-1958/1999, p. 192). El amor proviene de ellos e incita el amor en su hijo. Se produce un intercambio amoroso, amatorio con inducciones

recíprocas. El amor de la madre (de los padres) la (los) encamina casi imperceptiblemente a amparar al niño. Arrojarlo con su amor aumenta el amor de su hijo. De su hijo: desde él y hacia él. Amor (que ampara) y amparo, amor hacia y desde el hijo son senderos de doble sentido, con entrecruzamientos y recorridos con retornos (también en la acepción de respuesta del otro) y reinicios, produciéndose una constante retroalimentación.

Ser el falo. Deseo de deseo: deseo del hijo de ser el deseo de (ser deseado por) la madre. La madre desea que su hijo sea su falo imaginario. Pero para establecerlo adecuadamente como tal, necesita haber incorporado la metáfora paterna. Coincido con Taillandier (1987/1988) cuando se pregunta: «¿No será más bien identificación con la madre en cuanto portadora de la primordial metáfora paterna?» (p. 12). La identificación a la que alude es la que él denomina primera identificación. Creo que una adecuada identificación primaria con la madre o su metonimia, el falo imaginario, es posible solo en la medida que la castración simbólica separe a aquella de su hijo. El cuerpo del hijo será, entonces, metáfora del falo imaginario de la madre, símbolo mnémico de este, al modo en que las histéricas «producen» sus síntomas metafóricos, símbolos mnémicos, a partir de «la pregnancia de la percepción fálica de las formas imaginarias que cargan a cada una de las ideas» (Nasio, 1987/1988, p. 15). De lo contrario, según mi manera de pensar, se producirá una coalescencia, una fusión que desvanecerá los límites, dañando la capacidad del bebé de asumir su identidad. O, por otro lado, no llegará a constituirse en falo de su madre debido a la falta de un verdadero compromiso afectivo por parte de esta. En ambos casos, producto del fracaso en la incorporación de la metáfora paterna, el bebé quedará expuesto a un desamparo radical. El desamor se expresará (y revelará) crudamente en el distanciamiento (como en mi analizando) o más veladamente en aquellos casos que el hijo queda fijado en la posición de falo de su madre, de cierta forma como insignia, emblema, divisa, en una palabra, trofeo de aquella.

2. Ya me referí anteriormente al descaecimiento del amor en nuestros días. Una frase resume en su enunciado lo efímero del amor, la inmediatez y la fugacidad de los vínculos: «Hoy te quiero». ¿Y mañana? Nos responderán que no lo podemos saber. Estoy de acuerdo con aquellos que piensan que

la promesa matrimonial de amarse «hasta que la muerte nos separe» es una promesa imposible. No sabemos si el amor (y aquí me refiero a una pareja) perdurará. No obstante, ¿el amor se acaba de un día para el otro? El amor en general, no solo el de pareja, sino también el que se da entre padres e hijos y entre amigos. Hay un exagerado sentimiento de pudor, un prurito excesivo, hasta diría un prejuicio, en el uso de las palabras *amar* o *adorar*, debido quizá a un temor ocasionado por el significado que les pueda ser otorgado, con la consiguiente censura. Llama la atención que, en contradicción con las consideraciones anteriores, en las Navidades florezcan los letreros que nos sofocan con su fragancia de amor y paz. ¿Tal vez como una forma de desmentida?

Se ha perdido la comunicación cuerpo a cuerpo. Ha sido sustituida por los mails o, más aún, los celulares (WhatsApp, SMS, teléfono en el mejor de los casos). Estamos en una era tecnológica en la que una herramienta útil, cuando es bien utilizada, conlleva también en un número muy grande de casos y situaciones un uso abusivo o adictivo que desaprovecha sus beneficios o, aún peor, alimenta sus perjuicios. En estos tiempos existe un aflojamiento de los vínculos sociales, las relaciones de amistad, los lazos familiares. Tengamos en cuenta que la pulsión sexual despierta en el encuentro cuerpo a cuerpo con la madre «aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya» (Freud, 1950 [1892-1899]/1982, p. 280). Cuerpo a cuerpo en que participan todos los sentidos, todas las sensaciones y las funciones sensoriales, que rodean el cuerpo del bebé con una envoltura amatoria: la percepción táctil del contacto (con la piel o la vestimenta de la madre), en cuanto a la suavidad o las rugosidades, las asperezas del mismo, a la temperatura (calor o frío) implantada por el cuerpo de la madre, a la humedad o sequedad de su piel; la mirada materna (vehículo imprescindible de su deseo); el gusto (pensemos, por ejemplo, en el sabor de la leche materna, del pezón o de la ropa chupeteada por el bebé); el olfato (aromas ambientales, incluso de alimentos que se estén cocinando, perfumes de la madre, olor del cuerpo y las ropas de esta); el timbre de la voz escuchada por el bebé, el tono —más que el contenido— de palabras tranquilizadoras, que calman la angustia, así como la importancia sustancial del momento en que son dichas, tratando de evitar la dicción a destiempo, adecuando las respuestas a la demanda del bebé

y a lo que este espera, adaptándose y satisfaciendo sus necesidades, sin desatender la instalación de la función de ilusión-desilusión (Winnicott). Ser en un principio el falo imaginario de la madre (ilusión) para, en un tiempo (así sea lógico) posterior, dejar de serlo (desilusión) ¿no supondría también, a su vez, la creación de esa función? ¿No correspondería también a lo que Winnicott ha denominado madre suficientemente buena? Otra función, sin duda, pero en la que entra indefectiblemente en escena un tercero (la metáfora paterna portada por la madre).

Enfatizaré ahora el preponderante papel de la mirada.

Lacan en *De nuestros antecedentes* (1966/1972a) expresa:

Lo que se manipula en el triunfo del hecho de asumir la imagen del cuerpo en el espejo, es ese objeto evanescente entre todos por no aparecer sino al margen: el intercambio de las miradas, manifiesto en el hecho de que el niño se vuelva hacia aquel que de alguna manera lo asiste, aunque solo fuese por asistir a su juego. (p. 8)

Winnicott (1971/1997), por su parte, señala:

¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y *lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él*. Todo esto se da por sentado con demasiada facilidad. Yo pido que no se dé por supuesto lo que las madres que cuidan a sus bebés hacen bien con naturalidad. Puedo expresar lo que quiero decir yendo directamente al caso del bebé cuya madre refleja su propio estado de ánimo o, peor aún, la rigidez de sus propias defensas. En ese caso, ¿qué ve el bebé? [...] cuando mira ve el rostro de la madre. Este, entonces, no es un espejo. (pp. 148-149; cursivas del autor)

Asevera además que cuando los bebés no se ven a sí mismos, «buscan en derredor otras formas de conseguir que el ambiente les devuelva algo de sí» (p. 149). En los días que corren, ¿hay algo que tengan más a mano que una pantalla, llámese televisor, computadora, tableta o celular? Pero en estos instrumentos tampoco se verán a sí mismos, sino que van a encontrar en las pantallas a otros (para peor, no significativos para el bebé) ajenos

que contribuirán a modelar su cuerpo y su yo, su identidad, por identificación con «los héroes de la pantalla»². En este sentido, concuerdo con lo que Sahovaler, Korembli de Vinacur y cols. manifiestan —con respecto al papel potencialmente dañino de las pantallas— en su interesante trabajo *Las tecnologías y el psicoanálisis* (2017).

El espejo, hacedor de imágenes que pueden reproducirse indefinidamente en infinitos espejos, está agujereado: «En la imagen del cuerpo propio, el falo aparece en menos, como un blanco: un punto ciego»³ (Julien, 1985/1990, p. 188; cursivas del autor). [...] El marco del espejo limita la (proyección —imaginaria— en la) superficie reflectante, la recorta del resto del espacio, circunscribe la imagen, opone (¿oposición simbólica?⁴) lo enmarcado (la imagen) y lo desmarcado, lo no incluido en él, lo que permanece —cerceñado— fuera de su contorno. El espejo mismo, al dar cuenta de la falta, proporciona la matriz simbólica, terciando en la relación imaginaria. Blanca Nieves, creída muerta por su madrastra, es designada por aquel como la más bella. Verse mirado por la madre (Otro primordial), deseado por ella a través y por medio de esa mirada, introduce algo del orden simbólico, sin el cual la consiguiente adherencia del niño al espejo y la ausencia de imagen harían del marco un cascarón vacío (¿vacío real?), inconsistente, provocando la desarticulación de los tres registros. (Vallespir, 2007/2011, pp. 112-113)

Ese contacto imprescindible con el cuerpo de la madre, ese encuentro cuerpo a cuerpo en que intervienen y se agudizan todas las funciones sensoriales está subtendido por el amor. Amor que es estructurante en la medida que hace del desamparo —inherente al recién nacido humano— un móvil que, a su turno (no en una ordenación alternante, sino en una reciprocidad simultánea), demandará el amor de la madre y su asistencia,

2 «T. & S. (Los héroes de la pantalla)» es el título de una de las canciones del grupo uruguayo Rumbo (1979-1985). Concebida durante la dictadura militar, el tema manifiesto y la intención —necesariamente encubierta— son ciertamente otros.

3 Traducción personal.

4 «En el orden simbólico todo elemento vale en tanto opuesto a otro» (Lacan, 1955-1956/1984, p. 19).

de la que aquel no puede prescindir sin arriesgar la vida. En este «juego», en estos pares antitéticos (amor-desamor, amparo-desamparo), los humanos nos jugamos la vida; la nuestra, pero sin olvidar que también jugamos la de los otros. El desamparo, entonces, potencialmente letal o, al menos, patógeno, convoca al amor, cumpliendo ambos (amor y desamparo) una función estructurante del psiquismo. Y sus fallas en esa función son las fallas del encuentro-desencuentro, las fallas del amor que no acude en respuesta a ese llamado convocante. El amor marca el cuerpo, lo contiene, le proporciona una envoltura: envoltura amatoria del cuerpo. La madre es un continente amatorio. Sus brazos rodean el cuerpo del niño y lo sostienen, lo abrazan, lo envuelven, metaforizando simbólicamente —y exteriorizando— su amor y su deseo. En el caso del analizante cuyos avatares narra al comienzo, las fallas en el amor de su madre impidieron esa envoltura, ese «arropamiento», lo cual propició que se *arropara* literalmente, realmente, con las vestimentas de su madre. Procuraba recrear así de forma «satisfactoria» aquel encuentro fallido y displacentero de los inicios de su vida. De alguna manera, símbolo mnémico que metaforiza el acontecimiento traumático, al modo de las conversiones histéricas. La memoria es efecto y metáfora del conflicto psíquico. En esa línea, el síntoma histórico es paradigmático. La memoria, al igual que este, en ocasiones se corporifica, se hace carne. El cuerpo es memoria; en él se labran inscripciones que escriben una historia.

La reminiscencia, tal como Freud la emplea, nos introduce en la memoria aprisionada en el cuerpo, que retorna en la metáfora hecha carne en el síntoma —símbolo mnémico—, que no deja de ser lenguaje. Olvido que es memoria, no cesando de producir efectos. Rememoración tejida de recuerdos y surcada de olvidos, aflorando (memoria recuperada) por la intervención del analista. (Vallespir, 2009/2011, p. 124)

El cuerpo de la histérica en cierto sentido es fragmentado por las conversiones, que se apropian de una parte del mismo. Las histéricas no saben anatomía, y ese cuerpo fragmentado corresponde a sectorizaciones vinculadas a una anatomía fantasmática, a un cuerpo imaginario. El síntoma «habla», es efecto del lenguaje, se «hace» por la palabra y por esta podrá

«deshacerse». En el analizando que mencioné hay un retorno en su cuerpo —revestido, reforzado y prolongado por la ropa de su madre— de silencios y decires, de marcas, de memorias prisioneras, intentando por esa vía una unificación que lo rescate de la fragmentación, que lo haga «de una sola pieza». Y esto lo diferencia de las conversiones histéricas.

Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad —y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental. Así la ruptura del círculo del *Innenwelt* al *Umwelt* engendra la cuadratura inagotable de las reaseveraciones del yo. (Lacan, 1949/1972, p. 15)

3. ¿Cómo se construye, entonces, el cuerpo y, por ende, el yo? A partir del amor de la madre (de los padres), los caminos entrecruzados de amores y amparos conducen a la conformación de la envoltura amorosa del cuerpo (y del yo —*je, Ideal Ich*), envoltura simbólica que atraviesa el estadio del espejo, así como su precursor, el rostro de la madre y, aun antes de nacer, la matriz (nudo de la imagen de la existencia del niño separado de ella, real del cuerpo por advenir y simbólico del nombre) que se trasluce en la mirada de la madre, transmisora de su deseo, con la que el recién nacido se va, inevitablemente, a encontrar.

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un *prójimo*. En este caso, el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto *como este* es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliar. Sobre el *prójimo*, entonces, aprende el ser humano a discernir. Es que los complejos de percepción que parten de este *prójimo* serán en parte nuevos e incomparables —p. ej., sus *rasgos* en el ámbito visual—; en cambio, otras percepciones visuales —p. ej., los movimientos de sus

manos— coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de impresiones visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio, con las que se encuentran en asociación los recuerdos de movimientos por él mismo vivenciados. Otras percepciones del objeto, además —p. ej., si grita— despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor. Y así el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una *cosa del mundo*, mientras que el otro es *comprendido* por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio. (Freud, 1950 [1895]/1982, pp. 376-377)

«el inicial desvalimiento del ser humano es la *fuerza primordial* de todos los *motivos morales*» (Freud, 1950 [1895]/1982, p. 363). ¿Motivos morales? ¿A qué se refiere? ¿Al conjunto de facultades del «espíritu», del «alma», en fin, del aparato psíquico? ¿O a un superyó que comienza a esbozarse a partir del desvalimiento, del cuerpo (los cuerpos), el amor, el deseo? De todos modos, psiquismo. Y estaba, sin embargo, temporalmente muy lejos de formular la segunda tópica. El inicial desvalimiento del ser humano es, pues, fuente primordial del psiquismo. ¿Podríamos conjeturar que es fundacional del psiquismo, aunque aún no exista un aparato psíquico ni, por consiguiente, un sujeto dividido?

Claro que no hay que desatender las connotaciones éticas: es indispensable que la madre ceda su cuerpo para amparar al *infans* —de tal forma que no lo abandone, no lo deje librado a sí mismo, a su suerte (a su desgracia, más bien), a su desvalimiento e indefensión (que no prevalezca el desamor)—, pero sin una cesión excesiva (solidaria de la apropiación del cuerpo del bebé) que lo erotice en forma desproporcionada, que lo seduzca, que lo desvíe o aparte de su propio camino.

4. Viñar, en un excelente artículo sobre el desamparo («*Hilflosigkeit*: Alucinar y pensar, alternativas al desamparo. Una lectura de la experiencia de satisfacción», 1988), no trabaja la represión primaria. Considero que ese tiempo mítico de la constitución del aparato psíquico, de la división del sujeto y, por lo tanto, de la producción del sujeto del inconsciente, es esencial para pensar acerca del destino del cuerpo. La división instaurada

por la represión primaria interesaría también en cierta forma al cuerpo, indisolublemente ligado al aparato psíquico. Por un lado (casi diría, por una cara), queda en buena medida supeditado a los procesos inconscientes. Desde ese momento inaugural permanecen en estrecha vinculación que denominaría en cortocircuito, puesto que en ciertas ocasiones estos se dirigen directamente a aquel sin ser mediados por la conciencia. Producen efectos en él. Este lazo íntimo entre el cuerpo y el inconsciente es bidireccional. Por otro lado (otra cara), continúa firmemente unido al yo consciente, forma parte de él y se mantiene así relacionado con el preconsciente y el sistema percepción-conciencia. Recordemos que, para Freud (1915/1979), «los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones» (p. 174). Pero los afectos parten del yo, es decir, es el yo quien ama u odia y no la pulsión.

El cuerpo, sano o enfermo, habla, demanda —y toda demanda es de amor (recuerdo un analizante que se enfermaba para ser atendido por su padre, médico, porque sentía que solo así le brindaba sus cuidados)— y en sus gritos o sus susurros, con su modalidad privativa, clama por una respuesta —que le será o no dada—, por un amor que será transmitido por los gestos, los actos, las palabras atravesadas por el afecto —así como el afecto es expresado por la palabra, que a veces es insuficiente, no logra dar totalmente cuenta del mismo, no alcanza a recubrirlo—, palabras que pueden o no acoplarse a tales actos, los que también son lenguaje y también son significantes, como lo son asimismo el timbre y el tono de voz. Gestos, actos, palabras que fatalmente marcan y dejan rastros, que en su relación mutua y solidaria se ensamblan materialmente en una cadena significativa sufragada por el sujeto.

Freud (1923/1979) afirma:

El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es solo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie. [Y en una nota al pie aclara:] O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico. (pp. 27-28)

Lacan, en su trabajo señero con el que introduce el estadio del espejo, no se refiere a este únicamente como formador de la función del yo, como parece indicar el largo título, sino que también considera su rol prevalente en la construcción del cuerpo, aunque sea gracias a una forma total anticipada del mismo, que lo constituye.

Fundación simultánea del yo y el cuerpo, que anuda de una vez e inseparablemente el psiquismo y el cuerpo. Identificación primaria del *infans* con su madre, con la cosa del mundo, con ese prójimo que se ofrece como una imagen en el espejo —identificación primaria asociada al tiempo mítico de la represión primaria—. O como múltiples imágenes, «unas tras de las otras», visuales o sonoras.

La carencia de amor y el desamparo concomitante van a generar fallas conjuntamente en la constitución del yo (y del aparato psíquico) y del cuerpo, tanto en su imagen como en el cuerpo simbólico. Y el cuerpo real ¿puede no ser afectado? La cinta de Moebius exhibe la continuidad entre lo interno y lo externo, la cual hace necesaria —en concordancia con una acentuada solidez de la envoltura amatoria del cuerpo para lograr la experiencia de la unidad, que suscita *après-coup* la vivencia del cuerpo fragmentado— una adecuada capacidad de separación para evitar la fusión, que va en detrimento de la individuación.

5. Una joven analizante, víctima de un tremendo desamparo, relata que en su adolescencia un viejo amigo de la familia, mentalmente deteriorado por cierto, la tocaba (¿realidad o fantasía? ¿importa?) y le enviaba cartas de amor, amor que no le brindaron sus padres. Su cuerpo fue doblemente marcado: por la falta —de amor y falta-abandono de estos cuando esas escenas se desplegaban—, marca en negativo, y por el erotismo aberrante de ese hombre, desgraciadamente única muestra de ¿amor? (perverso) que recibió durante su infancia y adolescencia. Marcas, unas y otras, cinceladas por el amor-desamor en una turbadora opacidad desorientadora. Se encerraba en su dormitorio para evitar el contacto con aquel, que no vacilaba en golpear la puerta para que le abriera. Las paredes de la habitación funcionaban, entonces, como reforzado límite corporal, protésico, con el que pretendía protegerse, al no disponer de una envoltura protectora, de las tentativas eróticas de quien ocupaba un lugar muy relevante en su familia.

Una niña, un nombre, tres sílabas-fragmentos seguramente provenientes (extraídas) de otros nombres, ya que no presentan ninguna conexión entre sí. Nombre fragmentado (al menos hecho de fragmentos); nombre supuestamente unificado en un conglomerado de sinsentidos. Con un grueso lápiz, la psicoterapeuta delineaba los contornos de su cuerpo — mientras la pequeña paciente permanecía acostada en el piso sobre una gran hoja de papel— para reforzar sus límites (no solo) corporales difusos.

Mientras cursaba el posgrado de psiquiatría, obtuve de pacientes psicóticos, la mayoría con diagnóstico de esquizofrenia, una serie de dibujos de la figura humana. Algunas de estas figuras eran bosquejadas con un doble contorno corporal, en tanto otras mostraban una total fragmentación, que comprendía incluso los rasgos de la cara (ojos, nariz, boca) trazados con rayas diminutas.

Cuerpo real, erótico —enlazado para siempre a la pulsión (que es real y sexual), de la cual es fuente y meta—, cuyos orificios se abren y se cierran como el inconsciente; cuerpo imaginario (fantaseado; por ejemplo, el de las histéricas); cuerpo simbólico de las marcas, las trazas (huellas o vestigios) o los trazos.

Una adolescente con fallas en su identificación primaria se integra a un grupo de varones, asumiendo el liderazgo. Con una aguja «quemada» impregnada de tinta azul se graba en uno de sus brazos dos letras: la primera corresponde a la inicial de su nombre de pila y la otra a la primera letra del número de integrantes del grupo. Sus conductas muestran los trastornos en la identificación femenina, siendo totalmente acordes con las de sus compañeros. Pienso que su identificación masculina se entrelaza con la identificación primaria [...], interactuando desde el comienzo mismo. Las dos letras, a modo de iniciales de nombre y apellido, le otorgan una filiación que parece estar inexorablemente ligada a su pertenencia al grupo, que se constituye en soporte de su inestable identidad.

El lenguaje es cuerpo. «Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas» (Pessoa, 1982/1991, p. 38). Y el cuerpo es lenguaje. El cuerpo imaginario de esta chica, herido por lo simbólico, sufre el dolor real ocasionado por esa marca en su superficie, límite que permite su frágil discriminación. Del cuerpo al significante a

través del dolor. El cuerpo no afectado, desprovisto de afecto, debe ser marcado a fuego por ella misma. Marcado por el nombre, que es marca. Para Casas de Pereda (1992, p. 93) «[...] el niño [es] escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre [...]». Esta adolescente escribe dolorosamente en su cuerpo las letras que no escuchó decir a su madre. (Vallespir, 1995/2000, p. 49)

6. En medicina no solo se separa la mente del cuerpo (hablamos de salud mental, por ejemplo), sino que este es «fragmentado» por las diversas especialidades y subespecialidades médicas y quirúrgicas. Así tenemos traumatólogos de rodilla, hombro o mano, otorrinolaringólogos de oído o nariz, y podemos continuar con la lista. No estoy haciendo un juicio de valor, no me refiero a que esta especialización fragmentadora sea buena o mala. Es simplemente una constatación de la «reaparición» *après-coup* de un cuerpo (¿y un yo?) «fragmentado». ♦

RESUMEN

En este artículo intento mostrar un camino, tal vez de ida y vuelta, que conduce del amor al amparo (o del desamor al desamparo). Amor que, convocado por el desamparo, resguarda el cuerpo, indisolublemente ligado al aparato psíquico, con una envoltura que lo cobija y lo ampara, a la que propongo denominar *envoltura amoratoria del cuerpo*. El desamparo del recién nacido humano, potencialmente letal o, al menos, patógeno (cuando el amor es una vivencia faltante), cumple una función estructurante del psiquismo en la medida en que el amor responde a su llamado.

Planteo la configuración en la madre, desde antes del nacimiento de su hijo, de una matriz precursora del espejo —y aun del propio rostro materno— constituida por la imagen del niño como existente separado de ella, su nombre (simbólico) y el cuerpo real por advenir, anudados al modo de la cadena borromea.

Considero que la identificación primaria se asocia al tiempo mítico de la represión primaria, que divide al sujeto, interesando quizá también el cuerpo.

Recorro sucintamente los aportes de distintos autores e ilustro algunas de mis propuestas con materiales clínicos provenientes de diversos analizando.

Descriptores: AMOR / CUERPO / CUERPO ERÓGENO / FALO / MIRADA / ESTADIO DEL ESPEJO / MATERIAL CLÍNICO / YO / METÁFORA PATERNA

SUMMARY

In this paper I try to show a path, may be a two-way road, which leads from love to protection (amparo) (or from lovelessness to helplessness). Love which, called upon by helplessness, safeguards the body, indissolubly bound to the psyche, with an envelope that shelters and protects, which I suggest calling *loving envelope of the body*. The helplessness of the human newly born, potentially lethal or, at least, pathogenic (when love is a missing experience), accomplishes a structuring function for the psyche as long as love responds to its call.

I propose the configuration in the mother, even before the birth of her child, of a matrix that is a precursor of the mirror – and even of the face of the mother – constituted by an image of the child as existing separately from her, his name (symbolic) and the real body to come, knotted in the fashion of a Borromean chain.

Primary identification associated to the mythical time of the primary repression, which divides the subject, with perhaps an interest also in the body. The contributions of different authors are succinctly reviewed and I illustrate some of my proposals with clinical materials from different analysts.

Keywords: LOVE / BODY / EROGENOUS BODY / PHALLUS / GAZE / MIRROR PHASE / CLINICAL MATERIAL / EGO / PATERNAL METAPHOR

BIBLIOGRAFÍA

- Casas de Pereda, M. (1988). El desamparo del desamor: A propósito de la depresión en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 55-65.
- (1992). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 76, 83-94.
- Freud, S. (1979a). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- (1979b). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- (1982a). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 211-322). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1892-1899]).
- (1982b). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original de 1895, publicado en 1950).
- Julien, Ph. (1990). *Le retour a Freud de Jacques Lacan: L'application au miroir*. París: Epel. (Trabajo original publicado en 1985).
- Lacan, J. (1972a). De nuestros antecedentes. En J. Lacan, *Escritos* (pp. 3-10). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- (1972b). El estadio del espejo como formador de la función del yo [«je»] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos* (pp. 11-18). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1949).
- (1984). *El seminario de Jacques Lacan, libro 3: Las psicosis*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956).
- (1999). *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958).
- Nasio, J. D. (1988). *Los ojos de Laura: El concepto de objeto a en la teoría de J. Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Pessoa, F. (1991). *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*. Barcelona: Seix Barral. (Trabajo original publicado en 1982).
- Sahovaler, J., Korembliet de Vinacur, N. y cols. (2017). Las tecnologías y el psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 124, 82-93.
- Taillandier, G. (1988). Breve presentación del seminario de J. Lacan sobre la identificación. En M. David-Ménard, J. Florence y cols., *Las identificaciones: Confrontación de la clínica y de la teoría de Freud a Lacan* (pp. 9-22). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1987).
- Vallespir, N. (2000). Las identificaciones: Cita de encrucijadas, encrucijada de citas. En N. Vallespir, *La muerte y otros comienzos* (pp. 43-63). Montevideo: Trilce. (Trabajo original publicado en 1995).
- (2011a). La memoria: Confluencia de dos disciplinas. Psicoanálisis y literatura. En N. Vallespir, *Tiempo y memoria: Urdimbre(s) de (la) literatura y (del) psicoanálisis* (pp. 117-142). Montevideo: Orbe. (Trabajo original publicado en 2009).
- (2011b). Los sonidos del silencio. En N. Vallespir, N., *Tiempo y memoria: Urdimbre(s) de (la) literatura y (del) psicoanálisis* (pp. 105-116). Montevideo: Orbe. (Trabajo original publicado en 2007).
- Viñar, M. (1988). Hilffsigkeit: Alucinar y pensar, alternativas al desamparo. Una lectura de la experiencia de satisfacción. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 81-94.
- Winnicott, D. W. (1997). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).

Cubrir el desamparo



GLADYS FRANCO¹

La muerte no espera al morir,
sino que está presente desde el nacimiento.

Georg Simmel

¡que no quiero verla!

Federico García Lorca

1. En las últimas páginas del libro de Philippe Claudel *Bajo el árbol de los toraya* (2017), donde el escritor nos habla —como antes que él, pienso, solo supo hacerlo Miguel Hernández en su «Elegía»— de lo que significa la muerte de un ser muy querido: un amigo, un hermano, nos muestra una imagen del mar Mediterráneo («Mare Nostrum»), un hermoso plano azul Klein, calmo e hipnótico, imagen que de pronto se altera para mostrarnos cientos de cuerpos de hombres, mujeres y niños que intentaban huir de la muerte —del hambre, de la guerra, de la barbarie— en una balsa que no los sostuvo y que el plácido mar azul arrojó, como basura, a la costa de la bella Italia.

El exquisito libro de Philippe Claudel cuya escritura lo ayudó a procesar la muerte del amigo se cierra, entonces, con la evidencia de la imposibilidad de escapar, no ya de la muerte invencible, sino de la caridad de un manto azul hipnótico que se sostenga como un telón, mientras estamos vivos, para no verla. Parecería, por el contrario, que aquello que implica la muerte (la muerte en sí misma, sin inscripción posible) haría parte de lo que insiste en la creación artística (en este caso, en la creación de la novela) al modo que puede insistir en los sueños, como Freud nos muestra en el

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. laletraescrita@gmail.com

paradigmático «Sueño de la inyección a Irma», con su mirada capturada por aquella garganta infectada.

El mar azul que vela la imagen de los incontables muertos del Mediterráneo que nos describe Philippe Claudel por asociación libre se conectó en mi memoria con los «personajes vestidos» de Gustav Klimt. Como sabemos, sus desnudos explícitos habían sido objeto de censura. A su muerte, y basándose en algunas obras inconclusas, la crítica entiende que él se daba el gusto de pintar a sus modelos desnudas y luego las vestía con los trabajados ropajes que le son tan característicos (el estilo pictórico de Klimt fue pensado por Dina Gonnet (2012) como metáfora de la construcción del aparato psíquico en la primera tópica freudiana.

En contraposición con sus censuradores, los elogios a la obra de Klimt acentúan su disfrute de la sensualidad, su necesidad de captar a la mujer en todas las posiciones del desnudo, su exaltación del erotismo. Pero, como sabemos, Eros nunca está solo, y algunos primeros planos de los desnudos de Klimt —que promovieran el horror en quienes lo censuraron— pueden encontrar parentesco de sentidos con la garganta de Irma, donde Lacan (1978/2014) supo advertir el desborde del deseo erótico, el punto donde el soñante encuentra «el objeto de angustia por excelencia»:

el fondo de esa garganta, de forma compleja, insituable, que hace de ella tanto el objeto primitivo por excelencia, el abismo del órgano femenino del que sale toda vida, como el pozo sin fondo de la boca por el que todo es engullido; y también la imagen de la muerte en la que todo acaba terminando. (p. 249)

Esa superposición de «toda vida» y «pozo sin fondo» me parece aproximada por Klimt en la obra «La esperanza 1», de 1903, donde la mujer embarazada se alza en el esplendor de su imaginaria completud, impúdica, entre imágenes «de la noche y de la muerte» —en el catálogo Taschen, al pie de la imagen descrita, G. Néret (2011) habla de «el pelo púbico rojo del que emana una cierta perversidad» (p. 44)—.

Ando sobre rastros de difuntos
y sin calor de nadie
y sin consuelo.

Miguel Hernández

2. He abordado en trabajos anteriores (Franco, 2017, 2018) algunos aspectos de la relación entre la creación literaria y la repetición, tanto de experiencias de sometimiento a violencia extrema como de la vivencia de la pérdida de seres queridos, hechos que pueden también ser experimentados como desgarramiento del sí mismo. (Toda experiencia de horror remite a la muerte, como abstracción, e inevitablemente a la idea de la muerte propia).

En la escritura, como en otras formas de expresión, está presente un intento de domeñar aquello incomprendible, inabarcable; aquello que interroga como misterio es precisamente lo que más conmueve, provoca e impulsa la creatividad. Cuando una obra artística es muy poderosa, quedamos bajo efecto de un impacto que cuesta describir; luego surgen expresiones muy humanas, muy repetidas: «me faltan las palabras...» o «no encuentro las palabras...». Se trata, quizás, de haber captado algo de aquello que puede quedar fuera del entramado de la lengua.

Lo que puede ser objeto de tratamiento, intentos de procesamiento, es la *idea* de la muerte (y, por tanto, la angustia generada por la idea de la muerte), no la muerte en sí. De la misma no hay registro inconsciente, y a nivel consciente hay un proceso, un tiempo de crecimiento para que se pueda tomar noticia de ella; la etapa del «desamparo» inicial del ser humano puede ser idealizada como una etapa de la vida «amparada» en la ignorancia del destino mortal, la única etapa ilusoriamente «inocente» («que no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente»²).

Todos conocemos la angustia del niño cuando descubre la *realidad* de la muerte y los mecanismos a que echa mano intentando recuperar cierta ignorancia, pero ese conocimiento que se hace lugar en el pensamiento ha

estado precedido por vivencias de fragmentación y terrores innombrables en el *infans* que, sostenido y apalabrado por otros humanos, ha recibido ya en la concepción el anuncio de su mortalidad. La desmentida cotidiana de la muerte es el mecanismo que permite organizar la vida para un «después de este momento», concebir el mañana, proyectar un futuro y actuar en pro de ese proyecto, «(des)Enmascarar lo real», diría con Leclaire, quien inicia el texto que uso acá como disparador (*Desenmascarar lo real*, Leclaire y Nasio, 1975) con un aserto: «Desenmascarar lo real es el trabajo del psicoanalista» (p. 9).

En la práctica psicoanalítica, desenmascarar lo real implica rescatarnos permanentemente de la tentación de cubrir lo inaprehensible con exceso de construcciones tendientes a una historización exhaustiva en pro de una supuesta verdad de los orígenes, de las causalidades, en un rellenar afanoso de los «vacíos». El trabajo de desenmarañar algo de las tramas que producen las señales de la angustia neurótica se extiende, en ocasiones, a un intento estéril de calmar la angustia correspondiente a la conciencia de finitud.

«Desenmascarar lo real» sería, sin embargo, precisamente, aceptar el límite en tanto lo real es aquello que escapa al sentido y resiste a la representación.

¿Cómo entender el espanto que producían los desnudos de Klimt en sus contemporáneos? Pensar solamente en hipócritas alarmados por la explicitación erótica sería una lectura ingenua; todo síntoma canaliza más de una vía (y censurar la obra artística es un síntoma social).

Es preciso situar la obra en su tiempo y circunstancias. Klimt fue contemporáneo de Freud, de Schnitzler, de Munch, de Schiele... Podría decirse, en términos actuales, que había una «movida erótica» en la Viena de la frontera de los siglos XIX-XX. Estos hombres vivían casi todos en la misma ciudad, asistieron a su esplendor en la última época de los Habsburgo y a su derrumbe ensamblado al estallido de la Primera Guerra Mundial. Los artistas y los intelectuales develaban las miserias humanas: la amoralidad del deseo, la intensidad del odio, la fuerza del anhelo de poder que impulsaban erráticamente las acciones de un imperio a punto de caer. Austria estaba dividida en opuestos: una minoría centrada por un núcleo intelectual y artístico deslumbrante y una mayoría conservadora, cerrada

a las transformaciones, condición que la serpiente nazi aprovecharía para anidar.

La idea de una fuerza de oposición a la vida está presente en Freud desde los inicios de su teorización y encuentra su formulación en la segunda teoría de las pulsiones, al decir de sus biógrafos, influido por la captación de la destructividad que evidencia la guerra.

Es interesante observar que los movimientos conservadores se resisten a las propuestas de modificaciones sociales tanto como a la expresión artística innovadora, aunque esta no trate explícitamente temas de justicia social. Como a Klimt en la Viena de inicios del siglo XX, en Montevideo, en 1986, en plena «apertura democrática» —es decir: muy cerca aún de los desgraciados años de la dictadura— la Intendencia Municipal de Montevideo del momento prohibió la exposición «Espejos... a veces» del artista uruguayo Oscar Larroca. Esta muestra, que más tarde ganó importantes premios internacionales, fue en Montevideo responsabilizada de «atentar contra la moral y las buenas costumbres».

En el caso de esa obra censurada, volvemos a encontrar el tema del desnudo femenino, erótica alcanzada por la rotura de la piel, por el trazo que potencia la falta. El agujero donde Eros se pierde... (¿gozosamente?) es un escándalo para «la moral y las buenas costumbres», según los códigos de los censuradores... (Quizás la muerte sea una «mala costumbre»...).

La imagen del cuerpo es la representación imaginaria con la que contamos para pensarnos como seres vivos; el cuerpo fallado, agujereado, remite a lo ominoso, castración y muerte, dominio de lo real, agonía de lo representable que artistas de la talla de Oscar Larroca logran evocar. Detrás —o, se podría decir también, «más allá» de un cuerpo desnudo, sexuado y sexual—, lo que le excede.

Para calificar producciones artísticas es usual recurrir a adjetivos que refieren a las nociones de *belleza* y *perfección* (quizás sean sinónimos ideales). Las imágenes de cuerpos fracturados, agujereados o sugerentes de exceso que los aparten de las nociones de belleza y perfección (también de *completud*) parece que en todo tiempo son violentas para el espectador. Son imágenes que bombardean las certezas de un yo supuestamente consistente (el que se organiza a partir de la asunción jubilosa de un cuerpo entero, imagen sostenida en la mirada de Otro que calma

la angustia, imagen sobre imagen, gesto sobre gesto, deseo fundido en el deseo de otros: confundido). Es así, entonces, que muchas formas de expresión artística están orientadas, como el psicoanálisis, a «desenmascarar lo real» y, por esa razón, al igual que el psicoanálisis, son resistidas, calificadas de *incomprensibles* o de *inmorales* y censuradas cuando las circunstancias lo habilitan. El punto común en el espectador escandalizado de cualquier época es la emergencia de la angustia generada por lo que ve. Ya nos explicó Freud que la angustia es una señal de alarma: ¡cuidado! aquello que está escondido —reprimido— y debía mantenerse oculto está des-cubriéndose. (Y, más allá, cuidado con el estallido de lo que nunca se descubrirá).

(Algunos artistas encuentran modos sutiles de mostrar, conectando en su trabajo el erotismo y la muerte, y al mismo tiempo «enmascarando» —como si fuera un juego— el desamparo de la ignorancia de sí y de la certeza de mortalidad).

3. La resistencia a saber de la muerte opera también a nivel individual y colectivo como velo que permite eludir el contacto con los horrores que produce la sociedad de nuestro tiempo. Encontramos la paradoja de que en una cultura como la del presente en Occidente, una cultura profundamente visual, donde el discurso políticamente correcto insta a verlo todo, a no privarse de nada y a satisfacer todo deseo en pro del ejercicio de la libertad individual, el sufrimiento colectivo del hombre por el hombre es demasiado horroroso para ser mirado y se oculta o se banaliza en proyección de imágenes de destrucción colectiva que se presentan enmarcadas entre las exhortaciones al consumo de todo aquello de lo que no deberíamos privarnos.

El mar cuya imagen tomé para iniciar esta presentación, el mar Mediterráneo del inicio de la novela de P. Claudel, se abre para recibir y matar miles de personas desesperadas que huyen de África, de la guerra y del hambre, para encontrar en él su tumba azul y alargar la desgraciada y extensísima lista mundial de personas empujadas a la muerte. Personas despojadas de su condición humana por otros humanos. Siluetas que se añaden a la ominosa e interminable lista de desaparecidos. ♦

RESUMEN

En este trabajo se aborda el tema de la muerte y algunos de los medios con los que se cuenta para dar procesamiento psíquico a la idea. La conciencia de la muerte que coloca al ser humano por encima de las otras especies lo marca, a la vez, con el desamparo de la ignorancia existencial, brújula del deseo de saber que orienta las búsquedas en las ciencias y en la producción artística. Como fuerza opuesta, el anhelo de desconocer la realidad de la muerte lleva a múltiples formas de desmentida, a nivel individual y colectivo.

Se proponen ejemplos con algunas obras artísticas que han sido censuradas, cuyo manifiesto carácter erótico cubre desgarros, vacíos, signos y símbolos evocadores de la muerte.

Descriptores: MUERTE / CREACIÓN / ARTE / ESCRITURA / ELABORACIÓN / LO REAL / DESAMPARO

SUMMARY

This paper deals with the subject of death and with some of the means on which we count in order to psychically process the idea. The awareness of death that places the human being above other species, marks him, at the same time, with the helplessness of existential ignorance, compass for the wish to know that guides the search in science and in artistic production. As an opposing force, the longing to dis-regard the reality of death leads to multiple forms of disavowal, both at an individual and at a collective level. The paper provides examples of some works of art, the manifest erotic character of which covers lacerations, different forms of emptiness, signs and symbols evoking death and which have been censored.

Keywords: DEATH / CREATION / ART / WRITING / WORKING THROUGH / THE REAL / HELPLESSNESS

BIBLIOGRAFÍA

- Claudel, P. (2017). *Bajo el árbol de los toraya*. Barcelona: Salamandra.
- Franco, G. (2017). ¿Elaborar lo inelaborable? *Relaciones*, 399.
- (2018). La literatura y el horror. *Relaciones*, 404-405.
- Gonnet, D. (2012). La pintura de Gustav Klimt: Pensando a Freud y la primera tópica. *Grafo*, 12.
- Lacan, J. (2014). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1978).
- Leclaire, S. y Nasio, J. D. (1975). *Desenmascarar lo real*. Buenos Aires: Paidós.
- Néret, G. (2011). *Catálogo Taschen*. Santiago de Chile: Cordillera.

Pobreza y desamparo: Efectos en el funcionamiento psíquico



SUSANA MARTÍNEZ¹

El estudio de los efectos de la pobreza sobre el funcionamiento de los niños, en particular sobre el aprendizaje, lleva ya unas cuantas décadas. Diversas investigaciones realizadas desde ámbitos disciplinares diferentes (ciencias sociales, ciencias de la educación y de la salud, pedagogía, psicología, neuropsicología, etc.) han arrojado resultados coincidentes en el sentido de que existe una correlación positiva entre el estado de vulnerabilidad y de exclusión social asociados a la pobreza, y los magros resultados en el aprendizaje obtenidos en las instituciones educativas.

El elevado número de repeticiones de grado, las deserciones, el fenómeno de la edad extra, el ausentismo de las aulas, las bajas performances en las pruebas estandarizadas de rendimiento, los trastornos de conducta y el desarrollo insuficiente de las habilidades básicas para la lectoescritura y el cálculo constituyen desde hace varios años una problemática que ocupa la agenda política en materia de educación de los gobiernos, tanto regionales como extraregionales.

No obstante, conjuntamente con los estudios que muestran el efecto negativo de la pobreza sobre el aprendizaje, también existen otros que identifican situaciones en que tal efecto no se presenta. Particularmente interesa destacar todos los desarrollos vinculados al concepto de resiliencia que dieron lugar a una multiplicidad de estudios cuyos hallazgos principales dan cuenta de que determinadas situaciones adversas, entre las que

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sumart@psico.edu.uy

se encuentra la pobreza, lejos de afectar negativamente a los involucrados, más bien potencian el desarrollo de sus habilidades, potencializando una adaptación activa, creativa y transformadora. Es así entonces que se comienza a hablar de niños «invulnerables», «resilientes» o «mutantes», denominaciones que dan cuenta de una pluralidad de posiciones asumidas en torno a la constatación antes mencionada.

En Uruguay, Bernardi, Canetti, Cerutti, Roba, Schwartzmann y Zubillaga (1996) estudiaron una muestra de 858 familias, con 1224 niños menores de 5 años, representantes de los sectores pobres, comparándola con 99 familias con 119 niños montevideanos pertenecientes a estratos socioeconómicos más favorecidos. El objetivo planteado apuntaba a lograr una mayor intelección acerca del daño que provoca la pobreza en el desarrollo infantil para así profundizar en el conocimiento de los factores de riesgo a efectos de influir en las políticas de salud y educación. Se trató de un análisis epidemiológico pormenorizado y riguroso de datos referidos a la pobreza urbana, basado en el estudio previo realizado por Terra *et al* (1989). Dos hipótesis prevalentes fueron las que dieron forma al planteamiento de la investigación, la consideración de un efecto acumulativo de los denominados factores traumáticos, por un lado, y la existencia de una compleja red de interrelaciones que sirve de sostén para el desarrollo del niño y mantiene el equilibrio de la familia, por otro. Es sobre este entramado que el efecto acumulativo ejercerá un efecto perturbador; es decir, el impacto de la pobreza no puede considerarse como un desenlace lineal reducible a la carencia material, sino que dependerá de complejos procesos inter e intrasubjetivos. Dentro de las conclusiones de esta investigación, se subraya lo que los autores dieron en denominar la «disponibilidad parental asediada», situación que conspiraría con el ejercicio adecuado de las funciones parentales. Desde las premisas teóricas de este trabajo se considera que uno de los efectos de dicho «asedio» lo constituyen las fallas en la función cometabolizadora, con el consecuente impacto a nivel de la metabolización psíquica de los estímulos y, por lo tanto, en la constitución del aparato psíquico.

La literatura psicoanalítica desde las diferentes escuelas y posturas metapsicológicas abunda acerca de la importancia de las funciones maternantes y paternantes tempranas para la estructuración del psiquismo. Constituyen la respuesta del semejante auxiliador al estado de indefensión

inicial, haciendo posible la vida tanto en el plano biológico como psíquico. Tal como plantea Bleichmar (1993), si todo transcurre adecuadamente, la madre tomará a su cargo los cuidados físicos y psíquicos de su hijo a través de una apropiación deseante, implantando así lo pulsional, pero a través de la ligazón psíquica, contemplando la capacidad metabolizadora y evitando el desborde excitatorio que podría constituirse en traumático. En este contexto, la función paternante será crucial en tanto tercero que limita el goce en ese circuito narcisista deseante establecido entre la díada.

Se ha caracterizado la situación de pobreza como un fenómeno complejo de privación, en el que se articulan y sobredeterminan diferentes factores que generan luego efectos negativos sobre el desarrollo cognitivo, dada su incidencia a nivel de la construcción subjetiva. Se señala que la vulnerabilidad y la desafiliación provocada por el escaso sostén social impactan sobre las capacidades del sujeto para constituirse como tal. De manera que los magros recursos materiales se metaforizan en escasez de recursos internos para la constitución psíquica y la pobreza material se transforma entonces en precariedad simbólica, lo que se constituiría en un factor que anticiparía el ulterior fracaso escolar (Mazzoni, Stelzer, Cervigni y Martino, 2012).

Si la familia, en virtud de la vulnerabilidad psicosociocultural, no está en condiciones de brindar el sostén necesario, el entorno y los eventos disruptivos que caracterizan la pobreza condicionarán el desarrollo de las habilidades básicas para el aprendizaje, y será imprescindible la presencia de otros objetos significativos que puedan tomar a su cargo la función cometabolizadora fallante.

La prematurez del cachorro humano convoca a la figura del semejante auxiliador, tal como lo señalara Freud (1897/1986), tanto para la supervivencia física como para la constitución psíquica del infante. Por tal razón, la presencia de las figuras maternantes o paternantes, así como su cualidad, adquieren una relevancia capital para el ulterior desarrollo del sujeto. Los progenitores pertenecientes a sectores de exclusión social se encuentran generalmente ellos mismos desamparados, acuciados por necesidades elementales desprovistas, deprimidos y con fallas narcisísticas, aspectos todos que conspiran contra la posibilidad de constituirse en objetos adecuados de contención para el advenimiento de la prole.

LA POBREZA COMO ENTORNO DISRUPTIVO

Las intervenciones psicoanalíticas en el marco de catástrofes y desastres de diversa índole, provenientes tanto de la naturaleza como de los ámbitos sociales (guerras, actos terroristas, accidentes, crisis sociales, etc.), llevaron a Benyakar (2006) a un estudio en profundidad de las relaciones existentes entre el devenir de la realidad material y su procesamiento a nivel de la realidad psíquica. Las discusiones acerca de esta distinción entre el mundo como entidad física y la mente que lo procesa han dado lugar a las grandes escuelas filosóficas. No forma parte de los objetivos de esta tesis hacer un recorrido por ellas; sin embargo, resulta conveniente retomar esta vieja distinción establecida por Freud en los albores del psicoanálisis en tanto sienta las bases para la clara distinción por la que brega Benyakar entre el mundo de lo fáctico y el mundo de lo psíquico.

El autor establece que con frecuencia suele desdibujarse esa distinción, en especial cuando se hace referencia a la noción de lo traumático, confundida a menudo con fenómenos propios del ambiente físico, quitándose la especificidad psíquica que tiene este concepto y que, según este autor, debiera reivindicarse. Es así que insistentemente se connotan determinadas situaciones por las que atraviesan los sujetos como de traumáticas, olvidándose que los hechos podrán eventualmente devenir en traumáticos, pero no son traumáticos en sí mismos. La vida cotidiana ofrece múltiples ejemplos de esto. Con asiduidad se observa cómo personas que han estado sometidas a experiencias terribles no presentan daño psíquico, en cambio otras, aun frente a situaciones que aparentemente no supondrían gran impacto, resultan psíquicamente afectadas. De modo tal que el devenir traumático de una experiencia dependerá de las posibilidades de tramitación psíquica con las que cuenta el sujeto.

Benyakar (2006) distingue, a partir de la magnitud y la potencialidad traumatogénica de los estímulos provenientes del mundo de lo fáctico: eventos y entornos disruptivos. Define el *entorno disruptivo* como aquel

medio humano y físico masivamente distorsionado por la ocurrencia de hechos disruptivos, que instalan una deformación ambiental, que puede devenir crónica. Los entornos disruptivos son aquellos contextos vitales

en los que se dislocan las relaciones entre las personas y entre éstas y el medio físico y social. (p. 69)

Según este mismo autor, un entorno disruptivo, independientemente de que se trate de una guerra, una situación crónica de terrorismo o de crisis económica, supone una distorsión crónica del ambiente al que pertenece el sujeto, que conlleva el riesgo de generar un vivenciar traumático que afectará su funcionamiento psíquico. El evento disruptivo, en cambio, remite a un acontecimiento identificable y delimitado en tiempo y espacio, que origina lo que el autor denomina la vivencia traumática.

METABOLIZACIÓN E IMPORTANCIA DE LA FUNCIÓN COMETABOLIZADORA

La prematuridad humana requiere de la presencia de un otro experiente, el semejante auxiliador, imprescindible para el procesamiento de toda esa estimulación a partir de la acción específica, forma en que Freud (1897/1986) define las conductas de alimentar, abrigar, limpiar, cuidar, propias de la interrelación de la diada en los comienzos de la vida y que rescatan al pequeño ser de ese desamparo inicial. Estos comportamientos tendrán luego, según sus propias palabras, «las más hondas consecuencias para el desarrollo del individuo» (pp. 362-363). Se concluye entonces que si bien el mundo de lo fáctico tiene existencia material independientemente del sujeto, para el sujeto aquel existirá a partir de su mundo psíquico, que a su vez se constituye, estructura o desarrolla (según la posición metapsicológica de la que se parta) a partir de ese encuentro significativo con el otro.

Las diferentes posiciones metapsicológicas dentro del modelo psicoanalítico tienen a su vez sus propios modelajes teóricos sobre la constitución y el funcionamiento del psiquismo; no obstante, la consideración de distintas localidades psíquicas (punto de vista tópico), las relaciones entre los distintos espacios (punto de vista dinámico) y el aspecto energético implicado en los procesos (punto de vista económico) son comunes a todas ellas. También existe coincidencia en considerar la actividad de representación y, por ende, los procesos de simbolización, como el modo

específico de procesamiento psíquico de los datos ofrecidos a los sentidos, provengan ya del exterior como del interior.

Aulagnier (1977), quien realizó un replanteo metapsicológico a partir de la clínica de la psicosis, fundamentalmente a partir del discurso del paciente psicótico, entendió necesario realizar desarrollos teóricos acerca de la actividad psíquica cuando aún no hay yo ni discurso. Su modelo privilegia también esa tarea específica del aparato psíquico que es la actividad de representación. Utilizando una metáfora biológica, la definió como «el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica» (p. 23). Todo estímulo proveniente del mundo de lo fáctico (soma o mundo externo) es heterogéneo al psiquismo, imponiéndole la exigencia de un trabajo de metabolización para convertirlo en homogéneo y, por lo tanto, pasible de ser utilizado para su desarrollo.

El desarrollo dentro de un entorno disruptivo encierra el riesgo de que se establezca una disfunción procesal. Ya no se trataría de la desarticulación del afecto de su correspondiente representación en una determinada vivencia asociada a un evento disruptivo acotado en tiempo y espacio, sino que quedaría afectado el proceso articulador mismo, dando lugar a lo que en este modelo se define como vivenciar traumático. En la medida que refiere a la constitución psíquica, remite necesariamente a la historia infantil y al modo en que se fue instalando la modalidad procesal. Es aquí que cobra importancia la figura del otro, en especial el objeto maternante, en su rol de agente de la función cometabolizadora.

Para el normal desarrollo del proceso articulador se requiere de una cierta armonía entre las capacidades de metabolización del *infans* y las funciones del entorno significativo, que comprende «las funciones de cometabolización maternantes y paternantes, y las del núcleo familiar directo —como a las ejercidas por el entorno humano ampliado— que comprende el marco social de pertenencia» (Benyakar y Lezica, 2005, pp. 145-146). Desde esta perspectiva, entonces, se comprenderá que no tendrá el mismo efecto a nivel del proceso articulador, la pertenencia a un entorno disruptivo, pero en el marco de un medio familiar más armonioso que puede constituirse en sostén y continente, que en otro donde prevalezca un clima dominado por la agresión y el desencuentro entre sus miembros.

El primero se caracterizará por la eficacia cometabolizadora y tendrá la potencialidad de neutralizar el efecto traumaotogénico del entorno disruptivo; el otro, en cambio, seguramente favorecerá el establecimiento de una disfunción en el proceso articulador que dará lugar al vivenciar traumático, con las concomitantes consecuencias para el ulterior desarrollo del psiquismo.

UNA INVESTIGACIÓN

Se presenta un estudio descriptivo comparativo entre dos grupos de escolares de funcionamiento divergente que asisten a tercer y cuarto grado de una escuela perteneciente a un contexto de pobreza de la ciudad de Montevideo. La investigación se ejecutó en dos etapas. En la primera se realizó un *screening* a todos los niños (106 casos) que asistían a los grados mencionados, con el objetivo de identificar los de mejor y peor desempeño. En la segunda se llevó a cabo el estudio en profundidad de los 25 casos identificados como de peor (14 casos) y mejor (11 casos) funcionamiento a nivel del rendimiento y de las habilidades básicas para el aprendizaje y la socialización, con el objetivo de estudiar los efectos del entorno disruptivo sobre el psiquismo y, en especial, la incidencia de la función cometabolizadora.

Para el estudio de dicha función, se diseñó un instrumento que presenta un formato similar al de otras Técnicas Proyectivas Temáticas; el Test de Apercepción Temática (TAT), creado por H. Murray (1935/1979) fue el referente más directo. Mantiene las características básicas del modelo original en tanto está compuesto por una serie de sucesos o contingencias materializados en diversas láminas (imágenes visuales), a partir de las cuales el sujeto es invitado a construir una historia. Todas ellas persiguen el objetivo de mantener un margen importante de ambigüedad e imprecisión, de forma tal de favorecer la proyección de la realidad interna del sujeto. La interpretación singular de cada una de las escenas presentadas da lugar a una serie de narraciones en las cuales se traducirán expectativas, temores, deseos y conflictos en los que se anudan la particularidad de la imagen concreta y la subjetividad de quien la percibe.

Esta técnica procura —al igual que su inspiradora, el TAT— la obtención de relatos a partir de los cuales se infieran las vivencias infantiles.

Desde el punto de vista técnico, la consigna de trabajo siguió las pautas establecidas por el propio Murray para el TAT, a saber: solicitar al niño la producción oral de una historia (cuento) que signifique lo que acontece en la lámina (presente narrativo), lo ocurrido antes (pasado o motivos de la escena actual) y lo que va a ocurrir con posterioridad (futuro o desenlace del relato). El relato debe incluir, asimismo, las acciones, los pensamientos y los sentimientos de los personajes.

Se trata de ocho láminas diseñadas a partir de imágenes extraídas de un banco de fotos de uso libre al cual se accede a través de Internet. Se trabajó sobre ellas con el objetivo de tornarlas menos definidas y, por lo tanto, favorecer el mecanismo proyectivo que subyace a la producción del relato por parte del sujeto que responde ante ellas.

Se seleccionaron escenas que favorecieran la expresión de vivencias, proyección mediante, vinculadas al aprendizaje y la socialización, por un lado, y que evidenciaran también las capacidades de los niños para la metabolización del padecer y el ejercicio de la función cometabolizadora, en tanto figura de sostén y contención, habilitante de la metabolización y, por lo tanto, del crecimiento psíquico.

En relación con el primer grupo de láminas, se pretendió contemplar el aprendizaje desde diferentes perspectivas: escolar, familiar, incluyéndose también una «escena paradigmática de aprendizaje»: la adquisición de la marcha (Fernández, 1997). Algunas de estas láminas contemplaron más específicamente los aspectos vinculados a la socialización, a través de la puesta de límites y aspectos relacionados con el disciplinamiento por parte del adulto. Finalmente, se seleccionaron cinco láminas para la exploración de estos aspectos: «niño aprendiendo», «familia y aprendizaje», «travesura», «aprendiendo a caminar», «regañó».

En cuanto al segundo grupo, se seleccionaron tres láminas que ofrecen un personaje central, que en virtud de su actitud y gestualidad se muestra en un evidente estado de padecer o sufrimiento. Estas son: «mujer llorando», «bebé llorando», «hombre llorando».

A continuación, se describen y presentan cada una de las ocho láminas utilizadas en la investigación.

Lámina 1: Niño estudiando. Presenta un niño en una situación equiparable con la de una tarea escolar, de aprendizaje o derivada de la misma, en virtud de la presencia de objetos asociados a dicha tarea (cuaderno o libro, mesa, portalápices), y la actitud del niño frente a los mismos, lo suficientemente neutra como para que se desplieguen diferentes sentimientos, incluso contrapuestos (contento, aburrido, etc.). Procura explorar las fantasías del niño en relación con el aprendizaje. En tanto se trata de un único personaje, resulta de interés la presencia de otros en el relato (padres, maestros, pares, etc.), así como el rol asignado a los mismos (ayudan, obligan, etc.).

Lámina 2: Mujer llorando. Muestra una mujer en actitud de padecimiento. Con ella se pretende observar la capacidad del niño para percibir el dolor psíquico y la tramitación que del mismo da cuenta en la construcción de su relato. Al igual que en la lámina precedente, solo hay un único personaje por lo que también importa la inclusión de otros, así como las cualidades con las que son incorporados a la narración (agentes del sufrimiento, continentes del mismo, etc.).

Lámina 3: Familia y aprendizaje. Se caracteriza por presentar una situación equiparable a una escena familiar. Se identifican claramente dos adultos (hombre y mujer) y dos niños (nena y varón) en un clima general de disfrute donde la asistencia del adulto al niño en un gesto de ayuda, acompañamiento o enseñanza está notoriamente presente. El objetivo de esta lámina es indagar acerca de las vivencias del niño en relación con la situación familiar y, en especial, del vínculo de sostén de las figuras maternantes y paternantes al sujeto infantil frente a tareas vinculadas a un aprendizaje, más alejado de lo escolar en este caso.

Lámina 4: Bebé llorando. Exhibe un bebé llorando con intensidad en primer plano y una figura femenina adulta difusa en un segundo plano. Se representa una imagen de desvalimiento colocada en el infante y un otro difuso para que puedan desplegar tanto vivencias de cualidad positiva (la figura adulta contiene y resuelve el estado de tensión) como negativas (no contiene e incluso incrementa el estado de tensión). Interesa especialmente, por lo tanto, la inclusión o no y el rol asignado a la figura maternante ubicada en segundo plano.

Lámina 5: Travesura. Presenta dos niños pequeños en actitud de haber cometido una travesura cuyo desenlace es convertir el entorno doméstico de la sala en un sitio de suciedad y desorden. El objetivo es observar si son, y de qué manera, incluidas las figuras paternantes en el relato. Interesa valorar si predominan los aspectos punitivos de la puesta de límites o los de cuidado, o coexisten ambas situaciones. Se trata de una lámina que presenta solo dos personajes infantiles de corta edad, por lo que la inclusión del adulto es también especialmente observada.

Lámina 6: Aprendiendo a caminar. Ofrece la imagen de un niño que parece estar dando sus primeros pasos. En un segundo plano, en forma indefinida se contempla una segunda figura. La escena remite al aprendizaje de la marcha como escena paradigmática de un aprendizaje que inaugura la autonomía y un mayor control corporal. Se analiza con ella las vicisitudes en relación con este aprendizaje y el lugar que ocupan en él las figuras paternantes.

Lámina 7: Hombre llorando. Es una equivalente a la lámina 2, pero el adulto que se ofrece en situación de sufrimiento es en este caso una figura masculina. Al igual que con la 2, interesa la captación de la actitud de padecimiento del personaje, la tramitación que se le da al mismo y la presencia o no de otros que ofician de contención y sostén, así como de agentes provocadores del mismo. La inclusión de una figura masculina en esta lámina y la femenina en la otra pretendió contemplar las vicisitudes identificatorias, aunque se aplicaron ambas tanto a niños como a niñas.

Lámina 8: Regaño. Presenta una escena que puede ser catalogada de regaño. Una figura femenina adulta se dirige en actitud de reproche, advertencia o rezongo a un personaje infantil masculino que ostenta un franco malestar. Se espera que a través de la narración obtenida puedan explorarse los conflictos con la autoridad, la disciplina, los límites y el clima vincular reinante. Interesa observar si existe incorporación del límite o no.

Para el análisis de esta técnica se utilizó la clásica diferenciación entre análisis formal y análisis de contenido como categorías generales para todas las láminas, con adaptaciones específicas. Para el análisis formal

de los relatos: se estudió la capacidad de despliegue de la fantasía en la construcción de una narración coherente que contemple las características literarias de cualquier cuento: apertura, desarrollo, desenlace, y con el involucramiento de personajes que realizan una serie de acciones, acompañados de pensamientos o sentimientos en un devenir temporal integrado. Se atendió también a la coherencia lograda. Es así que se establecieron las siguientes dimensiones:

1. Relato predominantemente imaginativo (I): caracterizado por un cuento en el cual se identifican con claridad la apertura, el desarrollo y desenlace como momentos coherentemente integrados, en una trama en la que participan los personajes presentes en la lámina junto con otros introducidos al servicio de la riqueza del relato. Se incluyen acciones variadas, así como los sentimientos o pensamientos de los personajes.
2. Relato pobremente imaginativo (I-): aquí es posible identificar una cierta secuencia, otros personajes y algún número de acciones, aunque en forma mínima. Lo central de esta categoría es que, si bien logra introducir contenidos no presentes en la lámina, estos son muy limitados. La existencia de incongruencias temporales o las fallas en la coherencia del relato también fueron ubicadas en esta dimensión.
3. Relato predominantemente descriptivo (D): básicamente describe el o los personajes de la lámina, adjudicándoles únicamente la o las acciones más evidentes que se desprenden de la observación de la misma. No se logra la construcción de un cuento propiamente dicho con su apertura, desarrollo y desenlace, con su secuencia temporal correspondiente. Los pensamientos o sentimientos también están reducidos a su mínima expresión, desprendiéndose de la mera percepción.

Para el análisis de contenido se estudió la capacidad para captar el tema propuesto por la lámina. La presencia del otro y su cualidad se consideró un indicador de la función cometabolizadora. Se contempló también la inclusión de eventos disruptivos en los cuentos, es decir, hechos o acciones

que pueden ser catalogados de alto impacto para el psiquismo infantil. De este modo, las dimensiones establecidas fueron:

1. Consideración del tema propuesto por la lámina, en el relato.
2. Presencia del otro en el relato: además del o los personajes ofrecidos por la lámina, se analizó si aparecen otros diferenciados (madre, padre, subrogados paternos, hermanos, etc.) o indiferenciados (personas, gente, uno, otros, médico, escuela, trabajo, etc.).
3. Cualidad de la presencia del otro: positiva (ayuda, calma, abraza, etc.), negativa (rezonga, abandona, castiga, etc.), neutra (aparece el otro, pero no es posible determinarle el signo) o ambigua (el signo cambia de negativo a positivo o viceversa, en el devenir del relato).
4. Presencia de eventos disruptivos en los relatos (separaciones parentales, muertes, abandonos u otras situaciones de violencia).

La primera categoría tuvo como objetivo la observación de los procesos de simbolización en la producción narrativa o, dicho en términos del marco conceptual de esta investigación, los procesos de metabolización. La segunda permitió observar si temas como el dolor psíquico, el aprendizaje en sus diferentes perspectivas es tomado o no por los niños. La tercera es tal vez la más importante en cuanto a que se vincula más directamente con la función cometabolizadora y la última se constituyó en una categoría emergente en tanto resultó llamativa la presencia reiterada de lo que se denominó eventos disruptivos en las láminas (muertes violentas, por negligencia, robos, encarcelamientos, etc.).

Se consideró que este instrumento mostraría las posibilidades de los niños para contactarse con situaciones de padecimiento, el lugar que ocupa el otro cometabolizador ante el sufrimiento, así como la presencia de lo disruptivo y la tramitación que de ello se puede inferir. A su vez, la asociación de categorías resultó útil para observar el rol que juega el otro cometabolizador frente a una situación de padecer o incluso de aprendizaje.

Se tomaron como indicadores de buen funcionamiento los procesos de metabolización expresados en relatos predominantemente imaginativos, la consideración de la realidad, en tanto se integra el tema propuesto

por la lámina, la presencia de la función cometabolizadora, evidenciada a través de la presencia y cualidad del otro en el relato, y el poco peso de lo disruptivo en las historias o con una tramitación adecuada, ya sea por el desenlace o por el sostén ofrecidos a los personajes.

En la mayoría de los casos del primer grupo (peor funcionamiento), se observan dificultades para el desarrollo del relato en al menos una lámina. En el otro grupo, en cambio, tal condición se cumple en mucho menor grado. Este indicador sugiere la presencia de dificultades para la metabolización del estímulo perceptivo presentado en los niños pertenecientes a ese grupo, dando cuenta de la afectación de la capacidad para la simbolización. Este resultado acompañaría los hallazgos de los equipos de investigación que han encontrado restricciones en la capacidad simbólica de los niños con problemas de aprendizaje (Schlemelson, 2016).

Es de interés también analizar cuáles son los indicadores de mayor peso para cada uno de los grupos en esta técnica. En el grupo de mejor funcionamiento se repite el indicador «presencia de eventos disruptivos en los relatos», tanto para la lámina 2 («Mujer llorando») como para la lámina 7 («Hombre llorando»), en más de la mitad de los niños. Estos niños mayoritariamente perciben el sufrimiento de ambos personajes y tienden a atribuirlo a eventos fuertemente disruptivos.

En el grupo de peor funcionamiento, en cambio, el indicador más representativo es la «ausencia o cualidad negativa de la presencia del otro», que se repite en la mayoría de los casos, tanto para la lámina 2 («Mujer llorando») como para la lámina 7 («Hombre llorando»).

En síntesis, puede decirse que en el grupo de mejor funcionamiento, lo más significativo en la técnica temática es el peso que adquiere en los relatos de los niños la presencia de eventos disruptivos en la trama argumental de los mismos. En tanto en el otro grupo, lo es la ausencia del otro o la cualidad negativa de su presencia. Ambos grupos comparten la ausencia del tema esperado para la lámina 5 («Travesura») y producen narraciones con eventos disruptivos frente a la lámina 2 («Mujer llorando»).

Se confirma en esta técnica que lo disruptivo se encuentra presente en ambos grupos, pero en el primer grupo no surge el otro como figura de sostén y contención que ejerza la función cometabolizadora, habilitadora de la metabolización necesaria para el desarrollo del psiquismo.

Comparando lo que sucede a partir de la lámina 2 («Mujer llorando»), en el grupo más afectado, los relatos son mayoritariamente pobres (descriptivos o pobremente imaginativos), en tanto en el otro grupo no existen las descripciones, predominando los relatos imaginativos.

El análisis de la presencia del otro en los cuentos muestra que en el grupo de *riesgo alto*, la mayoría no integra al otro en su relato o lo hace con cualidad negativa.

El análisis de los resultados obtenidos ante la lámina 4 («Bebé llorando») profundiza lo hallado en la lámina anterior, en la línea de la diferencia entre ambos grupos en cuanto a la presencia del otro y su cualidad frente a circunstancias donde el personaje se encuentra en situación de vulnerabilidad y necesitado de contención. Resulta llamativo que la mitad del grupo de *riesgo alto* adjudique una cualidad negativa a la presencia del otro. Tratándose de un bebé llorando, expresión de un alto grado de vulnerabilidad, es llamativo que la figura adulta que se encuentra integrada en el 100% de los relatos no lo haga desde un rol de amparo o sostén. Al igual que en la lámina anterior, el otro aparece más como agente del sufrimiento que como figura de contención. En el grupo de mejor funcionamiento, en cambio, no se constata la existencia de ningún caso que le adjudique cualidad negativa a la presencia del otro. La mayoría de los relatos en este grupo dan cuenta de la presencia de un otro empático y con posibilidades de sostener el estado de vulnerabilidad representado en la lámina.

A su vez, el grado de elaboración de las producciones narrativas es notoriamente superior en este último grupo, donde predomina netamente la presencia de relatos imaginativos. En el primer grupo los relatos son descriptivos o pobremente imaginativos en más de la mitad de los casos.

La última lámina —que pertenece al grupo de las que indagan las vivencias en torno al padecer psíquico—, 7 («Hombre llorando»), confirma la diferencia a favor de un mayor nivel de elaboración en el grupo de mejor funcionamiento, que presenta narraciones fundamentalmente imaginativas. En el otro grupo, en cambio, se constata la presencia de muchos relatos caracterizados por dar cuenta de una pobreza imaginativa.

El tratamiento del tema sufrimiento se encuentra presente en la mayoría de los relatos de ambos grupos y, nuevamente, es el análisis

del indicador referido a la presencia del otro lo que diferencia a ambos grupos. En el grupo de peor funcionamiento prácticamente no aparece incluido el otro en el relato con cualidad positiva, en cambio en el otro grupo tal condición alcanza a la mayoría. En este último grupo no se constata la inclusión del otro cualificado negativamente, en contraste con el primer grupo, en el que se constata tal condición para la mayoría de los casos. Si se le suma el relato con ausencia de otro, prácticamente se arriba al 91% de los casos que no pueden incluir al otro como figura de sostén y contención.

Conjuntamente con su lámina equivalente (lámina 2: «Mujer llorando») es la que más eventos disruptivos presenta en sus relatos, en cifras similares para ambos grupos.

La lámina 1 («Niño estudiando») fue la que mejor expresó las fantasías de los niños en relación con el aprendizaje escolar, puesto que la totalidad de los niños contempló el tema en su relato. Se observa que en el grupo de mayor riesgo predomina la connotación negativa o ambigua del aprendizaje, y no existe prácticamente la valoración positiva. En el otro grupo, en cambio, la situación se invierte, la mayoría lo asocia a una experiencia positiva, aunque algunos casos no se definen, manteniendo la cualidad ambigua o neutra, pero prácticamente ningún niño de este grupo produce relatos en los que el aprendizaje aparezca cualificado en forma negativa (aburrido, enojado, triste, no sabe, etc.).

Dado que la presencia del *otro* en los procesos de enseñanza-aprendizaje es muy relevante, resulta interesante realizar el análisis conjunto del indicador presencia del tema aprendizaje con el indicador presencia del otro. De este análisis se desprende que en el grupo de mejor funcionamiento la presencia de otro en relación con el aprendizaje es contundente, aunque no necesariamente positiva en todos los casos, dado que casi la mitad de los niños le asigna una valoración neutra o ambigua. No obstante, la otra mitad le asigna a la presencia del otro un valor positivo.

En el otro grupo, y este parece ser un hallazgo significativo para la presente investigación, ningún niño cualifica positivamente la presencia del otro en relación con el aprendizaje, con un número importante de niños que incluso ni siquiera incluye al otro (incorporación de otro personaje) en su relato o connota su presencia en forma negativa (rezonga, aburre, etc.).

Es decir, la mayoría de los casos no percibe al otro como figura de sostén para el aprendizaje escolar. El mejor resultado en este grupo es la visualización neutra o ambigua del otro.

La mitad de los niños de ambos grupos cualifica la presencia del otro en forma neutra o ambigua. Esto podría constituir una situación preocupante o auspiciosa para cualquiera de los grupos en la medida que existe otro con la potencialidad de convertirse en una figura tanto negativa como positiva. La condición neutra o de ambigüedad otorgada al personaje adicionado implica fundamentalmente un grado de incertidumbre en relación con el rol ejercido por el otro.

La lámina 3 («Familia y aprendizaje») fue la que más dificultad ofreció para el desarrollo de un relato con riqueza imaginativa en el grupo de peor funcionamiento, en el que predominaron las meras descripciones y las historias pobremente imaginativas, y se presentaron dificultades para estructurar una narración de contenido simbólico. En el otro grupo, en cambio, esto se constata en muy pocos casos.

El análisis de los datos obtenidos a partir de la lámina 5 («Travesura») muestra que si bien tiende a predominar el relato de tipo imaginativo en el grupo de peor funcionamiento, puesto que se presenta en más de la mitad de los casos, también se encuentran producciones pobremente imaginativas y meras descripciones de la lámina en muchos casos (casi en el 40%). En el otro grupo, en cambio, solo un niño presenta una narración pobremente imaginativa.

La cualidad que se otorga a la presencia del otro, en cambio, vuelve a diferenciar a los grupos. En el primer grupo la cualidad positiva prácticamente no es otorgada al otro (padres o subrogados), la mitad de los casos lo incluyen con cualidad neutra o ambigua y un número relativamente importante (más de un tercio) le adjudica cualidad negativa a su presencia. En el segundo grupo se invierten prácticamente estas cifras, la mayoría de los relatos incluyen al otro con cualidad positiva.

En cuanto a la lámina 6 («Aprendiendo a caminar»), la presencia de relatos de tipo imaginativo en el primer grupo se da en la mitad de los casos, pero también tienen representatividad las producciones pobremente imaginativas y aun las descriptivas. En el otro grupo predominan ampliamente las producciones imaginativas.

La cualidad otorgada a la presencia del otro nuevamente diferencia a los grupos. En el grupo de buen funcionamiento, el otro aparece en el relato connotado positivamente en casi todos los relatos, situación que se presenta en la mitad de los casos del otro grupo, aunque la diferencia más sustancial radica en la presencia de la connotación negativa o neutra/ambigua que aparece en el 43% de los casos. Es sin duda llamativo que la mitad de este grupo cualifique negativamente la presencia del otro en una escena que muestra a un niño pequeño dando sus primeros pasos. La adquisición de la marcha constituye, al decir de Fernández (1997), una escena paradigmática del aprendizaje, la cual determina un mayor nivel de autonomía en virtud del control corporal que implica.

La lámina 8 («Regaño»), la última de las que pretenden explorar las vivencias de los niños en relación con el aprendizaje y la socialización, dispara relatos imaginativos en la mayoría de los niños de ambos grupos, pero el tema esperado para la lámina no aparece muy representado en el grupo de peor funcionamiento, en tanto sí lo hace en el otro grupo. Nuevamente se asiste a una inversión de resultados. Es decir, el primer grupo no produce mayoritariamente en esta lámina relatos en los que se visualice una efectiva incorporación de límites o alguna actitud reparatoria, en cambio el otro grupo sí lo hace.

A MODO DE SÍNTESIS

Un *screening* instrumentado como primera etapa de la investigación identificó que dos grupos de niños pertenecientes a un mismo nivel socioeconómico bajo presentaron, no obstante, funcionamientos muy divergentes a nivel fundamentalmente de los aprendizajes y de las habilidades básicas necesarias.

La dotación intelectual de base no explica estas diferencias; no se encontraron niños ni con funcionamientos de retardo mental ni sobredotación intelectual que pudieran dar cuenta de la discrepancia antes mencionada.

La técnica temática diseñada mostró a su vez varias diferencias, pero también algunas semejanzas. Las diferencias más notorias se hallaron a nivel de los procesos de simbolización, proceso que subyace a la producción de los relatos. Las narraciones de los niños en riesgo fueron pobremente imaginativas, y abundaron las producciones meramente descriptivas. Esta

situación no se presentó en el otro grupo, que se caracterizó por producir relatos donde predominó la riqueza imaginativa.

La otra diferencia sustancial la constituyó la presencia y la cualidad de la presencia del otro en los relatos. En el grupo de mejor funcionamiento predominó la inclusión de personajes con una cualidad positiva en su intervención sobre las peripecias argumentales, a diferencia del otro grupo, donde fue muy frecuente que no se incluyeran personajes secundarios y, si se lo hacía, a menudo tenían una connotación negativa.

Este constituye uno de los hallazgos más significativos de esta investigación, en tanto la figura del otro que asiste, sostiene y contiene, sustrato de la función cometabolizadora, es central para las posibilidades de metabolización psíquica de los estímulos disruptivos provenientes de un entorno disruptivo como el de la pobreza.

La exposición crónica a un entorno disruptivo encierra la potencialidad del desarrollo de un vivenciar traumático que afecta la constitución misma del psiquismo. Ya no se trata de la posibilidad de la presencia de una única vivencia traumática con su efecto patógeno, sino de toda una estructuración psíquica afectada que podría determinar el derrotero de toda una existencia. En estos niños las dificultades exhibidas a nivel de los aprendizajes podrían estar dando cuenta de ello.

Por otro lado, el impacto del entorno disruptivo pudo ser visualizado en ambos grupos de niños, pero la diferencia radicó en la posibilidad de una mejor metabolización en función de la presencia del otro cometabolizador.

A TÍTULO ILUSTRATIVO

Se presentan a continuación algunos relatos de ambos grupos con la finalidad de ilustrar los resultados presentados en los párrafos precedentes. Los primeros tres relatos pertenecen a niños del grupo de peor funcionamiento y los tres subsiguientes, al otro grupo.

Lámina 2: Mujer llorando

Había una vez una señora muy triste, estaba llorando porque su marido falleció y se lo llevaron al hospital. Después ella fue al hospital a visitarlo

y le dijeron que estaba muerto, ella se desmayó y se quedó en una camilla desmayada y le dieron unos medicamentos y fin.

Se trata de un relato pobremente imaginativo (I-) en tanto presenta escaso desarrollo del contenido con cierta incongruencia entre pasado, presente y ausencia de futuro. El tema de la lámina está claramente expresado (SI): «señora muy triste» y aparece la presencia de un otro indiferenciado: «le dijeron», «le dieron unos medicamentos», que no se destaca por su rol continente y sostenedor (O+-). Presenta claramente un evento disruptivo en el relato (SI): muerte del esposo, y no aparece un otro diferenciado capaz de ejercer una función cometabolizadora adecuada que ayude a la tramitación del dolor psíquico («se quedó en una camilla desmayada y le dieron unos medicamentos»).

Lámina 4: Bebé llorando

Un bebé. Está llorando porque su madre se fue y lo dejó en la casa porque él no le había hecho caso. Él no entendía porque era chiquito. Entonces la madre lo dejó encerrado en la casa y *tá*, no volvió la madre.

El tema está presente (SI) en un relato imaginativo (I) cuya trama central es el abandono del bebé, evento disruptivo (SI), por parte de una madre incapaz de empatía con el infante que no entiende. El otro está claramente presente, pero con una connotación negativa (O-), no puede calmar ni sostener, con lo que aumenta el desvalimiento del bebé.

Lámina 7: Hombre llorando

Está llorando. Había una vez un señor muy triste que estaba muy triste y estaba llorando y después se pelearon. Su señora estaba muy triste porque su señora perdió a su hijo y después se separaron y cada uno se fue a su casa.

Se trata de un relato pobremente imaginativo (I-) que incluye otros personajes, pero articulados pobremente, sin desarrollo y sin una función

de contención. El otro es fundamentalmente traído al relato desde su lugar de agente del sufrimiento (O-). La secuencia temporal tampoco es clara. El tema de la lámina está claramente presente (SI) y la presencia de eventos disruptivos también (SI): separación y muerte. La función cometabolizadora es fallante. La tristeza por la muerte del hijo no puede ser sostenida, y origina pelea y separación.

Lámina 2: Mujer llorando

Es una mujer, ¿no? Hay que inventar. Antes se peleó con el hijo y por eso está llorando, y después fue a la casa del hijo a arreglarse... con el hijo. A arreglarse con el hijo por la pelea. [¿?] Porque él no quería criar al nieto de la madre, ¿no? *Tá.* [¿?] Su madre se arreglaba con el hijo y el hijo criaba al nieto.

Relato breve pero imaginativo (I) que contempla el tema propuesto (SI). En este caso, el evento disruptivo (SI) se encuentra presente en la no crianza de un niño y la pelea madre -hijo que esto ocasiona. En este cuento, la presencia del otro es de doble signo (O+-) en virtud de varios elementos: la pelea madre-hijo con su ulterior reconciliación, así como las tendencias encontradas hacia el niño (abuela que quiere al nieto, en tanto el hijo, no, en una primera instancia).

Lámina 4: Bebé llorando

Unos señores tuvieron a un hijo y como no tenían plata para darle de comer, le dijeron a la vecina si lo quería porque ellos no tenían plata para darle de comer, y la vecina le dijo que sí, que le encantaba tener un hijo, y lo empezó a cuidar la vecina con mucho cariño al bebito... Lo llevaba al médico cuando se sentía mal. Los padres lo iban a ver todos los días y fue creciendo hasta que cumplió un año. La vecina le hizo una fiesta, invitaron a los familiares del bebé y a los vecinos a festejar su primer añito. ¿Acá? El bebé lloraba cuando vivía con los padres, por la comida. ¿Pasar? Va a ser inteligente porque la vecina no lo va a dejar faltar nunca a la escuela.

El relato es claramente imaginativo (I) y contempla el tema invocado por la lámina. El evento disruptivo presente (SI) remite a la incapacidad de las figuras paternantes para tomar a su cargo el cuidado básico del infante, que debe ser entregado a un subrogado, pero en una suerte de acto extremo de amor. No obstante, surge prontamente en el relato una figura subrogante que logra hacerse cargo de la función, incluso a pedido de los propios padres concientes de su incapacidad. Por esta razón se cualificó al otro con signo positivo (O+). El relato hace referencia al «cariño», el bebé como objeto valorado y su relación con lo mental («va a ser inteligente porque la vecina no lo va a dejar faltar nunca a la escuela»).

Lámina 7: Hombre llorando

Un señor estaba triste porque la madre se le había muerto y todos los días iba a la librería a buscar el libro para que así la mujer le leía un libro y todos los días así. [¿Por qué?] Se le iba la tristeza. [¿Qué libro?] Le gustaban muchos libros. Lo ponían contento los libros y era algo que le distraía la mente, porque si no le leía un libro, pensaba que la madre está muerta.

Se trata de un relato imaginativo (I) que respeta el tema (SI), contiene un evento disruptivo (SI): muerte de la madre, pero con la presencia del otro diferenciado con cualidad netamente positiva (O+): la mujer que «le leía un libro» que mitigaba su tristeza. Otro aspecto relevante del relato es la presencia de la mente y el pensamiento como espacio y acciones psíquicas generadores de efectos. ♦

RESUMEN

El trabajo tiene como objetivo compartir algunas observaciones realizadas a partir de una investigación doctoral acerca de los efectos de la pobreza en la estructuración psíquica. La misma se realizó en el marco del grupo de investigación sobre Psicoanálisis de lo Disruptivo coordinado por el Dr. Moty Benyakar dentro del Doctorado en Psicología de la Universidad del Salvador (Buenos Aires, Argentina), con colaboración de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

El grupo conceptualiza la pobreza como entorno disruptivo, en tanto realidad fáctica caracterizada por múltiples distorsiones, alteraciones y carencias que constituyen una deformación ambiental crónica, con intensa potencialidad traumatogénica. No obstante, el devenir propiamente traumático solo se constituirá a partir de las fallas en la elaboración psíquica, siendo subsidiarias de los fracasos en las funciones de metabolización y cometabolización.

A partir de los aportes metapsicológicos de Aulagnier, se analizarán las características del funcionamiento psíquico de niños provenientes de estos contextos de vulnerabilidad social, constatándose situaciones divergentes en cuanto a sus posibilidades de tramitación psíquica.

Descriptores: TEST / APRENDIZAJE / INVESTIGACIÓN / NIÑEZ / RESILIENCIA / MEDIO AMBIENTE / TRAUMA / SIMBOLIZACIÓN / FRACASO / FUNCIONAMIENTO PSÍQUICO / DESAMPARO

Candidato a descriptor: Pobreza

SUMMARY

The paper shares some observations made in the context of a doctoral research project on the effects of poverty on psychic structuring. The project was carried out within the research group on Psychoanalysis of the Disruptive, coordinated by Dr. Moty Benyakar as part of the Doctorate in Psychology of the Universidad del Salvador (Buenos Aires – Argentina), with the collaboration of the Asociación Psicoanalítica Argentina.

The group defines poverty as a disruptive environment, as a factual reality characterized by multiple distortions, alterations and deprivations

that constitute a chronic environmental deformation, with an intense traumatogenic potential. Nevertheless, the traumatic course itself will only be constituted on failures in psychic elaboration, which are subsidiary to the failures of the functions of metabolizing and co-metabolizing.

Based on the metapsychological contributions of Aulagnier, the paper will analyze the features of psychic functioning in children from these contexts of social vulnerability, where divergent situations are found in their possibilities of psychic elaboration.

Keywords: TEST / LEARNING / RESEARCH / CHILDHOOD / RESILIENCE / ENVIRONMENT / TRAUMA / SYMBOLIZATION / FAILURE / PSYCHIC FUNCTIONING / HELPLESSNESS

Candidate keyword: Poverty

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Benyakar, M. (2006). *Lo disruptivo*. Buenos Aires: Biblos.
- Benyakar, M. y Lezica, A. (2005). *Lo traumático* (vol. 1). Buenos Aires: Biblos.
- (2006) *Lo traumático* (vol. 2). Buenos Aires: Biblos.
- Bernardi, R., Canetti, A., Cerutti, A., Roba, O., Schwartzmann, L. y Zubillaga, B. (1996). *Cuidando el potencial del futuro: El desarrollo de niños preescolares en familias pobres del Uruguay*. Montevideo: Graphis.
- Bleichmar, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1993). *La fundación de lo inconsciente: Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fernández, A. (1997). *La inteligencia atrapada*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1986). Carta 69 a W. Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897).
- Grunín, J. y Schlemenson, S. (2011). Trabajo identificatorio en la adolescencia: Escritura narrativa y de los márgenes. *Perspectivas en Psicología*, 8, 86-94.
- Mazzoni, C., Stelzer, F., Cervigni, M. y Martino, P. (2012). *Pobreza, vulnerabilidad social y simbólica: Sus efectos sobre el desarrollo cognitivo infantil*. 4to. Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. 19 Jornadas de Investigación, 8vo. Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Murray, H. (1979). *Test de apercepción temática: Manual de aplicación*. Buenos Aires: Paidós.
- Schlemenson, S. (2016). *Niños que no aprenden*. Buenos Aires: Paidós.
- Terra, J. et al (1989). *Creciendo en condiciones de riesgo: Niños pobres en Uruguay*. Montevideo: CLAEH-UNICEF.



**CONVERSACIÓN
EN LA REVISTA**

Entrevista al Prof. Roberto Beneduce



ELÍAS ADLER¹ Y MARCELO VIÑAR²

¿Cómo concibe la relación entre la antropología que pone en práctica y el psicoanálisis que pone en práctica?

La antropología, tal como la he practicado a través de los años, es algo que fui afinando durante mi investigación doctoral en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, en París, bajo la supervisión de Marc Augé, y que después desarrollé en los dos campos principales de mi investigación (los cambios en el conocimiento médico tradicional y las consecuencias de los recuerdos traumáticos en el África subsahariana, y la condición de inmigrantes y solicitantes de asilo en Italia). Hay dos episodios específicos en este recorrido, cuya significación ha sido decisiva —por lo menos, pienso que puedo decirlo así, haciendo una retrospectiva de mi trabajo— para pensar le relación entre este conocimiento y el psicoanálisis.

El primero fue mi encuentro con los pacientes de un centro de salud mental en Nápoles, en uno de los barrios más pobres de la ciudad, donde la violencia y la marginación sociales eran el telón de fondo de la soledad de la locura. En un contexto como ese, la terapia en el fondo significaba encontrarse con distintas narrativas y recuerdos del sufrimiento: por ejemplo, los de un trabajador que había perdido su trabajo y estaba profundamente deprimido, pero entonces inesperadamente se refirió a lo que él pensaba

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. eadler@vera.com.uy

2 Miembro honorario de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marcelo@belvil.net

que era la fuente de su sufrimiento, la muerte de su hermanita, que había sido causada por un *janara*.

El *janara* es una figura mítica (el término también es usado para una partera en dialectos de la región de Campania), que era a menudo considerada responsable de la muerte o la enfermedad de recién nacidos y de niños. Esta narración me reveló por primera vez el rol del mito, que era vívidamente evocado en la historia de un trabajador sindicalizado que había perdido su trabajo y se veía abrumado por la incertidumbre económica, pero quien, en un momento de crisis, solo podía tratar de explicar lo que le había pasado a través de creencias populares. Para mí, este resurgimiento de memorias culturales era como una traza preciosa que permanecía en un mineral que revelaba la sucesión de épocas y acontecimientos, y, distinguidas como historicidad y «duración» (*durée*), podían obstinadamente verse mutuamente imbricadas (Bergson). Estos recuerdos habían sido despertados, como esas reliquias solo aparentemente silenciosas culturalmente de las que habla Michel de Certeau en *The capture of speech and other political writings* [*La captura del discurso verbal y otros escritos políticos*]. ¿Fue mi escucha cuando él se sentía abrumado, mi interés por esa palabra, la oportunidad para su despertar? ¿Fue que yo no lo presionaba hacia una receta o un tratamiento lo que lo llevó a la búsqueda de algún conocimiento sumergido en él?

El segundo episodio tuvo lugar en África, en el mismo período, en las montañas de Dogon, como parte de un proyecto de investigación sobre la medicina tradicional y sus cambios, cuando estaba tratando con pacientes afectados por epilepsia y sufrimiento mental, y el trabajo de los sanadores. Esa experiencia significó sumergirme en una cascada de metáforas, nombres de lugares, conocimiento botánico y actitud cosmopolita local, en la que el mito era como un incansable activador de un telar invisible pedaleado por las palabras y los actos de las personas comunes, especialmente los sanadores. Un paciente joven que fue traído al Centro Regional de Medicina Tradicional en Bandiagara, donde yo estaba trabajando, hizo un confuso relato sobre haberle dado muerte a una serpiente que había encontrado en un sendero mientras se escapaba tras haberle robado una pequeña suma de dinero a su abuela. La serpiente era un animal altamente significativo en las creencias de Dogon y su ontología animista-totémica.

Haber matado a esa criatura disparó una seria crisis de sufrimiento en el paciente, agravada por su sentido de culpa por lo que le había hecho a su abuela. Un encuentro con su familia y una reconciliación ritual con sus antepasados volvió al joven paciente a la normalidad en unas pocas semanas. La actividad del turismo y la cooperación para el desarrollo estaban muy alejadas de esa escena: la vida de los mitos habitaba *otra escena*, silenciosa pero dinámica. Era simplemente cuestión de esperar para que reemergiera en la experiencia de sufrimiento de un joven paciente.

Ambos encuentros han dejado una marca en mi antropología, que está anclada en la vida diaria, como sugiere Veena Das, en las cuestiones socioeconómicas de sus mundos y en el conflicto moral, político y simbólico que marcó sus ritmos (un trabajador de orígenes campesinos, agobiado por la incertidumbre y el dolor de una pérdida de larga data; un joven campesino Dogon agobiado por el sentido de culpa de haber violado el principio de lealtad a sus ancestros y a una anciana integrante de su familia). Es una antropología preocupada por explorar la obstinada presencia de las memorias culturales que «retornaban», como decía Freud, para sitiar al presente, ofreciendo una matriz de sentido a través de la cual podíamos continuar nuestro recorrido. Mi investigación antropológica comenzó en el territorio de la crisis y el sufrimiento (de Martino), y necesariamente cuestionó el cambio y fue una antropología *dinámica*, en el sentido que le da Georges Baladier a la palabra.

En cuanto a mi psicoanálisis, aunque nunca completó un itinerario ortodoxo, con los años he estado involucrado muy de cerca con círculos teóricos y psicoanalíticos de varias escuelas. Formé parte de un grupo lacaniano en Nápoles organizado por Sergio Benvenuto. Y nunca he interrumpido la lectura de los maestros. Podría resumirlo en dos anécdotas que caracterizan mi relación con el psicoanálisis y cómo he continuado en conversación con él como antropólogo y como psiquiatra.

La primera imagen es en Nápoles, cuando, siendo un joven estudiante de medicina, hice trabajo voluntario en un hospital psiquiátrico, una institución que pronto cerraría gracias a lo que se conoció como la «reforma Basaglia». Confrontarme con las más severas formas de alienación en ese lugar hizo del análisis lingüístico una escucha intensiva, no diferente de la del análisis. Fue mi profesor, Sergio Piro, quien me guió en este camino:

él estudiaba el lenguaje de la esquizofrenia y hablaba con Rosolato y con otros analistas de su tiempo.

Fue en esos lugares de abyección, crítica y transformación política que aprendí a escuchar las palabras de los pacientes, así fueran gritadas o «sin sentido». Era constantemente necesario inventar formas de escuchar y cuidar que pudieran oponerse a sus desesperanzados delirios en un ambiente marcado por la indiferencia y el tratamiento farmacológico de rutina, cuya meta central seguía siendo silenciar cualquier palabra perturbadora. En el pabellón que había estado visitando durante algún tiempo, algunos pacientes habían formado una pequeña asamblea, como era típico en esos tiempos de protesta, para quejarse por la pobre calidad de la comida. Yo estaba totalmente de acuerdo con su protesta y hablé de ello con el hombre a cargo del pabellón, G. R. Era un psicoanalista sensible, que había tratado de aplicar el psicoanálisis al cuidado de los pacientes institucionalizados. De todas maneras, me sentí amargamente decepcionado por su respuesta, que también fue una experiencia altamente significativa (siempre hay mucho para aprender de la respuesta mediocre de otras personas): «No debe tomar su protesta de *forma literal* —dijo—, simplemente están haciendo un pedido de *maternaje*».

Para mí, esta interpretación era la síntesis de una doble violencia —epistemológica e institucional—, que se sentía autorizada para cancelar la experiencia vivida por los pacientes y sus necesidades, imponiéndole a su protesta un significado ajeno a ella, pero legitimado desde el conocimiento. El psicoanálisis que yo estaba buscando, por el contrario, siempre buscaba entretejer el lenguaje cotidiano con el simbólico, lo social con lo inconsciente —porque el mundo físico, como nos recuerda Bourdieu, no es otro que su representación—. Significaba comprender cómo combinar estos registros (historia, el descenso a la locura, la amenaza de crisis, los mitos) y en qué punto el psicoanálisis (y la psiquiatría), por un lado, y la antropología, por otro, podían encontrarse y entrelazarse.

Hay otro episodio que me gustaría recordar de mi experiencia. Fue mi encuentro con un texto de Derrida: el trabajo que presentó en el congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional en Buenos Aires, donde mencionaba brevemente que, durante un congreso previo (en Jerusalén, en 1977), un raro mapa geográfico del mundo había sido encontrado en relación con la presencia y la actividad de los psicoanalistas («Las áreas

geográficas principales de la Asociación se definen en este momento como América al norte de la frontera entre Estados Unidos y México; toda América al sur desea frontera; y el resto del mundo»). Tomando como punto de partida estas fórmulas seudogeográficas, Derrida plantea su valor como «sustitución» o, más bien, como ocultamiento —aun más evidente en los discursos hechos en un congreso posterior (en Nueva York, en 1979). Recuerda el bochorno de las referencias a las dificultades en que se encontraban los miembros de la asociación psicoanalítica debido a ciertas algo vagas «circunstancias geográficas y económicas», evitando cualquier referencia directa a la situación política dramática creada por las dictaduras militares.

Detrás de esas fórmulas corteses, Derrida captura la incomodidad y la incapacidad para hablar explícitamente de las violaciones de los derechos humanos en América Latina: una incapacidad y un acto de equilibrio que son sorprendentes en profesionales acostumbrados a lidiar con la censura, el deseo y el dolor. Derrida recuerda el extraño resultado de la votación de dos mociones diferentes presentadas durante el congreso: la primera, propuesta por el Dr. Briehl (de Los Ángeles), proponía una clara declaración en contra de la violación de los derechos humanos en Argentina y en otros países que se encontraban bajo la bota de los militares. La segunda, que representaba al Consejo Ejecutivo y era mucho más general, fue la que prevaleció, con 85% de los votos. De un análisis de esa votación, Derrida pasa a considerar los serios riesgos para el psicoanálisis y sus instituciones cada vez que pueda buscar refugiarse tras posiciones de neutralidad, sobre todo el riesgo de crear una siniestra complicidad con el poder, su uso indebido y la violencia³.

- 3 «No hay una palabra en la resolución que sugiera que la violación de los derechos del hombre o del ciudadano (en relación con la cual se dice que circulan "rumores y denuncias") pueda tener de forma concebible un interés especial para el psicoanálisis en comparación con la medicina o con la psiquiatría clásica, tampoco que este interés pudiera ser comprendido no solo en el sentido del interés en un objeto de estudio teórico y clínico, sino tampoco en el sentido de que el psicoanálisis, que la esfera psicoanalítica, que los psicoanalistas y sus instituciones estén involucrados, de alguna forma implicados, a veces en una complicidad activa o pasiva, a veces en una confrontación virtual u organizada, con las fuerzas que cometen las violaciones a los derechos humanos antes mencionadas, estén estas directamente bajo el control del Estado o no, y si explotan, manipulan y persiguen a analistas y a sus analizandos de alguna manera específica... En la medida, de hecho, en que el psicoanálisis no analiza, no denuncia, no pelea, no transforma (y no se transforma ni transforma

Encuentro útil la referencia a Derrida para resumir cómo pienso mi experiencia clínica, mi psicoanálisis y mi antropología: me hace absolutamente incapaz de concebir la escucha y la investigación que no puedan articular las leyes del deseo y del inconsciente, las redes simbólicas dentro de las cuales la conducta, los ritos, los síntomas y las redes de lo político encuentran forma. Es solamente dentro de esta articulación que pienso que es posible reconocer y comprender el sufrimiento, y, de forma más general, la peculiar manera en la que actúa el poder en las vidas de la gente y en la frontera entre la política y lo privado. A veces en el trabajo del psicoanálisis esta frontera es olvidada, las cuestiones económicas y políticas son dejadas en un segundo plano para favorecer una teoría general o no son casi evocadas. Daré tres rápidos ejemplos.

El primero toma el famoso pasaje donde Deleuze y Guattari discuten casos clínicos de Freud, el del Hombre de los lobos en particular: un paciente cuya historia clínica compleja requeriría de otros análisis después del freudiano (a cargo de Ruth, Lacan y Leclaire) y de otros diagnósticos. En su *Anti-Edipo* (Deleuze y Guattari, 1972/1983), los autores toman un texto de Philippe Girard, y subrayan, como él, la forma en la que el trabajo de Freud está lleno de referencias a las empleadas domésticas, los pobres, la gente de las clases trabajadoras, revelando la presencia de un mundo social indisciplinado, un obstinado murmullo de fondo, una multitud de sujetos que el psicoanálisis freudiano trata en vano de olvidar⁴. En este sentido,

estos propósitos), seguramente corre el peligro de transformarse en nada más que una perversa y sofisticada apropiación de la violencia o, en el mejor de los casos, meramente en una nueva arma de un arsenal simbólico. Tampoco estaría esta nueva arma solamente a disposición de lo que confusamente se denomina el poder —es decir, un poder que es externo al psicoanálisis organizado, que puede hacer uso de esa organización de mil formas, aun al punto de imponer ciertos efectos o travestismos del conocimiento psicoanalítico al servicio de la tecnología de la tortura” (Derrida, 1991/1993).

4 «No existen familias en las que las vacuolas no se acomoden y en las que los quiebres extra-familiares no sean manifiestos, por medio de los cuales la libido es engolfada para investir sexualmente a lo no familiar —es decir, *la otra clase* determinada por las rúbricas empíricas de “los más ricos y los más pobres”, y a veces ambas a la vez. ¿No sería el Gran Otro, indispensable para la posición del deseo, el Otro Social, diferencia social aprehendida e investida como la no familia dentro de la propia familia? La otra clase de ninguna manera es captada por la libido como una empobrecida o magnificada imagen de la madre, sino como lo foráneo, no-madre, no-familia, *el índice de lo no-humano en el sexo*, y sin lo cual la libido no montaría sus máquinas deseantes. La lucha de Clase está en el corazón del suplicio del deseo. La novela familiar no es un derivado del Edipo; el Edipo es una deriva de la novela familiar,

la construcción de un modelo teórico universal requiere que olvidemos la multiplicidad —«flujos», en el lenguaje de Deleuze y Guattari— y que reduzcamos a la unidad (hay solamente un lobo que observa al paciente desde un árbol, no siete; sin embargo, los lobos andan siempre en una manada, como todo niño sabe; hay solamente un cráneo y un hueso, no muchos cráneos y muchos huesos, como en la interpretación del sueño jungiana...). Para que la novela familiar —«la eterna cantinela del Edipo, el eterno arrullo»— funcione, Freud debe literalmente *suprimir* los datos que no coinciden con su teoría. Y, con ello, suprimir la voz de la nana.

En el mismo período, Carlo Ginzburg hace una relectura de ese ensayo, recordando otra cancelación: en su sueño, el Hombre de los lobos estaba probablemente solo reevocando una de esas fábulas que le habían sido contadas una y otra vez por su nana, que venía de un país de Europa del este. Freud ignora esta referencia: la clave «cultural» que podría haber revelado otras interpretaciones, otros diagnósticos y, quizás, otra cura es sacrificada en un intento por construir una teoría general. Este caso clínico nuevamente atrajo la atención de Deleuze y Guattari (1980/1987) pocos años después del *Anti-Edipo*, cuando escribieron:

Tan pronto como Freud descubre el arte mayor del inconsciente, este arte de multiplicidades moleculares, lo encontramos infatigablemente trabajando en un retorno a unidades molares, volviendo a sus temas familiares del padre, el pene, la vagina, la Castración con mayúsculas... Durante el primer episodio, que Freud declara neurótico, le contó un sueño que tuvo sobre seis o siete lobos en un árbol, y dibujó cinco. ¿Quién ignora el hecho de que los lobos se trasladan en manadas? Solamente Freud. Todo

y por lo mismo, del campo social. No es cuestión de negar la importancia del coito parental, y de la posición de la madre; pero cuando esta posición hace que la madre parezca una lavadora de pisos o un animal, ¿ qué autoriza a Freud a decir que el animal o la empleada doméstica representan a la madre, independientemente de las diferencias sociales o genéricas, en vez de concluir que la madre también funciona como algo diferente de la madre, y da lugar en la libido del niño a un investimento social enteramente diferenciado al mismo tiempo que ella abre el camino hacia una relación con el sexo no-humano? Porque el hecho de que la madre trabaje o no, tenga un origen más rico o más pobre que el padre, etc., se relaciona con quiebres y continuidades que atraviesan a la familia pero que la exceden en todos los sentidos y no son familiares» (Deleuze y Guattari, 1972/1983, p. 355).

niño lo sabe. Freud no. Con falsos escrúpulos, pregunta, ¿cómo podemos explicar el hecho de que hay cinco, seis o siete lobos en este sueño? Decidió que se trata de una neurosis, y por lo tanto usa el otro procedimiento reductivo: la asociación libre a nivel de la representación de las cosas, en vez de la subsunción verbal a nivel de la representación de las palabras. El resultado es el mismo, dado que se trata siempre de volver a traer la unidad o identidad de la persona o del presunto objeto perdido. Los lobos van a tener que ser purgados de su multiplicidad. Esta operación se realiza mediante la asociación del sueño con un cuento, «El lobo y los siete cabritos» (solamente seis de los cuales son comidos). Somos testigos del regocijo reduccionista de Freud; vemos cómo la multiplicidad literalmente abandona a los lobos para tomar la forma de cabritos que no tienen absolutamente nada que ver con la historia. Siete lobos que son solo cabritos. Seis lobos: el séptimo cabrito (el propio Hombre de los lobos) se esconde en el reloj. Cinco lobos: puede haber visto a sus padres hacer el amor a las cinco en punto, y el numeral romano V está asociado con la erótica apertura de las piernas de la mujer. Tres lobos: los padres pueden haber hecho el amor tres veces. Dos lobos: la primera cópula que el niño puede haber visto fue de los dos padres *more ferarum*, o quizás dos perros. Un lobo: el lobo es el padre, como todos sabíamos desde un comienzo. Cero lobos: perdió la cola, no solamente es castrador, sino también castrado. ¿A quién está tratando de engañar Freud? Los lobos nunca tuvieron chance de escaparse y salvar a su manada: ya estaba decidido desde el comienzo mismo que los animales solo podían representar el coito entre los padres o, por el contrario, ser representados por el coito entre los padres. Freud obviamente no sabía nada sobre la fascinación ejercida por los lobos y el significado de su llamado silencioso, el llamado a convertirse en lobo. Los lobos observan, observan atentamente, al pequeño soñante; es tanto más reasegurador decirse que el sueño produce una reversión y que es en realidad el niño quien ve perros o padres en el acto de hacer el amor. Freud solo conoce al lobo o al perro Edipalizado, al castrado-castrador padre-lobo, al perro en su canil, al guau-guau del analista». (pp. 29-30)

Tomo el segundo ejemplo de *Peau noire, masques blancs* [Piel negra, máscaras blancas] de Fanon, en el que releo la *Psychology of colonization*

[*Psicología de la colonización*], de Octave Mannoni, publicada por primera vez en 1950. Fanon hace referencia al capítulo sobre la interpretación de los siete sueños de los niños de Madagascar, en el que las imágenes de rifles, furiosos toros negros y amenazantes hombres negros agresivos son recurrentes. Mannoni, sin embargo, reduce todas estas imágenes de terror a figuras de castración o, de forma alternativa, al motivo de la venganza de los ancestros —en resumen, el arrullo edípico habitual con referencias culturales adicionales—. La historia es ignorada, sorprendentemente dejada fuera de la cama de los padres. Era fácil para Fanon (1986) recordar lo que Mannoni había omitido decir unos años después de la violenta represión de la rebelión de 1947, que había causado alrededor de cien mil muertes en la población de Madagascar: «El rifle del soldado senegalés no es un pene, sino un rifle genuino, modelo Lebel 1916. El toro negro y el ladrón no son *lolos* —“almas reencarnadas”—, sino la irrupción misma de fantasías reales en el dormir» (p. 79).

«Fantasías reales» es una expresión que ameritaría un largo comentario al respecto y es uno de los puntos decisivos en los que he buscado entrelazar la antropología y el psicoanálisis durante mi carrera.

Mi último ejemplo está tomado de *Lenvers de la psychanalyse [El reverso del psicoanálisis]*, en el que Lacan cuenta la famosa anécdota de sus tres pacientes de Togo, cuyo inconsciente y cuyo material onírico, sin embargo, no contenían ni un indicio del inconsciente «cultural» que el autor esperaba encontrar, sino solamente fragmentos de inconsciente occidental y su cantinela edípica —lo que, en otras palabras, *les habían vendido* (en palabras de Lacan) junto con la colonización...—. Es en un pasaje también mencionado por Alice Cherki (2000) en su libro sobre Fanon donde Lacan parece querer volver a unir el prisma hecho añicos de historia-cultural-inconsciente y examina los «cortes» y puntos de anudamiento a menudo olvidados por algunos psicoanalistas. Pero eso no es todo.

He tomado la máxima de Lacan según la cual «el inconsciente es político» y su pensamiento en términos de un «complejo social» como una invitación a imaginar la práctica de la escucha y el cuidado situados siempre en un campo preciso de fuerzas sociales y —sin retirarnos del poder irrevocable del pasado— capaz de captar las conexiones entre lo político y el inconsciente, entre lo simbólico (la cultura) y el «síntoma». Si concebimos

a este último como como a un ventrílocuo de lo social, el cuidado no puede finalmente evitar preguntarse sobre la opresión, el sometimiento y la concepción de la escucha que puede curar otras formas de alienación —racial, colonial o económica— (Fanon, 1967). El «nudo del alma» sobre el que ha escrito recientemente Stefania Pandolfo (2018) puede ser simplemente otra forma de pensar la vida psíquica de la historia (Butler, 1997), su oscura arquitectura y esas fracturas que Fanon nunca dejó de estudiar.

¿Cómo describiría hoy en día la etnopsiquiatría que menciona en varios de sus textos?

La *etnopsiquiatría* es una disciplina controversial, que ha dado nombre a extremadamente variadas perspectivas epistemológicas, teorías psicopatológicas y estrategias metodológicas. Casi con certeza, podemos decir que se originó en el contexto colonial: Porot y Aubin, en Argelia, o Carothers, en Kenia, para mencionar los nombres más famosos, quienes, detrás de esta denominación, simplemente reproducían los prejuicios raciales de la psiquiatría de ese período, ofreciendo legitimidad y justificación al dominio colonial. Desafortunadamente, este nefasto bautismo dejó su maldición durante un largo tiempo sobre los desarrollos de la disciplina en Europa y África, haciendo difícil la mera mención de este campo del conocimiento.

El africano o el oriental descrito por estos autores era perezoso, no tenía iniciativa, necesitaba ser controlado en el trabajo o protegido de su pensamiento mágico, y era infantil. Su conducta era descrita como incorregiblemente inclinada a la mentira y la violencia. Su vida sexual estaba siempre expuesta a la tentación del instinto. En resumen: una masa de hombres y mujeres, y cuerpos a disciplinar. Pero sus pensamientos y sus deseos eran al mismo tiempo temidos, especialmente cuando se habían familiarizado con la vida y los valores europeos, y con los estilos de vida del hombre blanco, como incluso llegó a escribir un psicoanalista tan agudo como Mannoni en su informe sobre la protesta anticolonialista de los Mau Mau.

La alienación de las colonias se originó en la ambivalencia de la dominación: convertir al Otro a los valores de Occidente, los del europeo, pero nunca permitiéndoles volverse como ellos o adquirir el mismo poder. Curar sus enfermedades, educar sus acciones, y al mismo tiempo imponer el traba-

jo forzado, explotar los recursos locales, recurriendo a la tortura y al látigo (*chicote*), como en el caso de los bosques de caucho de América Latina. El historiador Chancélé lo describió como «cirugía social». Era en esta «atmósfera onírica», soberbiamente analizada por Fanon, que la alienación colonial, la conducta imitativa y el espectro del blanqueamiento se originaron.

Durante un largo tiempo la etnopsiquiatría, con raras excepciones (Devereux, por ejemplo), no agregó nada original a la perspectiva evolucionista de la psiquiatría europea, aparte de los raros casos ocasionales en los que comenzaba a reconocer, con el obstinado recurso a los poderes invisibles y las prácticas rituales, una forma de resistencia y de demanda de reconocimiento. Fue solo cuando la descolonización se volvió inminente que el valor del conocimiento local comenzó a ser reconocido, que la nueva etnopsiquiatría pudo emerger.

Mi perspectiva comienza con este quiebre con la tradición, especialmente con los análisis de Fanon. Tanto su trabajo clínico como su investigación apuntaban a interrogar la alienación individual sin olvidar las formas específicas a través de las *cuales el sometimiento del deseo* se volvía real. Apuntaba a examinar la incorporación del dominio, pero también la manera en la que el colonizado escapaba del mismo, aunque más no fuera por cortos períodos (danzas de posesión, etc.), mostrando que, aunque se encontraban «dominados, no estaban domados». Fanon examinó las perturbaciones mentales características de ese tiempo de violencia y terror, sondeó la sabiduría de los Morabitos, recolectó información sobre las representaciones de la locura y la sexualidad en el mundo musulmán, y también registró los signos de cambio que emergían en las obras de arte y las tácticas para manipular símbolos y formas culturales con propósitos específicos (el uso del velo por las mujeres argelinas durante la Batalla de Argelia, por ejemplo). Al comenzar por esta perspectiva *dinámica*, la etnopsiquiatría podía finalmente explorar la «vida cultural de los oprimidos» (la expresión es de Ernesto de Martino, en referencia al sur de Italia), la colonización de los espacios psíquicos⁵, así como las estrategias a través

5 Ver: Nandy, 1983; Oliver, 2004. (Considero que estos trabajos son un camino particularmente valioso para un psicoanálisis que sea capaz de hacer preguntas serias sobre los problemas de la opresión).

de las cuales prácticas tales como la adivinación o las curas rituales podían volverse también momentos de liberación y dar voz a una particular forma de conciencia histórica. Aun cuando esta conciencia era expresada en formas desintegradas, patológicas, como agudamente había observado Gramsci —como lo haría Althusser, al sugerir una lectura «sintomática» de la historia (Beneduce, 2017)—. Varios autores refiriéndose al conocimiento médico tradicional han hablado de «la cura como crítica social» (Feierman), de «insurrección terapéutica» (Nancy-Rose Hunt) o de «liberación del imaginario» (Althabe) para subrayar cómo en las colonias, pero también de forma más general en el mundo de los dominados, cuando los caminos de lo simbólico se encuentran sitiados, es el territorio de lo imaginario que se transforma en campo de cultivo para un contraconocimiento y una contra memoria que combina la cura de la enfermedad con la crítica de la dominación.

Este era el contexto que dio lugar a la nueva etnopsiquiatría del psiquiatra nigeriano Thomas Lambo, que criticaba la «arrogancia» del conocimiento occidental, y la investigación original sobre el conocimiento médico local en Senegal que llevara adelante el equipo de Henri Collomb. Esto impulsó otros desarrollos: Risso y Böker en Suiza, en su trabajo clínico con inmigrantes italianos; Crapanzano en Marruecos, en su investigación sobre cultos de posesión; Ernesto de Martino, Alfonso Maria di Nola y Tullio Sepilli en Italia, con su trabajo sobre la medicina popular; y, más recientemente, Nathan, en Francia, con una nueva etnopsiquiatría esencialmente diseñada para curar inmigrantes y estudiar las categorías etiológicas en funcionamiento en otros sistemas médicos. Otros nombres y escuelas podrían ser mencionados.

Por mi parte, apelando a la perspectiva específica inaugurada por la antropología y la psiquiatría italianas, y treinta años de investigación sobre la medicina tradicional en África (en Malí, Camerún y Mozambique), comencé a imaginar una etnopsiquiatría *crítica y dinámica* que —al examinar los mundos de la opresión y la alienación— nunca cesa de explorar la lógica de las terapias rituales, las ontologías que son su trasfondo y los modelos de la persona que las hacen efectivas. Al hacerlo, simplemente puedo haber estado trabajando la fórmula que el psiquiatra haitiano Louis Mars ya había expresado en 1951, cuando, al presentar su investigación

sobre la posesión y el vudú (el segundo de los cuales es una expresión ejemplar de los problemas mencionados anteriormente), escribió: «Hemos dado el nombre de etnopsiquiatría a la ciencia que nos permite estudiar las estrechas relaciones entre los factores estrictamente psicológicos y los factores sociales y económicos que condicionan los fenómenos mentales».⁶ Bien, podría resumir todo esto diciendo que mi etnopsiquiatría está enraizada en un terreno en el que lo «político» y lo «cultural», la historia y el psiquismo, son concebidos como una maraña en la que las subjetividades, las angustias y los pedidos de ayuda se delinean. La cura debe tomar esto en cuenta.

Existe un riesgo del que a menudo la etnopsiquiatría ha sido víctima. Incluso el *etnocentrismo crítico* del que hablaba Ernesto de Martino reconocía que uno nunca puede liberarse totalmente del esquema epistemológico interior en el que fuimos formados. Ha habido muchos ejemplos posibles de esta trampa mental: los «espíritus» de los que se hablaba en Marruecos no eran más que «supuestos ontológicos implícitos del lenguaje» (Crapanzano); los ancestros y sus vendettas, simplemente la forma cultural asumida en otro lugar por un sentido de culpa e instancias del superyó; las figuras de lo que torpemente se traduce como «brujería», meras metáforas del poder, los celos y los impulsos antisociales. En cuanto a la *eficacia simbólica*, poco más que *sugestión*. De esta forma, todo es canalizado inexorablemente hacia categorías familiares definidas *a priori*, hacia esquemas de pensamiento limitados, probados y evaluados. Uno puede resistir esta tentación con una estrategia dual.

En primer lugar, deberíamos comenzar por reconocer que *otras* técnicas de trabajo de cura son a menudo tan efectivas como las ingeniosas estrategias occidentales de la psicología y la psiquiatría, en muchos casos mucho más que las primeras, aunque no sabemos explicar sus mecanismos completamente. Expresado en otros términos: uno puede ser curado *sin llegar nunca a saber real y plenamente cómo eso fue posible*. Esta es la verdad develada a Quesalid, alias George Hunt, el chamán-doctor-brujo

6 También podría mencionar un trabajo mío, *Etnopsichiatria. Sofferenza mentale e alterità fra Storia, dominio e cultura* (Beneduce, 2007).

cuyo relato es presentado por Boas y luego por Lévi-Strauss en su famoso artículo de 1949. Quesalid trató de comprender de forma incansable cómo otros chamanes curaban las enfermedades, y su aprendizaje fue un trayecto a través de la duda y la incredulidad, pero se vio forzado a admitir que él mismo era capaz de curar a un paciente sin entender cómo. En resumen, como un auténtico epistemólogo, Quesalid reconoció que había una zona de *desconocimiento* sobre la enfermedad y la cura, y en estos temas se encuentra cerca de comprender el enigma y el poder de las relaciones de transferencia.

Enfrentado a la existencia de otra cultura semiótica, una etnopsiquiatría crítica, dinámica adoptará los dichos de Murray Last sobre la «importancia de saber sobre el desconocimiento»: una cierta vacilación epistemológica y un principio en la acción de muchos de los curanderos, adivinadores y chamanes que he conocido.

También hay otra estrategia. Aunque la etnopsiquiatría investiga constantemente las técnicas empíricas y el conocimiento, estudiando la forma en que *actúan* los ritmos musicales y de danza, las plantas medicinales, los símbolos y las palabras, no se olvida de otro principio operativo presente en cualquier horizonte de curación. Cualquier sanador real, peleando contra los demonios del sufrimiento y las amenazas de alienación, se encuentra en el mismo punto: donde los traumas históricos e individuales y las tradiciones culturales se han coagulado juntos, donde temporalidades específicas se encuentran, superpuestas o enfrentadas entre sí.

Cualquier gesto terapéutico auténtico combina y reorganiza recuerdos que derivan de conocimientos y lenguajes heterogéneos (Eric de Rosny habla de las curas tradicionales como un arte de combinación, una amalgama, y al mismo tiempo habla de la cura como el propósito más importante de la cultura).

El etnopsicoanálisis ha explorado largamente este lugar: Zempléni, por ejemplo, en los poseídos por los espíritus de rab; Obeyesekere, en el subcontinente de la India, cuando muestra cómo «el trabajo de la cultura» interroga estos territorios, ubicándose en la intersección entre la experiencia subjetiva y los sistemas simbólico-culturales. Esto de ninguna manera implica una articulación armoniosa o un equilibrio que siempre es restaurado: más bien lo contrario. No obstante, aun aquellos que han

estado trabajando lejos de la tensión histórico-política a la que me refiero tuvieron que cuestionarse acerca de este problema para cruzar estos territorios. Pienso en el trabajo de Wulff Sachs, un psicoanalista que trabajó en Sudáfrica en los años treinta y que creó un experimento analítico extraordinario con John Chavafambira, curandero de habla manyika de Zimbabwe (entonces, Rhodesia) que se mudó a Sudáfrica para escapar de sus fantasmas (un poderoso y amenazante tío, la violencia de la brujería, la muerte de su padre). Su trabajo fue decididamente heterodoxo y con muchas limitaciones, pero fue meticuloso y contenía casi todas las matrices de un auténtico trabajo psicoanalítico: relaciones transferenciales, el análisis del sufrimiento de la persecución y el deseo de ser curado, el deseo de penetrar en el mundo del Otro (las visitas de Sach a los cantegriles de los barrios negros de Johannesburgo). Y, finalmente, indudablemente, el espectro de una sociedad racista como la de Sudáfrica, no explícitamente discutido pero presente a lo largo de su libro. La escritura de *Aldea negra* tuvo su origen en ese encuentro.

Cada *curandero*, cada psicoterapeuta real es en realidad un mediador, entre épocas, de símbolos mudos: un pertinaz, solitario cazador en busca de huellas y lenguajes perdidos, en algunos casos capaz de encontrar mundos distintos, como los investigadores del chamanismo amazónico sugieren (Descola, 2005, 244-245). Una etnopsiquiatría crítica, dinámica debería aceptar el desafío de mantenerse en medio de estos horizontes: escuchar el murmullo de otros seres, escudriñando los intersticios de la historia en busca de un sentido de lo que a menudo nos contentamos llamando *síntomas*.⁷ En síntesis: dejarse ser consultado por «*ce qu'il reste de la folie*» («lo que queda de la locura»).⁸

7 Es por esta razón que me gusta pensar el síntoma como un palimpsesto de voces y experiencias, recuerdos y relaciones. Ver Beneduce, 2016.

8 Este es el título de una película excepcional dirigida por Joris Lachaise en 2015, filmada en el hospital psiquiátrico de Thiaroye en Senegal.

En el volumen 40 de los *Anales de Antropología* (UNAM, 2006), usted dice que «las muchas personas que buscan ayuda en los centros de salud mental no tienen problemas con su neuroquímica, o con su funcionamiento intrapsíquico, sino que tienen problemas de vida, probablemente porque no pueden lidiar con las demandas de la sociedad contemporánea». ¿Podría explicarnos estos conceptos?

En ese pasaje estaba citando el pensamiento de un psiquiatra que se cuidaba de no concentrarse exclusivamente en las raíces biológicas del sufrimiento mental. En otras palabras, no olvidar la relación fundamental entre el sufrimiento psíquico y las restricciones establecidas por las sociedades que se han vuelto más y más demandantes, donde los derechos de ciudadanía pueden ser revocados en cualquier momento, como recuerda Jonathan Xavier Inda, hablando de los Estados Unidos, y donde los individuos experimentan nuevas formas de incertidumbre, amenaza o violencia. En Europa hoy son muy evidentes estas tendencias, debido a la seria reducción en las garantías con las que se había podido contar hasta los años ochenta.

Como telón de fondo de este análisis, sin embargo, se encuentra la crítica que la antropología médica ha estado haciendo durante algún tiempo a los procesos de medicalización, sobre la idea de explicar en términos biomédicos y bioquímicos cualquier forma de síntoma o sufrimiento, con el resultado de que la solución solamente puede ser farmacológica y solamente puede ser controlada por expertos: la ridícula pretensión de definir solamente de una manera el período de tiempo más allá del cual la aflicción causada por la pérdida del ser querido se transforma en un «duelo patológico» que requiere tratamiento farmacológico es el ejemplo más reciente.

La investigación científica está constantemente dándole bombo al control bioquímico de la mente y la conducta. Si observamos en las ratas de laboratorio dejadas en situación de aislamiento un aumento en la neurocinina-B, la sugerencia es que esta proteína es la causa de la conducta fóbica o agresiva, la apatía o el aislamiento social, y que controlar su nivel en el cuerpo podría reducir la inhibición observada en algunas manifestaciones de depresión o de angustia frente a otras personas en aquellas que tienden a

vivir de forma aislada. De la misma manera, la pretensión de «localizar» el sentido de gratitud en áreas precisas del cerebro (la corteza prefrontal media y corteza cingulada anterior), como sostienen algunos neurocientíficos chinos, parece ser simplemente el triste desarrollo de cómo antes se atribuía la falta de este sentimiento en los pueblos colonizados a su pensamiento y «cultura» primitivos (Lévi-Bruhl), y ahora identifica un fragmento del cerebro como el lugar de un universo de relaciones, jerarquías sociales y simbólicas, y sentimientos mucho más complejo.

Estos ejemplos buscan simplemente subrayar que la seria limitación epistemológica de los modelos neurobiológicos es la vieja ilusión de ser capaces de excluir la historia y la política de la comprensión del sufrimiento mental. Estas pretensiones, sin embargo, van más allá: confinando síntomas y conflicto al lecho de Procusto del pseudodiagnóstico, *ocultando* otros perfiles del sufrimiento. De ahí la atención que la antropología médica también le presta al papel que juega el diagnóstico delineando nuestra experiencia misma y produciendo nuevas formas de subjetividad, como han sugerido Ian Hacking y Nikolas Rose. El análisis antropológico de condiciones como aquellas denominadas *síndrome de fatiga crónica*, *trastornos del juego*, *trastornos adictivos* o *trastornos de pánico* sugiere que consideramos estos trastornos como expresiones de algo más complejo que el exceso/la falta de proteínas o neurotransmisores.

George Devereux hizo lo mismo con la esquizofrenia, su etnopsicoanálisis complementarista había señalado la necesidad de una perspectiva que estuviera más atenta al registro dual de los conflictos intrapsíquicos y sociales, consciente de la dificultad (o imposibilidad) de adoptar ambas perspectivas al mismo tiempo.

Diferentes expresiones de estos conflictos son obviamente reconocibles en otros contextos histórico-culturales: temor-pánico de que nuestros genitales sean robados, angustia de ser víctima de brujería o la crisis de pánico que surge si somos sometidos a pactos rituales en países como Senegal, Camerún o Nigeria son ejemplos familiares para los académicos involucrados en temas migratorios. En estos casos también estas manifestaciones son ventrílocuas de una compleja y crecientemente difundida crisis en los lazos sociales, los vínculos dentro de los cuales se estructuran las existencias y los imaginarios que alimentan la vida diaria.

Muchos de nosotros, analistas, estamos acostumbrados a llevar adelante nuestra actividad con pacientes dentro de un marco de códigos culturales homogéneos. En su experiencia, ¿qué pasa en el análisis cuando los códigos culturales del analista y del paciente son heterogéneos?

El encuentro con códigos culturales y lingüísticos diferentes es una experiencia obvia en la investigación antropológica, pero todo es muy diferente cuando sucede en el espacio terapéutico. Es este encuentro, este vertiginoso sentido de lenguajes y metáforas que define el *proprium* de la etnopsiquiatría clínica, cuyo objetivo no es solamente explorar y comparar otros modelos de enfermedad, cura o efectividad con otros universos simbólicos, sino la cura misma. La etnopsiquiatría ha aprendido a *sentir* en los síntomas de un ataque o de crisis de posesión el eco de otros recuerdos y de otras voces, y a negociar constantemente los términos y significados: sabe, por ejemplo, que expresiones como *visión*, *alucinación*, *sueño*, *ensueño*, *experiencia onírica* son denominaciones con límites vagos, inciertos, y que es solo por convención que simulamos ser capaces de definir las y distinguirlas.

Godelier, un antropólogo que trabajó mucho tiempo entre poblaciones de Nueva Guinea, ha discutido cuán reales, simbólicas e imaginarias son las dimensiones indisociables, mostrando cómo el simbólico excede los confines del pensamiento para tomar por asalto el cuerpo y el mundo en su totalidad.

En oposición a Lévi-Strauss y su definición de mito, Godelier (2015) también recuerda que no existen solamente dos registros separados, el del vivir y el del pensar. El ritual no opone el primero al segundo, sino que *suma* el actuar al pensar. Cada acto terapéutico, con mayor o menor intensidad, es en realidad un acto ritual que juega con los múltiples significantes, imaginarios y experiencias corporales.

Un paciente centroafricano me hablaba en detalle sobre su padre, un pastor adinerado y poderoso curandero, que había sido asesinado por soldados enemigos durante la sangrienta guerra civil de su país, y sobre la manera en que, durante su adolescencia, un día le había *inoculado* una pantera en su cuerpo mientras dormía. El animal dentro de él lo protegía y lo hacía capaz de cuidar del rebaño. En Italia, sin embargo, el animal se

había vuelto más y más inquieto, mostrándose incapaz de recibir la sangre de cabra que el joven pastor le ofrecía cada semana.

Una paciente nigeriana que he tratado durante años evocó hace un tiempo la presencia de *sombras* (este es el término que usó, casi para ayudarme a entender su experiencia de la mejor manera que pudo) que se acercaban a su cama, a veces hablándole en su lengua materna y a veces en italiano. Describió en detalle sus características y el sentimiento de protección que su presencia le daba. Sentí que en ese momento algo del orden de lo sagrado (en el fondo, la hierofanía y la iatrofanía⁹ son simplemente dos estadios del mismo «milagro») cobraba forma en nuestro diálogo. No es fácil *traducir* estas experiencias, estos cuerpos, como podemos ver en los trabajos sobre chamanismo de Bob Desjarlais, pero podemos tener la esperanza de encontrar una metáfora efectiva y hacer uso de ella. En definitiva, la metáfora es lo que nos permite «comprender algo y *hacer una experiencia de ello* en términos de otra cosa» (Lakoff, citado por Godelier, 2015, p. 55).¹⁰

En el encuentro con otros códigos culturales y lingüísticos, la etnopsiquiatría asume el riesgo de experimentar *algo de lo que no tiene conocimientos* y que no le es familiar. Es un duro ejercicio de *imaginación clínica* en el curso del cual se abandona la idea de que solamente las interpretaciones de un problema o las estrategias terapéuticas lo que cambia entre las culturas. Por el contrario, aunque estas pueden ser similares o incluso superponerse —el uso de imágenes, por ejemplo, en las terapias tradicionales es a menudo análogo al de algunas psicoterapias cognitivas (Stein, Rousseau y Lacroix, 2004)—, son a menudo los problemas los que son percibidos y formulados de manera diferente. Las medicinas populares ofrecen infinita cantidad de ejemplos de esta epistemología diferente, en un horizonte lingüístico y social en el que las palabras preservan una enorme fuerza ilocutoria. Ha quedado a cargo de los etnopsiquiatras reflexionar sobre estas diferencias. Si se quisieran encontrar otros autores, se llegaría finalmente, y quizás no resulte sorprendente, a Lacan, que en uno

9 N. del T: «iatrophany» en el original.

10 Ver también Taliani y Vacchiano, 2006.

de sus habituales juegos de palabras sostenía, al comienzo del Seminario 18 (enero de 1971): «He notado una cosa, quizás soy lacaniano porque antes hice chino»¹¹.

Pero quisiera agregar otras dos ideas. La etnopsiquiatría que he practicado durante tanto tiempo no descuida el rol y la importancia de las diferencias *intraculturales* (las que existen entre generaciones, clases o géneros), diferencias que son a menudo ignoradas en favor de una homogeneidad que es solo superficial, ilusoria o inconscientemente construida e impuesta al paciente. También elige ver una cura como parte de un diálogo cara a cara con la memoria y la historia: que los espíritus responsables de las crisis de posesión son a menudo las sombras de un pasado traumático que se niega a resignarse al olvido es bien sabido, desde Mozambique hasta Camboya, desde Uganda hasta los Andes. Que las imágenes de violencia distante no cesan de habitar los lugares del presente a menudo se ha repetido. El encuentro con estas sombras, la escucha de sus angustias, en definitiva, ¿no son un intento por curar la historia y el pasado?

En el texto *Arqueología del trauma: Una antropología del subsuelo* (Benedituce, 2010), usted propone una lectura crítica del trauma. ¿Cuál es su concepción del trauma y de lo traumático?

En primer lugar, critico la banalización de la idea de trauma y algunos efectos que derivan de este mal uso de la categoría diagnóstica de Trastorno por Stress Post-traumático introducida en el manual diagnóstico de la psiquiatría americana en 1980 como un acontecimiento que se encuentra *fuera del rango habitual de la experiencia humana* y que sería *marcadamente angustiante para casi todo el mundo*; por ejemplo, una grave amenaza a la vida o a la integridad física; una grave amenaza o un daño a los hijos, la esposa u otro familiar o amigo cercanos; la súbita destrucción de la casa o la comunidad; o ver a otra persona que recientemente ha sido o está siendo gravemente herida o asesinada como resultado de un accidente o de violencia física.

11 Ver también Cornaz y Marchaisse, 2004.

Aunque no se han ahorrado esfuerzos para convencernos de considerar la experiencia del trauma como marcada por reglas universales, definibles con un término que incluya la *totalidad* de su expresión y sus razones, creo que el trauma debe ser considerado como un acontecimiento irreductiblemente heterogéneo que puede ser pensado solamente en referencia a un contexto histórico específico. El de Auschwitz no es el mismo que el de Fukushima; el de *nakba* en 1948, que para generaciones de palestinos marcó el comienzo de un período de apocalipsis que aún no termina, no es el mismo que el que se experimentó durante el terremoto de Valdivia de 1960; el trauma de la esclavitud, que dio lugar a formas totalmente nuevas de subjetividad y de experiencias corporales (un cuerpo racializado, deshumanizado, animalizado, reificado; Robinson; Eyerman; etc.) es diferente del que es el resultado de una violación o deriva de la deportación de niños de la isla de Reunión en Francia o de Groenlandia a Dinamarca... Y Sándor Ferenczi (2002) puede haber explicado mejor que nadie todas las dificultades para describir la «peculiaridad y la aberración» de los síntomas que marcaban la neurosis de guerra y lo que se conocía como síndrome de conmoción por bombas/proyectiles (*shell-shock syndrome*), de tal forma que solo las imágenes de un director de cine pueden haber hecho justicia con las huellas multiformes y devastadoras sobre el cuerpo: «La marcha del tembloroso es muy llamativa; da la impresión de paresia espástica; pero la mezcla variable de sacudidas, rigidez y debilidad ocasiona marchas bastante peculiares, *posiblemente solo pasibles de reproducción por la cinematografía*» (p. 124, cursivas mías).

Podemos dar una definición básica de trauma: el trauma determina una crisis en lo referente al «mínimo de memoria compartida» (de Martino) que es el fundamento de la ida social y al mismo tiempo la pérdida de la soberanía del sujeto sobre su propia memoria. Sin embargo, cualquier definición universal de *trauma* que imagine esta estructura o las respuestas psíquicas y sociales a él como idéntica es clínicamente ilegítima y a la vez crea una violencia epistemológica manifiesta, y esto es lo que hace el Trastorno por estrés postraumático (PTSD, por sus siglas en inglés): define como *traumático* un acontecimiento cuando sus efectos determinan una alteración neuroquímica y un pobre almacenamiento de recuerdos, insistiendo sobre una idea única de stress biológico, «trauma»

pierde cualquier singularidad histórico-individual y cualquier narrativa o dimensión social. Una lista de acontecimientos traumáticos toma entonces la grotesca forma de una de esas listas que encontramos en la enciclopedia de Borges (todo es «traumático» de la misma forma: incluso mudarse de casa). La respuesta psicológica será la misma en todo lugar, sin importar las diferencias culturales, de género o de clase de los individuos. De la misma forma, las estrategias terapéuticas locales serán ignoradas por los expertos en trauma, quienes, en virtud de su especialización, están preparados para administrar su terapia y su categoría a cualquiera, sea cual fuere el contexto o la naturaleza del trauma (una erupción volcánica, una atrocidad masiva, etc.). No obstante, la sutil crítica histórica y epistemológica de Allan Young al PTSD saca a luz otra, quizás decisiva, limitación. Analizando los historiales de los veteranos de Vietnam reconocidos como afectados por el PTSD, Young nota cómo lo que es «marcadamente angustiante» se vuelve borroso, perdiéndose la distinción entre una emoción (el miedo) como *causa* y una emoción (altos niveles de angustia, depresión, etc.) como *efecto*. Sobre todo, en comparación con la atención prestada a los síntomas que legitiman el diagnóstico, algo más parece perderse de vista. Cito a Young (1995):

La interpretación de «angustia» obvia, es decir, una emoción que es parte integral del acontecimiento traumático, no se corresponde con el abanico de acontecimientos que en la práctica son aceptados como traumáticos. Tomen el ejemplo de la investigación epidemiológica y experimental realizada con los veteranos de la guerra de Vietnam. En estos estudios, siete clases de acontecimientos son aceptados como traumatogénicos: (1) el paciente fue víctima directa o indirecta de una violencia inusual; (2) perpetró una violencia inusual de forma no intencional; (3) perpetró una violencia inusual de forma intencional, pero en un contexto culturalmente aceptable (p. ej., para sobrevivir); (4) perpetró una violencia inusual de forma intencional como parte de sus deberes militares, pero sus actos fueron personal o culturalmente condenables (p. ej., torturar prisioneros para obtener información); (5) perpetró una violencia inusual de forma intencional porque era placentero (p. ej., violar, asesinar prisioneros, mutilar cuerpos); (6) fue testigo activo de acontecimientos similares (p. ej.,

porque los encontró interesantes o satisfactorios); o (7) fue testigo pasivo de acontecimientos similares (p. ej., por casualidad estaba presente en esas ocasiones). (p. 125)

Lo que encontramos es que en 4 grupos de pacientes sobre el total de 7, el PTSD se originó en un acto de violencia *perpetrado por el o la persona que se transformará en paciente*, y en dos casos sobre siete quienes desarrollaron PTSD habían sido testigos pasivamente o *activamente* de tales acontecimientos. Pero en cuatro casos sobre siete los acontecimientos consistieron en actos de «una violencia inusual» —a un nivel personal o cultural— eran también abominables, *no justificados por el contexto militar y acompañados por la sensación de disfrute* tanto en los perpetradores (perpetró una violencia inusual porque *era placentero*) como en los que se encontraban presentes como testigos. Finalmente, algunos de los que formaban este último grupo habían decidido *intencionalmente* estar presentes porque encontraban esas escenas de violencia «interesantes o satisfactorias».

Podemos rápidamente concluir que el PTSD no solo implica la abolición de cualquier diferencia histórica cultural o social, no solo vuelve opaca la distinción entre contextos de violencia diaria crónica y acontecimientos individuales en el origen de un stress severo, sino que hace algo aun más intolerable: ubica en un campo diagnóstico compartido la experiencia del torturador y la de la víctima, la pesadilla del torturador y el *flashback* de la persona torturada, la conducta fóbica de uno y el trastorno paranoide del otro... Es decir, la abolición en el territorio de la violencia, el sadismo y la atrocidad (tortura, amputación, violación y demás) de toda dimensión moral, de cualquier pregunta relativa a la posición del futuro paciente en el momento en el que el acontecimiento «marcadamente angustiante» ocurrió.

La expulsión de toda cuestión moral (toda cuestión relacionada con la responsabilidad individual) de la escena del sufrimiento es singular, pero no carece de razones históricas en la ficción del PTSD: la sociedad americana necesitaba ser curada a causa de haber conducido una guerra inútil que encima concluyó en derrota, causando una profunda herida narcisista al poder militar más grande del mundo. Fue una guerra marcada por infinidad de atrocidades cometidas contra la población civil vietnamita

y estuvo acompañada por unos costos psíquicos, sociales y económicos particularmente altos, con miles de muertos y heridos entre los soldados americanos. Los sobrevivientes necesitaron compensación, aunque fuese al precio de olvidar los cientos de miles de víctimas civiles de la violencia en la guerra de Vietnam (una amnesia que se repetiría para la guerra en Irak, en la que las muchas medidas terapéuticas y de rehabilitación disponibles para los veteranos de la operación Tormenta en el Desierto contrarrestaban el vergonzoso silencio sobre el sufrimiento y las terribles condiciones del pueblo iraquí).

Como recuerda Young, la ausencia de todo perfil moral había significado que algunos veteranos, necesitando demostrar una conexión causal entre un acontecimiento traumático (una acción militar) y sus síntomas, que era la única condición para tener acceso a tratamiento y a programas especiales de rehabilitación social, podían declarar que habían formado parte de acciones repugnantes ya que estas eran registradas simplemente como acontecimientos «marcadamente angustiantes», sin ningún estigma agregado a ello.

El diagnóstico de PTSD, podría agregar, se había convertido en una genuina *absolución* en masa (legal, ética y política). Como ya había observado Fanon en *The wretched of the Earth [Los condenados de la tierra]* (1967), en el curso de un análisis corto pero compacto de las perturbaciones mentales en el contexto de la guerra colonial, la dimensión moral de la violencia infligida y el sufrimiento derivado de ella es un veneno que penetra de manera profunda y duradera en las sociedades. Cualquier tratamiento sabe que debe abordar esto. Aun aquellos que cometieron la violencia en un contexto que la justifica plenamente (como en el caso de una persona colonizada que se rebela contra el ejército que la oprime), no pueden evitar las incertidumbres de una conciencia moral que los cuestiona sobre dicho acto (las imágenes de casos clínicos de militantes del FLN son sutiles ejemplos de estos dilemas morales).

Por supuesto, el torturador que sufre por lo que hace o ha hecho y pide ser curado debería recibir el máximo de atención también. Pero Fanon, un psiquiatra que trató a torturadores franceses, distinguía entre aquellos cuya intención no era continuar (y entonces expresan una auténtica demanda de ser curados) y aquellos que quieren meramente una terapia que

les permita continuar su trabajo después de anestesiar toda duda moral. Estos últimos no pueden ser curados.

Muchas otras reflexiones críticas sobre el PTSD —y sobre la banalización de la idea de trauma que esta categoría ha ayudado a generar— podrían agregarse. Recordaré simplemente los comentarios de Laura Brown, quien, escribiendo con una amarga ironía desde una posición feminista, sostiene que nadie pretende definir en términos generales y abstractos lo que es «la diversidad habitual de la experiencia humana». Peor lo que resulta más importante (y triste) es otra reflexión: para una mujer, la violación es cualquier cosa menos un acontecimiento «fuera de la diversidad habitual de la experiencia humana», dada su terrible frecuencia y su dimensión alarmantemente común.

La proliferación de comentarios sobre el trauma y el PTSD, que autores tales como Fassin y Richtmann han descrito en términos de un «imperio del trauma», marca indudablemente la emergencia de una necesidad dual y contradictoria: pensar sobre la violencia de nuestro tiempo (una violencia a menudo macabra e imposible de *interpretar*, si por este término entendemos la activa construcción de un sentido compartido) y al mismo tiempo refrenar su impacto emocional devastador a través del diagnóstico —una medicalización que toma por asalto toda cuestión político-moral. De ahí también la paralela proliferación de modestos modelos de psicoterapia de pretensiones universales, como la Desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares (EMDR, por sus siglas en inglés).

La dificultad para pensar sobre la violencia también deriva de una razón particular. ¿Qué hay detrás de la violación de un recién nacido o de la amputación del pecho de una mujer que está amamantando a su hijo? ¿Detrás del empalamiento de un enemigo o del mutilar cadáveres y esparcir sus exterminidades, creando formas de cuerpos que son grotescas e irreconocibles? ¿Qué hay dentro de la planificación burocrático-científica de los campos de exterminio y de las infinitas técnicas de tortura? Estas inmensas vistas del dolor, que desaparecen soalmente para reaparecer más tarde en lugares inesperados, en otros actos, como una corriente subterránea, nos hablan de la amenaza de *un lado oscuro de lo que llamamos humano*, que recuerda lo que podemos ser y en qué podemos transformarnos. La idea del PTSD ofrece solo un débil antídoto contra esta amenaza.

Las limitaciones que derivan de la *opacificación* de la cuestión moral (una forma de absolución mediada por la primacía de las leyes neurobiológicas, se podría decir) y la universalización de los acontecimientos traumáticos con un vocabulario que pretende ser capaz de nominar y traducir el sufrimiento en cualquier lugar tiene muchas consecuencias: la marginalización de los recursos terapéuticos locales y de las estrategias simbólicas descritas en variados contextos (los ritos de purificación de los monjes budistas en Camboya o de los chamanes indonesios para los sobrevivientes de las masacres; los cultos de posesión destinados a la pacificación de los espíritus que aparecieron después de las atrocidades de la guerra civil en Mozambique...). Sin embargo, también está el riesgo de una sustancial victimización de un sujeto que, durante un proceso diagnóstico-terapéutico de este tipo, vea cancelados sus recursos y su capacidad para actuar en el mundo (*agency*, sentido de ser agente de acción), y, sobre todo, vea ignorada su creatividad: es decir, la creatividad a menudo expresada en las (siempre únicas) formas de la *narrativa y escritura del desastre* (actos literarios, testimonios y declaraciones políticas, apoyo a otras víctimas de la violencia, o, de forma alternativa, el silencio).

Marcelo Viñar (2005) ha analizado este aspecto de manera muy incisiva. En definitiva, la hegemonía del PTSD es un acto de violencia epistemológica que amenaza con debilitar en vez de incrementar y apoyar los recursos terapéuticos existentes en las comunidades o en los individuos. De todas formas, esta categoría, con sus muchos defectos, tiene una virtud: la de restaurar el peso de la realidad que no se disuelve en las brumas de la angustia o las fantasías de un paciente, o que por lo menos será reconocida desde ahora entre esas penosas «fantasías reales», para citar a Fanon nuevamente, que sitian a los sobrevivientes. Entonces, este es el punto: creo que el desafío es imaginar qué podría ser la cura y el recuerdo traumático, sin olvidar nunca la naturaleza *espectral* de estas experiencias, en el sentido que le da Derrida al término y que fuera discutido en el soberbio libro de Avery Gordon (1997).

Mi etnopsiquiatría del trauma comienza allí: los traumas históricos y su no redimido legado, los traumas individuales y el doloroso silencio que a menudo los abandona en la periferia de la conciencia pública. Su legado puede ser implacable, y tal como hemos aprendido del psicoanálisis, la

paradoja del trauma radica en su dimensión temporal. Las experiencias traumáticas habitan el tiempo de la existencia y ejercen un derecho de propiedad sobre nuestra memoria: no somos nosotros quienes las reevocamos, sino que más a menudo son esas experiencias las que sitian nuestros actos. Lo que llamo una *crisis de memoria* emerge de este escenario de sombras: también es una crisis paradójica, como bien lo sabemos, ya que se expresa, no tanto bajo la forma de la represión inconsciente o «amnesia» (impuesta por los sistemas represivos de los Estados autoritarios o reproducida en las habitaciones de la complicidad familiar, o en el fútil intento del histérico o la histérica), como en la lucha feroz entre el olvido y un *exceso de memoria* (que es la forma en la que el PTSD se refiere a los *flashbacks*). Una memoria que no duerme y parece preguntar por *la extraña justicia de la escucha y la cura*.

El libro *Un lugar en el mundo: Senderos de la migración entre violencia, memoria y deseo* (Beneduce, 1998/2015) tiene su origen en la investigación sobre los lazos entre la emigración y la salud. ¿Cuál es la situación respecto de la salud mental de los emigrantes africanos y del Oriente Medio en Europa, y particularmente en Italia?

Cuando ese libro fue escrito (la primera edición data del año 1998), la situación de la emigración era radicalmente diferente. Los emigrantes que llegaban de países de América Latina (por razones políticas o económicas), del Magreb y de algunos países del África sub-sahariana (Senegal), de países de Europa del Este luego del colapso de los regímenes comunistas (Albania, Rumania) conformaban la gran mayoría de quienes llegaban a Italia. En países como Francia, la emigración estaba claramente conectada con el pasado colonial (emigrantes de Argelia, las Antillas o países como Mali); en Gran Bretaña muchos emigrantes venían de India, Paquistán o el Caribe (como nos lo ha recordado el escándalo *Windrush* recientemente). El caso italiano fue diferente. El análisis de la nostalgia y la pertenencia cultural había dominado las discusiones en esos años, junto con la cuestión de la crisis social y económica en las sociedades de origen.

Pero la migración es un proceso histórico, cuyas características sociológicas son extremadamente variables y cuyos efectos psicológicos están

directamente conectados con los acontecimientos políticos. En el final de la década de 1990, la crisis económica causada por las leyes de ajuste estructural (en 1994), las interminables guerras en el África sub-sahariana (Liberia, Sierra Leona, Ruanda, RDC) y los Balcanes, y, sobre todo, la decisión de reducir drásticamente el flujo migratorio habían traído aparejado un cambio radical debido a los cada vez más rígidos criterios de entrada: solo se podía entrar a Europa si se solicitaba asilo político. No obstante, mientras que hasta el final del siglo pasado el 80% de estos pedidos eran aceptados, ahora más del 65% de ellos son rechazados, a la vez que un porcentaje significativo adopta la forma de una protección internacional precaria (descrita como «humanitaria» y con una duración de apenas dos años), con un movimiento caótico de aspirantes al asilo rechazados, condenados a seguir viviendo de forma subterránea o forzados a tratar de cruzar hacia otros países. El cierre de las fronteras ha causado un cambio dramático en las trayectorias migratorias: decenas de miles de emigrantes han muerto en las aguas del Mediterráneo o cruzando el Sahara. Los países de tránsito se han vuelto mercados opulentos de tráfico humano y cementerios espectrales, con la producción en paralelo de una violencia sin precedentes (como, por ejemplo, en Libia, Sudán o el Sinaí). Las políticas europeas se hallan hoy totalmente paralizadas: influidas por gobiernos de derecha o crecientemente reaccionarios, la cuestión de la emigración se ha vuelto el tema central del debate político, sobre un telón de fondo de una ahora evidente militarización de las fronteras y un cambio en el sentido mismo y la extensión del término.

En Europa, el reconocimiento de la protección internacional siempre ha sido más dependiente en los últimos años de la posibilidad de documentar la presencia de un trauma o de una vulnerabilidad, y así entonces confirmar la historia de quien busca asilo: como si la dimensión clínica (casi siempre la certificación del trastorno postraumático creado por el stress) ahora hubiera tomado el lugar de los argumentos legales o políticos que una vez supieron ser el fundamento del derecho al asilo (Fassin y D'Halluin, 2005, 2007).

El debate está hoy dominado por el desafío lanzado a quienes toman las decisiones por narrativas referidas a razones difíciles de verificar (conflictos derivados de feudos familiares o vinculados a la tierra), derechos

puestos en riesgo por leyes homofóbicas o cuestiones controversiales como la amenaza «espiritual» (brujería, sociedades secretas) en el caso de quienes buscan asilo desde el África sub-sahariana. En definitiva, lo que resulta poco sostenible en la pretensión de conceder el status de refugiado sobre la base de una idea de *credibilidad* definida *a priori* por criterios que ignoran otros registros narrativos y otras formas de experiencia. Significativamente, las comisiones para el reconocimiento de la protección internacional y los tribunales europeos acuden cada vez más a lingüistas y antropólogos para sostener o refutar la autenticidad de estos relatos. En una era marcada por el cierre de las fronteras, la limitación del derecho de ingreso y la sospecha generalizada en contra de los extranjeros, la necesidad de adherir a criterios de verdadero o falso, creíble y plausible, establecidos por normas sobre el reconocimiento del derecho de asilo en realidad ha promovido una economía ilegal plenamente desarrollada de la «historia creíble», que recurre a los llamados «contadores de historias» (que cuentan historias a ser presentadas ante las comisiones) como táctica singular para evitar el riesgo del rechazo.

En este diálogo incierto, marcado por una alteración de la retórica humanitaria y de los temas de la seguridad, sobre un telón de fondo de una extendida ignorancia sobre los países de origen de los buscadores de asilo, al tiempo que sus narrativas parecen estar cada vez más provistas de referencias opacas y verdades imposibles de determinar (¿cómo medimos la credibilidad de la afirmación de una persona sobre su orientación sexual o su fe religiosa?, ¿cómo verificamos la confiabilidad de una amenaza de brujería o del relato sobre el origen de una «cicatriz ritual»?).¹²

Muy claramente, hay una crisis en el sistema mismo del asilo, cuya estructura legal se ha vuelto inadecuada para la consideración de los nuevos perfiles de pedidos de asilo y de la condición de emigrante misma. En este marco, la etnopsiquiatría está llamada a plantear estrategias de escucha y de cura más rigurosas aún. El proyecto de una etnopsiquiatría crítica comienza con la capacidad para penetrar el territorio de otras narrativas sobre el sufrimiento y otros modelos de la cura, pero también con la

12 Sobre estos temas referiré al lector a dos de mis estudios recientes: Beneduce, 2015, 2018.

capacidad para recordar que el sufrimiento y la vulnerabilidad no son la única característica distintiva de *todo* emigrante y de *todo* aspirante al asilo, tanto como el efecto a menudo producido por las oscuras economías de frontera y los laberintos burocráticos de las políticas de inmigración (la espera interminable antes de ser entrevistado, por ejemplo, que puede durar años, la violencia denunciada en los centros para aspirantes al asilo, etc.). La etnopsiquiatría de la migración en la que he estado trabajando por algún tiempo tiene ahora otras prioridades. De la misma forma que en sus áreas de investigación habituales (los recuerdos traumáticos, las formas culturales de la enfermedad y la efectividad terapéutica, las redes simbólicas y las ontologías de la experiencia dentro de las que otras formas de subjetividad se construyen, los cambios en el conocimiento sobre la cura y los nuevos imaginarios religiosos), la etnopsiquiatría necesita urgentemente analizar y combatir la violencia de las instituciones de atención o el mal uso de esas categorías diagnósticas, cuyo efecto, como ya he dicho, es el de esconder o enmascarar otros conflictos y contradicciones. Esta es la dimensión reflexiva que me parece más útil enfatizar, simplemente porque ha sido a menudo ignorada: es la etnopsiquiatría la que no se satisface con mirar otras formas de conocimiento y otras narrativas sobre el sufrimiento y la cura, sino que examina sus propios modelos sobre el psiquismo, el Sujeto, el sufrimiento y la cura, a la luz de los cambios incesantes determinados por la historia. Quisiera retomar unos dichos del joven Foucault en un pequeño ensayo escrito por invitación de Merleau-Ponty en 1954 sobre la psicología y la enfermedad mental, en los que afirma que el único *a priori* de esta última y sus «cifras necesarias» se encuentra precisamente en la historia.

Y es por ello que creo que es importante recordar también que la etnopsiquiatría de la migración debería ser particularmente vigorosa en el abordaje de las preguntas planteadas en el actual escenario social de la violencia racial: un espectro que está también inesperadamente ensombreciendo a los países que habíamos pensado que estaban libres de ella y ve a la policía abusar de su poder sobre los miembros de las minorías, fomentando una espiral de miedo, sufrimiento, síntomas y un discurso público igualmente siniestro (como el de la *non mixité* —no diversidad— en Francia). Al reconocer y curar la alienación racial, la etnopsiquiatría

comprende que el racismo no es solo una necesidad subjetiva en la que los monstruos de nuestro inconsciente emergen, sino un veneno que puede reproducirse también en el conocimiento y las categorías científicas (como pasó en la psiquiatría). Es una forma de actuar que, sin dejar ninguna sociedad de lado, ha fundado la formación misma de los estados modernos¹³. ♦

- 13 De la vasta literatura, mencionaré algunas de las investigaciones más significativas para la etnopsiquiatría tal como aparece planteada acá: el trabajo de Diane Fuss (1995) sobre la relación entre la idea freudiana de la «identificación» y la centralidad de este concepto en la políticas coloniales de clasificación de los pueblos indígenas; las ideas de Ashis Nandy (1983, 1995) sobre la relación entre la colonización y el inconsciente en la India y el Imperio Británico; la investigación de Rita Laura Segato (2014) sobre el color, el racismo y el conocimiento médico en Brasil y la de Darcy Ribeiro (1995), que dice lo siguiente sobre el racismo, la formación del Estado y la consciencia del pueblo brasileño: «Nenhum povo que passasse por isso como sua rotina de vida, através de séculos, sairia dela sem ficar marcado indelevelmente. Todos nós, brasileiros, somos carne da carne daqueles pretos e índios supliciados. Todos nós brasileiros somos, por igual, a mão possessa que os supliciou. A doçura mais terna e a crueldade mais atroz aqui se conjugaram para fazer de nós a gente sentida e sofrida que somos e a gente insensível e brutal, que também somos. Descendentes de escravos e de senhores de escravos seremos sempre servos da malignidade destilada e instalada em nós, tanto pelo sentimento da dor intencionalmente produzida para doer mais, quanto pelo exercício da brutalidade sobre homens, sobre mulheres, sobre crianças convertidas em pasto de nossa fúria. A mais terrível de nossas heranças é esta de levar sempre conosco a cicatriz de torturador impressa na alma e pronta a explodir na brutalidade racista e classista. Ela é que incandesce, ainda hoje, em tanta autoridade brasileira predisposta a torturar, sevir e machucar os pobres que lhes caem às mãos. Ela, porém, provocando crescente indignação nos dará forças, amanhã, para conter os possessos e criar aqui uma sociedade solidária» (p.120).

BIBLIOGRAFÍA

- Beneduce, R. (2007). *Etnopsichiatria: Sofferenza mentale e alterità fra Storia, dominio e cultura*. Roma: Carocci.
- (2015). The moral economy of lying: Subjectcraft, narrative capital, and uncertainty in the politics of asylum. *Medical Anthropology*, 34(6), 551-571.
- (2016). Traumatic pasts and the historical imagination: Symptoms of loss, postcolonial suffering, and counter-memories among African migrants. *Transcultural Psychiatry*, 53(3) 261-285.
- (2017). History as palimpsest. Notes on subalternity, alienation, and domination in Gramsci, de Martino, and Fanon. *International Gramsci Journal*, 2(3), 134-173.
- (2018). Une nouvelle bataille de vérité: Discours sorcellaires, cicatrices corporelles et régimes de crédibilité dans les droits d'asile. *Cahiers d'études africaines*, 231-232.
- Butler, J. (1997). *The psychic life of power: Theories in subjection*. Stanford: Stanford University Press.
- Cherki, A. (2000). *Frantz Fanon*. París: Seuil.
- Cornaz, L. y Marchaisse, T. (2004). *L'indifférence à la psychanalyse: Sagesse du lettré chinois, désur du psychanalyste. Rencontres avec François Julien*. París: PUF.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1983). *Anti-Oedipus: Capitalism and schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press. (Trabajo original publicado en 1972).
- (1987). *A thousand plateaus: Schizophrenia and capitalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press. (Trabajo original publicado en 1980).
- Derrida, J. (1993). Geopsicoanalysis and «the rest of the world». En J. Derrida, *The psychoanalysis of the Race*. Nueva York: Columbia University Press. (Trabajo original publicado en 1991).
- Descola, P. (2005). *Par delà nature et culture*. París: Gallimard.
- Fanon, F. (1967). *The wretched of the Earth*. Nueva York: Glover.
- (1986). *Black skin, white masks*. Londres: The Pluto Press.
- Fassin, D. y D'Halluin, E. (2005). The truth from the body: Medical certificates as ultimate evidence for asylum seekers. *American Anthropologist*, 107, 597-608.
- (2007). Critical evidence: The politics of trauma in french asylum policies. *Ethos*, 35(1-2), 300-329.
- Ferenczi, S. (2002). *Further contributions to the theory and technique of psycho-analysis*. Londres: Karna.
- Fuss, D. (1995). *Identification papers*. Nueva York: Routledge.
- Godelier, M. (2015). *L'imaginé, l'imaginaire et le symbolique*. París: CNRS.
- Gordon, A. (1997). *Ghostly matters: Haunting and the sociological imagination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mars, L. P. (1951). Nouvelle contribution à l'Étude de la Crise de possession. *Psyché*, 60, 640-669.
- Nandy, A. (1983). *The intimate enemy: Loss and recovery under colonialism*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- (1995). *The savage Freud and other possible and retrievable selves, and Other essays on possible and retrievable selves*. Princeton: Princeton University Press.
- Oliver, K. (2004). *The colonization of psychic space: A psychoanalytic social theory of oppression*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Pandolfo, S. (2018). *Knot of the soul*. Chicago: The Chicago University Press.

- Ribeiro, D. (1995). *O povo brasileiro: A formação e o sentido do Brasil*. San Pablo: Companhia das Letras.
- Stein, D., Rousseau, C. y Lacroix, L. (2004). Between innovation and tradition: The paradoxical relationship between eye movement desensitization and reprocessing and altered states of consciousness. *Transcultural Psychiatry*, 41(1), 5-30.
- Taliani, S. y Vacchiano, F. (2006). *Altri corpi: Etnopsicologia e antropologia della migrazione*. Milán: Unicopli.
- Viñar, M. (2005). The specificity of torture as trauma: The human wilderness when words fail. *International Journal of Psychoanalysis*, 86, 311-333.
- Young, A. (1995). *The harmony of illusions: Inventing post-traumatic stress disorder*. Princeton: Princeton University Press.

RESEÑA DEL LIBRO

Reconsiderando el encuadre movable (en movimiento) en psicoanálisis: Su función y estructura en la teoría psicoanalítica contemporánea¹



SILVIA FLECHNER²

Este libro contiene una dedicatoria sumamente especial, por la cual considero importante comenzar: tal como plantean los editores, el libro está dedicado al fecundo trabajo de los psicoanalistas latinoamericanos que tanto han contribuido al desarrollo teórico y clínico de nuestra disciplina.

En él se explora la idea del «encuadre en un momento en que este concepto está siendo sometido a un renacimiento sistemático por un lado y una extendida transformación por otro» (p. 1).

Siempre ha sido atractivo considerar el encuadre como una característica estática y definible en el trabajo psicoanalítico. Básicamente, el encuadre establece las condiciones acordadas para emprender el trabajo clínico. Sin embargo, tal como lo muestra este libro, el encuadre ha adquirido una cualidad proteiforme y es a veces fuente de estabilidad y otras un lugar de regulación ética y de disciplina. Puede ser un lugar de movilidad imaginaria y, en manos de algunos analistas, un dispositivo para el trabajo psíquico en lo que concierne a sus proyecciones y desmentidas.

Comenzando por un ensayo esencial de José Bleger sobre el encuadre, el libro incluye comentarios sobre dicho trabajo y procede a la exploración del encuadre a través de las diferentes teorías psicoanalíticas. El encuadre es —tal como lo expresan sus editores— una de las zonas del

1 Tylim, I. y Harris, A. (ed.) (2017). *Reconsidering the moveable frame in psychoanalysis: Its function and structure in contemporary psychoanalytic theory*. Londres: Routledge.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

punto de vista psicoanalítico en la que la psiquis y el mundo entran en contacto, un lugar en el cual el proyecto psicoanalítico se encuentra simultáneamente protegido y desafiado. Inevitablemente, las fuerzas extratransferenciales se entrometen en el encuadre psicoanalítico, volviéndolo flexible y fluido.

Tanto los psicoanalistas como los analizandos, supervisores y candidatos confían cada vez más en las comunicaciones virtuales, un desarrollo sobre el cual se han efectuado revisiones significativas a partir del concepto clásico de encuadre. Este libro presenta un diálogo entre voces diferentes, reexaminando el estado y el estatus del encuadre, buscando sus límites, así como también tamizando sus inesperados contenidos y expandiendo su significado.

Los autores que han sido invitados a expresar su pensamiento sobre el tema plantean nuevas preguntas y formulaciones, renovando así las formas de pensarlo. Algunos de ellos presentan y discuten en forma bastante radical elementos ideológicos y sociales a través de los cuales el encuadre ha quedado influido e implicado.

Estos trabajos resultan altamente constructivos por destacar —entre otros puntos de vista— la importancia del uso del encuadre en el análisis de pacientes particularmente difíciles, altamente traumatizados y con una organización primitiva de su psiquismo.

La primera parte de este libro está referida al encuadre; en particular, a José Bleger y su obra.

Historizando los movimientos que ha producido la obra de José Bleger, nos encontramos que en 1957 escribía sobre la sesión psicoanalítica utilizando la hipótesis de Pichon-Rivière, planteando la sesión como un «espiral dialéctica» tejida entre las asociaciones del paciente y las interpretaciones del analista. Un tiempo después, David Liberman y sus colaboradores se refirieron al «contrato psicoanalítico», mientras que en 1962 Willy y Madeleine Baranger describieron la situación analítica como «campo dinámico».

El capítulo sobre la noción de encuadre escrito en 1966 se encuentra incluido en su libro publicado en 1967, *Simbiosis y ambigüedad*. Comprendiendo el carácter ambiguo del «núcleo aglutinado», que de acuerdo al pensamiento de Bleger es el modo de funcionamiento de la simbiosis, pudo así distinguir el encuadre de una forma particularmente útil: con su rigidez y su carácter repetitivo, el encuadre era así el lugar perfecto para el refugio de la ambigüedad. Bleger pudo escribir su texto sobre el encuadre porque se encontraba a su vez examinando la ambigüedad de la situación analítica, en la que, paradójicamente, el tema del encuadre aparecía más claramente.

Su estudio sobre el encuadre fue nutrido por su experiencia de trabajo con

grupos, especialmente como psicólogo institucional, a partir del hecho de que cada institución necesariamente implica la existencia de un encuadre implícito o explícito. Este es quizá uno de los aspectos más innovadores de su texto: considerar la relación psicoanalítica como una institución. Describe aquellas personalidades que tratan de organizarse a sí mismas sobre la base de la ambigüedad, a quienes ha llamado «personalidades ambiguas». Una de ellas es la «personalidad fáctica», organizada en torno al soporte de una institución o de una forma institucional. Tomando en cuenta que una parte de nuestras representaciones internas son internalizaciones de las instituciones a las cuales pertenecemos, el ejemplo más claro de ello es la familia.

John Churcher y Leopoldo Bleger han dedicado el capítulo introductorio a José Bleger y el encuadre psicoanalítico. Allí destacan que el encuadre es uno de los trabajos más conocidos de José Bleger. Publicado en 1967 en el *International Journal of Psychoanalysis* bajo el título de «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico», fue publicado ese mismo año en español como un capítulo que integra su libro *Simbiosis y ambigüedad*.

Allí se describe el contexto del psicoanálisis argentino en los años cincuenta y sesenta. El trabajo de Bleger brinda un buen ejemplo del hilado a través del cual se ha ido conformando el psicoanálisis ar-

gentino. Los fundadores del grupo psicoanalítico argentino no estaban interesados solamente en la práctica psicoanalítica «clásica», sino también en su aplicación a problemas tales como las psicosis, las enfermedades psicosomáticas y las dificultades en el psicoanálisis de niños, así como también en el trabajo con grupos y con las instituciones. En los años de la caída de Perón, en 1955 y en el golpe militar de 1976, hubo un notable florecimiento de la vida intelectual y artística en Argentina, y el desarrollo del psicoanálisis no fue un fenómeno aislado.

Una influencia crucial en la principal corriente del psicoanálisis argentino y uruguayo entre los años cincuenta y setenta fue el trabajo de Melanie Klein y sus seguidores. El compromiso de parte de los primeros psicoanalistas argentinos en lo que se refiere a todos los aspectos de la práctica clínica del psicoanálisis fue una de las razones principales para la rápida adopción de las ideas de Melanie Klein y sus seguidores, tomando especialmente el concepto de identificación proyectiva, que pasó a ser una poderosa herramienta para posibilitarle al analista hacer interpretaciones que pudieran conducir el tratamiento por el camino de la simbolización y el trabajo psíquico.

Durante este mismo período, ha sido fundamental también el papel que tuvo Enrique Pichon-Rivière, psiquiatra de origen suizo-francés, quien fue de una

influencia formativa para José Bleger y sus contemporáneos. Pichon-Rivière y sus colegas desarrollaron métodos de tratamiento en forma grupal e institucional para pacientes psicóticos, así como también para pensar los grupos y las instituciones. Algunos de los conceptos de Pichon-Rivière están incluidos en el libro de José Bleger *Simbiosis y ambigüedad*; entre ellos, destacamos el concepto de vínculo.

Mientras tanto, la importancia del concepto de contratransferencia crecía fuertemente con Enrique Racker en Buenos Aires y Paula Heimann en Londres. Leopoldo Bleger y John Churcher sostienen la hipótesis de que la contratransferencia ha jugado un papel tan importante en el movimiento psicoanalítico argentino debido, entre otras cosas, a que este está conectado con la realidad cotidiana argentina, donde la política toca todos los aspectos de la vida, desde lo público hasta lo más privado. En este tipo de ambiente, la persona se ve forzada a intentar comprender qué es lo que la política trata de hacer con ella, debiendo así ser capaz de discriminar una posición propia.

La combinación entre la orientación clínica con la realidad política tal vez explique el fuerte interés expresado en aspectos «concretos» en el trabajo clínico; por ejemplo, el aspecto relacionado con la situación analítica, la sesión, el contrato, el encuadre. En 1957 Bleger escribió su

trabajo sobre «La sesión psicoanalítica» basado particularmente en la noción de Pichon-Rivière sobre el psicoanálisis como un proceso en espiral, en el que las interpretaciones sirven para abrir forzosamente el cerrado círculo de la compulsión a la repetición, así como también en el trabajo de Racker sobre la contratransferencia, el cual implica también una crítica a la noción de instinto planteada por el filósofo francés George Politzer en 1928.

Podríamos decir entonces que en 1957 el trabajo sobre la situación psicoanalítica visto desde una perspectiva dialéctica enfatiza la apertura al desarrollo y al cambio, mientras que el trabajo de 1967 sobre el encuadre se enfoca sobre la misma situación, pero desde una perspectiva vinculada a la compulsión de repetición, explorando desde este punto de vista con más claridad el funcionamiento del encuadre.

El capítulo de este libro dedicado al pensamiento de José Bleger es de una inmensa riqueza, abarca entre otros temas: el de la simbiosis, la indiferenciación y la posición *glischro-carica*, a partir de las palabras griegas que se refieren a viscosidad o adhesividad y el núcleo. Plantea así que dicha posición persiste en la adultez a través de lo que ha nominado «núcleo aglutinado», al cual refiere como equivalente al planteo de Bion sobre «la parte psicótica de la personalidad». A lo largo de la vida, este núcleo se mantiene alerta

para formar nuevas relaciones simbióticas, caracterizadas por identificaciones proyectivas masivas. Bleger argumenta que es este núcleo el que se deposita silenciosamente en el encuadre, permaneciendo escondido, no analizado, hasta la irrupción de alguna causa que lo vuelve manifiesto. Podríamos seguir aportando mucho más acerca de estos profundos comentarios, pero esto iría en desmedro de las referencias a otros autores que han colaborado en esta producción, y vale la pena conocer algunos de sus importantes aportes al tema del encuadre.

Así es que quisiera destacar algunas ideas expuestas en este libro por Haydée Faimberg, quien tituló su trabajo «José Bleger y su actual relevancia en su encuadre dialéctico». Comienza su trabajo planteándose la pregunta acerca de qué hace que un libro sea un clásico. Citando a Italo Calvino, quien escribió que un clásico es un libro que nunca ha terminado de decir aquello que tiene para decir, cada relectura de un clásico es un viaje —*voyage*— de descubrimiento como si se leyera por primera vez.

De esta forma, sostiene Faimberg que José Bleger es un clásico en relación con su pensamiento dialéctico. Por lo tanto, ella elige para su texto referirse al concepto de Bleger sobre encuadre dialéctico, reforzando la idea de la relevancia de sus propuestas en nuestros tiempos. Enfatiza lo particularmente cuidadoso que ha

sido en reconocer sus raíces, nombrando siempre a los autores. Vemos la posición de «no saber» —tomada de Marion Milner, Bion y Lacan— en acción, «enseñándonos en forma dialéctica a pensar», tal como lo expresa Haydée Faimberg.

Faimberg cita a Bleger:

Pensar es siempre un diálogo y su herramienta es la dialéctica, o más bien el proceso de pensamiento es dialéctico, tanto sea este conciente o no. Ser capaz de pensar... Significa ser capaz de tolerar lo desconocido, ser capaz de aceptar un quantum de ansiedad, ser capaz de plantear problemas y ser capaz de aceptar la eventualidad de tener que comenzar de nuevo, porque el pensamiento sistemático (dialéctico) es como Kronos: se come a sus propios hijos. (p. 41)

Pichon-Rivière ha llamado a esta función co-pensamiento, que significa pensar con alguien más, retomada en forma brillante por Bleger: la función de encontrar en nosotros una forma de pensar que nos «preocupe» (involucre).

Faimberg destaca en su capítulo las resistencias que generó en su momento con su teoría, asimilando el encuadre psicoanalítico a la institución en la cual un ritual obsesivo podría establecerse, cuyo único propósito sería, en palabras de Bleger, «asegurar la sobrevivencia del analizando», y a su vez ella misma agrega que

quizás también asegura la sobrevivencia del analista. El encuadre se torna así un ritual, con lo que Bleger sostendrá que se necesitará usar la lógica dialéctica para «diagnosticar» si el objeto de estudio —el encuadre en sí— solo asegura su sobrevivencia en lugar de facilitar la transformación psíquica, al decir del autor.

H. Faimberg se pregunta cómo tomarán las ideas de Bleger las nuevas generaciones que no lo conocieron personalmente; su muerte fue muy prematura. Dado el hecho de que su enfoque concierne a un área problemática diferente, en un nuevo espiral dialéctico, sería de gran importancia mantener su pensamiento. Reconocer este legado no pone en riesgo nuestra alteridad, ya que ha respetado siempre él mismo en su propio diálogo los caminos personales elegidos por nosotros, ayudándonos «a pensar aquello que ni siquiera sabíamos que estábamos pensando». Faimberg termina su capítulo planteando que Bleger fue el primero en abordar simultáneamente el problema de la ritualización del encuadre y la necesidad de mantenerlo estable. La solución que nos trae es la dialéctica de dos encuadres: este es para ella el concepto original para la *Aufhebung* (según la autora, este término podría ser traducido como «superación», y nos aclara que no debería ser traducido como «síntesis» si se quiere respetar el sentido que le dio el filósofo Kojève, que es el mismo que le da Faimberg y

el que ella piensa que le daría Bleger), un concepto que incluye simultáneamente la negación, abolición y preservación de un término, un término que se encuentra en un nivel superior, ya que, tal como sabemos, en la tradición Hegeliana *Aufhebung* constituye una operación en relación con el par dialéctico.

La segunda parte de este libro está dirigida a «Los modelos comparativos de la función del encuadre».

En esta segunda parte del libro, Lynne Zeavin, de Nueva York; Jon Tabakin, de Los Ángeles, California; Peter Goldberg, de San Francisco; y Anthony Bass, de Nueva York, nos traen aportes que enriquecen el concepto de encuadre desde diferentes puntos de vista.

En su contribución «El setting y el encuadre: Subjetividad y objetividad en la relación psicoanalítica», Jon Tabakin puntualiza que la concepción psicoanalítica sobre cómo organizar una relación terapéutica ha oscilado entre dos nominaciones diferentes: el setting y el encuadre, que generalmente son tomados como sinónimos. Tabakin explora la idea de que estos dos conceptos pueden referirse a diferentes aspectos. Según el autor, el encuadre connota estructura, mientras que la idea de setting estaría más bien referida a la relación psicoanalítica, distinguiendo así dos aspectos de la relación analítica —la estructura del encuadre y lo que da en lla-

mar la «atmósfera» del setting—. Plantea que la estructura es relativamente inmodificable, mientras que la atmósfera es a la vez duradera y cambiante en el proceso de formación. La atmósfera del setting reflejaría la vivencia perdurable de la interacción entre paciente y analista. Sostiene también que el setting nos mantiene en el presente, ya que debemos reevaluar constantemente la naturaleza de esta relación que está en permanente evolución.

El trabajo de Peter Goldberg se titula «Reconfigurando el encuadre como una estructura dinámica», y se enfoca particularmente en la dimensión orgánica del encuadre, el cual —como una viva piel— se irá ajustando a los microcambios del proceso clínico. Operando como una sensorialidad compartida, esta dimensión orgánica a la que llamará función de metaencuadramiento del encuadre se daría en el momento a momento en el que dicho trabajo tiene lugar, donde la estructura le da experiencia a la situación clínica percibiendo y detectando las situaciones. El encuadre no solo actuará como estructura hecha de compromisos prácticos y simbólicos, sino también como una membrana o barrera de contacto psicosensoresal, a través de la cual paciente y analista juntos pueden sentir la existencia de los objetos psíquicos y aquellos externos. Es a través de esta vía de metaencuadre que el encuadre opera como una membrana conductora, haciendo posible que los objetos psíquicos y

externos sean sentidos y experimentados como presencias actuales en el campo clínico. Goldberg dedica parte de este trabajo al rol del encuadre en la cura de acuerdo con las originales ideas de Bleger.

Centrándose en la idea de Bleger de que las partes primitivas y psicóticas de la personalidad se depositan en el encuadre y lo inmovilizan, el autor postula que esta propuesta es crucial en relación con la función de holding dentro del encuadre, tal como Winnicott (1960) la describió. Según el autor, Winnicott describió esta función del encuadre al describir, por ejemplo, que si para el paciente no psicótico el diván simbolizaba el regazo de la madre, para el psicótico este es el regazo de la madre. En suma, Goldberg propone un modelo de encuadre analítico que funcionaría como una estructura dinámica, utilizándose para variadas funciones que están en constante reconfiguración.

Anthony Bass en su trabajo «Cuando el encuadre no se ajusta a la imagen» plantea que cuando Freud (1913/1959) expuso sus recomendaciones sobre la técnica psicoanalítica, planteó que habían ciertas «reglas de juego» que podían parecer meros detalles, pero adquirirían importancia al conectarse con todo el plan de juego. Sostiene que, cien años después, podemos observar que el psicoanálisis no se sostiene en el vacío, sino que ha evolucionado en un medio cultural, social e intelectual particular. Aparecen nuevos

marcos de referencia que se aplican a la realidad física —en referencia a la física contemporánea y a las teorías de campo— y realidades psíquicas —reflejando una variedad de relaciones entre dos personas, así como de perspectivas interpersonales—. Según Bass, Freud desarrolló su teoría en un tiempo y lugar en el cual la autoridad del analista era tomada de forma diferente, quizás menos ambivalente. Los padres eran vistos como autoridades absolutas para el «niño/paciente» ideal, y había, además, una expectativa prescrita. La capacidad de negociar las reglas de manera apropiada enfatizando el campo intersubjetivo de la experiencia no fue entendido ni valorada como lo es hoy en día. Ha observado que los diferentes valores, sensibilidades y formas de entender el proyecto psicoanalítico generan diferentes realidades, marcos alternativos y otras formas de nuestro quehacer. Afirma que cada analista construirá su propio mapa concordando con su visión particular, guiando su trabajo de acuerdo con su conjunto de intenciones guiadas en forma personal.

La tercera parte de este libro está dirigida al encuadre, la cultura, la política y el terror.

Stephen Hartman, de Nueva York; Yolanda Gampel, de Tel Aviv; y Janine Puget, de Buenos Aires, toman temas tales como el terror, el terrorismo, la violencia para referirse al tema del encuadre.

Stephen Hartman escribe el capítulo titulado «Cuando encuadramos» haciendo referencia a que prestamos nuestra pericia en casi todas nuestras interacciones privadas, tratando de ser conscientes de nuestros propios terrores: fantasías primitivas, secuelas de los percances del desarrollo o traumas transgeneracionales transmitidos. Aclara que no todos los terrores se refieren al pasado personal de una fantasía originaria, sino que aparecen también los terrores sociales, refiriéndose a aquellos que son de origen colectivo, ya que cuando emergen de las sombras, atacan a cada uno de nosotros en forma masiva.

Los terrores sociales y políticos como el del 11 de setiembre (referido a las Torres Gemelas, en Nueva York) se agregan a la práctica discursiva que confeccionamos, llamada el encuadre, para protegernos a nosotros mismos, a nuestros pacientes, así como también a la integridad de nuestro trabajo, reflexionando sobre múltiples registros de experiencia nunca formulados.

Sostiene que el terror social aparece como un intruso más que como un elemento constitutivo de la sesión psicoanalítica. Para este autor, el terror puede ser intrínseco a varios aspectos del ser humano, pero el terrorismo social y político es difícil de ubicar en la interacción entre uno y otro, debido a que es virtualmente difuso.

Al referirse a la estructura y función versus el terror, Stephan Hartman en este interesante capítulo hace referencia a la

situación en la cual el terror emana desde las instituciones de Estado —tal como ha sucedido en la dictadura argentina de 1976 a 1983—, cayendo nuevamente en una lógica estructural de las instituciones. Cita a J. Puget (2002), quien dice que «se adopta una lógica causal, basada en falsas hipótesis, sostenida por valores éticos perversos que promueven acciones corruptas» (p. 145), con una estructura que promueve la fantasía regresiva. Con esta lógica —que no importa cuán perversa sea—, la historia nos demuestra que el terror reúne un tipo de estructura predecible.

Sostiene que la historia nos provee de un referente del cual el terror carece, haciendo referencia a dictaduras, segregación racial (Apartheid), SIDA o Donald Trump. Los eventos históricos como estos son recordados por nosotros por tener un origen que nos estructura a cada uno, en el encuentro con ellos, en nuestra propia experiencia vivida; estos eventos fueron confusamente polimorfos e imposibles de precisar. La memoria social es para el autor infinitamente inestable, a la búsqueda de una estructura unificadora.

Bajo estas circunstancias, el analista trabaja con la posibilidad de reconocer las defensas contra el terror, así como uno podría hacerlo cara a cara con las fantasías primitivas. Las defensas atravesarían entonces el campo interpersonal yendo hacia el campo psicoanalítico profesional, volviendo nuevamente al campo interper-

sonal así como lo hacen los estándares que estructuran nuestra práctica.

Cuando el analista reconoce al otro aislado en estado de «dolor social», al decir de J. Puget, Hartman hace referencia a la posibilidad de abrir el espacio para la creación de los lazos que ayudarán a resolver este problema; cita a su vez a Rogelio Sosnik, quien afirma que este enfoque agrega una dimensión social para la creación de la subjetividad.

El autor nos plantea que, a través del terror, el ciudadano se vuelve un vehículo, transformándose en un miembro de la sociedad en riesgo. Dicha penetrante sensación de riesgo se mezclará entonces con un pavor innombrable.

Para finalizar, expresa que los espacios abiertos, tales como las comunidades online, florecen con un acceso infinito y son usualmente vistos con sospecha por muchos psicoanalistas que prefieren —siendo aun un tratamiento online— tener un encuadre tradicional, a pesar de las nuevas formas generadas por espacios potenciales online que podrían proveer mejores ciberencuadres, los cuales tenemos que pensar relacionados a la experiencia del terror en el espacio psicoanalítico.

Con el advenimiento de Internet, dichos espacios abiertos describen un esfuerzo para impregnarnos del hacer con otros, a través de Internet. Al usar computadoras y encontrarnos con un código abierto, nos encontramos en espacios

online donde existe una enorme movilidad psíquica y lugar para la creatividad. Para ello, tendremos que dejar de lado las críticas hacia Internet, tales como ser un elemento de aislamiento social o tomar en cuenta solo su carácter adictivo.

Yolanda Gampel titula su trabajo «El encuadre como frontera en una variedad de encuadres-settings». En él, hace referencia a la diversidad de imágenes generadas por la muerte, convertidas en cuerpos descuartizados, emociones catastróficas que vuelven a la mente a modo de escenas no evacuadas, así como tensiones inscriptas a nivel corporal. Estos elementos nos asustan, apurándonos a establecer cierto orden artificial.

Por ello, Freud desarrolló un encuadre que establece ciertas constantes, cuyas fronteras hacen posible el despliegue del proceso analítico, tanto para la mente del analista como para el analizando. En 1912, Freud establecía la importancia de las fronteras con el desarrollo de la «cura por la palabra» (the talking cure). A pesar de no haber usado la palabra encuadre, los autores psicoanalíticos que se refieren a dicho término lo hacen mencionándolo como «el método tradicional de Freud». Gampel se refiere al encuadre en forma general como el marco que promueve el desarrollo del análisis. Para la autora, el encuadre protege a los dos participantes en sus posiciones vulnerables, circunscribiendo un ámbito donde dos personas pueden es-

cuchar el pensamiento del otro, compartiendo los sentimientos y movimientos del inconsciente. Cuando lo desconocido o lo no pensado —los fantasmas, según Bleger (1967), o los residuos radioactivos, según la propia autora— emergen, revivirán experiencias traumáticas, rompiendo el encuadre y la continuidad del proceso. Estos desmoronamientos abren la posibilidad de incorporar aquello que ha quedado como inaccesible dentro de los pensamientos y sentimientos del paciente, restaurándose dentro del encuadre psicoanalítico.

La autora resalta que comenzó a escribir este artículo en 2015, mientras tenía en mente su trabajo en contextos culturales diferentes, así como también en condiciones políticas, sociales e históricas diferentes. Mientras tanto, sucedieron numerosos hechos difíciles, y sintió que ella perdía ambos: el marco de sus reflexiones sobre el trauma colectivo o social y el encuadre de su propio trabajo psicoanalítico. La sucesión de dichos eventos se convirtió en un trasfondo indiferenciado, mientras que al mismo tiempo adquiría la forma de un solo evento que sabíamos que continuaría a pesar de que su naturaleza y localización podría sorprendernos. Citando a Deleuze (1987), señala que sería como que dichos eventos hubiesen cambiado el significado y la función, volviéndose parte de la vida; lo que se estaba experimentando significaba más sobrevivir que vivir. Citando al filósofo francés Alain

Badiou (2005), Gampel nos expresa que el evento es un momento de exceso, una invasión completamente impredecible de lo extraordinario, diferenciándolo de la situación. En este sentido, plantea que no pueden ser simplemente olvidados y colocados fuera de la mente. La masacre de Charlie Hebdo en París, los disturbios políticos y la violencia en Israel, la llamada «crisis de los refugiados» —el gran número de personas huyendo de la guerra, el terror y la persecución, buscando un futuro mejor en Europa— han generado una ola increíble de solidaridad de parte de la sociedad, pero al mismo tiempo han desencadenado un intenso debate sobre la política de seguridad en las fronteras. Esta crisis, tal como lo refiere Gampel, ha contribuido a que reemerjan debates sobre los límites, tales como las líneas de demarcación de la autoridad, la ley y la identidad, pero, por sobre todo, llevó al cierre de las fronteras externas y al mismo tiempo a un desafío de las fronteras internas. Posteriormente a ello, las cuchilladas comenzaron en Jerusalén, demostrando que algunos incidentes pueden llevar a levantar muros y dividir la ciudad. Mientras, el 13 de noviembre de 2015 a las 22:30 de la noche, en París se produjo un tiroteo en masa en el teatro Bataclan. Estos eventos han alimentado y se han alimentado de la pérdida del sentido de la racionalidad.

La autora trae numerosos ejemplos clínicos de diferentes situaciones que se

inscriben en el análisis personal que realiza acerca del encuadre, desde el trabajo con un grupo de refugiados a través de Skype en tiempos de guerra, hasta los problemas que surgen a partir de las situaciones anteriormente planteadas dentro del consultorio.

Sostiene que la invitación a participar en este libro se torna un marco de discusión con numerosos puntos de vista, materiales clínicos sobre el valor, la necesidad, la inestabilidad o la evolución del encuadre. Para la autora, sería imposible comprender al individuo, la familia o las crisis institucionales sin tomar en cuenta una cultura que se encuentra también en crisis.

Janine Puget titula su trabajo «Revisitando el concepto de encuadre». Su trabajo se enfoca en las contribuciones de los psicoanalistas argentinos para la comprensión de la relación entre analista y analizando en un encuadre tradicional de análisis individual, familiar, de pareja o grupal.

Según J. Puget, la deconstrucción de la noción de encuadre permitió adoptar el concepto de «dispositivo», que incorpora el campo social y toma en cuenta múltiples elementos que se encuentran en juego en la relación psicoanalítica. Se hizo evidente que había una diferencia entre interactuar consigo mismo en presencia del analista —una interacción en la que el analista es visto como un objeto de la transferencia—

e interactuar con otro y otros, lo cual incluye al analista como sujeto. Esta toma de conciencia marcó un quiebre con el encuadre psicoanalítico referente tradicional. Como consecuencia de ello, las prácticas terapéuticas que sustituyeron la noción de encuadre por la de dispositivo se ubicaron por fuera del psicoanálisis.

La noción de vínculo (link), sin embargo, fue gradualmente incorporada al vocabulario psicoanalítico y recibe diferentes definiciones, dependiendo del marco teórico que la sostiene.

J. Puget plantea que el mundo ha cambiado con el nacimiento del psicoanálisis, aunque a veces aún deseamos mantener en nuestra práctica diaria algunos de los valores que llevaron a Freud a formular la noción de encuadre y la regla de abstinencia, preguntándose cómo podemos tener en cuenta los nuevos valores que están siendo incorporados a diario y los nuevos modos de comunicación.

Plantea que es necesario darse cuenta de que algunos de los problemas entre psicoanalistas surgen a partir de obstáculos en la coexistencia intergeneracional planteados por diferentes formas de pensamiento, así como de la interacción con la tecnología. Las generaciones más jóvenes se han tornado más tecnófilas a favor de la conectividad, mientras que las generaciones mayores continúan pensando en forma lineal, causal, en términos más asociativos. La superposición de

estas lógicas divergentes genera nuevos problemas y desafíos para los psicoanalistas, extendiéndose a familias e instituciones. Las generaciones más jóvenes son poseedoras de información que les es desconocida a los mayores, una disparidad que constituye un verdadero desafío. Sumado a estas transformaciones, agrega que, en la mayoría de los países, el psicoanálisis se vio afectado por su popularización, lo que lo convirtió en un obstáculo y generó que algunos conceptos perdieran su significativo poder o fueran usados en contextos tan diferentes que han dejado de tomarse en cuenta con respecto a la complejidad de las relaciones humanas.

J. Puget se pregunta qué es necesario para analizar hoy en día, planteando que se requiere que el analista sea capaz de tomar en cuenta una variedad de factores que afectan la relación entre analista y analizado. Dejamos el campo de la lógica binaria para entrar en un campo de multiplicidad. Esta transformación ha socavado los fundamentos esenciales del psicoanálisis, que se han vuelto imperceptiblemente abiertos al cambio, a pesar de estar reforzados con hipótesis ad-hoc. Cuando se multiplican excesivamente, tal como lo ha planteado Kuhn (1962), las hipótesis terminan debilitando el núcleo de nuestras teorías. A pesar de los intentos de preservar el sabor original del psicoanálisis, los desarrollos tecnológicos y culturales han vuelto imposible la verdadera ortodoxia.

Por ejemplo, la habilidad del paciente de googlear a los analistas ha cambiado para siempre la natural privacidad del consultorio y del analista.

En este artículo, J. Puget hace también una breve descripción del psicoanálisis en Argentina citando a pensadores tales como Pichon-Rivière, Bleger —cuyas ideas se han difundido gracias a que fue traducido al inglés y al francés, y al trabajo de Silvia Amati (1992) basado en sus ideas—, W. y M. Baranger —que situaron la relación analítica dentro de lo que han llamado el campo dinámico psicoanalítico, en el cual el analista entra en un profundo compromiso con el paciente, también con respecto a la noción de bastión³ (baluarte)—. De manera similar a Bleger, los Baranger se han vuelto más conocidos en Francia debido a la traducción parcial de sus escritos; sin embargo, sus ideas no se han expandido en la comunidad analítica de habla inglesa, a pesar del hecho de que algunos de sus trabajos han sido publicados en el *International Journal of Psychoanalysis*. J. Puget cita en este trabajo a nuestra colega Beatriz de León de Bernardi, quien ha publicado su trabajo

en 1999 en el *International Journal*, donde analiza profundamente las ideas de los Baranger. Racker y Grinberg son también tomados en cuenta por el concepto de contratransferencia y la noción de contraidentificación proyectiva.

Posteriormente, el trabajo de J. Puget (1986) con grupos, familias y parejas le ha permitido tomar en cuenta el estatus del otro, enunciando su alteridad, por lo que no puede ya ser reducido a objeto. El otro es el sujeto de un vínculo. Fallando la identificación, dará lugar a la dinámica de las relaciones de poder; en ese sentido, ella les dio una importancia significativa a aquellos aspectos de la relación que son irreductibles al mundo interno y pueden ser entendidos solamente como un espacio singular. Berenstein y Puget (1997) llamaron a este espacio lo vincular, o el espacio de los vínculos.

Define así la relación entre dos sujetos, cada uno de los cuales es irreducible a sí mismo. La alteridad del otro o los otros limita las posibilidades ofrecidas por los mecanismos de introyección y proyección. Por lo tanto, se necesitará definir la relación analítica y el encuadre de una forma diferente. La relación entre dos personas siempre excede lo que un sujeto unitario puede guardar.

Para J. Puget, la revolución tecnológica, las relaciones sociales regidas por las leyes del mercado, las guerras fratricidas, los inevitables efectos de la corrupción

3 En el original: «The Spanish baluarte refers to a type of fortification, projecting from the main walls of a fortress, which enables the defenders to hinder an attack on the main structure by firing laterally on the attackers. It has sometimes elsewhere been translated as "bulwark"».

abierta y latente, la institucionalización de más y diversos dispositivos, la comprensión de los efectos extremos de la ultraobjetiva y ultrasubjetiva violencia (como la ha llamado Balibar, 2010), así como la emergencia de nuevas microguerras en todo el mundo, han llevado a algunos colegas a preguntarse qué hace que un tratamiento sea un psicoanálisis. ¿Es acaso la frecuencia de las sesiones, la abstinencia, así como también lo que entendemos por abstinencia? ¿Es acaso lo que hacemos cuando estamos con nuestros pacientes? ¿Es el medio que usamos para conseguir experiencia psicoanalítica? ¿Puede esta última ser definida por el contacto con el inconsciente o por algo más?

La autora se responde a estas preguntas diciendo que lo que define al psicoanálisis no es más que la habilidad para acceder a la experiencia analítica, la noción de experiencia adquiere aquí un rol significativo. Además, para J. Puget el psicoanálisis implica la toma de conciencia de que cada experiencia es única y no es totalizadora del mundo en que vivimos.

Al incluir la corrupción como uno de los elementos que forman nuestra subjetividad social, da por sentado que de alguna forma y dependiendo de las circunstancias, voluntaria o involuntariamente estamos en contacto con cierto grado de corrupción.

Concluirá planteando que confirmar una identidad, tanto sea de un sujeto, un

grupo, una familia o una pareja, proporciona un sentido de solidez que nos puede entrapar. Este falso sentido de solidez impide la curiosidad, el deseo de saber, la sorpresa, el desconcierto y todo el resto de las reacciones que facilitan la emergencia de alternativas que enriquezcan el vínculo con la vida.

La tercera parte del libro está dedicada a las variaciones en el encuadre. Claudio Eizirik, de Porto Alegre, Brasil, ex Presidente de IPA, titula su trabajo «Desarrollos contemporáneos y desafíos en la formación psicoanalítica y su práctica». En este capítulo, el autor destacará en primera instancia ciertas características de la práctica analítica contemporánea a partir del hecho de que los institutos de formación tienen como objetivo proporcionarles a los candidatos la experiencia en la práctica psicoanalítica para prepararlos en su trabajo como psicoanalistas. En segundo lugar, examinará aspectos específicos del análisis, la supervisión, las instituciones psicoanalíticas, así como también sus desafíos, los cuales considera altamente relevantes en este interminable proceso de desarrollo y esfuerzo para mantener una identidad analítica.

Se pregunta si los pacientes que tratamos han cambiado, planteando que desde 1980 comenzaron a aparecer referencias concernientes a cambios en los pacientes en análisis, y surgieron nuevas descripciones que contrastaban

con las clásicas de Freud con respecto a los pacientes neuróticos. Un ejemplo de ellos son las investigaciones de Kernberg con respecto a los pacientes fronterizos, así como los estudios de Marty en relación con la psicósomática, tal como lo ha descrito Marilia Aisenstein (1989/2014), nuevas enfermedades del alma (Kristeva, 2002) o perversiones con J. McDougall (1983); Green describe y sugiere enfoques posibles para estructuras no neuróticas.

Todas estas contribuciones indican que la práctica contemporánea incluye nuevos tipos de pacientes, mientras que simultáneamente surgen más preguntas que respuestas. ¿Son estas, acaso, nuevas patologías o son simplemente nuevas versiones de las estructuras descritas por Freud y sus contemporáneos?, se pregunta el autor.

¿En qué medida los cambios culturales alientan lo que ha sido descrito como la modalidad líquida o hipermodernidad, contribuyendo a plantear nuevos tipos de patologías? De acuerdo a su propia experiencia, C. Eizirik encuentra una predominancia de pacientes neuróticos, así como también están presentes los desórdenes de la personalidad; son pocos los pacientes descritos por los autores anteriormente nombrados. Sostiene que la mayor diferencia entre nuestra práctica y la del pasado parece ser el hecho de que no aceptábamos a estos «nuevos» pacientes para análisis o no teníamos los

recursos disponibles que actualmente poseemos para lograr un contacto emocional con ellos.

C. Eizirik agrega un comentario más. Dice que a lo largo de estas últimas dos décadas hemos hecho un descubrimiento: la vejez existe y la mente y la angustia de la vejez resultan ser una nueva área de estudio y tratamiento psicoanalítico. Toma en cuenta una variable que no ha sido considerada: el ciclo de vida de los pacientes y analistas atraerá a algunos pacientes de acuerdo a si somos más o menos abiertos a una escucha analítica apropiada.

El autor se refiere a los tres modelos de formación con los que cuenta la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés), así como el tema de la frecuencia de las sesiones, planteando que hoy en día es menos frecuente ver pacientes de cuatro o cinco sesiones por semana, tal como sucedía años atrás. Muchas razones se han reunido para que esto suceda, incluyendo problemas financieros, resistencias, las grandes distancias en centros urbanos, las dificultades del analista para proteger el encuadre, la competencia con métodos terapéuticos de menos sesiones, la moda actual de favorecer un menor contacto y un tratamiento más rápido. Se pregunta entonces si un tratamiento de dos veces semanales podría ser considerado análisis. Parece insuficiente, para definir un

tratamiento como psicoanalítico o no, basarse solamente en el punto de vista de la frecuencia. Sería importante considerar también si hay un proceso psicoanalítico en marcha, si la neurosis transferencial ha sido establecida, si aparecen sueños o si el campo analítico se ha establecido, así como también observar si hay cambio psíquico y si el analista ha desarrollado y establecido su identidad psicoanalítica y la experiencia suficiente como para comprender el trabajo con sesiones de menor frecuencia.

C. Eizirik analiza en este mismo sentido el uso del diván, el tema de los honorarios, etc. Se centra también en un punto interesante y desafiante hoy en día que es el tratamiento a distancia, por teléfono o Skype, o utilizando otras formas de comunicación virtual. Reconocemos que cada vez más los pacientes y también los analistas se comunican vía mensaje de texto o Whatsapp, en lugar de utilizar la contestadora telefónica, ahora ya obsoleta. De la misma forma, más y más imágenes, videos, grabaciones en Iphone o iPad son traídas a la sesión y forman parte del setting moderno de hoy en día. Para el autor, es importante e incluso indispensable que el análisis incluya un período o períodos de tratamiento en persona, como forma de que el método desarrollado pueda proveer las condiciones de un óptimo setting.

Otro punto remarcable de este trabajo está referido a la pregunta sobre

la construcción del analista. C. Eizirik se pregunta si los analistas son contruidos o se construyen a ellos mismos. Cita aquí un poema, «El trabajador de la construcción», del autor brasileiro Vinicius de Moraes (1960), el cual describe al trabajador de la construcción creciendo en su realización, en sus circunstancias particulares, adquiriendo en el proceso la noción de construirse a sí mismo como persona. Explica que no cree en la idea de un analista construido, sino más bien en el proceso continuo y siempre incompleto de un analista en construcción. Sin embargo, apunta a las fluctuaciones entre los estados mentales donde podemos sentirnos más o menos contruidos o sentirnos bajo permanente construcción (Eizirik, 2012).

Al referirse al análisis personal, C. Eizirik plantea el consenso que existe con respecto a que el elemento principal para la formación es el análisis personal del futuro analista, y se pregunta si acaso es siempre este el caso. Nos dice que en su propia experiencia y la de colegas cercanos, podría afirmar que existen aproximadamente dos grandes grupos de pacientes que transitan por la formación; el primero consiste en un grupo de pacientes que busca un tratamiento para sus propias necesidades personales y sus sufrimientos emocionales, los cuales luego de cierto tiempo a lo largo del tratamiento o luego de varios años de análisis perciben el deseo o la motivación de realizar la forma-

ción analítica. En general, para este grupo la formación es un período de su análisis, que continúa luego de finalizar los procedimientos institucionales hasta completar el proceso analítico. Para estas personas, la formación es un encuentro accidental en el análisis. El segundo grupo está formado por personas que buscan la formación como primer y principal propósito, a pesar de reconocer la existencia de dificultades emocionales. Generalmente hay un elemento de urgencia o presión dentro de este tipo de análisis, en el cual el paciente finaliza tan pronto como haya alcanzado los requerimientos institucionales. Existen numerosas razones aparentes para que esto suceda: el costo, la distancia, las demandas familiares, etc. No sería honesto generalizar, pero según la observación del autor, el primer grupo demuestra contener a aquellos analistas que poseen una identificación más cercana con la función e identidad analíticas.

A partir de este punto, C. Eizirik nos devuelve la pregunta que merece una importante atención: ¿Por qué Freud tuvo la curiosa idea de recomendar reanalizarse cada cinco años? El autor tiene la impresión de que el reanálisis no es algo común entre los analistas, y sugiere que hay una dificultad para seguir siendo agudo y permanecer al día en nuestro campo si no tenemos la humildad de realizar lo que Freud refirió como una purificación psicoanalítica periódica.

Con respecto a las instituciones psicoanalíticas, nos dirá que un elemento que puede estimular o desestimar la identidad psicoanalítica está relacionado con el clima institucional que predomina en cada sociedad o institución. Se pregunta hasta qué punto el pensamiento crítico e independiente es bienvenido, hasta qué grado los procedimientos y reglas se tornan una especie de fetiche que debe ser obedecido porque sí, hasta qué punto el clima institucional estimula a los futuros analistas a participar en sus actividades ofreciéndoles dar sus opiniones o, a la inversa, los mantiene tímidos y en temeroso silencio que solamente podrá romperse luego de muchos años e infinitos encuentros posteriores.

C. Eizirik no comparte la idea de mantener el análisis de los futuros analistas solamente en manos de analistas didactas o miembros titulares. Que esto implique que tengan más experiencia parece ser, según el autor, una excusa insuficiente. Plantea que muchas veces, cuando se debe realizar el pasaje del análisis satisfactorio con un miembro asociado a un analista didacta debido al deseo de iniciar la formación, se puede interrumpir despiadadamente una relación analítica que venía desarrollándose muy bien, mientras que en otros casos el cambio puede resultar beneficioso. C. Eizirik se refiere largamente también al tema de la supervisión. Un estudio realizado en los

institutos de formación en Alemania (Nagell, 2014) ha identificado cuatro estilos de supervisores: el defensivo-controlador, el pragmático, el orientado hacia la relación y la experiencia, el facilitador y sostenedor. Mientras que por el lado de los supervisandos se vería el estilo fóbico y de evitación, abierto-interesado, auténtico e investigador, reservado- adaptativo. Estos modelos parecen ser muy útiles cuando pensamos en la experiencia de supervisar a colegas más jóvenes. Para finalizar su trabajo, toma el punto de devenir y mantenerse como psicoanalista, planteando su punto de vista personal, que implica como elemento central los subsecuentes años de vínculo con la experiencia clínica, la acumulación de horas de trabajo psicoanalítico, así como también la acumulación de éxitos y fracasos en el tratamiento con pacientes. La habilidad de compartir los cambios psíquicos del paciente, la capacidad de expandir su mente, así como la capacidad de amar, sentir y trabajar colaboran para reforzar la creencia (de acuerdo a Bion) en nuestro método.

Harvey Rich es de Washington, Estados Unidos, y pertenece a la Asociación Psicoanalítica Americana. Titula su trabajo, rememorando una novela de Charles Dickens, «Historia de dos ciudades», debido a que su vida ha transcurrido en dos ciudades: Washington y París. Durante cuarenta años ha vivido en Washington y los últimos catorce lo ha hecho en Pa-

ris. Trabaja por teléfono con pacientes que viven en cualquier ciudad, sin estar presente. Sus pacientes tienen sesiones regulares, siempre a las mismas horas, y es él quien modifica su agenda seis horas para adelante o seis horas para atrás, y aclara que, lógicamente, no es lo mismo trabajar telefónicamente que hacerlo en el mismo espacio que el paciente.

Rich eligió no usar Skype para no tener que sentirse atado a una cámara durante todo el día y también porque en el psicoanálisis tradicional el paciente no mira al analista. Si bien nos plantea abiertamente que no es lo mismo trabajar telefónicamente que en persona, no está de acuerdo con los colegas que plantean que eso «no es realmente análisis». Plantea que el análisis telefónico es tan diferente como analizarse tres sesiones o cinco sesiones, diferente si el paciente está recostado en el diván o sentado, diferente si el paciente realiza un análisis condensado. Plantea que es simplemente diferente.

Rich plantea que el encuadre es para los dos casos el mismo, la postura tradicional de la sesión psicoanalítica es recreada telefónicamente. El paciente no ve al analista, mientras que el analista es libre de utilizar su atención flotante. El encuadre se expande permitiendo a las dos partes incluir el hecho de un espacio colaborativo, requiriendo un nivel mayor de desarrollo psicológico. Se encontró que los pacientes fronterizos, así como otros

con estructuras de carácter histérico u otras formas severas de psicopatología, no funcionaban bien con este encuadre. Sin embargo, aquellos individuos con estructuras elevadas de desarrollo psicológico se adaptaban muy bien.

Plantea la diferencia entre el saludo en Francia, donde los pacientes son saludados con un apretón de manos al principio y al final de la sesión, y en Estados Unidos, donde la tradición es la de no tocar al paciente. Por teléfono, es saludado con un simple «hola».

Cuando lo llaman de diferentes partes del mundo para solicitarle análisis telefónico, Rich plantea la necesidad de que en algún momento el análisis se torne presencial, como forma de solidificar la alianza. Da por supuesto que es mejor comenzar con un análisis presencial; esto se debe a la imagen del analista que el paciente se llevará en su mente.

En este tipo de análisis, la voz tiene variaciones sutiles con las cuales uno puede sintonizar telefónicamente con el pasar del tiempo. Si bien esto produce fatiga para quien escucha, a través del teléfono el paciente debe tener conciencia de la presencia del analista, lo cual requiere que este realice algún sonido ocasional; ello depende del flujo de asociaciones que provienen del paciente. El famoso «ajá» o «mmm» funciona, sostiene Rich. Piensa que el uso —hoy en día universal— de la tecnología, tanto del teléfono como de

Internet, acorta las grandes distancias en tiempo y espacio. Para finalizar, dirá que el teléfono es solo otro instrumento de comunicación, el arte de su uso es la manera en que es utilizado como forma de contacto e influencia.

Luca Caldironi es un analista italiano perteneciente a la Sociedad Italiana de Psicoanálisis y también a la Sociedad Psicoanalítica Americana. Su trabajo se titula «Psicoanálisis y ciberespacio: Encuadres cambiantes y cuerpos flotantes». En este trabajo, el autor se pregunta si el instrumento analítico que inevitablemente habita nuestro «mundo cambiante» puede tornarse un observador crítico de los cambios de los cuales es a su vez parte. Sostiene que debemos aceptar el desafío; esto no significa simplificar la cuestión, sino mantenernos dentro del margen de la paradoja, de la ambigüedad e indefinición que siempre caracterizó el trabajo con el inconsciente.

Plantea que lo que es seguro es que transitamos por un proceso irreversible; de la misma forma que se pasó antiguamente de la palabra a la escritura, hoy en día nuestros medios de aprendizaje y comunicación tendrán necesariamente que lidiar con ello.

El autor introduce el concepto de *corpus*, o cuerpo, en su expresión más amplia; puede ser un cuerpo teórico, tecnológico, experiencial de texto; es así que el cuerpo se encuentra a sí mismo en un estado

central, con todas las expresiones diversas posibles. Los psicoanalistas somos muy conscientes de la importancia de este concepto desde los inicios del psicoanálisis, pero se pregunta: ¿Cuál es este cuerpo con el cual lidiamos? Sostiene que no estamos hablando del cuerpo anatómico-biológico, sino de un cuerpo pulsional en el cual la palabra *Trieb* es usada para describir ese salto que va del cuerpo al cuerpo-mente.

Plantea a su vez el establecimiento de un espacio diferenciado, una suerte de cesura o límite que aparece entre lo que llamamos intrapsíquico y lo intersubjetivo, un límite que tiene su propio espesor dentro de los límites del trabajo analítico, volviéndose límite y contenido al mismo tiempo, ya que tiene un espacio dentro que está establecido por la diada paciente-analista y que encuentra en el encuadre un significado particular reflejado en el encuadre interno del analista (concepto también trabajado por Alcira Mariam Alizade de la Asociación Psicoanalítica Argentina, pero desde otro punto de vista muy diferente).

Según el autor, el concepto de encuadre interno es particularmente importante cuando se habla de realidad virtual y nuevas tecnologías. Con esto no devalúa el encuentro y encuadre analítico en sí, sino que recalca cómo debemos confrontarnos a nosotros mismos hoy en día con una realidad cambiante y con un proceso progresivo de «desmaterialización» a nivel de las relaciones.

Hoy en día sabemos que a través del ciberespacio podemos acceder a una variedad increíble de información sobre cualquier tema, podemos también interrumpir el flujo moviéndonos en cualquier momento, pasando de páginas web a videos y todo tipo de redes sociales. El autor se pregunta si acaso este procedimiento cambia también el escenario analítico. El mundo del que tenemos una idea y que estamos viendo en nuestros consultorios está girando rápidamente. Todo se acelera y, examinando más a fondo, los «objetos» que se han vuelto parte de nuestras sesiones se están tornando más y más tangibles. La intrusión, por ejemplo, de objetos tecnológicos que los pacientes ocasionalmente traen —tales como los celulares para mostrarnos un texto, los sonidos y las luces provenientes de los dispositivos— crean una hiperestimulación permanente de los sentidos, que no necesariamente colaboran con la simbolización; de hecho, generalmente la inhiben. Esto debe hacernos reflexionar sobre la diferencia que hay entre conexión, que no es lo mismo que contacto.

Para concluir, el autor propone que como analistas es fundamental mantener nuestra actitud crítica, una función que puede ayudarnos a definir —o intentar hacerlo— aquello que está sucediendo en la sociedad de hoy en día. De hecho, plantea que el consultorio no es solo la compleja historia emocional del paciente

que se actualiza, sino que es también una buena representación de la complejidad de la mente en sí y cómo esta funciona en general. El autor plantea que nos percatamos de que esto es solo el inicio de un proceso en el cual todos los seres humanos estamos profundamente inmersos. La pérdida de un encuentro individual físico, la confusión entre mundos internos y externos, las relaciones adictivas con separaciones que han sido eliminadas por la conexión constante son riesgos, mientras que por otro lado están también las oportunidades que estos nuevos «mundos» nos ofrecen y que, además, son imposibles de aquietar. Lo mejor que podemos hacer es contenerlos, cuando contener significa también explorar y aceptarlos como cualquier otra experiencia.

Mónica Horovitz nació en Buenos Aires. Es miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP) y de la Sociedad Psicoanalítica Italiana. Su trabajo es «Turbulencias psicoanalíticas en el ciberespacio». En él se pregunta cómo enfrentamos los cambios cuando amenazan con abrumarnos y llevarnos a lo desconocido. ¿Evitando la pregunta? Ese fue su primer impulso; estuvo tentada a tranquilizarse retirándose en lo que Baranger y Baranger (1961) han llamado bastión, obstruyendo así la curiosidad sobre el cambio y las nuevas formas de subjetividad, así como los síntomas y sufrimientos que han sacado a la luz las nuevas tecnologías.

Negamos así nuestra dificultad para mantener una actitud psicoanalítica, en referencia a nuestro encuadre interno, abierto a los sueños y los pensamientos aun sin un pensador, proyectándolos en los que creemos que no saben acerca de la especificidad de nuestro método psicoanalítico.

Plantea que Bion (1965/1984) dice que todo cambio es una experiencia catastrófica, en el sentido de su etimología griega, que significa «inversión». La inversión del sentido, la visión del sentido, de las cosas y del mundo requiere que nos enfrentemos al dolor, a la soledad y al miedo. Según la autora, estos sentimientos surgen de la desorientación producida por el temblor que le deviene al yo. El único camino hacia el crecimiento psíquico es no negar el cambio catastrófico que destruye el estado psíquico preexistente y se abre a los pensamientos que están en las sombras del futuro.

Se pregunta cómo debemos definir el cambio de nuestra experiencia corporal en los límites de la realidad si el encuentro de los cuerpos se torna superfluo en un mundo virtual que aniquila la fuerza impuesta por la unidad psicósomática. ¿Qué será del destino del cuerpo en la mente como experiencia de verdadera intimidad en el ciberespacio? Para la autora, la experiencia vivida por el cuerpo es un aspecto fundamental de la emoción; conecta lo psíquico con lo somático, explícita que para ella la experiencia emocional sucede

más en el cuerpo que en las profundidades de los estados mentales.

Mientras que las nuevas tecnologías reducen la distancia espacial y las diferencias horarias entre las diferentes zonas, en algunos casos también privan el contacto con estados primitivos de la mente, estados a los cuales solo podemos estar abiertos en el tiempo fugaz del encuentro analítico. Nos plantea que, a su modo de ver, la forma de establecer y habitar el encuadre es parte de la función e identidad del psicoanalista porque preserva y delimita su compromiso —o sea, su encuadre—, ayudándolo a recuperar cosas aun cuando el no-proceso se vuelve un obstáculo amenazante: el encuadre en el que el no yo se deposita (Bleger, 1967) funciona entonces como una sirena.

Para la autora, nos encontramos enfrentados sutilmente con los problemas de los nuevos encuadres, entre la megalomanía y la claustrofobia, entre la agorafobia y los objetos transicionales, un mundo entero se abre para que la investigación psicoanalítica dé origen a nuevos brotes de pensamiento en el corpus de nuestro trabajo por venir. Cita por último a Bion (1963/1997), quien dijo que «a pesar de que tendemos a desplazar nuestras observaciones fuera de nuestro cuerpo hacia la esfera de la mente, el cuerpo no cesa de existir» (p. 44).

Por último, Veleđa Ceccoli, de Nueva York, titula su trabajo «Cambiando el con-

tenedor: Cultura psicoanalítica y ciberespacio». En él plantea que nuestra actual cultura de interconectividad virtual e información instantánea ha virado el concepto de encuadre psicoanalítico, forzándonos a repensar aquello que los pacientes saben de nosotros y cómo influye este conocimiento en la relación analítica, dado que tienen un conocimiento a priori sobre nosotros. La cultura del ciberespacio ha producido cambios ya en la forma en que muchas personas buscan ayuda; muchos prefieren tener sesiones por Skype o FaceTime, o incluso por mensaje de texto o e-mails, con lo que el espacio donde se lleva a cabo el tratamiento ha cambiado de la privacidad del consultorio a la computadora o la pantalla.

La autora plantea que con el advenimiento de estos avances tecnológicos, el psicoanálisis debe cuestionarse problemas conceptuales tales como el encuadre del tratamiento, incluyendo la actual moda cultural y generacional, ya que ambas se entrelazan y modelan la percepción, la experiencia y la estructura de la mente. Argumenta sobre un encuadre psicoanalítico fluido y ensamblado interactivamente dentro de un espacio transicional que puede adquirir muchas formas y configuraciones, siendo aun así continente y seguro.

Plantea que la ideología cultural impacta en cada generación nuevamente, propulsando una evolución a partir de la anterior, creando una adaptación neu-

robiológica actualizada al evolucionado contexto cultural y social. Para la generación actual, la tecnología se ha tornado la fuerza cultural predominante; Internet y las redes sociales están cambiando la forma de pensar, de sentir y de actuar de las personas. Las redes sociales han vuelto borrosos muchos límites en nombre de una mayor conectividad, generando una fusión entre lo personal y lo público. Para la autora, la colisión entre la cultura del psicoanálisis construida en torno al modelo freudiano y la tecnocultura actual afecta fuertemente la forma de pensar y conducir hoy en día un tratamiento, demandando una reevaluación de algunas de las premisas psicoanalíticas básicas, y la noción de encuadre sería una de las primeras.

Nadie podría negar que la forma en la que nos comunicamos y nos relacionamos con otros se ha reconfigurado y se sigue diseñando en acuerdo con las ofertas tecnológicas de los dispositivos, así como el uso que les damos. El propio lenguaje se ha visto reducido, reacomodándose, y todo esto ocurre ahora, sin pausas, como un flujo constante que hace que el propio tiempo se vuelva borroso. La radiodifusión se ha vuelto para algunos una forma de vivir —una forma de validar sus acciones y existencia, así como también un medio de estar conectado—. Al considerar Internet y las nuevas tecnologías como una zona de juego, podemos verlas como proveedoras potenciales de oportunidades para jugar.

Los espacios virtuales podrían ser lugares donde uno es y al mismo tiempo no es; se puede ser anónimo o tomar otra identidad, se puede estar a distancia o cerca.

Este quizás sea uno de los problemas del ciberespacio y su fluidez; lleva a explotar todos los marcos, permeabiliza los límites e ignora las fronteras, y queda entonces solamente uno mismo y aquello que uno quiere ser y hacer.

Según la autora, como psicoanalistas debemos adaptarnos y asimilar las demandas que nos impone la tecnología mediante la consideración de su potencial como un espacio transicional entre la experiencia intrapsíquica de nuestros pacientes y la dinámica intersubjetiva que cobra vida con la relación analítica virtual o encarnada. Sostiene que hemos llegado a un momento de nuestra historia en el que el modo de comunicación ha comenzado a dictar los términos en que debemos comunicarnos.

Considera que el encuadre psicoanalítico en la era de la cibertecnología se encuentra ante la necesidad de expansión para permitir las ilimitadas posibilidades contenidas a través de la relación psicoanalítica. La revisión de la técnica y el encuadre no es solamente necesaria, sino que también es fundamental para que el tratamiento psicoanalítico conserve su relevancia a través de las generaciones, marcando la complejidad de la experiencia e interacción humanas. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Aisenstein, M. (2014). Abordagem psicodinâmica do paciente psicossomático. En C. L. Eizirik, R. W. Aguiar y S. S. Schestatsky (org.), *Psicoterapia de orientação analítica: Fundamentos teóricos e clínicos*. Porto Alegre: Artmed. (Trabajo original publicado en 1989).
- Amati, S. (1992). Ambiguity as the route to shame. *International Journal of Psychoanalysis*, 73, 329-334.
- Badiou, A. (2005). *Being and event*. Londres: Continuum.
- Balibar, E. (2010). *Violence and civility: On the limits of political philosophy*. Nueva York: Columbia.
- Baranger, M. y Baranger, M. (1961). The analytic situation as dynamic field. *International Journal of Psychoanalysis* 89, 795-826.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997). *Lo vincular: Teoría y clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W. (1984). *Transformations*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1965).
- (1997). *Taming wild thoughts*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1963).
- Bleger, J. (1967). Psychoanalysis of the psychoanalytical frame. *International Journal of Psychoanalysis*, 48, 511-519.
- Deleuze, G. (1987). *Criba e infinito*. Disponible en: www.webdeleuze.com/php/texte.phpcde
- Eizirik C. L. (2012). O analista em construção. *Febrapsi Notícias*, 14(46), 4-6.
- Freud, S. (1959). Further recommendations in the technique of psychoanalysis: Recollection, repetition, and working through. En S. Freud, *Collected Papers* (vol. 2, pp. 366-376). Nueva York: Basic Books. (Trabajo original publicado en 1913).
- Kristeva, J. (2002). *As novas doenças da alma*. Río de Janeiro: Rocco.
- Kuhn, T. (1962). *The structure of scientific revolution*. Chicago: University of Chicago Press.
- León de Bernardi de, B. (1999). *Un modo de pensar la clínica: Vigencia y perspectivas del enfoque de W. y M. Baranger*. Buenos Aires: Lumen.
- Mc Dougall, J. (1983). *Em defesa de uma certa anormalidade: Teoría e clínica psicanalítica*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Moraes, V. (1960). *Antología poética*. Río de Janeiro: Autora do Autor.
- Nagell, W. et al. (2014). Research into de relationship experience in supervision and its influence on the psychoanalytical identity formation of candidate trainees. *Psychoanalytical Inquiry*, 34, 554-558.
- Puget, J. (1986). Identidad del psicoterapeuta de grupo y coordinador de grupo desde su marco referencial teórico-clínico. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 92(2), 125-133
- (2002). The state of threat and psychoanalysis: From the uncanny that structures to the uncanny that alienates. *Free Associations*, 9, 611-648.
- Winnicott, D. W. (1960). The theory of the parent-infant-relationship. *International Journal of Psychoanalysis*, 41, 585-595



EN MEMORIA



Dr. Ángel Ginés

LUIS VILLALBA¹

El 16 de abril del 2018 falleció el Prof. Dr. Ángel Ginés, luego de un prolongado padecimiento. Lo conocí primero a través de mi esposa, a la que supervisó con sus primeros pacientes de psicoterapia. A ella la sorprendió la afabilidad con la que la trató y la condición de no cobrarle honorarios que superaran lo que ella le cobrara a sus pacientes, lo que no era para nada frecuente en esa época y daba cuenta de una postura frente a la profesión que creo mantuvo siempre. Reflejaba cierto desprendimiento por lo material, poniendo por delante lo que consideraba justo, aunque fuera contra la corriente.

Un tiempo después lo conocí personalmente en el Post-Grado de Psiquiatría. No era el profesor típico, que daba sus clases magistrales, ni buscaba tener la última palabra. Recuerdo una oportunidad en la que, en una clase en el Hospital Pasteur, se presentó una paciente diagnosticada con «trastorno depresivo mayor crónico» y resistente al tratamiento antidepressivo. Se le hizo una entrevista muy completa y se leyeron los antecedentes, en los cuales se repetían más o menos las mismas cosas. Ginés sabía que yo tenía cierta formación en psicoterapia analítica y me pidió que la siguiera. En la primera entrevista, la señora me relató que ella en realidad no dormía, estaba en constante preocupación y tristeza porque desde hacía dos años un hijo de su actual esposo, de más de veinte años, había ido a vivir con ellos. Era adicto a la PBC y les había robado, estando ellos dormidos, hasta el televisor del cuarto. El marido se sentía culpable frente a este hijo del que no había podido ocuparse como hubiese querido y para el que no encontraba salida.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. luiseduardovillalba@gmail.com

A la tercera o cuarta sesión, la paciente había mejorado un poco, y se lo comenté a Ginés, que me propuso que llamara al esposo. El esposo era un trabajador de cincuenta y pico de años. Había tenido un primer matrimonio infeliz y se había separado de su esposa cuando el hijo tenía cinco años. Diez años después, se volvió a casar con la que era su actual esposa, con la que no tuvieron hijos y vivieron en armonía. Cuando el hijo cumplió dieciocho años, les pidió ir a vivir con ellos, y aceptaron, pensando que iba a ser bueno para el joven y para ellos, que siempre habían deseado tener un hijo. Al poco tiempo, notaron que no sostenía ningún trabajo, que se levantaba tarde, que les pedía mucho dinero y empezaban a faltar cosas. Hasta que, dos años atrás, la situación empeoró y se volvió agresivo verbal y físicamente con el padre. Concurrieron ambos durante unos meses, se les brindaron estrategias para lidiar con la adicción del hijo, al que se le buscó ayuda especializada. Finalmente, el padre decidió construirle una habitación fuera de la casa. En el transcurso de esos meses, la paciente mejoró claramente.

Creo que esta era la manera de enseñar de Ginés: se salía un poco de los protocolos clásicos, usaba mucho el sentido común y le gustaba escuchar a los pacientes.

Estas características le generaron muchas críticas y algunos problemas, sobre todo en la organización de la cátedra, ya que estos mismos parámetros eran los que empleaba para la selección de sus docentes, a veces por encima del desempeño académico.

En una oportunidad, me comentó que su vocación era más política que médica, y esto se notaba, no tanto por una inclinación partidaria específica, sino por lo que él consideraba que era bueno y justo.

En los años previos a la dictadura, fue un militante muy activo a nivel universitario y un amante de las asambleas. Durante la dictadura fue destituido, como tantos otros docentes de la UdelaR, y trabajó como psicoanalista. Su relación con el psicoanálisis siempre fue un poco ambigua, en tanto valoraba mucho el aporte de Freud y buscaba hacerlo compatible con su fe marxista. Un día me dijo que él consideraba que tanto Freud como Marx habían aportado la idea del conflicto como central de lo humano y que algún día deberíamos hacer un seminario sobre este tema, cosa que nunca se concretó, como tampoco la idea de hacer una actividad científica rescatando el valor del pensamiento médico para el psicoanálisis. ♦

NORMAS DE PUBLICACIÓN

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la American

Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su publicación. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ACEPTARÁN LOS TRABAJOS
QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar
www.apuruguay.org
o contactar a través de
revistauruguayapsi@gmail.com

TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL	7
THEMATIC	
From helplessness to lovelessness: on depression in infancy <i>Myrta Casas de Pereda</i>	11
Helplessness: «Event» and repetition. <i>Après coup</i> in transference <i>Susana García</i>	25
What protects us? <i>Leonardo Peskin</i>	37
Marks of helplessness: On some present repercussions of the <i>Shoah</i> ... <i>Rosa Zytner</i>	46
Effects of the Oedipus in the African migration into Europe: Condition of helplessness, adoption and disturbing return of the race <i>Simona Taliani</i>	58
Some psychic consequences of the sexual and gender difference <i>Leticia Glocer Fiorini</i>	80
Notes on vulnerability and helplessness in infancy <i>Analía Wald</i>	90
The hand, mmmmmaaa: Helplessness in a baby one year and four months old <i>Ingeborg Bornholdt</i>	102

Helplessness and the position of the analyst: on compasses and GPS
Alberto C. Cabral..... 118

On love and protection: The loving envelope of the body
Nadal Vallespir..... 125

Covering helplessness
Gladys Franco 143

Poverty and helplessness: Effects on psychic functioning
Susana Martínez..... 151

CONVERSATION WITH THE JOURNAL

Interview to Prof. Roberto Beneduce
Eliás Adler y Marcelo Viñar..... 177

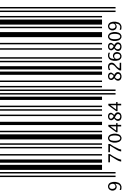
BOOK REVIEW

Reconsidering the mobile (in motion) setting in Psychoanalysis:
its function and structure in contemporary psychoanalytic theory.
Silvia Flechner..... 211

IN MEMORY

Dr. Ángel Ginés
Luis Villalba 237

GUIDELINES FOR AUTHORS 239



127

RUP | MONTEVIDEO, URUGUAY,
OCTUBRE DE 2018

TABLA DE CONTENIDOS

EDITORIAL

TEMÁTICA

El desamparo del desamor:
A propósito de la depresión
en la infancia

Myrta Casas de Pereda

Desamparo: «Acontecimiento»
y repetición. *Après coup*
en transferencia

Susana García

¿Qué nos ampara?

Leonardo Peskin

Marcas del desamparo:
Sobre algunas repercusiones
de la Shoah en la actualidad...

Rosa Zytner

Efectos de Edipo en la migración
africana en Europa: Condición
de desamparo, adopción y
retorno perturbador de la raza

Simona Taliani

Algunas consecuencias psíquicas
de la diferencia sexual y de géneros

Leticia Glocer Fiorini

Notas sobre vulnerabilidad
y desamparo en la infancia

Analía Wald

La mano, mmmmmaaa:
El desamparo de un bebé
de un año y cuatro meses

Ingeborg Bornholdt

Desamparo y posición del
analista: de brújulas y GPS

Alberto C. Cabral

Del amor al amparo:
La envoltura amorosa del cuerpo

Nadal Vallespir

Cubrir el desamparo

Gladys Franco

Pobreza y desamparo: Efectos
en el funcionamiento psíquico

Susana Martínez

CONVERSACIONES EN LA REVISTA

Entrevista al Prof.
Roberto Beneduce

Elías Adler y Marcelo Viñar

RESEÑA DE LIBRO

Reconsiderando el encuadre
movible (en movimiento)
en psicoanálisis: Su función
y estructura en la teoría
psicoanalítica contemporánea

Silvia Flechner

EN MEMORIA

Dr. Ángel Ginés

Luis Villalba

NORMAS DE PUBLICACIÓN